

Virginia Camacho

UN
OGRRO

EN REHABILITACIÓN

**UN
OGRO
EN REHABILITACIÓN**

VIRGINIA CAMACHO

Copyright © 2018 Virginia Camacho
Twitter e Instagram: @virginia_sinfin
Blog: www.virginiacamachoonline.wordpress.com
Primera Edición para Amazon.com
Revisión y Corrección: Nesly Lugo Carrasquilla
ISBN-10: 1724543792
ISBN-13: 978-1724543790

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

*A mis virginianas,
y su loca obsesión por la lectura...*

*No tenía ninguna esperanza
No creía en el amor
Su camino solo transitaba,
y en su opinión
Estar solo era mejor*

Robert Blackwell tenía sólo cuatro años de edad cuando por primera vez tuvo una novia.

O eso dijo la niña que eran.

A la salida del jardín de infantes, vestido con su largo pantalón jean, sus tres o cuatro abrigos y su pequeño gorro de lana que lo protegían del frío invierno, esperaba a que su madre llegara. Los enormes ojos azules resaltaban, de todos modos, a través de los rizos rubios que se escapaban del gorro, y ni siquiera las mamás que entraban y salían para buscar a sus propios hijos, podían ignorarlo.

Mamá se estaba tardando, y era raro, ella siempre estaba aquí antes de que el timbre de salida sonara. Aunque seguramente llegaría con Jeremy en el coche, pero no importaba, quería ya ver a su mamá luego de largas horas sin ella, solo, en ese manicomio que ella llamaba escuela.

Y de repente, una chica rubia de ojos claros se le acercó y, tirándole del cabello, le giró la cabeza para plantarle un beso en la boca.

—Eres mi novio ahora —dijo ella, e, indignadísimo, Robert se echó a llorar.

Debió ser un presagio de cómo iba a ser su vida amorosa por el resto de su vida, debió saber que la primera vez de un hombre marca su destino.

En esa ocasión, afortunadamente, Ellynor llegó con Jeremy en el cochecito y él corrió a ella como si lo persiguiera un terrible monstruo que escupía fuego. La abrazó y siguió llorando hasta que mamá lo consoló, lo llamó su príncipe, y le dio besos que borró la sensación del anterior. Sonrió y la miró como se mira a una diosa iluminada. Ella era su verdadero amor.

En la escuela elemental se repitió la situación. Tenía ocho años. La chica le envió una carta primero, pero él la ignoró. Solo quería jugar fútbol, ¿Qué le iban a interesar esas cosas de enamoramientos?

Pero eso sólo consiguió que la niña se volviera un poco más agresiva. Logró abrir su casillero y le robó ciertos objetos personales. Tuvo que quejarse con la profesora, y de allí en adelante, la niña lo miraba como si la hubiese traicionado. Lamentablemente, su determinación no la detuvo, y siguió acosándolo, reuniendo a su alrededor una especie de club de fans que lo “adorodiaban”.

A los trece años, en la escuela media, se dio cuenta de que, en verdad, las chicas eran guapas. Algo un poco vergonzoso ocurría en sus pantalones cada vez que se quedaba mirando una específicamente, pero, afortunadamente, cuando él las miraba, ellas le sonreían.

Así que tuvo sexo por primera vez a los catorce. Ella llevó el preservativo, e incluso le enseñó a ponérselo. Y desde ese entonces, la cosa vergonzosa que ocurría en sus pantalones ya no era una molestia.

Sin embargo, esas chicas no llegaron nunca a ser novias. Él era popular en la escuela, tal vez por su estatura, por su contextura, porque jugaba fútbol americano y estaba asegurando su entrada a la universidad por medio de su deporte. Su novia era la líder de las porristas, típico, la más hermosa de todas, y la más frívola, también.

Eso no le importaba mucho, sólo estaba viviendo sus etapas como debía ser, era un joven sano y muy activo sexualmente, amante del deporte y que, a veces, a escondidas, se leía alguna novela de misterio o aventuras. A escondidas, porque le importaba mucho lo que pensarán los demás, y un libro en la mano desentonaba mucho con su imagen de tipo duro y macarra.

Todo cambió cuando murieron sus padres. Tenía sólo dieciocho años cuando lo sacaron de una práctica para darle la trágica noticia. Sus ojos se abrieron grandes, incrédulos. Por un instante, le faltó la respiración, y casi no esperó a que su profesor terminara de hablar cuando salió disparado del campo de fútbol, y aun con el uniforme del equipo llegó a la casa. Aidan estaba devastado, lloraba, lloraba, lloraba, y Jeremy... Jeremy lo miró con ojos vacíos, oscuros, huecos.

—Los vi —le dijo—. Estaban en el suelo, muertos, las compras que habían hecho... desparramadas por el suelo. Mamá tenía aún los ojos abiertos... yo... no fui capaz de cerrárselos. Están muertos, Robert.

Las manos le temblaban, tenía la garganta cerrada ahogando un grito de

desesperación, de dolor, de profunda tristeza. Ni siquiera era capaz de preguntarse qué iba a hacer ahora. Le faltaban pocos meses para cumplir la mayoría de edad, pero no tenía ni idea de por dónde empezar para seguir su vida, ni la de sus hermanos. Ni siquiera era consciente de que, como hermano mayor, él debía tomar decisiones.

Enterraron a sus padres una mañana de abril. Y tan pronto como volvieron a casa, el estado los separó. Al primero que reclamaron fue a Aidan. El niño se aferró a él con brazos, piernas y dientes, porque no se quería ir. Sólo tenía once años, pero tenía una fuerza increíble, y los policías que llegaron acompañando a la trabajadora social que hizo el reclamo, tuvieron que desprenderlo. Aidan berreaba en el auto en el que iba, y Jeremy también soltó un sollozo.

Y luego llegaron por Jeremy.

—Iré por ti —le prometió Robert—. Soy tu hermano mayor, te rescataré, te adoptaré o lo que sea, no tengas miedo—. Jeremy, confiando en su palabra, se dejó llevar de su lado.

Le dijeron que debía abandonar la casa de sus padres, porque al ser menor de edad, no podía vivir solo. Antes de salir de la casa, tomó, junto a su ropa, un par de cosas de su padre, la chaqueta que siempre llevaba, y su reloj. Tomó las pocas joyas de mamá y las escondió bajo una tabla suelta del ático de la casa, un escondite que sólo conocían él y sus hermanos, y allí las metió, y al cerrar la puerta principal, juró que restablecería la casa, que la familia Blackwell volvería.

Pensó que lo llevarían junto a su hermano, pero no fue así, y cuando se dio cuenta de esto, reclamó, pero no le dieron razón.

Cumplió los dieciocho años, y salió del centro de acogida, y empezó a buscar a sus hermanos, sin mucho éxito, porque el estado se reservaba este tipo de información, no importaba que él fuera el familiar más cercano de ese par de niños.

—Necesito tu ayuda, Amber —le dijo a la que había sido su novia todo ese tiempo, la que había estado con él en sus momentos de gloria. La había llevado a un bar cercano, pero no tenía un dólar con el que invitarla a una bebida, como antes, así que sólo estaban allí, sentados a la mesa, mirándose el uno al otro. Ella lo miraba fijamente, como si lo estudiara. Sabía de sus tragedias, sabía que estaba pasando un trago amargo, pero, hasta ahora, no había levantado su mano ni una vez para consolarlo, aunque fuera con una caricia.

—Yo... no tengo dinero —eso no era cierto, pensó Robert. Sí tenía, sus padres vivían cómodamente en una casa más grande que la de los suyos. Aunque fuera unos pocos dólares, ella podía ayudarlo en ese sentido.

—No... no es por eso que te busco, yo...

—Tampoco puedo meterte a mi casa a que duermas allí —dijo Amber, y tampoco era cierto. En esa casa había muchas habitaciones vacías—. Mis padres no lo permitirían, y mi reputación se arruinaría.

¿Cuál reputación?, quiso preguntar. A ojos de muchos, ella ya era una puta. Su novia, una puta, una puta sin corazón.

—Estoy solo, Amber —siguió Robert, desnudando su corazón—. Estoy... desesperado por encontrar a mis hermanos. No tengo conexiones que me ayuden, me preocupo mucho por ellos, esos centros de acogida son horribles. Te dan comida, te dan una cama, pero estás solo, y ellos nunca han estado solos, y me asusta...

—Pobre Robert. La calamidad cayó sobre ti, ¿no?

—Amber...

—Siento mucho por lo que estás pasando. Supongo que me has llamado aquí para decirme que lo nuestro no puede continuar, y estás algo preocupado por mí. No te preocupes, yo ya sabía que esto iba a suceder, y estaba preparada emocionalmente para terminar. Es una gran pérdida, porque eres increíblemente guapo, y antes eras tan popular... pero nada es para siempre.

—No, Amber... te necesito...

—No me necesitas. Necesitas a tus padres de vuelta, y eso ya no es posible —Amber se puso en pie y se acercó a él. Le dio un beso en la frente y le sonrió—. Te deseo toda la buena suerte del mundo, Bobby—. Él apretó los dientes con fuerza mientras la miraba alejarse.

En el momento en que más había necesitado un ser humano, ella, su novia, le daba la espalda de esta manera.

La rabia lo llenó hasta la coronilla de la cabeza, y por eso, cuando el camarero le dijo que si no iba a pedir nada lo mejor era que se fuera, reaccionó con violencia, poniéndose en pie tan bruscamente que la butaca en la que había estado sentado cayó de un golpe al suelo.

Fue una señal, como un canto de llamada para el apareamiento entre los animales, pero en esta ocasión, entre tipos que aman la pelea, y uno que estaba atrás lo tomó bruscamente del hombro, y por instinto Robert alejó esa mano de un manotazo.

La pelea inició, y luego de derrotar a tres tipos grandes, el mismo Robert

fue arrojado fuera.

Con la cara rota, los labios hinchados, era muy difícil encontrar un lugar donde trabajar. Intentó volver a la casa de sus padres, pero estaba cerrada. Furtivamente, se metía por una ventana del segundo piso y dormía en su antigua habitación. Tenía cuidado de no encender las luces por la noche para que los vecinos no se alertaran, y así vivió varias semanas, en la oscuridad, el hambre y el dolor.

—Te vi pelear —le dijo alguien una vez—. Con un par de técnicas... serías un buen luchador.

—No. Gracias.

—A veces son cien por noche —le dijo, con la voz de la serpiente tentadora—. Y si ganas, puede duplicarse.

—Reventarme a golpes por cien dólares...

—Supongo que estás ganando muchísimo ahora mismo—. No, no estaba ganando nada. Había conseguido un trabajo en McDonald's, pero lo detestaba, lo detestaba con todo su ser.

Sus sueños de ir a la universidad se habían ido al traste. No había imaginado que la vida de un adolescente cambiara tanto de la noche a la mañana y de manera tan drástica. Y, además, este trabajo no le permitía buscar a sus hermanos, ni mucho menos, investigar quién había sido el maldito delincuente que le disparara a sus padres.

Así que aceptó pelear por dinero. Odiaba que a veces las peleas estuvieran arregladas y tuviera que perder a propósito, y en un par de veces que se rebeló y desobedeció, probó la furia de su jefe.

—Luchas muy bien —le dijo Donna, la actual mujer del jefe, la intocable y preciosa Donna. Pero por alguna razón, cada vez que Robert la miraba, no podía dejar de recordarle a Amber. Tenían el mismo aire de dulzura y nobleza, pero en el fondo eran unas arpías—. Y eres tan guapo... Cuando te ven esa cara, tus contendientes seguro que no saben si golpearla, o besarla.

—No creo que esté bien que usted me esté diciendo esto —Donna se echó a reír.

—No me digas que eres tímido —dijo ella acercándose a él con paso elástico. Había estado entrenando frente a un saco de arena, desnudo de la cintura para arriba, con los puños protegidos por la venda que siempre usaba, sudoroso, y el cabello que ya le llegaba a las orejas, húmedo. Ella, sin ascos, pasó su dedo índice por su pectoral, y lo miró desde abajo con una sonrisa de deseo.

—No soy tímido, soy listo. Si me meto con la mujer del jefe, mis días están contados.

—Eso si se entera—. Ella elevó ahora sus manos a su cabello, y sin importarle que estuviera mojado de sudor, metió sus dedos entre ellos—. Y si yo no quiero, él no se enterará jamás —se acercó y sacó delicadamente su lengua para lamerle la punta de la nariz. Joder, era muy joven, las calenturas aún lo torturaban en la noche, y más desde que ya no tenía novia.

Se puso rígido en sus pantalones y ella sonrió encantada por su reacción.

—Te buscaré. Tal vez esta noche, tal vez mañana, pero te buscaré. Quédate así para mí.

¿Estaba loca?, se preguntó. Pero no pudo dejar de pensar en ella durante varias noches.

Peleaba, le reventaban la cara y las costillas, le pagaban sus cien o doscientos dólares, y poco a poco se fue haciendo más fuerte. Pudo arrendar una pequeña habitación, y seguía buscando a sus hermanos sin mucho éxito.

— ¿El caso de la pareja que murió por un tiro cada uno en la frente? —dijo Randy Howard, amigo y socio del jefe y que venía a la casa principal con bastante frecuencia, recostándose a su asiento con un puro en una mano y un vaso de whiskey en la otra. Tenía el típico aspecto de matón que no se baña sino en licor, y miró de reojo a Robert con una sonrisa en sus labios.

—Son los padres de este chico —le dijo Ted, su jefe, señalándolo sin mirarlo—. Quiere encontrar al asesino.

— ¿Y por qué te metes en eso? ¿Tienes algún interés personal en el asunto? —Ted se encogió de hombros.

—Tal vez gane algo consiguiendo atrapar al asesino.

— ¿Como qué?

—Prestigio.

—Puede ser un asaltante de pacotilla que se exaltó porque no tenían efectivo encima. ¿Qué prestigio tiene acabar con alguien así?

—Yo cuido de los míos —dijo Ted con voz grave—, y Robert es uno de mis mejores peleadores.

—Ah, quieres que te deba la vida, el alma, y te agradezca de aquí hasta que sus puños se caigan, ¿no? —Ted sonrió—. No sé mucho del asunto. No conozco a nadie que pudiera tener interés en una simple familia de clase media. Oí en los medios que eran profesores, así que no fue un asunto de mafias, drogas, u otras organizaciones de ese tipo. No es mucho lo que puedo

aportar.

—Pero sí que sabe dónde buscar cuando se trata de encontrar un asesino a sueldo —intervino Robert al fin en la conversación. Hasta el momento había estado en silencio, expectante, de pie tras su jefe, pero no pudo contenerse más.

—Sí, claro que sé.

—Con esa información, ya tengo —Randy se echó a reír.

—No seas idiota. Si fuera tan fácil...

—Pero al menos, tengo dónde empezar.

—No lograrás conseguir más que un balazo entre los ojos. Sigue peleando, gana dinero. Parece que además de fuerte con los puños, tienes un cerebro, así que úsalo para otras cosas, no te inmiscuyas demasiado en este mundo.

— ¿Me está aconsejando que sea un niño bueno, señor?

—Algo así. ¿Qué tiene de malo?

—Mientras mis padres yazcan en la fría tierra sin ser vengados, yo no seré un niño bueno—. Randy soltó un largo silbido de admiración. Luego, en silencio, lo miró de arriba abajo. Robert estaba limpio, su última pelea había sido hacía más de una semana, por lo que no tenía ya cortes ni moretones. Su cabello, corto y peinado a un lado, y el rostro limpio de grasa o acné, en nada revelaba que era un matón, ni siquiera, un luchador.

—Eres, a todas vistas, un niño bueno. Te miro y te odio. Bien criado por mamá, seguro que incluso sabes hacer el nudo de una corbata, usar los cubiertos, correrle la silla a la chica para que se siente y piense que está con un príncipe. Tus ojos han visto bastante, pero no lo suficiente, y por eso aún están puros. Tienes el aspecto de un chico que prefiere conversar en vez de disparar... No importa lo que digas ahora mismo —siguió cuando le vio la intención al chico de interrumpir— eres un niño bueno. Crece, hazte hombre, experimenta de cerca el dolor y el horror y entonces sí te consideraré un hombre. Mientras tanto, no seas estúpido y conserva tu vida.

Las palabras calaron hondo en su ser. No era digno de ayuda en ese mundo hostil porque tenía el rostro de un niño aún. Y de un niño bueno, para completar.

Empezó a dejarse crecer el cabello. Había pensado en raparlo, pero entonces era peor, y al fin Dios lo bendijo con una barba cerrada y poblada, así que también dejó de afeitarse.

Además de pelear, Ted lo llevaba a ciertos lugares a deshacerse de deudores morosos que no tenían intención de pagar sus deudas. En varias

ocasiones, llegó a sus establecimientos, y luego de romper todo en derredor, partió huesos y mandíbulas, sacó a la calle prostitutas, y rompió botellas para usarlas como arma.

Y en su tiempo libre, preguntaba por Jeremy y Aidan Blackwell en las oficinas del sistema de bienestar a menores. Sin éxito.

—Quieto —dijo la voz de una mujer. Había estado dormido, sudando, pues en su habitación no había aire acondicionado y la ventana abierta no era suficiente. Abrió los ojos y vio que era Donna, la mujer de Ted.

Eran perfectos el uno para el otro, había pensado siempre, Donna y Ted. Ella era morena y curvilínea, con una mirada dura y sabedora, y él era grande, brusco de palabras y ademanes, pero también con ojos de quien ha visto lo peor y ya nada le asombra.

— ¿Qué... qué haces aquí? ¿Cómo supiste dónde vivo?

—Te dije que te mantuvieras duro para mí —dijo ella tocando su entrepierna, y decepcionada al ver que no estaba excitado. Pero fue fácil llevarlo a ese punto.

Si no estaba mal, este chico sólo tenía diecinueve años. No tenía aún edad para comprar licor, siquiera, pero estaba tan bueno que ni ella, una mujer de pasados treinta, podía resistirse. Se sentó a horcajadas sobre él, acariciándose a sí misma con la erección del chico por encima de su pijama, y deleitándose por lo fácil que era llevarlo a ese estado.

Las ventajas de la juventud.

—Señora...

—Donna —lo corrigió ella—. Aunque sea sólo en privado, dime Donna.

—No quiero morir —dijo Robert con sus ojos muy abiertos, pero sin atreverse a apartarla—. Tengo mucho que hacer, y si Ted nos descubre...

—Tonto, ya te dije que jamás lo sabrá—. Le sacó el miembro de sus pantalones, y, anonadado, Robert la vio llevárselo a la boca. No lo conocía, ni siquiera sabía si se bañaba a diario, si estaba limpio, ¿y ya le estaba haciendo esto?

Pero diablos, ¿de qué se quejaba? Estaba disfrutando de una auténtica mamada.

Nadie se enteró. Por mucho tiempo, ella lo buscaba, y si estaba solo, le echaba mano. Su cuerpo no le pertenecía. No podía siquiera estar con otras mujeres. Donna era ahora su dueña.

Mientras Ted lo ayudaba a encontrar al asesino de sus padres, él se estaba

acostando con Donna, y la culpa lo estaba matando.

Estaba empezando a odiarla. No tanto por lo que le hacía a él, que ya era bastante, sino por lo que le hacía a Ted. No sabía si ese hombre estaba enamorado, pero se portaba como tal, sobre todo, cuando creía que estaban a solas. Él le daba todo, cada capricho se lo cumplía, y ella jugaba con él usando la mera fuerza de su dedo meñique.

¿Qué pasaba con esa mujer?

Y, hasta ahora, aparte de su propia madre, él no había conocido a ninguna mujer capaz de ser leal. ¿Tenían ellas sentimientos? ¿Se enamoraban de verdad? ¿Habría alguna en el mundo capaz de desarrollar de verdad amor en su corazón?

Su experiencia le decía que no, y cada vez que veía a Donna besar a Ted con la misma boca con la que se lo mamaba a él, sentía náuseas.

Y lo triste, era que, su propio corazón, estaba siendo seducido por otra mujer. Era guapa, lista, y hasta donde sabía, no era mujer de nadie.

Eso era importante para él. Que ella estuviese libre.

Sheila trabajaba en un restaurante como camarera, también tenía una historia trágica con sus padres, aunque los de ella seguían vivos. Y él empezó a frecuentar su sitio de trabajo sólo para verla.

Pronto hicieron contacto. Ella salió tarde, y él se ofreció a cuidarla, a ser su guardaespaldas, al menos, por esa noche. Sonriente, ella había aceptado.

—No deberías aceptar —dijo él, y ella lo miró de reojo.

—Bueno, es cierto que tienes pinta de matón, pero tus ojos me dicen que no lo eres —él sonrió.

—¿Qué ves en mis ojos?

—Que eres bueno.

—Podrías equivocarte.

—Y tú, deberías venderte mejor a ti mismo —él se echó a reír.

—Es verdad. Soy un chico bueno. Me preocupa tu seguridad y por eso me ofrezco para acompañarte hasta tu casa.

—Y también te gusto —dijo ella con la misma sonrisa—. Vamos, he visto cómo me miras. Te gusto, ¿no es así? —él se metió ambas manos en sus bolsillos.

—Me gustas, y me preocupa mucho tu seguridad —Sheila rio echando atrás su cabeza, y él adoró la curva de su garganta. Qué ganas de besarla, pero a las chicas buenas, no a las Donnas, ni a las Ambers de este mundo, a las buenas, les gustaba ser cortejadas, y él quería hacerlo. Se moría por conquistarla por

la mera fuerza de sus sentimientos.

Ahora mismo, él no era nadie. No era el chico popular jugador de fútbol, y ni siquiera tenía un empleo del que pudiera presumir, ni una carrera, ni siquiera una familia, sólo era él aquí en sus pantalones muriéndose por tener de nuevo cerca a otro ser humano, y ella era linda, lista, y sonreía hermoso.

La siguiente vez que la acompañó a su casa, ella, entre bromas, le dio un manotazo en el brazo, señal de que no se sentía incómoda con el contacto físico, y al fin se decidió a invitarla a salir. Fueron a cine, y en una ocasión, la descubrió mirándolo embelesada, y él no pudo desaprovechar la ocasión para inclinarse y besarla. Su boca era perfecta.

Y la primera vez que se acostaron, Robert sintió que tocó el cielo con sus manos. Ella era divina, ni demasiado ansiosa y dominante, ni demasiado pasiva.

Diablos, se estaba enamorando. Pero no tenía miedo, para nada.

—Entonces, ¿estás buscando a tus hermanos? —le preguntó Sheila una noche, luego de que él le contara sus tragedias. Robert asintió en silencio, sentado desnudo a su lado, con la sábana entre las piernas, mirando al vacío.

—No descansaré hasta que los tenga a mi lado —dijo—. No descansaré hasta que encierre al asesino de mis padres—. Ella extendió su mano hacia él acariciando su cabello, preguntándose si acaso el tenerlo largo era parte de las promesas que se había hecho. Él pareció leer sus pensamientos y le sonrió—. Tampoco me lo cortaré hasta que llegue ese día; hasta que vea tras las rejas al responsable de la destrucción de mi familia, no luciré como un niño bueno—. Sheila sonrió un poco sorprendida.

—Con el cabello corto y sin barba...

—Parezco un niño bueno, sí —sonrió él.

—No lo hubiera imaginado.

—Es una lástima que no lo puedas comprobar —dijo él inclinándose sobre ella, mientras Sheila reía encantada.

Era su mujer ya, pensó Robert con el corazón palpitante de alegría. ¿Y si se establecía y encontraba un mejor empleo? ¿Y si le pedía que se fueran a vivir juntos? Cuando fueran mayores de edad, se casarían. Ah, sería perfecto. Además, debía tener en cuenta que cada vez hacían el amor con más frecuencia, y en una que otra ocasión, él había olvidado el preservativo. En cualquier momento ella podía decirle que estaba embarazada, y él debía afrontar las consecuencias.

Antes de que eso sucediese, él debía irse preparando para cualquier cosa,

incluso casarse.

No le asustaba casarse si era con ella.

Pero esa noche no compartió con ella sus pensamientos. Era demasiado pronto, y le asustaba espantarla, pero sí que empezó a tejer alrededor de ella una red de encantos y mimos para que por sí misma quisiera quedarse a su lado. En su cumpleaños, como ya se había dado cuenta de que necesitaba un teléfono nuevo, se lo compró como regalo, además de una habitación de hotel con pétalos de rosa sobre la cama, globos rojos y una bañera con velas perfumadas.

Cuando andaba por la calle con ella, le tomaba la mano y se ubicaba él en el lado de la calzada, siempre protegiéndola. Cuando cumplían meses de novios, la llevaba a cine, a alguna obra de teatro que no fuera tan costosa, o simplemente comían en cualquier sitio. Su presupuesto era ajustado, y tenía que ahorrar mucho, pero cuando la veía a ella, se decía que ahora mismo ella era su presente, lo más importante.

Ella era algo hermoso que había encontrado en medio de su suciedad, de su soledad, y necesitaba atesorarla, y hacía todo lo posible porque así se sintiera ella, como su tesoro.

*No me hables de amor
El amor es para mí un veneno sin antídoto
Sin un puente, un abismo
Es dolor fuerte y sin sentido*

—Es tan estúpido, ¿no lo puedo creer! —gritó Sheila, muerta de risa, contándole a Brett lo que había ocurrido anoche en esa misma cama—. Es decir, yo pensé que era un tipo interesante, porque trabajaba para Ted y todo eso; alguien con ambiciones, alguien con el empeño de ser grande... pero no es más que una niña. ¡Una princesita! ¡Casi me propone matrimonio!

Totalmente paralizado, Robert se quedó de piedra tras la puerta, escuchando lo que su novia le estaba contando a otro tipo mientras los dos yacían desnudos en la cama, la cama que antes había compartido con ella. Se había ido de viaje con Ted esta mañana, y la idea era pasar varias noches fuera, pues lo necesitaba a su lado, pero los planes habían cambiado a último momento y había regresado a la casa de su novia sin previo aviso.

No dar aviso era una buena idea si querías capturar a tu pareja infiel infraganti. Funcionaba al cien por cien; muy poco original, pero efectiva.

Al entrar furtivamente en su pequeño apartamento vio, con el estómago encogido, zapatos y ropa de hombre, que no era suya, desperdigados por toda la sala. Y luego escuchó las risas de ella, y la conversación. Sheila parecía estar un poco ebria, lo cual era muy extraño en ella, que no bebía siquiera cerveza, al menos cuando estaba con él.

Y el corazón le empezó a doler, mucho, fuerte, duro.

Sheila, su Sheila, la mujer más importante en su vida, o la única, no era más que otra zorra más, otra zorra infiel.

Se llevó la mano al pecho, pero se dio cuenta de que ésta estaba ocupada con el ramo de flores que había comprado para ella.

—Pero lograste sacar algo de información, ¿no? —preguntó el tal Brett— Qué es lo que en verdad está buscando.

—Oh, bueno. Venganza. Lo típico. Busca al asesino de sus papás.

—No lo va a encontrar —auguró él otro—. Nadie suelta información así por mera compasión.

— ¿Tú sabes algo?

—Ya te gustaría, ¿no, gatita?

—Si sabes algo, ¿me lo dirás?

—¿Qué conseguirías con esa información?

—La sensación de que domino a un hombre. Así como Donna. La admiro tanto. Si Rob tuviera aspiraciones de convertirse en alguien como Ted, aceptaría lo que me ofrece, pero no. Quiere ser alguien diferente, un oficinista, o algo así. ¡Palurdo! Jamás lo aceptaría. Yo quiero ser como Donna.

Como Donna, pensó Robert sintiendo que su dolor se transformaba en ira. Como esa puta desleal y traicionera.

—Yo seré algún día como Ted —dijo el tipo.

—No eres tan fuerte como mi Rob. Él gana siempre en las peleas.

—Cada vez tengo más hombres a mi lado —ofreció él, y la voz de Sheila cambió.

—Bueno, eso es interesante. Si tienes hombres a tu lado, no necesitarás tus puños.

—Afortunadamente, y aunque es lo único que tengo ahora —dijo Robert apareciendo de repente ante ellos en la habitación, con la mirada oscurecida y la mandíbula apretada por la ira—, mis puños funcionan muy bien —de un solo movimiento, Robert tiró de la sábana que cubría a ambos dejándolos desnudos. Sheila gritó saltando para alejarse, pero él la tomó del brazo con fuerza, y ella siguió chillando para que la soltara. Brett lo miró con ojos grandes de miedo, buscando con movimientos nerviosos su ropa, y poniéndosela a toda carrera y mal. Ya antes había peleado contra Robert, y siempre había perdido, y eso que en su mirada no había esta fría rabia de ahora.

—No vas a pelearme conmigo por esta zorrita, ¿verdad? —le dijo, y Robert sonrió.

—Ninguna mujer merece que se peleen por ella. Lárgate antes de que te mate a puñetazos—. Brett salió corriendo del lugar, mientras Sheila seguía llorando tratando de soltarse de su agarre.

Y ella lo había traicionado por un hombre que ni siquiera se quedaba a ver qué era de su vida. Bien podía matarla aquí mismo, pero Brett había preferido huir.

Dios, ella acababa de tener sexo con él, con ese otro. La boca que lo besaba a él, había estado en lugares del cuerpo del otro. Tal como Donna.

La miró con tanto asco, odio y dolor, que Sheila empezó a preocuparse de veras.

— ¿Me vas a matar? —le preguntó con voz temblorosa.

—Debería, ¿sabes? —dijo Robert con voz dolida—. ¿Cómo es que no me di cuenta que estabas conmigo sólo para satisfacer tus propias egoístas ambiciones?

—Si vas a matarme, ¡hazlo ahora mismo!

— ¿Por qué, Sheila? —siguió él, dándole paso al fin a su dolor— ¿Tenías que mentirme? ¿Yo... no te era suficiente? Estaba dispuesto a darlo todo por ti, ¡a dejarlo todo por ti! —ella guardó silencio, y al ver que no diría nada, Robert dejó caer sus hombros soltándola. Pensar que se había sentido enamorado, ¡que incluso estaba haciendo planes con ella!

El estómago se le revolvió cuando cayó en cuenta de que, desde que estaba con ella, ya ni siquiera pensaba con la misma frecuencia en la venganza de la muerte de sus padres, y cada vez había aplazado más y más la idea de salir a buscar a sus hermanos. No. Él había estado muy ocupado soñando con una casa, un hogar, una mujer.

Patético, terriblemente patético. Sentía náusea por verse a sí mismo, se avergonzaba; qué terrible traición hacia sus propios propósitos.

Se recostó a una pared sintiendo que de verdad vomitaría por el asco que le daban sus propias acciones, y pensar que la culpable no merecía siquiera las tristes flores que le había traído, y que habían quedado olvidadas en el suelo.

¡Cuán bajo había caído, qué ilusión tan barata!

Los ojos se le humedecieron, pero de furia, de ira, de vergüenza.

La miró de nuevo. Ella se abrazaba así misma contemplando sus opciones para escapar, pero él bloqueaba la única salida, y ella estaba desnuda. La vio tomar la sábana que él había arrojado a un lado para cubrirse con ella. Una sábana que debía estar sucia, porque hacía poco había tenido sexo con el sucio de Brett.

Algo que él había considerado precioso, utilizado por otro hombre. Algo que él había adorado, siendo ofrecido por su propia cuenta a alguien más.

No, ella no era tan culpable, se dijo. El culpable había sido él por elegirla, por creerle, por pensar que su consuelo, sus palabras de apoyo, sus risas y sus caricias eran reales.

No lo habían sido, porque esta mujer también era incapaz de ser sincera y leal. Como tantas otras, era insensible y falsa.

Ah, pero eso no impedía que le doliera tanto.

— ¿Sentiste algo por mí? —estúpido, se gritó a sí mismo en cuanto la

pregunta salió de sus labios. Pero Sheila no contestó, parecía demasiado asustada.

Se enderezó de nuevo, tragó saliva varias veces, y miró hacia la pequeña salita en la que, en ocasiones pasadas, habían compartido una película, una conversación. Él le había ayudado en varias ocasiones a pagar el arriendo. Esa nevera que estaba en la cocina la había pagado él, porque ella no tenía, y sus alimentos se dañaban siempre. Había comprado este colchón, porque el de ella era ya demasiado viejo, comprado de segunda mano. Poco a poco, él había ido trayendo su ropa, porque odiaba dormir solo, sobre todo, porque Donna se aparecía sin previo aviso para usarlo como un rascador cuando tenía comezón.

Había mejorado la habitación de su novia porque era más grande, y habían planeado que en cuanto regresara del viaje en el que estaba, se vendría a vivir aquí.

Si hacía cuentas, el apartamento le pertenecía.

Pero no quería estar aquí, pensó cerrando sus ojos. Era increíble, pero su corazón había alcanzado a enamorarse de verdad.

Ah, dolía, dolía.

La miró con ojos humedecidos, y vio que ella ya no parecía tener miedo. Tal vez pensaba que por muy furioso que estuviera, él no le haría daño físico. Había leído en él que no era de los que le ponía la mano encima a una mujer.

Y por eso tenía esa apariencia tan tranquila.

Sonriendo, y con toda la intención de demostrarle cuán equivocada estaba, se acercó a ella, y tomándola del cuello, la tiró de nuevo en la cama y apretó contra ella impidiéndole siquiera moverse.

— ¡Suéltame! —gritó Sheila, pero él no podía. Un monstruo se había despertado dentro de él—. Déjame —lloró ella—. Por favor.

Vio el físico miedo en sus ojos, y eso lo detuvo. Soltó su agarre y se alejó.

— ¡Eres un maldito! —gritó ella, tosiendo. Poniéndose las manos en la garganta y mirándolo con odio—. Maldito, maldito. ¡Te odio! —Robert meneó la cabeza sin decir nada. Entró al baño y empezó a sacar sus cosas.

—Sí, vete. Vete antes de que llame a la policía y te acuse de violencia contra la mujer. Te mereces que te encierren, ¡estás loco! —encontró una bolsa de alguna tienda y ahí empezó a meter sus cosas. Ropa interior, camisetas.

Pocos minutos después, hubo recogido todo. Le echó un último vistazo, pero no podía pensar en ella sin odiarse a sí mismo, así que su escrutinio duró muy poco.

—Pudo haber sido hermoso, Sheila —le dijo—. Si tan sólo hubiese sido real también.

—No me culpes sólo a mí —dijo ella deteniéndolo, pero no se giró a mirarla—. Estaba destinado a pasar—. Él unió su entrecejo, sintiendo dolor otra vez.

— ¿Es así, Sheila?

—Eres muy lindo cuando estás enamorado —dijo ella—. Pero las mujeres no queremos hombres lindos, sólo queremos... hombres—. Los labios de Robert temblaron, y antes de que ella pudiese agregar algo más, él salió del apartamento.

Corrió a la calle, y odió su dolor, odió sus lágrimas y la decepción. Decepción de sí mismo, contra el sexo femenino, contra todo el mundo.

Cuando Donna lo volvió a buscar, esta vez no sintió aprensión, ni ningún tipo de temor. Antes, cada vez que esta mujer se le acercaba, sentía culpa, inquietud, malestar, pero ya no era así. Las mujeres no querían hombres lindos, se dijo. Sólo hombres. Y en esa ocasión, cuando Donna movió su mano para tocarlo, él se la tomó con fuerza, le dobló el brazo haciéndola retorcerse y la sometió. Sin embargo, eso parecía excitarla sobremanera, y el sexo a partir de allí fue rudo, sin contemplaciones.

Y la mirada de Donna empezó a cambiar. Él ya no era un niño, ya no tenía ojos de niño bueno, tampoco. Cuando estaban con los demás ni la determinaba, podía mirar a través de ella, y ella detestaba eso. Eliminó a todas las mujeres con las que supo que se acostaba, o tenía intención de hacerlo. Lo quería sólo para ella.

Pero él no quería nada. Cuando estaban juntos, ni siquiera la besaba, sólo la sometía, la penetraba con fuerza, satisfacía su propio deseo y la desechaba. Estaba hirviendo de furia sólo por eso.

— ¡Te amo! —le dijo una vez al fin, y Robert sólo la miró de arriba abajo, elevando una ceja, lleno de incredulidad; jamás esperó escuchar esa frase de parte de ella. Ya la había oído antes; se la había dicho Amber, Sheila, pero había creído que ella, Donna, estaba hecha de otro material—. Por favor, créeme. Te amo.

—Casi podrías ser mi madre. ¿Y me amas? No seas ridícula.

— ¡No me trates así!

—Ve y date un baño.

—Bobby, por favor... —él le tomó la mano que intentó tocarlo y se la retorció con fuerza—. ¡Me haces daño!

—No me toques si no te he dado permiso. Tampoco te he autorizado a que me pongas motes. Para ti, soy Robert.

—Pero soy tu mujer, tengo derecho a...

—No, eres la mujer de Ted, mi jefe.

—¿No sientes nada por mí?

—Sí —dijo, y con rotundidad, agregó: —Asco.

Tan sólo un mes después de terminar con Sheila recibió una llamada suya. Lo sorprendió muchísimo enterarse de que su ex novia estaba internada en un hospital. Cuando fue a verla, porque fue incapaz de ignorar su llamado de auxilio tal vez porque en su corazón aún había rezagos del fuerte sentimiento que había tenido hacia ella, quedó completamente devastado.

Sheila estaba en una cama, muy mal. Al verlo, ella le extendió su mano, y él no pudo negarse a darle el consuelo que le pedía. Las semanas pasadas había estado triste, muy triste por ella, lamentando que las cosas fuesen así, pero seguro de que jamás podría volver con ella, aunque le pidiese perdón.

Pero ella estaba enferma ahora, se le veía muy mal.

Cuando la tocó, notó su altísima fiebre. Ardía, y su cuerpo tembloroso se había reducido muchísimo, pues estaba muy delgada.

—¿Qué... qué pasó, Sheila? ¿Por qué estás así?

—Tienes que ayudarme —dijo ella como si estuviera temblando de frío, o tal vez era que no tenía fuerzas—. Tienes que ayudarme —repitió.

—Ayudarte... ¿cómo puedo...?

—A los médicos... dile a los médicos... que tienen que salvarme. Si se lo dices tú, lo harán. Dile que me salven.

—Pero... ¿qué tienes? ¿Por qué estás así?

—Diles que me salven, amenázalos. Diles... que soy tu mujer, que soy muy joven. No puedo morir, ¡no quiero morir! —Robert tragó saliva, y acarició su frente notando que esta ardía aún más.

Salió de la habitación y buscó al médico a cargo, y en cuanto lo halló, lo atacó a preguntas desesperadamente. El profesional elevó una mano haciendo callar el aluvión de preguntas.

—¿Usted es su novio?

—Sí —contestó él sin dudar, sabiendo que, si no daba una respuesta positiva, no le informarían acerca del verdadero estado de Sheila.

—Entonces, usted sabe lo que ella hizo, ¿no?

—¿Qué hizo?

—La paciente se presentó aquí anoche con una hemorragia muy grave, taquicardias y fiebre alta, y aunque intentamos ayudarla de inmediato, no ha evolucionado favorablemente. Por el contrario, la infección se ha extendido al resto de sus órganos provocando una falla multiorgánica, y no responde a los antibióticos por más fuerte que sean. Ya hemos alertado a las autoridades acerca de esta situación, y corre por cuenta suya demandar a la persona o al sitio al que fue para practicarse un procedimiento tan chapucero que la puso a ella en ese estado.

—Procedimiento... No, no entiendo.

—El aborto ilegal tiene estos riesgos, y si fueron a un sitio que tal vez no contaba con la menor asepsia, este es el típico resultado. Ella debió haberlo hecho en los días pasados, tres o cuatro, y a pesar de que presentó síntomas, no vino sino hasta que se halló muy mal—. Robert escuchó aquello como si fueran palabras que lo hundieran en un profundo pozo de desolación. Aborto. Sheila se había practicado un aborto.

Sheila había estado embarazada. ¿De quién?

Con paso lento, como si le pesara su propia humanidad, caminó de vuelta a la camilla donde se hallaba, y mirándola con ojos vacíos, le preguntó:

— ¿De quién era el bebé, Sheila? —ella abrió sus ojos y lo miró. Tenía los labios pálidos y reseca. Sacó su lengua para humedecerla, pero no hubo el menor cambio—. Sheila, contéstame. ¿De quién era el bebé?

—Tuyo... por supuesto.

—Mío... ¿y lo mataste?

—Tú... ya no me querías. Si no me querías a mí, menos querías... esa molestia—. El corazón de Robert terminó de partirse en mil pedazos tras escuchar aquellas palabras.

Ella no lo había buscado para decirle que esperaba un bebé suyo; como ella misma lo consideraba una molestia, y dado que era un ser desprovisto de emociones, apego o cualquier otro sentimiento, había pensado que para él sería lo mismo, así que, por cuenta propia, había decidido acabar con la vida de su hijo. Con la vida de esa pequeña “molestia”.

Apretó fuerte su mandíbula mirándola con profundo odio. Casi podía pasar por alto que fuera infiel, pues muchas, o todas las que él había conocido, lo eran; que se acostara con otros estando con él... Todo eso, junto, no era tan grave frente a esto. Ahora mismo, la consideraba peor que una asesina.

Cuando él peleaba, cuando dejaba a otros reventados y casi al borde de la muerte, lo hacía contra personas de su mismo tamaño, que podían defenderse,

que estaban en las mismas circunstancias que él. Y en esas peleas pendía una verdad sobre la cabeza de los contrincantes: sólo uno podía salir triunfante. Pero Sheila había acabado, sin el menor reparo, sin la menor duda, con la vida de un ser diminuto que ni siquiera logró darse cuenta de su propia existencia. Su hijo había muerto a manos de su propia madre.

—Te odio tanto —dijo en un susurro, un susurro que quebró su voz, su alma y su vida.

— ¿No... no me vas a ayudar?

—Eres... eres una asesina... y vas a morir tú también.

—Rob... Por favor, Robert ...

—Has acabado con tu propia vida. Si los médicos no pueden ayudarte, yo menos.

— ¿Me... me vas a dejar? —preguntó ella cuando lo vio dar la espalda. Robert caminó a prisa hacia la puerta, no pudiendo evitar ya las lágrimas, ni el llanto. La escuchó llamarlo, pero no podía volver a verla. No podía volver a ver el verdadero ser humano que se escondía tras la máscara de niña buena, sonriente y seductora que él siempre había visto. No era capaz, el dolor lo iba a matar.

Todo el tiempo que la adoró, que se esmeró por su bienestar, que aportó para hacer crecer los sentimientos de ella por él fueron tiempo perdido, porque desde el principio ella no fue una mujer, sino un monstruo.

Una vez afuera del hospital, dejó escapar un alarido de rabia, de desesperanza, de promesas de nunca volver a creerle a nadie de esta manera, y menos a una mujer.

Creer dolía, y él no estaba dispuesto a volver a pasar por algo así.

Pasaron dos años cuando al fin supo algo. No de sus padres, sino de Jeremy. Había escapado del hogar de acogida donde había estado, y su miedo se intensificó. Algo muy malo debió haber ocurrido para que Jeremy abandonara la protección de un techo y se aventurara a vivir en las calles. No podía ser, él no sabía vivir de ese modo. Una cosa es ver a los chicos durmiendo en los parques y andenes, y otra, conocer su día a día. Eran todos drogadictos; estaban muertos, de verdad, del hambre, y poco a poco iban borrando sus recuerdos, sus conciencias, y perdiendo sus almas por el frío, la necesidad, y la soledad.

No. Jeremy no.

Seguía sin saber nada de Aidan, pero ahora era urgente encontrar a Jeremy.

Su búsqueda se intensificó. Entró de nuevo a la abandonada casa de sus padres y sacó un retrato suyo y empezó a preguntar por él en las calles. A cuanto chico, a cuanto vendedor, a todo el mundo.

Llegó a faltar al trabajo, y sólo peleaba porque era su medio de vida, pero la desesperación por su hermano lo estaba enloqueciendo.

Encontró a Jeremy en las calles, tan delgado que no pesó nada cuando lo alzó del suelo, envuelto en trapos viejos y sucios y papel periódico. Dios, se acercaba ya el invierno, si no lo hubiese encontrado a tiempo, lo habría perdido.

Cuando lo vio, envuelto en periódicos en una vieja estación de tren, débil del hambre y tembloroso de frío, su corazón terminó de partirse en dos.

—Rob... ¿Robert? —llamó Jeremy al verlo. Robert cerró sus ojos y lo abrazó con fuerza. Su hermano, su hermano pequeño, su querido hermanito, tan mal.

—Ya estoy aquí, Jay—. Dijo él, usando el diminutivo que su padre le ponía de vez en cuando—. Ya estoy aquí—. Jeremy lo abrazó, y lloró. Lloró mucho en su hombro, hasta empaparle la camisa, y también Robert lloró, pero en cuanto pudo recuperarse, lo alzó y lo llevó a su apartamento.

*Hace mucho tiempo amé a alguien
Tan fuerte, tan profundamente
Que ahora mi corazón está oprimido
Y la soledad llena mi ser*

Al tener a su hermano a su lado, su vida cambió; la actitud frente a muchas cosas también mejoró, pues ya no sentía ese ferviente deseo de prenderle fuego al mundo. Aunque tuvieron que cambiarse de habitación porque a la casera no le dio la gana de que los dos siguieran viviendo en el mismo lugar, no le importó mucho, simplemente encontró un sitio donde cupieran dos camas, entró a trabajar en una tienda departamental durante el día, e incluso consiguió que Jeremy entrara a la escuela. De ese modo, el Estado le permitió hacerse cargo de su hermano adolescente. Jeremy ayudaba económicamente trabajando por horas en una heladería, y Robert siguió peleando esporádicamente, siguió trabajando para Ted, y aunque sus días estaban colmados, eso no le molestaba; mantenía la mente ocupada, sus músculos ocupados, y eso lo hacía sentirse mejor, más liviano. Sólo quedaba encontrar a Aidan.

Jeremy lo miraba a veces con preguntas en sus ojos. Ya le había contado a Robert lo que le había hecho huir de la casa de acogida en la que había estado, y aunque eso había puesto en peligro su vida, él no le podía reprochar nada.

Pero ahora ya no tenía que preocuparse, se decía su hermano mayor, ya estaba a su lado.

—Tus padres no murieron en un simple asalto —le dijo Ted a Robert una noche—. Fueron asesinados.

Era una verdad demasiado reveladora, esto lo cambiaba todo. Una cosa era buscar a un simple asaltante demasiado entusiasta, y otra, dismantelar una organización criminal.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué asesinaron a sus padres? ¿Qué tenían en contra de ellos? Eran dos simples ciudadanos de bien, sin ganancias ilícitas, ni negocios turbios. La casa en la que vivían así lo decía, no eran nada del otro mundo. ¿Por qué acabar con sus vidas? ¿A quién le representaban una amenaza?

Sin embargo, la ayuda de Ted no pudo ir más lejos, porque un día, y de la

nada, levantó su arma contra él. Robert lo miró con ojos grandes de asombro, y miedo. Había estado en la sala hablando con Randy, que, estupefacto, observaba la escena, y aunque pudiera echar a correr, eso era lo menos inteligente que debía hacer ahora.

No podía morir, Jeremy aún era menor de edad, y no habían encontrado aún a Aidan. No podía morir.

Sin embargo, y mientras le apuntaba, Robert no pidió clemencia, ni rogó por su vida, simplemente levantó las palmas de sus manos en señal de indefensión pensando rápidamente cómo salir de ésta.

— ¿Puedo saber... por qué merezco morir?

— ¿Y lo preguntas, maldito? Todo este tiempo te has estado tirando a mi mujer, ¿y me preguntas por qué mereces morir? —Robert apretó los dientes, y segundos después, apareció Donna en la sala, llorando y gritando. Le rogaba a Ted que le perdonara la vida a Robert, su Bobby, porque ella lo amaba.

Estúpida mujer.

— ¿Qué hiciste? —le preguntó mirándola con desprecio.

— ¡Se lo dije todo! Le dije que te amo. No puedo seguir con él.

— ¿Estás loca? Tú y yo no tenemos nada. ¿Cómo puedes inventarte esas cosas?

— ¡No lo niegues! —gritó Donna—. ¡Te amo! ¡Sabes que te amo!

—Y ahora moriré por eso, ¿no te das cuenta? —Donna miró a uno y a otro con los ojos anegados en lágrimas.

—No lo mates, Ted, por favor... —lloraba ella—. Estarás acabando también con mi vida—. Robert no le quitaba el ojo de encima a Ted. Pensó en que, si de verdad tuviera intenciones de matarlo, ya le habría disparado en el centro del pecho.

No bajó la guardia, pero sí dejó salir el aire y lo miró a los ojos.

—Antes de que dispares, ponte en mi lugar, por favor. Sabes que cuando empecé a trabajar para ti... no era más que un niño. Ella... tiene poder. ¿Qué habrías hecho tú?

—Se lo habría contado a mi jefe —masculló Ted entre dientes.

—Y mi jefe... ¿me habría creído? A mí, que era un aparecido, ¿me habría creído? ¿O habría levantado su arma contra mí, justo como ahora? —Ted pestañeó mirándolo, miró luego a Donna, que seguía aferrada a Robert —. ¿Habrías soportado que viniera ante ti con una acusación como esta? ¿Me habrías perdonado a mí? —Ted cerró sus ojos, pero no dejó de apuntarle—.

Te he sido leal... en todo lo que he podido. He puesto el pecho para proteger tu vida, porque has sido... como un hermano mayor para mí. Pero también te temía... y sabía que esto no lo pasarías por alto—. Robert tomó aire, y recordó las palabras de Brett antes de huir del apartamento de Sheila aquella vez — ¿Realmente... vale la pena pelear por... ella? ¿Lo vale? —Ted debió pensar que no, porque bajó el arma, y Dona lloró de alivio, y corrió a Ted para abrazarlo, tal vez. Robert no supo en el instante qué estaba ocurriendo.

Por eso el disparo que se escuchó sorprendió a todos; a él, y a los hombres que habían corrido al escuchar los gritos. Cuando Ted cayó al suelo, los hombres corrieron, unos para auxiliar a su jefe, otros para apresarla a ella. Esa desquiciada le había disparado a su marido luego de que le perdonara la vida a su amante, y Robert no pudo sino pensar que algo andaba muy mal con ella. Estaba delirantemente loca.

Y dado que las desgracias llegaban todas juntas, en el momento en que intentaban salvar la vida de Ted, y en medio de la confusión y el alboroto, llegó la policía, que hacía tiempo estaba tras ellos, llevando a cabo una redada que se convirtió en un intercambio de disparos, dando como resultado la muerte de muchos de los que estaban allí. Él huyó junto a Randy, el amigo de Ted, malherido, sangrando.

Randy les dio todo el dinero que traía consigo, las joyas que llevaba, con tal de que Robert le consiguiera un médico sin tener que llevarlo a un hospital, y así lo hizo él. Sin embargo, fue muy tarde para Randy, y tuvieron que deshacerse del cuerpo.

Cuando lo dejaron en un sitio en el que la policía pudiera encontrarlo fácilmente, Jeremy le mostró un pequeño pedazo de papel; en el bolsillo de Randy había estado un billete de lotería, que luego había sido el número ganador de cincuenta millones de dólares.

Cinco años después, un día, andando por la calle, Jeremy le mostró a Robert el anuncio de un cantante de música pop-rock. Ambos se quedaron de piedra al ver que era el mismísimo Aidan, su hermano menor.

Ahora tenía diecinueve años, se había empezado a hacer famoso desde los dieciséis, pero como la música y los ídolos adolescentes no eran la prioridad de ninguno, habían tardado en advertir su existencia.

Fueron a su concierto, como si fuesen dos fans más; hicieron fila para pedir su autógrafo por haber pagado el asiento vip, y cuando estuvieron frente a

frente, Aidan los abrazó con tanta fuerza que parecía querer fundirse con ellos, y lloraron, y se besaron las mejillas, y se alborotaron los cabellos, y volvieron a llorar.

Les contó que había sido adoptado por una familia rica casi en cuanto lo llevaron al centro de acogida, que se lo habían llevado al extranjero, y le habían dado un nuevo apellido, Swafford.

— ¿Fuiste feliz? —le preguntó Jeremy. Ya no estaban en su camerino, sino en un restaurante de lujo, solos los tres, aunque Aidan tenía a dos guardaespaldas esperándolo afuera.

Ante la pregunta, Aidan sonrió.

—Lo tuve todo.

— ¿Pero no fuiste feliz? —el más joven de los tres tragó saliva y meneó su cabeza en un gesto de negación.

—No. Los eché de menos a ustedes, a papá y a mamá. Demasiado.

—Sólo estuviste con ellos por seis años —apuntó Robert.

—Eran mis padres —aseveró Aidan mirándolo a los ojos—. No reconoceré nunca a otros padres más que a Ellynor y a James Blackwell.

—Puedes... volver a ponerte el apellido, si así gustas—. Aidan cerró sus ojos con fuerza.

—Necesito llevar el Swafford un tiempo más—. Robert lo miró entrecerrando sus ojos.

— ¿Hasta cuándo? —Aidan se encogió de hombros.

—No te preocupes por eso. Mis hijos serán unos Blackwell, mi señora esposa será una Blackwell... eso, si algún día me caso y tengo hijos. No soy un Swafford de corazón, soy un Blackwell. Siempre lo seré.

—Eres adoptado —dijo Jeremy volviendo a la broma de siempre, y Aidan se echó a reír, pero entonces ambos notaron que no era una risa divertida, que era más bien hueca.

La sonrisa no iluminaba sus ojos, no salía de su alma. Algo le habían hecho a Aidan, y Robert suspiró pensando en que mataría al que le hubiese puesto a su hermano las manos encima.

Y eso sólo hacía la lista de personas de las que debía vengarse más y más larga. Sus hermanos ya no eran los mismos de antes, él no era el mismo de antes, y la raíz de todas sus desgracias había sido la muerte de James y Ellynor, sus padres.

Jeremy ingresó a la universidad e hizo una carrera, luego, la hizo él, retomando el sueño que había tenido de adolescente de estudiar y llevar su propio negocio.

Ahora tenían dinero, pero eran conscientes de que, si no tenían los conocimientos adecuados, en vez de multiplicarlo, lo agotarían, y habían descubierto que con dinero era más fácil seguir con sus propósitos. Habían borrado todo el mal historial en la policía, ahora tenían amigos con cierta influencia, conexiones aquí y allá, pero ellos no querían ser unos simples “levantados” de la pobreza, tenían que llegar a la élite, ser una fuerza que mereciera ser tenida en cuenta, y arrasarse con lo que se atravesara sin ninguna duda o vacilación.

Las mujeres iban y venían, tanto para él como para Jeremy. Ninguna permanecía lo suficiente como para ser llamada novia, ni siquiera, relación. Y así era mejor. Él, particularmente, había aprendido que aquello era un arma de doble filo en el que siempre salía perdiendo.

Nunca supo nada más acerca de Donna, y supo que Sheila había fallecido en aquel hospital tan sólo dos noches después de haber ido a verla. Había dejado de existir, pero, en cierta forma, seguía viva en el lado oscuro de los recuerdos de Robert, el lado que criaba el odio y la sed de venganza.

—Mierda, esto no le va a gustar a Jeremy —dijo Robert, poniendo su mano sobre su hombro herido, y la mujer que le había disparado había soltado el arma dejándola caer al suelo al darse cuenta de lo que había hecho.

Había venido a esta casa para hacer un poco de presión sobre el propietario de cierta empresa que no se daba por vencido en cierto negocio. Lo habían buscado cuando su empresa estaba al borde de la desaparición, y le ayudaron con unas cuantas condiciones. Con duro trabajo, la habían sacado a flote, y ahora que se hallaban bien de nuevo, el dueño se negaba a soltar la parte que le había prometido a los Blackwell.

El hombre incluso le había propuesto el casarse con su única hija, una veinteañera preciosa y que estudiaba en alguna prestigiosa universidad, pero eso no les interesaba a los Blackwell. Si iban a sacrificar su soltería, debía ser por algo que verdaderamente valiera la pena, y así se lo habían dicho. La mujer, al ver que no quitaban el dedo del renglón, se había desesperado, y tomando el arma de su marido, le había disparado.

No tenía tan mala puntería, si había conseguido darle en el hombro.

Jeremy fue a verlo de inmediato, asustado, indignado porque las cosas

habían salido así. Habían echado una moneda a ver cuál de los dos intimidaba mejor a esas personas para que cumplieran con su palabra y la suerte le había tocado a Robert, y ahora se sentía terriblemente mal por eso. No imaginó que se fueran a poner agresivos al punto de dispararle, siendo que su hermano iba solo y desarmado.

Un viejo amigo médico le había curado la herida sin necesidad de llevarlo a un hospital. Si lo hacían, tendrían que dar parte a la policía, y eso no les interesaba. Gracias a esta herida, habían obtenido más de lo que pensaron en un principio, más unas profundas disculpas.

—Seguro que, cuando sangrabas, pensaste en que mejor hubieses aceptado casarte con esa chica —dijo Jeremy con voz grave y cruzándose de brazos mientras él intentaba ponerse una camiseta usando sólo una mano. El médico recogía sus instrumentos luego de esterilizarlos y los guardaba en su maletín.

—Oh, no. Sigo prefiriendo el balazo.

—Estás loco.

—No nos fue tan mal, si sólo perdí un poco de sangre. En la próxima ocasión, serás tú quien se sacrifique—. Jeremy sonrió con sorna, pero no dejó de mirarlo un tanto preocupado, aunque luego la situación pasó a ser sólo una cicatriz en el hombro y una anécdota.

Poco después, Jeremy tuvo que cumplir con su parte, y se sacrificó a sí mismo casándose con Jennifer Hendricks, una hermosa rubia cuyo imperio y herencia no podía ser conquistado más que con el matrimonio, y en medio estaba una promesa hecha desde el corazón con el que había sido uno de sus escasos amigos. Hoy, más que nunca, se alegraba de haber sido baleado en aquella ocasión, porque seguro que le habría tocado a él.

Y luego, su hermano se enamoró de ella. Robert lo miraba sintiéndolo realmente.

Desde lo profundo de su alma, lo compadecía, y de verdad que estaba preocupado. A golpes, él había aprendido que las mujeres eran simplemente una amenaza, una bomba inestable entre las manos desnudas; un hilo demasiado delgado, y del cual no debía pender ninguna vida.

Así que, cuando Jennifer le hizo daño a Jeremy, a él, a su hermano pequeño, al único familiar de sangre que tenía en el mundo y por el que estaba dispuesto a dar su propia vida, lo usó como un arma contra ella.

Los divorcios eran rápidos y ágiles hoy en día, y ella tenía mucho que perder.

Pero Jeremy no se divorció aun creyéndola infiel, sino que siguió adelante con su matrimonio. Y cuando vio que no era él el único que luchaba, sino que también ella daba más de lo que se esperaba, tuvo que aceptar que Jennifer, tal vez, tal vez, estaba hecha de otro material. Tal vez.

Aún no se fiaba de ella. En cinco o diez años, ella podía mostrar su verdadera naturaleza, no se sabía.

Pero no podía hacer nada, más que esperar. Afortunadamente, él sí que se había vacunado contra ese mal llamado amor. Las mujeres le gustaban para el sexo, pero más allá de las actividades del dormitorio, no había nada que le interesara hacer con ellas.

Ya algunas lo habían calificado como ogro por el modo en que las trataba luego de que conseguía de ellas lo que necesitaba. Desafortunadamente, a menos que estuviera tratando con una profesional, de las que se alejaba, no había otro modo de llevar a la cama a una mujer más que con pequeñas mentiras y medias verdades. No era un eunuco, así que, mientras sintiera deseo por ellas, tendría que seguir usando ese método.

Una mañana de invierno, llegó a su despacho, que ahora estaba en las oficinas de Hendricks Industries porque eran más amplias, modernas y centrales, y se dio cuenta de que su sempiterno secretario, Walters, no estaba.

Nunca, nunca, Walters había faltado al trabajo. Nunca le daba gripe, nunca le dolía una articulación, ni un hueso. No se quejaba del frío ni del calor. No se quejaba si caminaba mucho, o si estaba mucho tiempo sentado. Era el secretario perfecto anticipándose siempre a sus órdenes. Pero hoy no estaba, y él sabía que era un día importante.

Miró en derredor, pero el pasillo estaba solo. Como a él le molestaba el ruido de los pasillos, éste en particular estaba despejado.

Caminó hasta llegar al escritorio de la secretaria de Jeremy, y con el ceño fruncido, le preguntó:

— ¿Dónde está Walters? —la mujer lo miró un poco boquiabierta, como si él le hubiese hablado en otro idioma—. ¡Dónde diablos está Walters! —preguntó otra vez, y Jeremy salió de la oficina.

—No... no lo sé, señor —contestó la secretaria— ¿No está en su escritorio?

— ¿De qué tienes hecho el cerebro? ¿Crees que si estuviera en su lugar de siempre vendría aquí a preguntar por él?

—Lo... lo siento.

— ¿Qué te hace gritar tan temprano en la mañana? —se quejó Jeremy al ver cómo su hermano trataba a su secretaria.

—Walters no está. ¿Lo tienes ocupado haciendo algo para ti?

— ¿Yo, ocupar tu mano derecha? ¿Soy suicida, acaso?

— ¿Entonces por qué no está en su sitio?

— ¿Has probado llamarlo?, ¿preguntarle qué sucede? —No, Robert no había considerado llamarlo primero, así que, en silencio, avanzó hacia su propia oficina, tomó su teléfono y marcó su número.

Luego del brusco saludo, pues al parecer quien contestó la llamada fue la esposa, Robert se quedó en silencio por largo rato escuchando lo que su interlocutor decía. Su mirada se oscureció, y Jeremy, que lo había seguido, empezó a preocuparse en serio.

— ¿Pasa algo malo con Walters? —Robert asintió.

—Está enfermo.

— ¿Qué? ¿No es una broma?

—Walters... —contestó Robert en voz baja— está internado en una clínica.

—Oh, diablos —exclamó Jeremy, de verdad consternado—. Ahora recuerdo que estaba sintiéndose mal la semana pasada.

—A mí no me dijo nada —se quejó Robert.

—A ti no se te puede decir nada. ¿Es grave? —Robert miró a su hermano con dureza por sus últimas palabras, pero igual contestó:

—Sus riñones... parece que, si sigue mal, necesitará un trasplante.

—Eso es terrible.

—Por supuesto que es terrible... ¡Estoy sin secretario! —Jeremy frunció el ceño.

— ¿Eso es lo que te preocupa? Y yo pensando que mi hermano era un ser humano.

— ¡Mi oficina será un caos sin Walters!

—Y él está luchando por su vida en una clínica. Eso pesa más.

—Tiene que recuperarse pronto. Diablos, ¿cómo consigo un riñón?

—Estás delirando. Walters, además de un riñón nuevo, necesita descanso.

¿O acaso crees que luego de que consiga recuperarse, volverá a ti como si nada? ¿Cuántos años tiene ese pobre hombre?

— ¿Sesenta? ¿Setenta? No lo sé.

—Eres el colmo.

— ¿Me vas a decir que sabes qué edad tiene tu secretaria?

—Sí, y también sé qué día cumple años... o por lo menos, lo tengo

apuntado en la alarma de mi teléfono.

—Diablos, este es un terrible impase.

—Contrata a otra persona.

— ¿Así de fácil?

— ¿Acaso hay otra forma? —Robert pensó en eso, seriamente, por... tres segundos, tras los cuales, sacudió su cabeza, y junto a ella su melena, negando.

—Walters tiene que volver.

—Estás loco —suspiró Jeremy, y salió de la oficina.

Una vez afuera, vio el lugar de trabajo de Walters, tan impecable como siempre, vacío, y su estómago se encogió al imaginar lo que se venía.

Él tendría que elegir a alguien nuevo, y sabía de primera mano lo duro que le daba a su hermano asumir cambios. Por algo llevaba la misma melena y la misma barba por más de diez años, por algo vivía en el mismo pequeño apartamento aun cuando podía darse el gusto de vivir en una mansión. Iba a serle difícil cambiar a su secretario, y él no tendría más remedio que acompañarlo durante este calvario.

Y lo sentía profundamente por las mujeres que se arriesgaran a ofrecerse para ocupar este cargo.

*Palabras bonitas, no lo conmovían
Eran basura, eran perdición
Rostros hermosos, no lo tentaban
La belleza y la fealdad no tenían distinción*

Como primera medida, y para cubrir el enorme hueco que Walters había dejado en la empresa, que nunca había faltado a su trabajo no importando qué día de la semana tuviese que ir, fue escogida una secretaria entre el personal. Jeremy tenía la esperanza de que Robert aceptara a la mujer, que ya tenía experiencia en la empresa y conocía en cierta forma el temperamento de su hermano. La joven pasó su carta de renuncia a las tres semanas.

No aceptaron su renuncia, pero sí que fue movida a otra sección.

Otra mujer fue traída desde otro departamento, y esta vez, Jeremy se ocupó de que se publicara en el periódico que necesitaban un secretario con experiencia. Intuía que ésta no iba a durar mucho, tampoco.

La segunda secretaria duró una semana.

Luego de ella, pasaron por el despacho de Robert una serie de jóvenes, durando, la que más, cinco días, la que menos, cuatro horas. El pasillo de su oficina se había vuelto un atractivo para los que adoraban el chisme y los espectáculos, y el saludo entre los empleados se había convertido en: “¿Cuánto crees que durará esta?”.

Por tanto, cada vez más la oficina de Robert era un caos. Sus informes no estaban a tiempo, nunca encontraba un teléfono, se retrasaron entregas, despachos, pagos. Un contrato tuvo que rehacerse al menos cinco veces, y se llegaron a amontonar varias visitas porque fueron mal programadas.

Y los gritos de Robert empezaron a aumentar en volumen cada día más.

—Pero, ¿qué es lo que les haces que todas salen de aquí llorando aterrorizadas? —le preguntó Jeremy luego de que la última joven saliera maldiciendo a los Blackwell.

— ¿Qué les voy a hacer? ¡Las pongo a trabajar!

—No estás siendo cruel con ellas, ¿verdad? No les estás pidiendo imposibles.

—No les pido nada que no puedan hacer.

—Robert, me estás asustando. ¿Acaso las acosas o algo así?

— ¿Crees que, si así fuera, ya no me habrían demandado? Son unas debiluchas, no aguantan el ritmo de trabajo, o tal vez tengo la mala fortuna de que estén siempre ovulando, yo qué sé. No aguantan, y no me sirven.

— ¿Las haces renunciar a propósito?

— ¿Acaso soy idiota? Qué hay de Walters, ¿va a volver?

— ¡No! ¡No va a volver nunca! —se exasperó Jeremy—. Está muy mal, si sigue así, habrá que empezar a hacerle diálisis. Y no va a volver porque, además, ya inicié el trámite para que se jubile.

— ¿Que has hecho qué?

— Tiene la edad para eso, y su salud lo amerita.

— ¿Por qué has hecho eso sin mi consentimiento?

— Porque vi que no tienes ningún interés en su bienestar, así que me ocupé yo.

— Entonces, préstame a tu secretaria. Hablas bien de ella, debe ser buena.

— Ni muerto. Ella es mía.

— Que no te escuche Jennifer.

— Ella lo sabe y lo comprende. Además, la pobre está aterrorizada por la mera idea de que yo la envíe aquí. Así que no te la prestaré ni para llevarte el café.

— Qué mal hermano eres.

— Así que elige ya una secretaria y quédate con ella, ¿quieres? —Robert lo miró ceñudo, apretando sus dientes.

Necesitaba a Walters, necesitaba que todo volviera a ser como antes. Necesitaba su eficiencia y constancia, y dudaba que pudiese encontrar esas cualidades en nadie más.

A la mañana siguiente, al entrar en su oficina, Robert vio una fila de mujeres que esperaban ser entrevistadas. Caminó hacia la oficina de Jeremy, pero allí estaba también Jennifer, así que tuvo que retener su grito de reclamo. Si gritaba delante de ella, podía ser acribillado aquí mismo.

— ¿Qué significa eso de allí fuera? —preguntó con voz falsamente calmada, y fue Jennifer la que contestó.

— Oh, hola, cuñado. Estoy ayudándote a elegir una secretaria —dijo, y Robert la vio organizar una gran cantidad de carpetas que contenían currículums sobre el escritorio de su marido.

— ¿Tú?

— Claro que sí. Parece que tú... no estás listo para elegir a una, y se hace

urgente que lo hagas.

—Tú no puedes elegir a mi nueva secretaria.

—Yo sólo miraré entre las más aptas —sonrió ella con sus ojos radiantes—, y tú elegirás la que menos te disguste... y te quedarás con ella, por mínimo un año.

—Un año —susurró Robert—. Así la chica sea estúpida, me tendré que quedar con ella por un año. Explícame cómo piensas conseguir eso—. Jennifer suspiró sin decir nada, y Robert miró a Jeremy, que simplemente miraba por la ventana en silencio.

—Si no eres capaz de entrenar y mantener a un simple empleado, como lo es un secretario, sea hombre o mujer, entonces, yo me veré en la penosa obligación de pasar una carta al concejo directivo, donde manifieste mi preocupación por el manejo que se le está dando al personal de la empresa que dejó mi padre. Cuando el concejo directivo vea que su actual cabeza, o sea, tú, no es capaz siquiera de mantener el orden en su propio despacho, se preguntará también si eres apto para seguir ostentando el cargo de presidente.

—¿De qué estás hablando?

—La presidencia de Blackwell Bros Company es compartida entre ustedes dos, tienen el mismo poder, el mismo dominio, y Hendricks Industries ha pasado a ser una dependencia, y entre los dos, la dominan. Lo han hecho bien hasta ahora, pero tú, una de las cabezas principales, está mostrando señales de que no es coherente en su trabajo, ecuánime ni idóneo para seguir donde está, porque ni siquiera es capaz de mantener a la misma secretaria por un mes, sino que todas salen de aquí llorando e invocando al diablo. Tengo la seria intención de proponer a mi marido como única cabeza en el caso de que no seas capaz de elegir a una secretaria, y quedarte con ella siquiera por un año.

—No puedes hacer esto, eres una...

—Cuidado con tus palabras —lo interrumpió Jeremy—. Jennifer es no sólo mi esposa; es nuestra socia más importante.

—¿Estás de parte de ella?

—Estoy de parte de la empresa, de lo que es mejor para ella. Elige una secretaria, vengo pidiéndotelo desde que Walters se fue.

—Me están amenazando, ¿y tienes el descaro de decir que es por el bien de la empresa?

—Hemos hecho todo hasta ahora con el propósito de encontrar a los culpables de la muerte de papá y mamá —dijo Jeremy poniéndose en pie y mirando fijamente a su hermano, muy serio—. Me casé con esta mujer para

ayudar a llegar más rápido a ese fin, un acto afortunado para mí, gracias a Dios, pero si tú, mi propio hermano, se va a convertir en un tropiezo para eso... Creo que sí, tendré que pasar por encima de ti. Tú harías lo mismo, ¿no es así? —Robert apretó los dientes.

Con paso decidido, caminó hacia el escritorio, donde Jennifer había dejado los currículums, y tomando más de la mitad, se acercó a la chimenea encendida y los arrojó al fuego.

— ¡Qué haces! —exclamó Jennifer, y Robert la miró elevando una rubia ceja, muy calmado, como si lo que acababa de hacer no fuera para nada extraño.

—Yo no trabajo con gente que tiene mala suerte —dijo señalando con su mano las carpetas que se consumían en el fuego—. Elige entonces, entre las que se salvaron. Me apegaré a tus exigencias como socia.

— ¿Elegirás a una de estas? —preguntó Jennifer señalando las pocas carpetas que habían quedado.

— ¿No seré removido de mi puesto si no lo hago? —y sin decir más, salió de la oficina, cerrando la puerta de un golpe. Jennifer, con el pecho agitado, miró a su esposo.

—Tal vez... nos excedimos.

—Tal vez, pero con Robert siempre hay que usar métodos excesivos, o no se tienen resultados. No te preocupes por él. Tal vez no vaya a casa esta navidad, pero irá la próxima—. Jennifer sonrió mirando a su esposo, tranquilizándose. Él no parecía demasiado inquieto.

Furioso, Robert entró a su oficina. Quería romper algo, golpear a alguien. Su propio hermano se había confabulado contra él. ¡Lo había traicionado!

Oh, Jennifer, sabía que no era de fiar. Había actuado como una serpiente, astuta, silenciosa...

Cinco minutos después, su ánimo se había tranquilizado un poco. Tenía que elegir a alguien, después de todo. Acababa de venir de ver a Walters, y aunque los médicos le habían dicho que, al parecer ya no necesitaba hacerse diálisis, pues había respondido bien a los tratamientos, por su salud y bienestar, lo mejor era que se jubilara.

¿No podía clonarlo, acaso? ¡Walters era perfecto! Era correcto, eficiente, nunca se quejaba, nunca llegaba tarde, nunca disentía, y si tenía que señalarle un error, lo hacía de manera impecable y comedida.

¿Por qué tenía que ser un humano y no un simple robot al que con sólo

cambiarle una pieza o conseguirle un repuesto seguiría funcionando como antes?

Aunque, en principio se había enojado con Jennifer por su temeraria amenaza, tenía que hallarle razón. Un presidente que no era capaz de mantener su propia oficina en orden, no estaba capacitado para ostentar dicho cargo. En su lugar, él haría lo mismo, así fuera su propio hermano.

Diablos, mierda, maldición.

Miró por la ventana. Estaba cayendo la primera nevada de esta temporada. Ya se escuchaban villancicos en las calles, las tiendas estaban atestadas de gente por compradores navideños, y seguramente, entre toda esa multitud, había un perfecto Walters esperando a ser contratado, porque, por cosas del destino, era joven, saludable, y desempleado. El perfecto secretario esperando a ser contratado por él.

Alice Palmer se miró al espejo de uno de los baños del edificio de la Blackwell Bros Company sin expresión alguna en su rostro. Se sentía un poco nerviosa, no lo podía negar, pero era tal vez por razones muy diferentes a las de las demás mujeres que había aquí concursando por un puesto como asistente personal del presidente de la compañía.

Seis personas habían quedado luego de tres horas. Sólo seis mujeres. Al resto las descartaron por alguna razón. Se fueron un poco molestas porque sintieron que no les dieron la oportunidad de mostrar sus habilidades como secretaria.

Suspiró cerrando sus ojos y se aseguró de que su cabello estuviera bien sujeto en la coleta que se había hecho a la altura de la nuca. Luego de comprobar que el resto de su atuendo seguía en perfecto orden, salió del baño.

—Sigán por favor a la oficina para una entrevista grupal con el que será su jefe si son contratadas —dijo una mujer rubia, alta, preciosa, que desde el principio había sido la que coordinara todo el proceso de su contratación. No tenía una escarapela o gafete, como todas las demás mujeres que laboraban allí, así que no sabía qué cargo tenía. Sólo se había presentado como Jennifer, sin apellido, y había dicho que las guiaría en todo el proceso.

Primero, las había entrevistado en una estrecha oficina, preguntándoles cosas básicas acerca de su experiencia o estudios, y luego, las habían hecho esperar horas en el pasillo. Y ahora, luego de descartar al ochenta por ciento de las candidatas, les anunciaban esto.

Una entrevista con Robert Blackwell, su posible futuro jefe.

Tragó saliva.

Lo extraño es que fuera en grupo, todas seis de golpe en la oficina. Nunca había visto algo así, por lo general, las entrevistas se hacían a solas, así, cada una tenía tiempo para destacar.

Las seis mujeres entraron en la enorme oficina, espaciosa, escasa de muebles y desprovista de adornos, como plantas, retratos o pinturas, ni nada que suavizara su austera apariencia. El escritorio era grande, un portátil estaba abierto y encendido sobre él, al igual que un teléfono celular, y lapiceras finas, pero muy sencillas. Robert Blackwell brillaba por su ausencia.

— ¿Qué significa esto? —preguntó una de las candidatas mirando en derredor—. Me siento como en un reality show.

—Llevamos esperando horas y horas, esperaba que al menos este calvario fuera a terminar ahora —dijo otra.

— ¿Sabes cuánto pagan? —preguntó una rubia con lentes de marco negro, grandes. Alice estaba por pensar que eran sólo de decoración —Al menos eso debieron decirnos. No sé si vale la pena invertir aquí una mañana de mi vida.

—Tengo hambre —una de ellas se echó a reír, y se sentó en los muebles que había en un lado—. ¿Se demorará?

—He oído que no es un jefe fácil, ni mucho menos. He trabajado con gente excéntrica, pero lo que he oído de él... Pero necesito el trabajo, así que aquí estoy.

—Yo he oído que es terriblemente guapo —dijo otra morena de labios carnosos y cabello rizado—. Si me contratara, sería muy feliz por sólo verlo día a día.

Una puerta se abrió de repente, y allí apareció un hombre grande, bastante grande, con el cabello largo y rubio, ojos de un azul impresionante, y vistiendo una simple camiseta de manga larga y jeans. Las miró a cada una con un leve ceño sin soltar el pomo de la puerta y habló con una profunda voz grave.

— ¿Quién las hizo pasar aquí? —dijo, mirando de inmediato su portátil encendido y su teléfono, como si temiera que una de ellas le hubiese echado un vistazo.

—Jennifer.

—Jennifer —repitió él, como si no le sorprendiera mucho—. La entrevista será en la sala de juntas, no en mi oficina. Sigán—. Las seis mujeres se encaminaron todas a través de la puerta a una sala grande y espaciosa, con asientos como para doce personas, paneles de madera, vista al exterior, pantallas de televisión, y teléfonos. La calefacción estaba un poco alta, y

comprendió que se debía a él. Cómo sólo llevaba una camiseta, necesitaba que el ambiente estuviera cálido. Y era pleno invierno.

Alice le echó un vistazo al hombre, que debía medir casi dos metros, y era ancho de espaldas, brusco en sus modales, y frío en su mirada.

Se acomodó junto con sus compañeras en la mesa de juntas, y esperaron a que él les dijera qué hacer. Pero él sólo se sentó mirándolas de una en una sin dar a entender qué estaba pasando por su cabeza. Cuando pasó casi un minuto y nadie dijo nada, volvió a hablar.

— ¿Y bien? Estoy esperando que me digan por qué deben ser contratadas.

—Ah... Mi nombre es Pamela Morgan —dijo la morena, y a continuación, habló de sus estudios y experiencia. Al terminar, Robert Blackwell sólo asintió, y miró a la rubia, que, sintiéndose aludida, siguió con su presentación.

—Mi nombre es Amber Collins.

—Amber, no jodas —murmuró él por lo bajo.

Alice frunció levemente el ceño. Tal vez las demás no habían escuchado bien, porque su tono había sido muy bajo, pero ella sí, pues estaba a su lado. Algo tenía en contra de las Amber.

La entrevista siguió sin orden. Cada una hablaba de sus estudios, de lo profesional que era, de cómo se adaptaban rápido a los cambios y eran receptivas, competentes, asertivas y etc.

Robert las escuchó en silencio, haciéndoles pensar que estaba muy atento a cada una de sus palabras, pues asentía o elevaba una ceja ante lo que decían.

Se recostó en su asiento evitando cruzar los brazos mientras las escuchaba. No había tenido la suerte de que al menos uno de los currículums que se salvaran del fuego fuera de un hombre. No abundaban los secretarios, y eso era decepcionante. La misma suerte a la que él había apelado, le había traído estas seis mujeres.

Tendría que soportar a una de ellas durante el siguiente año, y tenía que ser lo más parecido posible a Walters; eficiente y silencioso. Pero ellas no paraban de cotorrear acerca de sí mismas.

Por eso las había traído a todas al tiempo. Sabía que las mujeres se comportaban de manera diferente cuando estaban en grupo, y si, además, tenían que competir por algo, se salía la bestia interior que cada una tenía.

No necesitaba mirar otra vez sus currículums para recordar la experiencia y capacidades de cada una. Había unas más aptas que otras, pero al final de cuentas, lo que le interesaba a él era más bien la fortaleza emocional que

tuvieran. Ya que iba a ser una mujer la que trabajara con él, ésta debía ser fuerte, porque él no era suave, precisamente.

Amber estaba total e irremisiblemente descartada. Mala suerte de llamarse así.

Pamela parecía, en vez de estar buscando un empleo, querer una aventura caliente y fugaz, aquí mismo y ahora.

La rubia tenía cierto tono de voz que le hacía pensar en una mujer nerviosa, que perdía la paciencia con facilidad, y que además era dominante e imponente. Robert la vio morderse las uñas, hábito que detestaba, y toquetearse demasiado el cabello.

Una intentaba, con todo descaro, opacar a sus compañeras hablando de sí misma y de sus logros, desestimando las opiniones que se lanzaban, o desacreditando los lugares o instituciones de donde venían.

Miró a la que tenía a su derecha. Tenía el cabello castaño y largo, recogido en la nuca, sin una pinza, o accesorio en las muñecas, orejas o cuello. Llevaba una blusa blanca y amplia, y sus uñas estaban sin esmalte, cortadas pulcramente, y no llevaba maquillaje.

Ladeó un poco la cabeza sintiéndose intrigado.

No llevaba nada de maquillaje, había venido a una entrevista de trabajo sin gota de maquillaje. ¿Era su costumbre? Se preguntó. Nunca había conocido a una mujer que se atreviera a ir a una entrevista o a cualquier otro lugar sin antes aplicarse tres o cuatro capas de polvos y productos para el rostro. Por lo que él sabía, al género femenino le daba pavor mostrarse tal cual era, y temía horriblemente el rechazo. Ella había venido sin esa máscara y era loable, muy arriesgado por parte suya, aunque tenía que reconocer que esa piel no debía esconderse, pues era bastante tersa, y esas cejas eran reales, y sus pestañas.

Su madre era así, recordó. Ellynor sólo se aplicaba el protector solar y salía.

Ahora quiso ponerla de pie para ver el resto de su atuendo. Desde aquí, sólo podía ver la parte superior.

—No he oído tu voz—le dijo mirándola fijamente, y Alice levantó hacia él la mirada. Tenía los ojos de un color café claro, grandes.

—Ah... —vaciló por un momento, y la vio apretar su bolso contra ella—. Mi nombre es Alice Palmer. Estudié... economía en la universidad de Illinois—economía, pensó Robert frunciendo el ceño. Era apropiado.

— ¿Terminaste?

—No... No se pudo.

— ¿Tienes experiencia como secretaria?

—Sí —ella lo miró, y él elevó ambas cejas alentándola a seguir—. Dos años de experiencia. Antes fui... Antes trabajé en ventas. Vendía seguros.

Se escuchó una risita entre sus compañeras, y Alice bajó la mirada. Robert miró a las mujeres de una en una de un modo casi severo, y volvió a prestarle a ella su atención.

— ¿Hablas algún idioma extranjero?

—Estoy aprendiendo alemán.

—Yo hablo francés perfectamente —dijo Amber, y a continuación soltó una parrafada en el idioma, y Robert sólo pudo mirarla pensando en que a cada momento le fastidiaba más esa mujer. Quería terminar esto lo más pronto posible.

Pero las otras, sin querer quedarse atrás, empezaron a hablar en diferentes idiomas, con diferentes acentos, hasta que no pudo soportarlo y se puso en pie y con una disculpa, salió.

Se quedaron mirando unas a otras preguntándose ahora qué seguía, y manifestando que era la entrevista de trabajo más extraña en la que jamás habían estado.

—Ya tengo a una —dijo Robert entrando a la oficina de Jeremy, que, en vez de trabajar, conversaba muy a gusto con su esposa en el sofá. Sin inmutarse, ambos lo miraron.

—Ah, qué bueno —dijo Jennifer.

— ¿No vas a hacer nada?

—El resto te toca a ti. Habla con el departamento de recursos humanos y haz lo que toca. Yo sólo te ayudé mientras elegías a una, y ya que lo hiciste...

— ¿Y qué voy a hacer con las demás? —Jennifer se enderezó en su asiento y dejó salir el aire. Jeremy lo miraba sonriendo.

—Si dijeras “Por favor, Jennifer, ayúdame en esto”, mi esposa te ayudaría, ¿sabes?

—Metió sus narices en esto sin que yo se lo pidiera, ¿por qué iba a pedirle nada ahora? Termina con lo que empezaste —y dicho esto, salió de la oficina. Jennifer miró la puerta tras la cual se había ido su cuñado con ojos entrecerrados.

—Bueno, hay que reconocer que en eso tiene razón —la mirada entrecerrada fue dirigida ahora a él, y Jeremy se mordió los labios preguntándose si acaso esa noche tendría que dormir al otro lado de la cama y

solo.

— ¿Está segura? —le preguntó Alice a Jennifer cuando ésta le dijo que había sido la candidata ganadora. Jennifer le sonrió.

—Completamente. Incluso dijo tu nombre completo. Alice Palmer, ¿no? —ella asintió—. Entonces no hay error. Te llevaré a recursos humanos, donde completarás todos los trámites necesarios para que empieces a ser parte de la empresa—. Alice volvió a asentir—. Bienvenida, y suerte —le dijo Jennifer con una sonrisa, y Alice trató de componer una sonrisa en respuesta.

La habían contratado. Mierda, ¡la habían contratado!

Se llevó el puño a los labios sintiendo el estómago apretado y unas leves náuseas que la obligaron a respirar profundo varias veces.

Y ahora, ¿qué iba a hacer? No quería este puesto, no quería aceptar. Había hecho todo lo posible por no sobresalir, por no destacar. Había estado en silencio, se había puesto la ropa más simple y anodina que encontró en su armario, ni siquiera se maquilló, ni fue a un salón como las demás, ni... Y había terminado siendo elegida.

¿Quién en su sano juicio la contrataría? Había sido muy específica al decir que no había terminado la carrera en la universidad, que su experiencia era mayormente en ventas, y el alemán apenas lo estaba aprendiendo. ¿Qué pasaba con Robert Blackwell?

Dios, Dios, oró. ¿Por qué permitías estas cosas?

*No te estoy mirando, no.
Mis ojos no te buscan, mis pensamientos no te siguen
Mi corazón muerto no se agita,
No hay ansias, curiosidad, ni emoción*

—Puntual —aprobó Robert Blackwell con su usual voz grave mirando a Alice de arriba abajo cuando, a la mañana siguiente, se presentó en las oficinas—. Eso me gusta—. Le dio la espalda y ella lo siguió al interior de su oficina. En el escritorio había libretas, papeles, carpetas, y muchas cosas en desorden. Él se las señaló con una mano—. Ayúdame a poner esto en orden. Mi agenda es un caos, y los archivos digitales están perdidos en los mil recovecos de la que será tu computadora. No te espera un trabajo fácil...

—Me permite preguntarle... —lo interrumpió ella, y Robert la miró en silencio—. ¿Por qué me contrató a mí? —él sacudió su cabeza.

—Porque sí.

—Eso no es una razón.

—Y no estoy acostumbrado a dar razones. Siempre soy yo el que hace las preguntas—. Él se detuvo, y frunció el ceño mirándole de cerca el rostro. Alice tuvo que dar un paso atrás—. Te aplicaste maquillaje.

— ¿Eso le molesta?

—Ayer no traías.

— ¿Odia el maquillaje? ¿Es por eso que me contrató? —él entrecerró sus ojos, ella había cambiado su tono de voz.

— ¿Eres así de preguntona? Ayer estabas muy callada.

—Ayer, ayer —comprendió ella—. ¿Me contrató porque le parecí una persona sumisa?

— ¿Qué rayos?

—No soy sumisa, no soy callada. ¿Me odia ahora? —él la miró sorprendido. Nunca le habían hablado así, aparte de Jennifer, claro; y jamás esperó que su empleada, alguien que debía estar portándose tímida en su primer día de trabajo, fuera la que lo increpara de esta manera.

— ¿Quieres que te despida nomás haber empezado?

— ¿Lo hará? —él dio unos pasos atrás y respiró profundo. La miró fijamente por largo rato. ¿Qué había pasado? ¿Quién era esta mujer?

Joder, ¿por qué no podía haber una que fuera sincera? Ayer se había mostrado de una manera, y hoy era todo lo contrario. Se había comportado así sólo para conseguir el trabajo, y ahora que lo tenía, sacaba las garras.

No podía echarla, se recordó. Tendría que soportar un año con esta engañosa mujer.

Diablos, iba a ser un año horrible.

—No odio el maquillaje, no particularmente. Y no te odio a ti —se cruzó de brazos con el ceño fruncido—. Sólo espero una... sana relación de jefe y empleada. Yo doy las órdenes y tú las obedeces. Nada más. ¿Por qué sonríes? —preguntó, exasperado.

—No he sonreído, señor.

—Sí, sí. Sonreíste. Te burlas de mí.

—Ni en mil años, señor.

—Eres sarcástica.

—¿Odia el sarcasmo, señor?

—Esto empezó muy mal —dijo él dando la espalda y rascándose la cabeza.

Alice lo miró atentamente entonces. Qué alto era. Ella con su metro setenta y cuatro, todavía parecía una enana ante él.

Y tenía que reconocer que su rostro era hermoso. Casi lo cubría todo la barba o su cabello, pero sus ojos eran preciosos, azules, y las cejas enmarcaban muy bien sus facciones.

Ella no era ciega, sus ojos funcionaban muy bien, pero también podía comprender que este hombre tenía un temperamento muy fuerte, y se enojaba con facilidad.

—Volvamos a intentarlo de nuevo —dijo él volviéndose a ella y cerrando sus ojos como si tratara de concentrarse en algo—. Ya antes te has desempeñado como secretaria. Sólo... haz lo mismo aquí.

—Comprendo—. Él abrió sus ojos y la miró.

—¿De verdad?

—No terminé mi carrera, pero soy lista. De verdad —él dejó salir el aire.

—Bien, entonces hagámoslo—. Ella salió de la oficina sin añadir nada más. Un poco sorprendido, Robert se quedó allí, solo y en silencio, mirando la montaña de papeles que se suponía ella debía organizar.

Minutos después ella reapareció con una caja, donde empezó a meter los documentos, y luego de dejar despejado el escritorio, lo miró.

—Esto me tomará varias horas —dijo—. Todavía no sé dónde está la cocina, y supongo que, el que esto esté listo le urge más que un café, así que...

Le agradezco su colaboración—. En otras palabras, comprendió él viendo a la delgada mujer volver a salir de su oficina, le estaba diciendo que, ya que estaría ocupada, no la fuera a importunar con cosas tan nimias como que quería un café.

Lo habían puesto en su lugar. ¡Su recién estrenada secretaria!

No pudo más que echarse a reír. No podía ir a quejarse donde nadie, él mismo la había elegido. Y no tenía cómo volver atrás las cosas.

Hacia la hora del almuerzo, Robert abrió levemente la puerta y miró hacia el pasillo, donde estaba su secretaria. Ella había tenido el cuidado de atender sus llamadas, pero no había ido a donde él ni una vez para preguntarle nada acerca de los documentos que revisaba. La había chequeado ya en varias ocasiones, y ella parecía tranquila leyendo, clasificando y archivando. De vez en cuando otros empleados se acercaban a ella y le hacían preguntas, o le daban indicaciones acerca de alguna cosa, pero ni una sola vez fue a él a hacerle preguntas.

Era silenciosa, no taconeaba, y, como era de esperarse, no le había traído café.

Se cruzó de brazos mirándola. Ella traía el mismo peinado de ayer, recogido en la nuca, sin accesorios, ni esmalte en las uñas, una falda que le llegaba a las rodillas y una blusa azul claro de silueta amplia.

Al menos en eso era constante. Odiaba las mujeres que se ajustaban tanto la ropa que parecía que se fuera a reventar por las costuras, todo para mostrar sus atributos, y casi obligar a los demás a que las miraran.

Pero no podía dejarse engañar por esta mujer. Parecía dulce, tranquila, pero ya estaba empezando a comprender que era tan peligrosa y mañosa como cualquier otra.

—Oh, estás aquí —dijo la voz de Jeremy apareciendo por la puerta de la sala de juntas. Robert descruzó sus brazos y se alejó de la puerta donde había estado recostado, y Jeremy, intrigado, ocupó su lugar, dándose cuenta de que su hermano había estado espiando a su nueva secretaria—. ¿Ya la odias y estás buscando su caída?

— ¿Es eso lo primero que se te ocurre? —Jeremy se encogió de hombros—. Estoy pensando en que debí ponerla a prueba antes de tomar una decisión definitiva—. Jeremy sonrió.

—Ya te estás arrepintiendo.

—Es un año con una mujer al lado. Me dan escalofríos sólo de pensarlo.

—Un año. Yo sólo llevo cinco meses con Jennifer; se me han ido volando.

— ¿Y no sientes ya que quieres huir? Ya sabes que yo te doy la mano.

—No seas tonto —Robert sacudió su cabeza, y volvió a ocupar el lugar desde donde podía ver a Alice sin ser visto. Casi esperaba verla sacar una tabla ouija y ponerse a invocar demonios. Cualquier cosa se podía esperar.

Al final de la tarde, Alice Palmer miró su reloj y suspiró enderezando su espalda, sólo le quedaban un par de cosas y terminaría.

—Ven aquí —dijo la voz de su jefe por el intercomunicador. Alice miró el aparato con el ceño fruncido. ¿No tenía este hombre la menor cortesía en su interior? ¿La cabeza sólo le servía para exhibir esa melena? Respiró profundo, tomó un par de libretas y entró a su oficina.

—Mi nombre es Alice —dijo al estar ante él, pero Robert la ignoró, entregándole un papel que contenía una lista de nombres de mujeres.

—No me pases llamadas de ninguna de esas —Alice lo recibió un poco intrigada.

— ¿Sus amantes? —él la miró con dureza.

—No es tu problema.

—Mi nombre es Alice —repitió, y Robert blanqueó sus ojos.

—Ya lo sé. ¿Eres un robot programado, o algo?

—Cuando se dirija a mí, por favor, use mi nombre. Y si siente que deja de ser cool por llamarme por mi nombre de pila, use mi apellido. Palmer. Palmer, haz esto; Palmer, haz lo otro; Palmer, ven aquí. Pruebe a decirlo.

— Te equivocas conmigo como no tienes idea —dijo él endureciendo su voz—. No estoy dispuesto a aceptar que intentes... mangonearme. No soy reconocido por ser paciente, precisamente. ¿No tienes el menor temor a que te considere insufriblemente atrevida y te despida? Incluso podría...

—Hágalo, por favor —lo interrumpió ella con mucha serenidad, lo que lo sorprendió más aún.

—Oh, ¿estás haciendo esto a propósito? ¿No quieres trabajar para mí?

—Mi currículum llegó aquí por error. No quería trabajar para los Blackwell, sino para Hendricks Industries. Como estuve fuera del alcance de noticias como esta, no tuve manera de saber que Hendricks Industries había caído en manos de gente como ustedes. Me di cuenta del error muy tarde, y por eso estoy aquí.

— ¿Y por qué no renuncias, simplemente?

— ¿Y perderme los beneficios de un despido sin causa?

— ¿Qué? ¿Sabes quiénes somos, acaso?

—Unos tiburones del mercado. Gente sin alma ni corazón. Usted, sobre todo, tiene muy mala fama.

— ¿Yo tengo...? Jovencita... ¡Yo podría echar a perder tu hoja de vida para siempre! —exclamó ya rojo de furia—. Podría volver tu vida un infierno, nadie jamás te volverá a contratar.

—Nadie creará la palabra de un hombre insufrible como usted —lo encaró ella con voz igualmente firme—. Un hombre al que sus secretarias sólo le duran medio día, no tiene, precisamente, el mejor historial —Boquiabierto, Robert sólo pudo mirarla. Jamás, jamás, jamás, ninguna mujer le había plantado cara. Hasta Jennifer sabía cuándo detenerse.

La miró en silencio incapaz de contestarle por el shock en el que se hallaba sumido. Sólo fue capaz de pestañear y mirarla como un idiota.

—Y no diré que no está o que está ocupado cuando estas mujeres lo llamen —siguió ella, arrojando el papel que le acababa de dar sobre el escritorio—. Si lo llaman para insultarlo, seguramente es porque se lo merece. No recibiré insultos que van dirigidos a usted, no me paga lo suficiente.

—Ah, ya comprendo todo —sonrió Robert recostándose en su asiento, creyendo haber encontrado la razón de todo, y si Alice lo hubiese conocido mejor, habría salido corriendo al ver esa sonrisa—. Lo que quieres es un aumento de sueldo. ¿Pones al filo tu vida sólo por unos dólares más?

—El aumento será bienvenido, pero, aun así, no seré su pararrayos de mujeres furiosas. Mis funciones se limitarán a lo estrictamente profesional. Leí el contrato antes de firmarlo, y en ninguna parte dice que deba atender a sus novias, o amantes, o lo que sea, ni comprarles regalos, ni recibir por usted sus lágrimas o insultos.

—Eres una...

—Y tampoco recibiré los insultos que vengan de usted —lo interrumpió ella con voz firme apoyando las palmas de sus manos en el escritorio y mirándolo fijamente—. Si no me necesita, y tampoco me va a despedir con la debida indemnización, entonces nos veremos mañana.

Dando la media vuelta, Alice Palmer salió de la oficina, dejándolo a él con cara de acontecimiento, y con una furia que crecía y se pasmaba por momentos.

¿Qué tipo de mujer era esta? ¿Por qué...?

No, no entendía. Se había acostumbrado a que todos daban su brazo a torcer ante él, las únicas que jamás se comportaron como él esperó fueron

Jennifer y...su propia madre.

Mierda. Tendría que poner pronto en cintura a esta mujer.

Alice salió del edificio mirando su teléfono. En cualquier momento él la llamaría, le diría que no había necesidad de que volviera mañana. Habían sido ocho largas horas esperando por esto.

—Vamos, Blackwell, sé el macho despiadado que todos dicen que eres y despídeme—. Pero él no llamó, y llegó a su casa y siguió siendo una empleada más de Blackwell Bros Company. Al parecer, debía empezar a esmerarse más en ser despedida. No podía renunciar, eso ni por error. Debía ser él quien la despidiera.

—Robert, cuñado, qué inesperada sorpresa —sonrió Jennifer viéndolo entrar por su puerta principal. Miró a Jeremy con un interrogante, pues, por lo general, Robert no se presentaba sin haberse anunciado con días de anticipación. Jeremy movió su cabeza casi imperceptiblemente, como indicándole que no le gustaría la razón por la que su hermano estaba aquí.

—Me di por invitado a cenar —contestó Robert mirando en derredor.

—Es una suerte, entonces, que haya más de dos puestos en mi mesa —sonrió ella afablemente, pero Robert no se dejó engañar.

—Mi secretaria no quiere trabajar para mí —dijo, y Jennifer elevó sus cejas.

—¿Ya, tan rápido?

—No, espera...

—Tendré que pasar esa carta entonces.

—¡No se trata de eso! —exclamó él, y Jennifer le dio la espalda echando a andar hacia la cocina, y él tuvo que ir detrás. Jeremy los vio irse con una sonrisa en el rostro. Afortunadamente, Jennifer era de las que no se dejaba—. Desde el principio —siguió Robert —, ella no quiso ser contratada. Me dijo que su currículum llegó por error.

—Qué extraño. Pudo haberlo dicho cuando la entrevisté.

—¿No te dijo nada de eso?

—No —Jennifer habló con su cocinera acerca de la cena, informándole del invitado. Se giró a mirar de nuevo a su cuñado, y éste parecía pensativo.

—Si no quiere trabajar para mí, eso debería eximirme si se va, ¿no?

—No —contestó ella—. Reglas son reglas.

—Vamos, cuñada. Ella no era una candidata apta desde el principio.

—Fuiste tú quien la eligió. Quemaste las otras carpetas, así que redujiste considerablemente las opciones... Asume tu responsabilidad—. Robert apretó los labios. No estaba acostumbrado a que lo pusieran contra las cuerdas, y hoy esto le estaba pasando demasiado a menudo.

—Si renuncia, no será mi culpa.

—Sí lo será —dijo Jennifer con una sonrisa—. Tu deber es hacer que ella quiera trabajar para ti, formar un equipo.

—Jennifer...

—Soy inflexible en eso.

—Eres... —ella lo miró elevando sus cejas, y él se quedó en silencio—. Eres terrible.

—Gracias. Aprendí con los mejores—. Él entrecerró sus ojos mirándola, y, sin agregar nada más, salió de la cocina.

Al día siguiente, esperó a Alice Palmer en la puerta de su oficina.

—Llegaste —dijo él en cuanto la vio —sígueme—, pero ella no hizo caso, sólo lo miró elevando su ceja.

—Palmer —se corrigió él—, ¿puedes entrar, por favor?

—Claro que sí —sonrió ella, y Robert se quedó quieto en su lugar, tanto, que ella se detuvo también—. ¿Pasa algo? —él la miró como si algo extraño hubiese aparecido de repente en su frente, y Alice se tocó la cara.

—Sonreíste —se explicó él, y ella volvió a hacerlo.

—Oh, sí. Lo hago de vez en cuando.

—No lo hagas. No te pago para que sonrías—. Alice lo miró ahora terriblemente confundida—. Y tampoco hagas ceños, joder, ¿qué te pasa hoy?

—Mira quién habla. ¿Toma algún medicamento especial? —dijo ella sacando de su bolso una libreta de apuntes, lista para tomar nota de lo que él dijera— ¿Se lo saltó esta mañana?

—Muy graciosa. Entra, tengo algo importante que decirte.

Una vez dentro, Robert extendió su mano indicándole uno de los asientos frente a su escritorio, y Alice se sentó en él cruzando una pierna. Ella hoy no traía una falda larga, sino unos pantalones a juego con su blazer azul marino, y, debajo, una simple camisa rosa. Lucía muy profesional, y llevaba el mismo peinado y poco maquillaje.

Robert se sentó en su sillón tratando de recordar qué era lo que había querido decirle cuando la llamó. Lo había desconcertado mucho que le sonriera. Pensaba que no lo hacía; ayer, ciertamente, no lo hizo en ningún

momento del día. Las mujeres solían sonreír mucho. Por coqueteo o lo que sea, les encantaba sonreír, y hasta ahora se había dado cuenta de que Alice Palmer no sonreía muy a menudo, y eso era extraño.

— ¿Y bien? —preguntó Alice elevando sus cejas—. ¿Qué me iba a decir? —Robert entrecerró sus ojos mirándola.

— ¿Eres una mujer impaciente? —Alice respiró profundo.

—No, no lo soy, pero son personas como usted las que dicen que el tiempo es dinero, ¿no? —Robert hizo una mueca.

— ¿Por qué eres tan mandona y sabelotodo? En la escuela odiaba a las mujeres así.

—Realmente, sí, soy mandona y sabelotodo. Siempre el primer lugar, entré a la universidad por una beca. Lo siento, es mi naturaleza—. Robert gruñó por lo bajo, y Alice quiso sonreír de nuevo, pero se contuvo.

—Mira, no voy a despedirte —empezó a decir él, y Alice lo miró casi molesta—. Quiero que hoy... empecemos de nuevo, o lo que sea... tratemos de ser un típico jefe y una típica secretaria...

— ¿Un típico jefe y una típica secretaria? Por favor, ilústreme primero con qué entiende usted por un típico jefe, y una típica secretaria. ¿Acaso me está pidiendo que baje la cabeza cada vez que a usted se le vaya a dar la gana de insultarme y pedirme favores denigrantes como negarlo cuando lo llaman esas mujeres, y tendré que soportar su mal genio y...?

Todo eso le quería decir Alice, pero no lo hizo. Sabía que los hombres odiaban las cantaletas de ese tipo, y podía usar perfectamente esa arma, pero no iba con su personalidad. Seguro que no lograría llegar a la segunda frase, y, ciertamente, él la habría interrumpido antes.

¿Por qué no iba a despedirla? Diablos, ¿acaso no era él el supremo jefe? ¡Podía hacer lo que le diera la gana!

—No te pido imposibles —concluyó él recostándose en su sillón—. Sólo haz tu trabajo.

—No lo sé. Puede que usted sea una persona imposible de soportar, así sólo sean ocho horas al día—. Robert tragó saliva y miró a otro lado. Si tenía que ser sincero, las pruebas daban fe de que sí que lo era.

Mierda, se había convertido de verdad en un ogro. Y ahora que necesitaba redimirse, no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Trataré de... ser soportable. Te necesito —y luego de decir esas palabras, sintió que se le quemaba la lengua.

Sin poder soportarlo, se puso en pie y se sirvió un vaso de agua. Tenía la

regla de no beber en el trabajo, pero lo que le apetecía era un whiskey.

Se volvió para mirar a Alice Palmer, que estaba en silencio, sentada en el mismo lugar, mirándose las manos.

—Seguro que tienes una familia, y aunque no sea así, el sueldo que te ofrezco no es nada despreciable. Tendrás un buen cubrimiento médico, con seguro dental incluido. Mi empresa te puede proveer de una buena vivienda en caso de que...

—Ya entendí, ya entendí —dijo ella, casi exasperada.

—Entonces, ¿trabajarás para mí? —Ella se puso en pie y lo miró con ojos entrecerrados.

—Cumpliré con todas las funciones de una secretaria... Pero sigo oponiéndome a recibir sus llamadas personales—. Él suspiró.

—Podré manejarlo.

—Bien —ella salió de la oficina antes de que él extendiera su mano para sellar el trato, así que se quedó allí solo y preguntándose qué rayos significaba ese “bien”.

Suspiró recostándose de nuevo en su sillón y meciéndose de un lado a otro. Ya sabía que no iba a ser fácil, pero por lo que podía ver, iba a ser todo un reto pasar este año ileso.

*¿Está tu cielo lleno de sueños?
¿Son tus noches para contemplar estrellas?
¿Lloras de alegría, vives cada día?
Es así la vida, no tengas miedo*

—Parece que te has resignado y has aceptado tu destino —le dijo Jeremy a Robert con una sonrisa en los labios. Habían quedado solos en la sala de juntas, hablando de más cosas de trabajo, y de repente, Jeremy había sacado el tema de su secretaria a colación. Era evidente que había estado aguantándose las ganas de hacer algún comentario, y Robert sólo lo miró con ojos entornados.

Su hermanito no podía evitar hacer puyas con respecto al tema, y él sólo podía aguantarse. Después de todo, era la única persona en el mundo que le hacía bromas y se atrevía a reírse de él. Jeremy, últimamente, siempre estaba de muy buen humor, bien vestido, con una sonrisa en el rostro. Aunque ahora trabajaba menos horas, era increíble cómo había aumentado su eficiencia y productividad.

Él ni siquiera podía atreverse a preguntarle a qué se debía tanta felicidad, podía imaginarlo.

—Tienes que aceptar que es bastante cómico —siguió Jeremy, a quien el hosco silencio de su hermano no lo desanimaba—. ¿Sabías que habían hecho apuestas con la chica? Dijeron que no duraría ni una semana. Pero ahora apuestan a ver si eres tú el que se aguanta. Sólo han pasado dos semanas, y ya ha puesto en su lugar a varias personas, incluso, tú.

— ¿Es problemática? —preguntó Robert mirándolo muy serio, y Jeremy meneó la cabeza.

—No, que yo sepa. Pero, al parecer, cuando tu oficina estuvo hecha un caos, varios empleados se volvieron flojos. La chica los puso a marchar fino —. La noticia pareció no complacer a Robert, y sólo miró a otro lado.

—Es sólo porque tu mujer tiene una carta escrita con muchas ganas de enviarla al concejo, y eso pende sobre mí como la hoja de una guillotina; pero que no se crea que puede venir aquí a hacer lo que le dé la gana.

—Acepta que es buena en lo que hace —suspiró Jeremy—. ¿O no te gusta su modo de trabajar? —Robert no lo miró. Alice trabajaba de manera

eficiente, rápida y silenciosa. Se adelantaba a sus peticiones, y pocas veces tenía que hacerle recordatorios. Por el contrario, era ella la que siempre tenía que estarle recordando a él las cosas. Cancelaba y organizaba citas sin su consentimiento sólo porque su agenda había estado hecha un desastre y era la manera de volver al orden.

Era bastante mandona. Incluso le decía cómo debería vestir.

—En eso no te metas —le había advertido él una vez con voz dura—. No mandas sobre mi vida personal.

— ¿Quién dijo que el vestir es parte de la vida personal? —refutó ella, escandalizada como si él hubiese soltado un terrible juramento—. Nos vestimos por los demás, de no ser así, andaríamos por allí desnudos y salvajes —él sólo elevó las cejas como si hubiese podido imaginarse la situación—. Y esta es una cena formal —siguió ella con el mismo tono de voz imperativo—. Por favor vista formal... y recójase ese cabello, si no quiere que encuentren pelos en los platos del bufet.

— ¿Pelos? ¿Insinúa que se me está cayendo el pelo, acaso?

—Eso lo dijo usted, no yo. Y también tengo el pelo largo, así que sé de lo que hablo. El cabello se cae porque se cae, y las mujeres, al menos, tenemos la decencia de sujetarlo de vez en cuando—. Y luego de decir eso, se había ido a su escritorio muy campante.

No conseguía ponerle el “tatequieto” a esta mujer. Y ahora su hermano se reía de él. Y en su presencia.

—Pero no sigamos aquí hablando de tus desgracias —dijo Jeremy sacando su teléfono y mostrándole algo en la pantalla. Robert lo miró sin mucho interés, hasta que reconoció la fotografía de Aidan—. Jennifer me lo mostró anoche. Parece que la banda de nuestro hermano pequeño se desintegró.

—Vaya mierda —se sorprendió Robert—. ¿Has hablado con él?

—Le dejé varios mensajes, pero era muy temprano y no ha contestado—. Sin pérdida de tiempo, Robert tomó su teléfono. En el momento, entró Alice con unos documentos en la mano, pero se quedó en silencio cuando vio al par de hermanos.

— ¿Aidan? —preguntó Robert por teléfono—. Acabo de ver la noticia. ¿Está todo bien?

—Hola, hermano —sonrió la voz de Aidan al otro lado de la línea. Robert puso el altavoz para que también Jeremy pudiera escuchar.

— ¿Es cierto lo que dicen?

—Oh, sí. 2R2 no va más. Cada cual tomó su camino.

— ¿Y qué hay de ti?

— ¿Qué hay de mí?

— ¿Dejarás de cantar? —se escuchó un leve suspiro de exclamación, y Robert se giró a mirar. Alice tenía los ojos grandes de asombro. Al parecer, estaba enterándose de que este par de sujetos eran hermanos del famosísimo cantante. Robert frunció el ceño sintiéndose repentinamente molesto y volvió a mirar su teléfono.

—No lo sé —contestó Aidan a la pregunta de Robert.

—Como siempre —sonrió Jeremy—, no sabes qué hacer con tu vida.

—Tal vez debería dejarlo —siguió Aidan—. Ya no hay propósito en esto.

— ¿Cómo que no? —preguntó Alice, sobresaltada—. Su voz... y sus letras, inspiran a muchas personas. Por favor —exclamó mirando a Roberta los ojos—, ¡dígame que no deje de cantar!

— ¿Qué diablos?

— ¿Quién habla? —preguntó Aidan por el altavoz.

—Una admiradora tuya, por lo que veo —rio Jeremy—. Es la secretaria de Robert. Escuchó la conversación por casualidad.

—Oh, me disculpo por ser tan entrometida —volvió a hablar Alice, esta vez más alto para que Aidan la escuchara—. Pero, Aidan, por favor, ¡no dejes de cantar!

— ¡Largo de aquí! —exclamó Robert.

—Si usted es su hermano, y tiene alguna influencia sobre él, dígame que no deje la música, sería lo peor que podría hacer. 2R2 puede desintegrarse, ¡pero que Aidan Swafford no deje de cantar!

—Se enloqueció —narró Jeremy tomando el teléfono que Robert había dejado, pues se había puesto en pie para sacar él mismo a Alice de la sala de juntas.

— ¿Quién? ¿La secretaria?

—No. Robert. La de ella, es la típica reacción de las mujeres ante ti. Hasta Jennifer estuvo a punto de echarse a llorar cuando se enteró de que la banda se desintegraba.

— ¿Y por qué enloqueció Robert?

—No lo sé. Pero se le ve furioso.

— ¡No puedo creerlo! —exclamó Robert soltando el brazo de Alice, que cayó sentada en su silla. Robert se inclinó sobre ella, muy molesto, con el ceño muy fruncido, y Alice tuvo que recostarse al espaldar porque él estaba

muy cerca—. Toda una adulta como usted, cayendo en vergüenza de tal manera. La creía un poco más madura, un poco más...

— ¿Acaso el que te guste un cantante es muestra de inmadurez?

—Oh, pero casi... mearse de la manera en que lo hizo allá dentro sólo por enterarse de que Aidan dejará de cantar... ¿no es acaso señal de que sigue siendo una adolescente?

— ¡Tengo veintiocho años! Escucho a Aidan desde los dieciocho. Toda mi... adolescencia se revolvió al enterarme de que es probable que deje de cantar. ¿Cómo esperaba que reaccionara?

—Esperaba que fuera usted más...

— ¿Más qué? ¿Acaso no es capaz de imaginarme a mí escuchando música?, ¿emocionándome por unas letras?

—No, la verdad. Sólo soy capaz de imaginarla como un robot, con el teléfono o el computador delante y trabajando—. Ella mostró los dientes como lo hace una fiera furiosa.

— ¡Idiota! —exclamó. Robert abrió grandes los ojos.

— ¿Qué?

— ¡Idiota! ¡Es un idiota! ¡No se meta en mi vida personal! ¡Ogro! ¡Bestia! ¡Largo de aquí!

—La que se larga, eres tú.

—Oh, ¿me está despidiendo?

—No. ¡Mierda! ¡No me hagas decir cosas que no quiero!

— ¿No controla lo que dice? Yo sí. Ogro. Se lo digo de todo corazón. ¡Ogro!

— ¡Basta! —gritó él al fin, pues la gente se estaba asomando.

Como si no hubiera ocurrido nada en esta vida, Alice lo miró con odio, respiró profundo y atendió el teléfono, que llevaba varios segundos sonando, y Robert sólo pudo soltar un gruñido y volver a la sala de juntas.

Al entrar, vio a Jeremy que salía con su teléfono en la mano.

— ¿Qué haces?

—Aidan quiere hablar con tu secretaria.

— ¡No jodas!

—Díselo a él —sonrió Jeremy, y le entregó el teléfono a Alice, que cuando le informaron de qué se trataba, se sonrojó profundamente, y, nerviosa, tomó el teléfono. Robert la miraba casi asqueado, con los brazos cruzados sobre su pecho y muy malencarado. Nunca la había visto ni sonrojada ni nerviosa. Nunca había visto tales emociones en ella, siempre había sido alguien muy

sereno. Hasta para cantarle las verdades a él conservaba la compostura...

Pero mírala con Aidan, pensó. ¿Qué tal que estuviese aquí en persona? ¡Se desmayaba!

—Entonces, ¿de verdad crees... que no debería dejar de cantar? —le preguntó Aidan a Alice, que tuvo que tragar saliva y respirar profundo.

De verdad, de verdad, jamás habría podido imaginar que el día de hoy sostendría una conversación con el dueño de la voz de sus canciones favoritas. Aidan y sus letras la habían acompañado en muchos momentos duros y difíciles. Había llorado a su lado en momentos de soledad, desesperación, tristeza... que no habían sido pocos en su vida. El sólo pensar que esta fuente de alivio y sosiego desaparecería le causaban una terrible impresión.

Con ojos humedecidos, preguntó:

— ¿Y por qué quiere dejarlo?

—Si te dijera que la razón por la que empecé a cantar ya está cumplida, ¿qué dirías?

— ¿Empezó a cantar por una razón en especial?

—Sí.

—Bueno... entonces hay que encontrar una nueva razón. ¿Acaso, la música, y el amor por ella, no es una razón en sí misma?

—Lo es, pero no te llena del todo—. Eso era verdad, reconoció ella. Si bien esas canciones la habían aliviado en el pasado, no habían llenado los vacíos de su vida, no del todo. Pero la vida seguía, y seguían existiendo vacíos que nada llenaba.

—Entonces, ¿ya usted está lleno?

—No te entiendo.

—Usted ya cumplió la meta que se propuso al principio, cuando su voz llegó a tanta gente, cuando encontró aquello que buscaba... Gracias a eso, ¿ya se siente completo? —Aidan guardó silencio por un momento, luego del cual, contestó:

—No.

—Entonces, no debe dejar de cantar—. Aidan sonrió.

—Eres linda—. Tremendamente sonrojada, Alice se quedó sin palabras por un par de segundos.

— ¡Ni siquiera... me conoce!

—No tengo que verte la cara para saber que eres linda. Gracias por tus palabras.

— ¿Entonces... seguirá cantando?

—Bueno, tengo todavía muchas canciones escritas que nadie ha escuchado.

— ¡Eso tiene que solucionarse! —sonrió Alice, comprendiendo lo que eso quería decir, y sintiéndose supremamente emocionada. ¡Había ayudado a su cantante favorito a seguir adelante!

—Ya no tengo banda —se quejó Aidan.

—Las letras siempre fueron tuyas, ¿no? era su guitarra la que dictaban los acordes. En mi concepto, Aidan Swafford puede seguir su carrera como solista.

—Mmmm, buena idea.

—Yo escucharé su música, siempre.

—Gracias.

—Le pasaré de nuevo a... —No pudo terminar la frase, pues Robert casi le había arrebatado el teléfono, mirándola con cara de pocos amigos, y se lo pegó de nuevo a la oreja.

— ¿Te atreves a coquetear con mi secretaria?

—Deja el drama —rio Aidan, y Alice se recostó en su asiento, feliz sólo por haber podido hablar unos minutos con Rey-mendigo Aidan. Emocionada, porque, aunque el mundo no lo sabía, había estado a punto de perder un bien muy precioso, y ella, cual heroína con capa y escudo, había conseguido salvarlo.

Se sentía pletórica. Nada podía arruinar esta felicidad.

—Oficina de Robert Blackwell —saludó Alice contestando al teléfono, y la voz de una mujer contestó:

—Soy Kimberly Wright, y ya que Robert no contesta su teléfono, por favor dígame que lo espero esta noche. Que estoy muy ansiosa por su visita. Asegúrate de repetirme exactamente mis palabras.

—Sí, cla... —no terminó de hablar, pues la mujer había cortado la llamada.

Molesta, Alice puso el teléfono en su soporte. Mujer idiota. ¿De dónde las sacaba su jefe, de todos modos? ¡Qué mal gusto!

Trató de pensar en Aidan y su felicidad, pero ahora había un muro impidiendo el avance hacia ese camino. Estúpida Kimberly, estúpidas todas las novias cabezas huecas de Robert Blackwell.

Los días pasaron, y aunque Alice hubiese querido no tener que mirar a su jefe a la cara, lo cierto es que era lo que más tenía que hacer en el día. Si bien

él podía pasar un día completo fuera en reuniones, o de viaje, siempre estaba en contacto, al menos, para preguntarle qué había ocurrido en la oficina.

Por su parte, Robert había conseguido normalizar su vida laboral. Alice era mucho más eficiente de lo que esperó en un principio, y aunque todavía no igualaba a Walters, comprendía que se debía a que el hombre llevaba casi una década con él, mientras que Alice, apenas, un mes.

Ella despertaba su curiosidad. No por su manera de vestir, tan sencilla, ni por el escaso maquillaje que siempre llevaba, sino por... ¿Por qué? No lograba entenderlo.

No se parecía mucho a las mujeres con las que solía salir, así que no era una curiosidad de ese tipo. Y era demasiado mandona y quisquillosa para su gusto. El hombre que se enredara con alguien como ella, tendría que andar siempre de punta en blanco, pisando en puntas de pie para no molestar a su majestad.

Con el ceño fruncido, y tratando de espantar esos pensamientos que últimamente lo asaltaban en los momentos y lugares menos convenientes, avanzó a través de un mar de gente que bailaba, conversaba o bebía, buscando el reservado donde se había citado con Mark Andrews.

—Un sitio muy peculiar para tener una cita —le dijo al verlo, notando que ya tenía una cerveza en sus manos y la elevaba para saludarlo. Había mucho ruido, poca luz, y en el momento sonaba algún ritmo latino yailable.

Mark le sonrió, y, chasqueando sus dedos, llamó la atención de un camarero que pasaba, pidiéndole una cerveza para Robert.

—Hay que variar, de vez en cuando—. Robert meneó su cabeza negando y miró su reloj. Iban a ser las ocho de la noche, y, aunque no tenía nada que hacer, tampoco le apetecía estar aquí. Había dejado plantada a Kimberly esta vez por venir aquí, aunque, de repente, a medida que avanzaba la tarde, se había dado cuenta de que no le apetecía tampoco estar con ella.

Kimberly era hermosa, curvilínea, y aunque le gustaba cotorrear y era bastante inclinada a beber vino, él siempre estaba dispuesto a tolerarla un poco con tal de pasar una buena velada. Sin embargo, últimamente pensar en ella sólo le causaba cierto hastío.

Estaba sucediendo lo de siempre, comprendió. Estaba perdiendo todo el interés.

—Al menos dime que me tienes noticias —Andrews se encogió de hombros.

—Me diste muy pocas señales —contestó—, y aunque pedí las cintas de

las cámaras de seguridad de aquel bar, no hay nada en concreto. El tipo de capucha negra sólo entra, se sienta tras de ti, y luego de conversar contigo, se va. La moto en la que se fue, no había sido estacionada en los parqueaderos del bar, y en las calles vecinas, ninguna cámara pudo captar el número de su matrícula.

—Imposible.

—Tú mismo, ¿no captaste nada en él? Su voz, su olor...

—No se hizo tan cerca como para poder olfatearlo. Era un bar de mala muerte, olía espantoso. Y su voz... presiento que sí la cambió, o tal vez estaba disfónico, pero no se oía normal.

—Lamentablemente, eso no es suficiente para saber quién es. No se quitó la capucha en ningún momento, desde que entró, hasta que salió. Ni siquiera puedo estar seguro de su contextura. Parecía alguien grande, pero podía ser exceso de ropa. Era otoño, después de todo.

— ¿Es todo lo que tienes?

—Hasta ahora —le contestó Andrews—. Si me lo pides, seguiré investigando.

—No, no seguiré con eso. No era alguien que quisiera hacerme daño, de todos modos. Es sólo que... siento que esa persona sabe más que nosotros. Y me incomoda. Muy pocas personas en este mundo saben cuál es el verdadero propósito de los Blackwell. Y habló con tanta propiedad... y hasta con temor, podría decir. Estaba preocupado.

— ¿No has pensado en hacerle caso? —Robert lo miró elevando una ceja.

—Jamás —contestó—. Tengo que saber quién mató a mis padres, Andrews. No podré volver a verles la cara el día que me reúna con ellos sin haberlos vengado. Hace tiempo que sólo vivo para eso.

—Lo entiendo. Pero tal como tú dices, han pasado tantos años...

—Dieciséis años. Pero así pasen treinta, Andrews, yo seguiré buscando, y mis hermanos también—. Andrews asintió, y se bebió su cerveza con tragos largos, y siguió hablando con Robert de otros temas. Una hora después, se levantó de la mesa dejando un billete sobre ella.

—Yo invito —dijo Robert, y Andrews sonrió.

—Claro que sí, eres rico—. Robert sonrió y buscó su billetera, dispuesto a irse también, pues no le apetecía quedarse aquí solo, pero una imagen a lo lejos llamó su atención. Si le hubiesen preguntado, jamás habría sabido responder bien qué había sido. Fue tal vez la curva de un brazo, una mano, una melena... pero al verla, supo que había alguien conocido allí.

No se equivocó, era Alice, que, sentada en una mesa con otras tres mujeres, reía y bebía un Martini.

Vaya, pensó Robert admirándose increíblemente al verla. No era para nada la Alice de la oficina. Llevaba un vestido sin mangas y de escote profundo de alguna tela satinada, ajustado al cuerpo, y sostenía en la mano su copa mientras reía con sus compañeras de mesa.

Oh, con que la santurrón se divertía y bebía licor. Y reía, la muy descarada; también sabía reír abiertamente y sin nada de timidez, o recato, ni nada de lo que mostraba frente a él en la oficina.

Había sabido que esa mujer no era real. Algo le había advertido que algo ocultaba. Ella, con su forma de ser, le había dado muestras de ser alguien muy diferente, y hela aquí, en un bar con sus amigas pasándolo muy bien. Había imaginado que los fines de semana se metía en alguna biblioteca consultando libros titulados “Cómo amargar a mi jefe”, y, “Vuelve loco a tus superiores en ciento treinta y un pasos”. Nunca sospechó que fuera de las que se van de farra los sábados por la noche con vestidos que ocupaban la misma tela que un par de servilletas.

— ¿Te quedas? —le preguntó Andrews, y Roberta sintió sin prestarle mucha atención, con la mirada fija en su secretaria. Andrews se fue sin agregar nada más, y Robert se ubicó mejor en el reservado para seguir observando a la prueba que irrefutablemente decía que su secretaria era otro engaño con faldas.

Vio que un hombre se le acercó y le pidió bailar. Dirá que no, pensó él, pero se equivocó muchísimo, ella no sólo aceptó, sino que lo hizo muy bien. ¡Sabía bailar esos ritmos tan complicados! Y también habló mucho con ese hombre que le tenía una mano en la cintura y la hacía girar.

Cuando la larga canción terminó, la vio regresar a su mesa, un poco agitada, con la piel brillante por el ejercicio físico, y algo se movió dentro de él.

Como un resorte, se levantó de su asiento, encaminándose hacia ella.

Iba a comprobar con sus propios ojos, oído y olfato, que esta era Alice Palmer, su secretaria, y no su gemela, o una mujer exageradamente parecida.

Ah, y si eso era cierto, tendría muchos argumentos para ser él quien ahora empezara a amargarle a ella la vida, porque si esta mujer de aquí era la real, entonces en la oficina ella llevaba una máscara, y él iba a averiguar por qué.

No, no iba a ser cruel, pero planeaba divertirse un buen rato.

*No me hables de pasión
Desnudos dos cuerpos, un equívoco
Del amor no es un símbolo
No hay misterios, es lo mismo*

— ¡Jesucristo santo! —exclamó Janet abanicándose el rostro con una mano, y Alice la miró con una sonrisa, pensando en que la exclamación se debía a ella, por todo el rato que había estado bailando, pero Janet miraba hacia otro lado.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Caliente! —exclamó en español, tal vez contagiada por los ritmos latinos que escuchaban en el momento.

— ¿Quién está caliente?

—El tipazo que está sentado solo en aquella mesa. Espera... no mires, ¡está mirando hacia acá!

—Me corrí —dijo otra—. Acabo de tener un orgasmo. En serio.

—Está guapísimo.

— ¡Y se está poniendo en pie! —Alice lo vio muy tarde, cuando ya estaba a pocos pasos. Algo increíble, porque él no era un hombre que pasara inadvertido.

Era su jefe. Robert Blackwell estaba en este sitio, un lugar que, ella sabía, él no frecuentaba, y venía con paso tranquilo hacia ella, mirándola como mira el león a la pobre gacela que no tiene ya a dónde correr.

—Madre mía, madre mía. ¡Vine hacia aquí!

— ¡Me pedirá bailar! —exclamó Janet— ¿Querrá bailar conmigo? ¡No podré! Mis piernas tiemblan.

—No les pedirá bailar —las tranquilizó Alice mirando a su jefe con rostro inexpresivo.

—Vaya, señorita Palmer —saludó él acercándose a la mesa con una sonrisa llena de maldad, y las tres mujeres con las que estaban sentadas, que no lo conocían, ni podían interpretar de manera correcta esa mirada, hicieron un sonoro suspiro en coro al escuchar su profunda voz. Pero Alice sí lo conocía; casi que podía escuchar sus pensamientos—. Qué curiosa casualidad.

—Sí, muy curioso —contestó ella apretando sus labios, reconociendo que

toda la mala suerte de su vida se había juntado aquí, y él parecía sonreír muy de acuerdo con ese pensamiento.

—Espera —los interrumpió Janet—. ¿Se conocen? ¿Alice?

—Chicas... les presento a mi jefe.

—¿Qué?

—¿Trabajas para él?

—¿Con él? —enfaticó la otra. Robert las miró al fin, de una en una, pero debió no encontrar nada interesante, pues sus ojos volvieron a Alice.

—¿Me concederías el honor de bailar conmigo esta pieza?

—¿Por qué? —preguntó en tono petulante, pero el empujón que le dio Janet la sacó de su butaca y cayó casi en los brazos de Robert.

—¡Ella está encantada! —exclamó Janet—. Aceptas, ¿cierto? Por nosotras —agregó entre dientes—. Aceptarás y lo disfrutarás mucho. No importa si no regresas, nosotras entendemos—. Alice las miró entrecerrando sus ojos, pero no pudo escapar, Robert la tenía del brazo y la conducía a la pista.

—No he aceptado bailar con usted.

—Me pareció que sí.

—Eso fue un empujón, y usted se dio cuenta.

—No me di cuenta de nada.

—No quiero...

—Tú bailas —le dijo él con voz grave, poniendo su mano en su cintura y guiándola en los primeros pasos—. Te vi hacerlo.

—No me dejó terminar de hablar. No quiero bailar... con usted.

—Oh. Lástima.

—¿Qué quiere decir?

—Que es una lástima, porque ya lo estás haciendo—. Ella apretó los dientes. Era cierto, ya lo estaba siguiendo en los pasos.

Él no lo hacía nada mal, notó ella. Había pensado que, por ser grande, también sería torpe, pero lo cierto es que se movía como si fuera muy ligero.

—Estás muy callada —dijo él al cabo de unos segundos.

—¿Y qué quiere que diga?

—No lo sé. Tú siempre tienes algo que decir —ella gruñó por lo bajo, y Robert sonrió para sí, disfrutando muchísimo el verla incómoda—. No imaginé que te gustaran estos sitios.

—Por supuesto, usted sólo me imagina como un robot, sentada frente al computador, con el teléfono en la mano, y trabajando—. Robert sonrió.

—Es increíble la capacidad que tienen las mujeres de recordar cada cosa

al pie de la letra.

—Dios nos dio una buena memoria para poder torturar a los hombres echándoles en cara las cosas.

—Imagino que es eso.

— ¿Y por qué me sacó a bailar? ¿Por qué no lo dejó así? Si me vio, ¿por qué simplemente no fingió que no, y lo dejó estar? —cierto, se preguntó él mismo. ¿Por qué no lo había dejado estar? En una ocasión, había visto a Walters con su familia en un paseo comercial, estaba de compras con su mujer y una de sus hijas, y no se le acercó, ni lo saludó de lejos, y luego sólo fingió que no lo había visto el fin de semana.

¿Por qué no lo había dejado así? Su cuerpo había actuado por sí sólo, y helo aquí, bailando con su secretaria.

¿Qué estaba haciendo?

Bajó la mirada, encontrándose con los enormes ojos escrutadores de ella, y se le olvidó la pregunta. Bajo esta escasa luz, ella todavía era bonita.

Y olía muy bien. Más allá de la fragancia que seguramente se había aplicado, olía a ella misma, a mujer encantadora, a secretos y locura.

Teniéndola entre los brazos, pudo comprobar que era delgada, que su cintura era estrecha, y su cabello se ondulaba hasta llegar a su espalda baja. Sus ojos se veían mucho más grandes por el maquillaje, sus labios, más voluminosos. La piel le brillaba de manera casi mística, y se movía muy bien al compás de la música, se dejaba guiar muy bien, y era...

Sacudió su cabeza reorientando sus pensamientos. Se le había acercado con el ánimo de mortificarla un poco, y helo aquí pensando estupideces.

— ¿Sabes tus amigas que llevas una doble vida? —ella lo miro ceñuda.

— ¿Doble vida?

—En el día, recatada y hasta un poco mojigata, en la noche, una libertina.

—Está delirando.

— ¿Sabes tus padres a dónde te vas los sábados por la noche? —ella blanqueó los ojos, pero él siguió—. Oh, tal vez sólo le pides prestada la ropa a alguien. ¿Perdiste una apuesta y por eso estás aquí?

—Deje de hacerse tantas preguntas. ¿Acaso no tengo derecho a divertirme? ¿Y cómo cree que voy a usar aquí la misma ropa que en el trabajo y viceversa? Ese es usted, que con la misma ropa que hace deporte, atiende a clientes importantes.

—Ahí estas. Estaba tratando de encontrar a la Alice lengua larga dentro de ese montón de maquillaje y te encontré—. Alice dejó salir el aire resignada—.

Ahora no sé qué hacer. Cuando te vea mañana con la cara lavada otra vez, voy a estar confundido. ¿Cómo voy a concentrarme en el trabajo si mi secretaria es como Fiona, la novia de Shrek? En el día, una; en la noche, otra... Tienes dos caras, Alice Palmer. ¿Cuál es la verdadera?

De repente, ella se detuvo, dio la vuelta, y se encaminó a la mesa.

— Oh, te molestó lo que dije —sonrió él para nada contrito.

—Me pidió una pieza —explicó ella—, y ya se acabó.

—Ah... —murmuró él algo decepcionado. Ella dio varios pasos, pero, sin poder dejarla ir, fue detrás—. Déjame invitar a tus amigas a un trago.

— ¿Está loco?

— ¿Es eso una locura? ¿No es, más bien, una muestra de buena educación?

—No tiene que ser educado con mis amigas.

— ¿Lo dice la mujer que lleva dándome la lata por todo desde hace un mes?

—Yo no doy lata.

—Claro que sí —dijo él tras ella. Llegaron a la mesa, encontrándose con que no había nadie allí. De repente, las tres mujeres que habían estado compartiendo mesa con ella hasta hacía unos minutos, habían desaparecido.

—Traidoras —masculló Alice—. Me voy a casa —dijo tomando su bolso y encaminándose a la salida.

—Pero es temprano.

—De todos modos, me voy.

—Está bien. Te llevo.

— ¿Qué?

—Estás de suerte, hoy traje el auto, no la motocicleta.

—No me subiré en su auto.

—No seas tonta—. Alice se giró para mirarlo fijamente. Él sólo le sostuvo la mirada de manera muy afable. No supo si era por la escasa luz, el ambiente del lugar, o qué otra cosa, pero él la estaba mirando de manera diferente.

Y eso no le gustaba.

—Señor Blackwell... contrario a lo que parezca, usted no tiene que llevarme a mi casa. Puedo llegar perfectamente por mí misma. Que sea mi jefe, un conocido, o lo que sea, no lo obliga a sentirse responsable, ni ser amable. De hecho, preferiría que no lo fuera—. él sólo sonrió, se cruzó de brazos y dobló su torso hasta estar muy cerca de ella.

—Pero tengo ganas de llevarte a tu casa, de ser amable contigo. Desde el lunes, podremos seguir gruñéndonos el uno al otro, y haciéndonos la vida

imposible. Pero esta noche, no estaré tranquilo si tienes que desplazarte sola hasta donde vives luciendo... así—. Él la había señalado con la mano, y Alice dejó salir el aire.

— ¿Se va a meter con mi vestido?

—Ah, ¿eso es un vestido? Había pensado que te habías robado un par de servilletas y las habías cosido.

—Exagerado. No pensé que fuera tan santurrón.

—No. Y eso es lo extraño, porque la santurrona eres tú. La que viste como una abuela, que no se maquilla ni se pinta las uñas, y... mira, por Dios, luces muy... diferente—. Alice apretó los dientes, y siguió el camino que había emprendido hacia la salida. Pidió su abrigo, y una vez afuera, respiró el aire aún invernal. En pocos segundos, Robert estuvo a su lado, le tomó el brazo y la llevó hasta donde tenía el auto estacionado.

Ella iba muy callada, pasando saliva, mirando en derredor, y cuando él le abrió la puerta para que se introdujera en el auto, ella cerró sus ojos.

—Esto es un error. Esto está muy mal—. Robert ladeó la cabeza y la miró uniéndole sus cejas.

—Mujer, que no te estoy vendiendo drogas ni órganos. Sólo te estoy llevando a tu casa.

—Usted no entiende.

—Oh. Es por tu marido celoso, un tipo grande y de puñetazos duros.

— ¡Claro que no!

—Entonces es un flacucho de gafas muy versado en literatura e historia al que no le quieres tener que explicar que un hombre te haya llevado a casa.

— ¡No se trata de eso! No tengo a nadie a quien... darle cuentas de lo que hago.

—Entonces, si yo no te estoy vendiendo armas, o un niño, y esto no puede ser malinterpretado por un novio celoso, ¿por qué está mal? —ella elevó su mirada a él, y Robert guardó silencio. Había mucho en esos ojos. Ella estaba dando su respuesta con esa mirada. Qué, ¿qué estaba pasando por la mente de Alice Palmer?

Ella sacudió su cabeza, y casi con resignación, accedió a entrar al auto.

Él se puso al volante mirándola un poco de reojo, y luego de pedirle la dirección, soltó los frenos y se introdujo en el tráfico.

Ella estaba llevando un abrigo blanco que le cubría hasta los muslos, y seguía con las piernas expuestas. Robert no recordaba la última vez que había estado tan curioso por el cuerpo de una mujer, pero ella, además de tener un

bonito escote y una cintura estrecha, tenía bonitas piernas.

Sonrió mirando fijamente la carretera, aunque su visión periférica lo traicionaba un poco.

Se introdujeron en una zona de casas pequeñas, jardines un poco descuidados, y Robert miró la oscura calle un tanto intrigado. Había imaginado que, con el sueldo que se ganaba, Alice vivía en un sitio mucho mejor.

No, no había imaginado nada, si era sincero; pero esto, definitivamente, no iba con ella. Alice podía permitirse un apartamento más céntrico, en una buena zona, con unos cuantos lujos.

Frunció el ceño preguntándose si acaso era tacaña, o tal vez tenía deudas graves que no le permitían llevar una mejor calidad de vida.

—Es aquí —dijo ella, y en cuanto él detuvo el auto ella se quitó el cinturón de seguridad, abrió la puerta y bajó. Se agachó para asomarse por la ventanilla y darle las gracias, pero él estaba bajando también—. ¿Qué está haciendo?

—Podrías invitarme a un café.

— ¡De ninguna manera!

—Te traje hasta aquí, podrías retribuir mi amabilidad.

—No le pedí que me trajera, ¡usted insistió! —Algo llamó la atención de Robert, que miraba hacia la casa, y con ojos como platos, Alice miró hacia atrás. Una niña se asomaba a la ventana que daba al pequeño jardín delantero, y agitaba su mano tratando de llamar su atención—. Muchas gracias por traerme —dijo Alice con afán—. Nos veremos el lunes en las oficinas —dio la media vuelta y se encaminó a prisa hacia la casa, y la puerta se abrió antes de que consiguiera sacar la llave.

— ¡Llegaste! —exclamó la niña abalanzándose a ella con una sonrisa enorme.

— ¿No deberías estar durmiendo ya?

— ¿Tienes una hija? —preguntó la voz de Robert tras ellas, y Alice contuvo una exclamación. Se giró a mirarlo aún con la niña abrazada a su cintura, y Robert movía sus ojos de una a otra. La niña era preciosa, rubia y de ojos claros. Debía tener unos siete años, no estaba seguro. Si era hija de Alice, entonces la había tenido muy joven.

Ella había dicho que tuvo que dejar la universidad. Tal vez aquí estaba la razón.

—Es una traviesa —dijo la voz de otra mujer. Robert la miró. Era una anciana, muy mayor ya. Tenía los cabellos encanecidos, caminaba con dificultad, y miraba a la pequeña con reproche y disculpas mezcladas—. Oh, trajiste un invitado —exclamó la mujer—. Pero hazlo pasar, Alice. Está frío afuera.

—No, él ya se va...

—Ella me invitó a un café —mintió Robert con todo descaro, y la anciana sonrió.

—Claro que sí, por favor, siga.

—Ethel, no tienes que...

—Tus amigos son bienvenidos —siguió la mujer—. Y si él te trajo, ¿no deberías invitarlo, al menos, a tomar algo?

—Es lo que yo digo —sonrió Robert, y Alice lo miró con dureza. Acorralada de este modo, no tuvo más remedio que dejarlo entrar en la casa, y Robert tuvo que inclinarse un poco para poder pasar por la puerta.

Ethel se encaminó enseguida, con paso dificultoso, a la cocina para poner en la cafetera un poco de café molido, y Alice miró a Robert, que, con las manos en la cintura, miraba todo en derredor. Con él dentro, la casa parecía mucho más pequeña de lo que en verdad era, pensó Alice tragando saliva, y, quitándose los zapatos, tomó a la niña de la mano y caminó a las escaleras.

—Ven, vamos a dormir.

—¿No me vas a presentar a tu hija? —preguntó Robert—. Me parece que tengo que pagarte un curso de buenos modales.

—No soy su hija —sonrió la niña, que, al parecer, no era nada tímida con los extraños—. Ella es mi tía.

—Oh. Y tu nombre es...

—Emma.

—Emma —repitió Robert con una sonrisa—. Hermoso nombre.

—Gracias

—El mío es Robert—dijo con encanto—. Un placer conocerte—. Emma sonrió otra vez, llevándose una mano a los labios para ocultar los dientes que le faltaban, y Robert miró a Alice, pero ella miraba a cualquier otro lugar, menos a él.

—Tengo que hacer que se duerma —dijo—. Está acostumbrada a que... yo le lea, o me esté con ella hasta que se quede dormida, así que...

—Te esperaré.

—No es necesario.

—No te preocupes. Es temprano para mí, y no tengo más nada que hacer. Anda, haz dormir a tu sobrina—. Alice lo miró a los ojos ahora, preguntándose por qué rayos él se estaba comportando así, tan insistente. De repente, se había metido en su casa, en su vida, enterándose de demasiadas cosas acerca de ella.

Sin agregar nada más, tomó a la niña de la mano y se metió por un pasillo que debía conducir a las habitaciones.

La casa era pequeña, observó Robert cuando se hubo quedado solo; de sólo una planta, una estrecha sala y una pequeña cocina. Los muebles se veían viejos, aunque limpios, y en general, cada cosa parecía comprada de segunda mano en alguna venta de garaje.

En un rincón, había una mesa pequeña, con su silla a juego, y colores y libretas. Imaginó que serían de Emma, y sin poder evitarlo, sonrió.

Con que así vivía su secretaria.

Miró hacia la cocina, observando a la anciana preparar el café. Por su edad, no debía estar trabajando, y si además ella y la niña dependían completamente de Alice, era comprensible que vivieran aquí y no en un apartamento más decente.

—Oh, no lo invité a sentarse —se disculpó Ethel indicándole uno de los muebles, y Robert tomó asiento, presintiendo que se rompería con su peso.

— ¿Viven aquí desde hace mucho? —preguntó, y Ethel miró hacia un lado haciendo cuentas.

—Hace unos cinco años —contestó.

— ¿Eres la madre de Alice? —Ethel sonrió negando.

—No, no tengo hijos tan jóvenes. Soy la bisabuela de Emma.

—Oh... —dijo él un poco confundido. La manera en que lo había dicho, daba a entender que no tenía relación de sangre con Alice. Sin embargo, no hizo más preguntas, ni Ethel dijo más nada, y, minutos después, le trajo una pequeña taza de café caliente, que, además, olía muy bien.

—Está bueno —dijo luego de darle el primer sorbo, y Ethel sonrió.

—Sí. Es uno de los pocos gustos que se puede dar Alice.

—Gracias por atenderlo, Ethel —dijo la voz de Alice llegando a la sala, y Ethel, interpretando aquello como que quería que los dejara a solas, se metió en su habitación con una sonrisa.

Robert miró a Alice de arriba abajo. Se había quitado su sexy vestido, y ahora lucía un pantalón amplio con una camiseta con el nombre de la banda 2R2 estampado delante.

Un poco desilusionado, estiró los labios y le dio otro sorbo a su café.

Cuando vio que ella no decía nada, ni se sentaba, ni hacía ningún gesto, la miró.

— ¿Por qué no te sirves un café y te sientas? Está bueno.

—Claro que está bueno. Lo compro yo. Y sólo estoy esperando a que lo termine para... acompañarlo a la salida.

—Quisquillosa —murmuró él con los labios pegados a la taza, y ella se cruzó de brazos—. Parece que te importa mucho que me haya enterado de... tu estilo de vida—. Ella no dijo nada, sólo apretó los dientes y miró a otro lado.

—Aunque fuera tu hija, aunque la hubieses parido a los dieciséis, ¿quién podría hacerte algún reproche? —ella dejó salir una risita.

—No me importa que hagan ese tipo de comentarios sobre mí. No se equivoque, no me importa su opinión acerca de mi vida.

—Entonces, ¿qué te tiene tan nerviosa?

—No estoy nerviosa.

—No te importa lo que yo opine de ti y tu vida, pero obviamente no querías que me enterara de que vives con una niña y su anciana abuela, en un lugar como este, en una casa como esta. ¿Te avergüenzas, o es simplemente que tu fastidio hacia mí te impide compartirme, aunque sea, una parte tan básica de tu vida? —Ella lo miró fijamente. No había esperado tanta franqueza de su parte, pero bueno, ¿por qué se sorprendía tanto? Era Robert Blackwell.

Sin embargo, no dijo nada. Guardó silencio otra vez.

Robert dejó la taza en la pequeña mesa auxiliar y se acercó a ella frunciendo levemente su ceño. Ella tenía la respiración agitada, su mirada no se estaba quieta sobre ningún lugar. Evidentemente, estaba nerviosa.

—Dios. Esa niña no es robada, ¿verdad?

—Claro que no! —exclamó—. Tengo su custodia. Si quiere... ¡le puedo mostrar los documentos!

—No, está bien —dijo él elevando una mano. Frunció el ceño otra vez y, ladeando su cabeza, preguntó: —Tampoco es hija mía esa niña, ¿verdad? — Ella lo miró con ojos afilados como cuchillos.

—Dios, dame paciencia... ¡Por supuesto que no!

—Uno nunca sabe.

—Es hija de... mi hermanastro.

—Hermanastro —repitió él—. No hermano, ni medio hermano. No tienes lazos de sangre ni con la niña, ni con la anciana.

—Por favor...

—Vamos, Alice. Soy un adulto que comprenderá cualquier cosa escandalosa que me cuentes.

— ¿Pero por qué querría usted saber cosas acerca de mi vida? ¿Se interesaba en la vida de sus anteriores secretarías?

—Ni siquiera recuerdo sus nombres.

— ¿Entonces por qué no me trata a mí de igual manera? —él hizo una mueca haciéndose la misma pregunta.

—No lo sé —contestó luego de varios segundos.

Alice dejó caer sus hombros, y al fin se sentó en un mueble, elevando las piernas y cruzándolas sin ningún reparo delante de él.

—Es mi sobrina por ley. Es la hija de mi hermanastro y su esposa. Ella murió hace cinco años, y él... no está en situación de hacerse responsable. Cuando eso pasó, yo estaba en la universidad, tuve que hacerme cargo o... la habrían llevado a centros de acogida, y luego de verla... no fui capaz de dejarla sola. La traje conmigo—. Robert se sentó de nuevo lentamente, escuchándola con toda su atención.

Tenía delante a una mujer que había salvado a un ser humano del infierno de vivir de casa en casa, en centros de acogida o en la calle, aun a costa de su propia comodidad. Había sacrificado su futuro y salvado a su sobrina.

—Y por eso dejaste la universidad.

—Ya iba terminando —sonrió ella con la mirada perdida en el pasado—, pero no podía con los gastos si no entraba a trabajar, además que... mi hermano dejó unas cuantas deudas que me ha tocado asumir a mí. Emma demandaba mucho en aquella época. Apenas iba a cumplir los dos años, y lloraba y lloraba extrañando a sus papás. Tenía que dejarla todo el día en una guardería para poder trabajar, pero de noche trataba de consentirla para que se apegara a mí. Su mamá ya nunca iba a volver—. Robert tragó saliva sintiéndose repentinamente identificado con la pequeña, y bajó la mirada hacia sus manos—. Pero llegó Ethel —sonrió Alice—. Hizo un viaje hasta aquí sólo para ayudarme con la pequeña. Bueno... a cambio de cuidarla en el día, yo la alimento, digamos que nos hacemos un favor la una a la otra. Ella... tampoco tiene a nadie más.

—En lo económico, dependen completamente de ti.

—Podría decirse, sí.

—Y, aun así, no querías trabajar para mí, con el excelente sueldo que te ofrecí—. Alice apretó sus labios y se puso en pie de nuevo.

—Hay veces, que es mejor pasar hambre.

—Me insultas con eso. Yo sé lo que es pasar hambre. Aunque reconozco que soy un jefe difícil, es preferible a lo otro—. Alice lo miraba fijamente ahora.

— ¿Usted... pasar hambre? —Robert sonrió, y se puso en pie también.

— ¿Qué es lo que sabes de los Blackwell, de todos modos?

—Nada, por lo que veo.

—Oh, ¿entonces, esa vez que me dijiste que éramos unos tiburones, gente sin alma y corazón, sólo estabas repitiendo lo que la gente dice de nosotros? No pensé que fueras tan prejuiciosa.

—Usted no se comportaba de una manera en que yo pudiera poner en duda esas palabras. Y no se atreva a acusarme de juzgar por apariencias; hizo lo mismo conmigo, y lo hace constantemente con las mujeres. Nos tiene a todas en el mismo rasero, nos juzga igual.

— ¿Cómo te atreves...?

—Oh, ¿y entonces por qué odia a todas las que se llaman Amber?

— ¿Cómo sabes eso?

—Lo escuché. A usted. Descartó a la chica de la entrevista que se llamaba Amber sólo al escuchar su nombre. Imagino que, en el pasado, alguien llamado Amber le hizo algo. Pero, ¿eso justifica que a las miles de mujeres que llevan ese nombre sean automáticamente odiadas por usted? —Robert la miró en silencio, con las cejas levemente elevadas, y luego, sólo pudo sonreír.

— ¿Cómo lo haces?

— ¿Qué cosa?

—Darme... estos sermones. Dios, he sido regañado más veces por ti que en toda mi vida por mi madre.

—Esa pobre. La considero. Tendré en cuenta enviarle un enorme ramo de rosas sólo por haber tenido que aguantárselo.

—Envíalo al cementerio. Allí yace—. Alice abrió grande su boca y sus ojos.

—Oh, lo siento tanto. Por favor, perdone mi falta de tacto—. Robert sonrió acercándose más.

—Sí, discúlpate. Haz una reverencia, ahora.

—Tonto —él se echó a reír, y Alice volvió a los muebles. Se estuvieron en silencio varios segundos, que se transformaron en minutos.

Él tenía que irse. Era lo que seguía, que se pusiera en pie y se fuera, pero ahora se sentía muy cómodo en este viejo sofá, aún con el sabor del buen café en su paladar.

La miró a ella, que distraídamente tiraba de un hilo de su pantalón. Lucía como una niña abandonada que necesitaba ayuda y consuelo, pero al tiempo, era tan testaruda y orgullosa, que lo mordería en vez de aceptar cualquier auxilio que a él se le ocurriera darle.

La estaba respetando, pensó. La estaba viendo ahora de otra manera. Jamás conoció a una mujer capaz de sacrificarse a sí misma, y de esta manera, por el bien de otro. Todo lo que él había visto del sexo femenino, aparte de su propia madre, era que, por el contrario, sacrificaban todo lo demás con tal de salvarse a sí misma.

Alice lo había sorprendido con su historia. No imaginó que fuera capaz de algo así, salvó a dos personas, a una niña y una anciana, y eran gente que no tenían nada que ver con ella, podía decirse. No había lazos de sangre. Pudo haberse desentendido y seguir adelante con sus proyectos, pero no, ella los había acogido truncando sus planes de vida.

Suspiró y se puso en pie. De alguna manera, se estaba sintiendo extraño aquí.

—Gracias por contarme —le dijo, y ella elevó sus enormes ojos, aún maquillados, a él.

—No tiene que agradecerlo.

—Es verdad —sonrió él—. Tú no querías contarme.

—Pienso que, entre menos sepamos de la vida privada del otro, mejor.

—Pero tú conoces mi vida privada.

—Sólo porque no me queda opción. Y no creo que esas mujeres que van y vienen sean... lo suficientemente importantes como para ser llamadas “parte de su vida privada”.

—Oh —dijo él, casi alentándola a seguir.

—Tiene un gusto por las mujeres muy peculiar —siguió ella, cayendo en su trampa—. Todas muy parecidas unas de otras.

— ¿Parecidas?

—Mandonas, orgullosas, y, apenas lo conocen, se creen también las señoras y dueñas de la Blackwell Bros Company. No se sorprenda mucho si una de esas mujeres consigue de verdad hacerle daño. Dios sabrá en qué sitio las conoce a todas—. Robert frunció el ceño intrigado por sus palabras.

— ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Vamos, Robert Blackwell. Todas parecen sacadas del mismo catálogo. Si todas las mujeres de su vida han sido así, no me extraña que tenga un concepto tan pobre de nosotras—. Robert siguió en silencio, y Alice agregó:

—En la oficina lo acusan de misoginia. Parece que odiara a todas las mujeres, y ya entendí la razón. Tiene muy mal ojo. Las elige a todas terriblemente mal —. Él rio con sorna.

—Sí, claro.

—No me refiero a su estrato o condición social. Puede que varíe de una a otra, pero, en últimas, terminan siendo iguales. Las mujeres malas existen del mismo modo que existen los hombres malos, y usted tiene la varita especial para elegir sólo a las malas.

—Te equivocas.

—Hagamos la prueba —sugirió ella, al parecer, emocionándose con el tema—. Cuando estaba en la escuela, ¿acaso alguna vez se acercó a la chica más tranquila de la clase? La que no se maquillaba, la que usaba ropa sencilla y sacaba buenas notas—. No, se contestó Robert. Su novia era la reina de las porristas, hermosa y egoísta—. Lo sabía —sonrió ella leyendo la respuesta en su rostro—. Seguramente piensa —siguió, señalándolo cuan largo era con su mano extendida— que un hombre como usted no puede rebajarse a tener como novia a una mujer normal, y ésta debe sobresalir por una razón, y luego, va y odia a las mujeres que quieren sobresalir. Eso, señor, es hipocresía.

Robert entrecerró sus ojos meneando su cabeza.

—Tienes la lengua muy larga —ella siguió sonriendo, y los ojos de él se estancaron en esos labios. Y cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo se reprendió a sí mismo y miró a otro lado.

Miró hacia la puerta sabiendo que debía irse, pero parecía tener los pies clavados en esta casa. y ella no sólo estaba escarbando en su vida, sacando podridas verdades de su interior, sino que se estaba transformando. Poco a poco, había dejado de ser la secretaria para convertirse en... una mujer. Una mujer a la que admiraba, además.

Siempre había pensado que no había nacido la mujer que se ganara su admiración.

Y, por otro lado, hablar con ella era tan fácil.

Era eso, se dio cuenta. Era eso lo que lo tenía clavado aquí. Nunca había hablado así con otro ser humano. Alguien que no le temiera, que no le debiera, que no quisiese ganarse su favor, porque eso no le interesaba. Aparte de sus propios hermanos, no había nadie más en este mundo con quien pudiese hablar como un igual, y de repente había llegado Alice con sus ojos afilados y comentarios puntiagudos.

Sacudió su cabeza, tratando de tranquilizar su mente y su cuerpo, y se

encaminó por fin a la puerta, tomando el abrigo del perchero donde lo había colgado cuando entró.

—Nos veremos el lunes en la oficina—. Ella asintió sin decir nada, seguía sentada en su mueble, con las piernas cruzadas, sin ningún ademán de levantarse y acompañarlo hasta la puerta.

De todos modos, esta se hallaba a sólo dos pasos, y Robert la abrió y por fin salió a la calle.

Una vez afuera, miró la pequeña casa de Alice.

Debía tener un encantamiento, o embrujo, porque quería volver a meterse allí.

Y luego se llamó a sí mismo tonto e idiota, y se encaminó con pasos rápidos a su auto.

*No, no te lo he dicho todo
Mis tesoros, mis secretos, mis recuerdos
Todos siguen siendo míos
Y hay espacios en mi pecho,
y hasta partes de mi cuerpo
Que jamás te entregaré.*

Alice vio a Robert desaparecer tras la puerta de entrada de su casa y recostó su cabeza en el espaldar del mueble donde había estado sentada dejando salir el aire. Al fin se había ido.

Aunque tenía que reconocer que sus conversaciones con él eran amenas, no había podido evitar estar nerviosa. No era bueno que él estuviera en su casa a estas horas, eso lo podía terminar de complicar todo.

Apagó las luces y corrió hacia la ventana comprobando que él se metía en el auto y salía. Se estaba metiendo cada vez en más y más problemas con este hombre. No era alguien con quien se pudiera jugar, y ella se hallaba en peligro. Y no sólo ella, porque lo que hiciera y le sucediera, repercutiría de inmediato en su familia, la pequeña familia que se había construido en los últimos cinco años.

Su teléfono timbró, y ella lo sacó del diminuto bolso que había llevado a ese bar pensando que tal vez era su jefe dejando un último comentario. Pero no era Robert. El nombre que apareció en la pantalla la dejó lívida de miedo.

No podía ser. Nunca la llamaban en vano, o sólo para mortificarla. Esta llamada no podía ser una casualidad.

—Ho... ¿Hola? —habló con voz temblorosa, así que tragó saliva e intentó invocar la fortaleza.

—No me puedo creer la gran suerte que tienes, mujer —dijo la voz de un hombre, muy risueño y encantado de la vida—. Al jefe le va a encantar saber que no sólo has conseguido entrar a la Blackwell Bros Company, y luego, que permanecieras dentro más de dos días, sino que, además, has conseguido meter a ese hombre en tu cama.

—¿Qué? ¡No! Se equivoca, Robert Blackwell no...

—Lo acabo de ver salir de tu casa. Tenía cara de no querer irse, lo que me dice que estaba muy contento de estar contigo—. Alice cerró sus ojos con

fuerza, sintiendo cómo la angustia empezaba a inundarla. Justo lo que más había temido estaba sucediendo.

—Por favor... Por favor, no le diga nada. Está malinterpretando las cosas. Él y yo sólo somos jefe y secretaria. Me vio en el sitio a donde tuve que ir esta noche, y solamente me trajo a mi casa. No hay nada más, se lo juro...

—Mira, bonita. Deja la modestia. Eres buena en esto; has salido mucho más efectiva de lo que me imaginé jamás, tengo que confesarlo, porque, cuando te reclutaron para esta tarea, yo no daba un centavo por ti. El jefe estará contento contigo. Ven a vernos mañana en la tarde.

— ¡No!

—Quieres morir, ¿verdad? —dijo la voz ahora en tono ominoso—. O peor, quieres que algo le pase a tu casa, o a esa pobre pequeña, o a su padre. Es tan fácil desaparecerlo—. Alice cerró sus ojos con el corazón oprimido hasta el dolor. Una lágrima rodó por sus mejillas.

Suplicar no serviría de nada, ya lo había hecho antes. Ni derramarse en lágrimas y llanto; también lo había hecho. Esta gente, de verdad, no tenía corazón.

Lo peor, era el conocimiento de que no estaban jugando, porque una vez les llevabas la contraria en lo más mínimo, ellos empezaban a desaparecer uno a uno a la gente que te importaba.

—Mañana —dijo ella al fin, cediendo ante la horrible presión.

—Mañana —repitió el hombre—. Temprano. Te estaremos esperando donde siempre. Ya sabes, nada de llamadas a la policía, ni a gente rara. Te tenemos vigilada en todos lados, no puedes escapar de nosotros, bonita—. La llamada se cortó y Alice dejó el teléfono en el mueble y se puso en pie. Caminó a la cocina y se lavó la cara con agua helada, tratando de desentumecer sus facciones.

Estaba cansada, estaba tan cansada, tan atrapada, tan atemorizada. Su vida iba a terminar muy mal, pero, ¿qué podía hacer? No tenía a nadie a quien pedirle ayuda. Ya una vez lo había intentado y sólo se cobró la vida de esa persona. No podía volver a involucrar a nadie en esto, pues la culpa por lo que había sucedido luego de pedir ayuda la primera vez, pesaba demasiado sobre sus hombros, y ahora había culpa, miedo y terror.

Caminó a paso lento hasta el baño y se miró en el espejo. Todo el maquillaje se había corrido y ahora parecía un mapache, así que, sin aliento, tomó un pequeño tarro y empezó todo el proceso para desmaquillarse.

Ni siquiera podía echarle la culpa a Nathan, su hermanastro. Él había sido

otra víctima, y le había ido peor que a ella, si tenía que admitirlo.

El pobre Nathan.

Hacía siete años, los hermanos Blackwell aún no eran tan temiblemente poderosos como ahora, pero eran gente dura y con dinero. Nathan había trabajado para ellos; era listo, rápido, y admiraba al par de hermanos que habían surgido de la nada y llevaban una loca carrera hacia el poder. Se había acercado poco a poco a ellos, en busca de su amistad, y eso había sido un arma en su contra. Alguien que odiaba muchísimo a los Blackwell lo había utilizado, amenazando a su familia si no se dejaba, y había tenido que hacer cosas que jamás habría hecho, como traicionarlos cuando en realidad los admiraba mucho, y cometer delitos que merecían la cárcel.

Intentó explicarles, intentó decirles que todo fue una trampa, pero el par de hermanos no eran buenos perdonando, e hicieron caer sobre Nathan todo el peso de la ley. Nunca se enteraron de que Nathan no sólo entró a la cárcel para expiar culpas que no eran del todo suyas, sino que luego habían asesinado a su esposa, dejando huérfana a su hija, sólo por haber intentado hablar con la verdad ante los tribunales y acusar a los verdaderos culpables. Él ahora estaba preso, su esposa muerta, y su niña en manos de la única persona que encontró que podía ayudarle. Su hermanastra.

Alice era la hija de nadie. Sus padres, dos personas mayores, se habían divorciado cuando ella sólo tenía diez años, y él se había ido a vivir con una mujer que tenía un hijo mucho mayor que ella, y su madre se había empezado a emborrachar. En los últimos meses que vivió con ella, tuvo que hacer de madre y ama de casa. Llegaba del colegio con hambre, para darse cuenta de que tenía que prepararse por sí misma sus alimentos y también para la que se suponía era la adulta de la casa: limpiaba, cocinaba, y en varias ocasiones, bañó a su propia madre, que había dejado de ser persona desde que su padre se había ido.

En esa época sólo podía pensar que su madre no la quería, que quería más a su padre, un hombre que la había engañado haciéndole daño, que a ella, su hija. Y le daba miedo ser igual que ella, heredar ese mal, el querer más a otro que a sí misma.

Dándose cuenta de la situación en la que se hallaba la niña, el Estado decidió darle su custodia a su padre, quien la recibió en su casa a pesar de las quejas de su mujer, y por varios años vivió en una casa donde fue algo menos que un mueble. Portia, la nueva esposa, le daba su mejor trato ignorándola, así que creció prácticamente sola en una casa que no era suya, aprendiendo por su

cuenta lo dura que podía ser la vida.

Con Nathan trató muy poco, pues a los meses de haber llegado a esa casa, él se fue a la universidad, y en una ocasión escuchó a Portia convencer a su padre de que no le pagara a ella la colegiatura, pues no había dinero, y ya había demasiados gastos con los de Nathan.

Su padre la había traicionado, y le había hecho caso.

Fue cuando se dio cuenta de que, si no hacía algo, terminaría siendo igual que su madre, alguien que dependería por completo de otra persona para vivir y ser feliz, para desarrollarse como persona, porque no tendría la independencia y la fuerza con la que salir adelante. Se esforzó mucho más en sus clases, sacando mejores calificaciones, y solicitó todas las becas que pudo. Una de sus maestras la ayudó en todo lo que tenía que hacer, y Alice pudo entrar a la universidad de Illinois.

Su padre le enviaba dinero a escondidas, pero luego eso también se acabó, porque él y su esposa sufrieron un accidente y murieron, dejándola a ella sola en el mundo.

Fue en el entierro de su padre que se enteró de que Nathan se había casado y no había sido invitada a la boda, y también fue cuando se dio cuenta de que ya estaba embarazada; su vientre estaba crecido y ella parecía feliz, también él.

No le reprochó el que no la hubiese invitado a su fiesta de bodas; aunque eran familia por ley, no lo eran en la realidad. Poco se conocían, poco habían tratado, y no tenían nada en común.

Y luego de un intercambio de palabras de consuelo, Nathan y ella se despidieron para no volverse a ver dentro de mucho tiempo.

Alice volvió a su vida y a sus estudios siendo consciente de que debía trabajar duro para sostenerse a sí misma y, con mucho esfuerzo, siguió adelante... y una tarde la llamaron para decirle que Nathan estaba preso, que su esposa había sido asesinada, y que no había nadie en este mundo que se hiciera cargo de Emma, su sobrina por ley.

Cuando fue a verla, lo hizo sólo por protocolo. La agente de servicios infantiles le había insistido mucho, incluso se había ofrecido para llevarla a ver a la niña, y Alice no había podido negarse. En el camino, iba barajando la posibilidad de negarse; ya una vez Nathan y su madre le habían hecho la vida difícil, pues a él, su padre sí le había pagado toda la carrera. Ahora, ¿otra vez se aparecía? Y con problemas, nada menos.

No podía hacerse cargo de una niña tan pequeña, y si era justa consigo

misma, no tenía por qué hacerlo. Así que entró a ese centro de acogida con paso firme, con el corazón endurecido, y planeando ver la chiquilla y luego decir: lo siento, no puedo hacerlo.

Pero al verla llorar, con sus ojitos grises enrojecidos y su carita sucia; cuando, al verla, la bebé se tiró a sus brazos confundíendola con su madre y la abrazó con fuerza rodeándole el cuello y calmándose de inmediato, incluso, durmiéndose, perdió la batalla que había tenido contra sí misma.

Había abrazado a la bebé, a la que sólo le faltaban un par de meses para cumplir los dos años, y de inmediato le entregó su corazón.

Ella había sido como esta nena. Ella había estado sola, abandonada, llorando. Si hubiese tenido a alguien que pudiera ayudarla, seguramente que tampoco lo habría soltado; se habría aferrado a él sin importarle si también estaba arruinando su vida, porque lo necesitaba.

— ¿Qué pasará si digo que no puedo hacerme cargo de ella? —había preguntado, y la mujer la miró dejando salir el aire.

—Se quedará aquí, y si tiene suerte, una familia se hará cargo de ella mientras su padre puede volver—. Alice había apretado sus labios imaginándose la situación. La niña estaría sola en casa de desconocidos, sintiéndose excluida, hija de nadie, como si no mereciera atenciones.

“¡No puedes hacerte cargo!” le había gritado una voz dentro. Le faltaba poco para terminar, estaba avanzando en sus sueños, y Nathan ni siquiera había sido cercano a ella.

“Pero si la dejas aquí”, había contestado su conciencia, “jamás podrás dejar de pensar en ella, te perseguirá en sueños, te preguntarás si sigue llorando, tal como llorabas tú cuando eras niña”.

—Está bien —le dijo a la trabajadora de servicios infantiles—. Me haré cargo de ella.

Le entregaron las pocas pertenencias de la niña, y se la llevó al pequeño apartamento donde dormía. Y luego tuvo que renunciar a su carrera, aunque, internamente, se prometió retomarla cuando todo hubiera pasado, cuando Nathan fuera libre y pudiera volver por su hija, ella podría seguir con su vida tal como la había planeado. No sabía si podía ser una buena sustituta de madre para esta niña, pero era lo única que Emma tenía, así que más le valía hacerlo bien.

—Gracias —le había dicho Nathan casi entre lágrimas cuando ella fue a verlo a la penitenciaría. Le había contado que ahora su hija estaba en sus manos, que no debía preocuparse—. Te debo la vida, Alice. No tendré jamás

cómo pagártelo.

— ¿Cuándo saldrás de aquí? —él sonrió con sorna.

—No pronto. Tengo una condena de diez años...

— ¿Por qué, Nathan? Por qué, teniendo una familia, ¿no pensaste primero en ellos?

—Por ellos fue que lo hice. Mira... no puedo explicarte, pero debes irte a otro lugar.

— ¿De qué estás hablando exactamente?

—Busca un lugar seguro, fuera, lejos. Las personas que me hicieron esto a mí, podrían localizarte a ti.

— ¿Las personas que te hicieron qué? ¿Los Blackwell te hicieron esto?

—Haz un último esfuerzo —le pidió él sin contestar su pregunta y mirándola fijamente, con una súplica en los ojos—. Yo perdí todo, sabes que los Blackwell no tuvieron compasión y me lo quitaron todo, pero no podía esperar menos de ellos; son gente así. Lamentablemente, no puedo ayudarte, Alice, pero debes irte lejos. Por tu bien, por el de la niña. No vuelvas aquí a verme y vete todo lo lejos que puedas.

Pero Alice no pudo irse lejos. No tenía manera, ni ayuda financiera de ningún tipo. Todo lo que pudo hacer fue conseguir esta pequeña casa en la que ahora vivía y a la que luego se sumó Ethel, y ella empezó a trabajar, en una ocasión, como secretaria, y cuando su jefe intentó propasarse aprovechándose de la necesidad de la joven, se fue al mundo de los seguros de vida.

Y la habían localizado. Los hombres que habían metido en problemas a Nathan, la habían encontrado.

En un principio, había pensado que habían sido los hermanos Blackwell los que le hicieran todo ese daño a Nathan, pero luego descubrió la verdad. Hacía sólo unas semanas, un hombre se había presentado en su lugar de trabajo como si fuera un cliente, y le había dicho que tenían su vida en sus manos, y que, de ahora en adelante, ella tendría que hacer lo que ellos le ordenaran, o su vida y la de los suyos estaría en peligro.

Alice le dijo que ella no cedería a ningún chantaje. Se sintió valiente e incluso lo amenazó con llamar a la policía.

Y esa misma tarde, Emma había desaparecido.

La habían devuelto a casa unas horas después, pero Alice había llorado de miedo mientras la buscaba, dándose cuenta de que aquella amenaza contra ella y su familia no había sido un juego.

Era muy fácil hacerle daño a una niña pequeña y dos mujeres solas, y

Alice, llenándose de valentía otra vez, contactó a un amigo que tenía cierto interés en ella y que era policía, y le contó lo ocurrido. Su amigo murió en acción sólo un par de días después.

Le había llegado una nota que decía que no debió haber involucrado a terceros, y que esto seguiría sucediendo si seguía involucrando gente.

Alice lloró mucho la muerte de su amigo. Lloró de miedo, de angustia, lloró por el terror que la invadía.

Y quedándose así sin salidas, sin opciones, sin ayuda, Alice tuvo que aceptar, y hacer lo que ellos le pedían.

No era cosa del otro mundo; primero, debía ser contratada como secretaria de Robert Blackwell.

Había escuchado que era un hombre difícil, en internet no había encontrado gran cosa, excepto que era un rico más del país, así que sólo sabía de ellos lo que su hermano le había dicho una vez, que eran gente exitosa, dura, casi inmisericorde.

Pensó que, si no era contratada, su pesadilla acabaría aquí, y pudo haber sido cierto. Si hubiese sabido un poco acerca de la manera de pensar de Robert Blackwell, se habría puesto tres capas de maquillaje, pestañas y uñas postizas, más lentes de contacto. Habría ido vestida como una cabaretera, y se habría presentado para perder ante las demás. Pero eligió el look que cualquiera habría rechazado; el de la anónima, el de la mujer que ni tiene carácter, ni voz, ni voto. El de la incompetente.

Era consciente, además, de que su perfil profesional no sólo era muy bajo, sino que no tenía la suficiente experiencia, así que prácticamente fue tranquila. No la contratarían, ni siquiera se fijarían en ella.

Pero había sido todo lo contrario. Su afán de no sobresalir había sido el que la hundiera, y había terminado siendo la secretaria de este hombre difícil.

Ya dentro, había intentado una y otra vez ser despedida. Sabía que estaba siendo vigilada dentro de la empresa, pues le habían advertido que no era la única en Blackwell Bross Company, así que no podía faltar adrede a su trabajo, ni hacer las cosas intencionadamente mal. Debía ser una verdadera secretaria, pero, al tiempo, debía buscar la manera de que Robert Blackwell la encontrara insoportable y la echara.

Pero este hombre parecía elegido por el demonio para hacerle las cosas cada vez más difíciles, y a pesar de que le había gritado, dicho cosas fuera de lugar, se había metido en su vida personal, y hasta estaba a punto de hacerlo quedar como un idiota ante los demás, no la despedía.

¿Por qué, por qué, por qué?

Oh, y no conforme con eso, se había aparecido en el mismo bar donde ella había tenido que ir para rendir cuentas de lo avanzado en la última semana a esos hombres.

Ella no frecuentaba esos sitios. No sólo porque no podía permitirse el gasto de estas salidas, sino porque no tenía tiempo. Y ahora tenía que frecuentar estos sitios y simular que se divertía. Siempre alguien la invitaba a bailar, y, mientras, ella le contaba los pormenores de la oficina.

Esta noche no había tenido mucho que contar, otra vez, y el hombre le había advertido que debía esforzarse un poco más.

— ¡Pero no soy nadie de confianza para Robert Blackwell! —se explicó ella—. No tengo acceso a documentos privados, ni nada que ustedes pudiesen encontrar jugoso.

—Entonces —le advirtió el hombre—, hazte alguien de confianza para él. Nuestra paciencia se agota, Palmer—. Luego de esas palabras, había vuelto a la mesa con las mujeres que había venido aquí y que se habían vuelto sus compañeras de fiesta, y tan sólo un minuto después, se apareció ante ella el mismísimo Robert Blackwell.

Y ahora él había venido a su casa, creando un enorme malentendido, metiéndola en más problemas.

Qué mala suerte. Qué mal le iba. Qué mal, qué mal, qué mal...

Si la hubiese descartado en esa entrevista como hubiera hecho cualquier jefe normal, ella no habría tenido nada más que hacer, y habría sido libre. Habría sido sospechoso que insistiera en volver a entrar cuando ya había sido despedida. Si la hubiese despedido, también se habría librado, pues era sabido que a Robert Blackwell no le duraban las secretarias y ni siquiera sus opresores podían descartar que algo así sucediera.

Si no se la hubiera encontrado esta noche, y luego, si no hubiese insistido en venir a traerla a su casa, ahora mismo no estaría metida en este nuevo problema.

Robert Blackwell estaba acabando con su vida, aunque sin saberlo.

Cerró sus ojos llena de desesperación. Quería gritar, quería llorar en voz alta. ¿Qué culpa tenía ella de todo esto? ¿Qué tenía ella que ver con los problemas de los Blackwell? Si a lo largo de su carrera, ellos se habían ganado enemigos, ¿por qué tenía ella que pagar los platos rotos? ¿Por qué la habían convertido en una víctima más?

Nathan había sido la primera víctima, él y su familia, y la habían afectado a

ella indirectamente. Pero ahora era peor. Ella misma estaba involucrada de la misma manera que estuvo su hermanastro años atrás.

Había averiguado un poco, y nadie hablaba de Nathan en la empresa. Parecían haberse olvidado de él. Nunca escuchó a su jefe, o al hermano de éste hablar de él, ni siquiera mencionarlo en un mal chiste. Nathan había desaparecido para ellos, y ella sí que estaba pagando todas las consecuencias.

Era tan injusto, y estaba tan enojada, tan cansada, y tan sola.

No tenía a nadie a quien contarle esto. Ni siquiera Ethel lo sabía. La anciana no podría comprenderlo, ni soportarlo, y no quería ser responsable de una muerte más.

Sola, sola, sola. Estaba sola en esto, perdida, en el fondo, asustada y en la oscuridad.

—Ya no más —lloró en voz baja—. Por piedad. Ya no más.

Se sentía como si llevara toda la vida metida en este largo túnel, del que no veía la salida, ni la luz.

Iba a la deriva, sin saber si en el próximo paso que diera, caería, porque era consciente de que, si sus jefes se enteraban de que era una infiltrada en la empresa, no le tendrían compasión. La despedirían y arruinarían su vida. Eran muy capaces.

Estaba entre la espada y el fuego. Por un lado, Robert Blackwell tenía el poder de acabarla si la descubría. La acabaría usando el peso de la ley sobre ella, y, por el otro, unos asesinos la tenían rodeada, amenazando a su familia y a ella misma.

No tenía salida, e iba a enloquecer.

*Ella me hace algo, me hiere y me cura
Sanando mi alma con amor y dulzura
Sus risas con fuerza resuenan en mis miedos
Convirtiendo en paraíso lo que antes fue infierno.*

Robert llegó a las oficinas esa mañana con una sensación de expectativa. Por lo general, siempre llegaba animado al trabajo, le gustaba estar ocupado, y ya se había acostumbrado a que eran más que todo trabajos de interior, cuando lo que él prefería era el aire libre. Lo otro lo compensaba en sus horas de descanso, haciendo un poco de ejercicio en la azotea de su edificio.

Pero hoy estaba animado por otra razón, aunque no quería pensar demasiado en eso.

Al no ver a Alice en su lugar de siempre, se extrañó. Por lo general, ella llegaba temprano siempre, antes que él.

Su estómago se revolvió un poco al pensar que, al igual que Walters, ella podía estar enferma.

— ¿Alice no ha llegado? —le preguntó a la secretaria de Jeremy, que dejó caer algo que tenía en las manos cuando él le habló.

—Ah... No... no lo sé... señor —En otro momento, a Robert le habría molestado que esta mujer balbuceara como si le estuviera apuntando en la cabeza con una metralleta, pero ahora simplemente la ignoró.

— ¿Crees que esté enferma? —le preguntó. La mujer la miró boquiabierta. Él casi estaba sonando como un ser humano preocupado por otro ser humano.

—No... no lo creo, señor.

—No, ella parecía muy saludable la última vez que la vi —dijo para sí—, pero como nunca me cuentan nada, y no soy adivino, no tengo cómo enterarme. Dile, si la ves, que la necesito de inmediato.

—Claro, señor.

— ¿Cuál es tu nombre, de todos modos? —ella abrió grandes sus ojos. No la extrañaba que, en los cuatro años que llevaba aquí él no se hubiese aprendido su nombre, sino que lo estuviera pidiendo ahora.

—Evelyn... señor.

—Bien, Evelyn... gracias—. Evelyn asintió como tonta mirándolo alejarse por el pasillo. Era verdad, Alice no había llegado, ¡pero en vez de molestarse

y rugir como un dragón poseído, él sólo se preocupaba! ¡Algo le había pasado a Robert Blackwell!

Pasaron quince minutos, y Robert se levantó de su asiento para asomarse al pasillo y ver si Alice ya había llegado. Nada.

Buscó en su teléfono el contacto para llamarla, que decía sólo “secretaria metiche”. Lo cambió por “Alice” y marcó. Escuchó que un teléfono sonaba fuera de su oficina, y abrió la puerta para encontrar que su querida secretaria metiche apenas estaba llegando.

— ¿Se te pegaron las cobijas, Palmer? —rugió— ¿Sabes la hora que es?

—Lo siento, señor —dijo ella en voz baja, sin mirarlo. Sólo guardó de nuevo su teléfono y se encaminó a su escritorio. Robert se quedó allí, quieto y en silencio. Había deseado iniciar una pelea y ella lo había dejado con ganas.

— ¿Le pasó algo a Emma? —le preguntó en voz baja.

—No.

— ¿A Ethel? —ella se quedó en silencio, quieta en su asiento, y eso picó su curiosidad—. ¿Está bien la abuela?

—Todos están bien. Perdóneme por llegar tarde, es sólo que...

—A mi oficina —ordenó él—. Ahora— Alice suspiró, tomó su libreta de apuntes y caminó tras él al interior de la oficina. Él cerró la puerta, la tomó del brazo y le levantó la cara tomándola por la barbilla. Ella tenía los ojos enrojecidos y algo hinchados—. Estás enferma tú.

—Sólo es... un resfriado.

—Un resfriado —repitió él entrecerrando sus ojos y acercándose mucho a su rostro—. Esos ojos así no son producto de un resfriado —dijo—. Has estado llorando—. Ella se echó a reír.

—Claro que no.

—Estuviste llorando. Reconozco cuando una mujer ha estado llorando, y tú has llorado mucho. Anoche, te dormiste llorando, y los ojos te amanecieron así. A que sí—. ella tragó saliva. Él había descrito perfectamente lo que había sucedido.

Había sido un fin de semana horrible; primero, él la encontraba en ese bar y se metía en su casa metiéndola en más problemas, y luego, ella había tenido que verse con el jefe, el otro jefe, el que tenía su vida y la de su familia amenazadas. Había estado agotada, y no había podido evitar llorar por sus propias miserias.

— ¿Si he llorado un poco, no merezco, al menos, algo de privacidad?

—Eres tú la que vino con sus ojos hinchados de llorar a trabajar. ¿Está todo bien? ¿Necesitas ayuda en algo? —Alice suspiró. Ojalá pudiera tomarle la palabra, pero se temía que Robert Blackwell no la ayudaría. Si le decía que era una infiltrada en su empresa, en media hora estaría de patitas en la calle, y su familia, muerta.

—No, es sólo... que vi una película dramática y lloré un poco. Todo está bien—. Robert la miró con desconfianza. Las mujeres siempre mienten, era su principio, y ella estaba mintiendo. Pero se temía que no era por las razones de siempre.

Se quedó en silencio con sus ojos puestos en ella como si fuese un duro juego de ajedrez y él se hallara en jaque.

Ella bajó la mirada, como si no soportara su escrutinio, y Robert se dio cuenta de que no había soltado su mano hasta ahora, y la otra había bajado hasta el cuello de ella. Se habían quedado ahí, prendidas de esa piel, y tuvo que tragar saliva, carraspear y dar un paso atrás poniendo distancia.

—Lo repito. Si algo te preocupa, si tienes una necesidad y crees que está en mi mano ayudarte, no dudes, por favor.

—Gracias.

—No. No has entendido. Eres la primera persona, la primera mujer, en muchísimo tiempo, a la que le he hecho este ofrecimiento, así que no lo tomes a la ligera. Si me necesitas, búscame, Alice —ella lo miró fijamente a los ojos, analizando sus palabras.

Lamentablemente, decidió, él no podía ayudarla.

¿Por qué le ofrecía su ayuda? Eso sólo empeoraría las cosas cuando la descubrieran. Ya se estaba haciendo a la idea de que algún día la descubrirían, y él, sobre todo, la odiaría. Ayer, en esa cita con el jefe, había recibido nuevas instrucciones. Todavía no sabía exactamente qué querían de Robert, y habían celebrado que se volviera su amante; ahora esperaban más de ella, le habían dicho, y Alice sólo quería poder desaparecerse, tomar a Emma e irse lejos, muy lejos. Lejos de esta gente, y hasta de los Blackwell.

—Yo... lo tendré en cuenta —mintió otra vez.

Él asintió agitando levemente su melena, dio unos pasos y se alejó, y Alice se puso la mano en el cuello, donde antes la había tocado él. Robert Blackwell tenía una fuerte presencia, un toque difícil de ignorar, y olía muy bien.

—Lamento que no hayas disfrutado el fin de semana —dijo él sentándose en su escritorio, y ella pestañeó volviendo a la realidad.

—Oh... sí, claro. Sí lo disfruté.

—Bueno, yo no.

—Estuvo trabajando, seguramente—. Él apoyó su barbilla en la palma de su mano y la miró con cierta expresión perezosa.

—Estuve una parte en el gimnasio, y otra, viendo películas solo.

— ¿Le gusta el cine?

—Sí.

—Déjeme adivinar —sonrió ella, acostumbrada a puyarlo de alguna manera—. Le gusta el thriller, o las películas de mafiosos, como El Padrino y esas cosas —él hizo una mueca.

—No. Me gusta el cine infantil —Alice se atragantó con su propia risa.

—No, no, no. ¡No! ¡eso no va con usted! —Él sonrió de medio lado recostándose en su silla y girándose suavemente a un lado y a otro.

—Bueno, ahí tienes una verdad sobre mí a la que le puedes sacar mucho jugo.

—Pero... ¿por qué?

— ¿Yo qué sé? Me gustan, sean dibujados o en computador. ¿Es muy raro?

—En un hombre grande y fuerte con pinta de macarra como usted, sí. ¡Con razón dijo que yo soy Fiona! Claro, ¡se ha visto Shrek! —Alice rio y rio por un buen rato, y Robert sonrió internamente al notar que ella había dejado al fin esa expresión melancólica que había traído, y sus ojos se habían iluminado un poco. A costa suya, pero había sonreído.

— ¿Qué tenemos para hoy?

— ¿No me va a sancionar por haber llegado tarde?

—Por supuesto que sí —dijo él sin mirarla—. Almorzarás conmigo y adelantaremos trabajo. Sólo te daré media hora para que descanses.

—Pago quince minutos de retraso con hora y media más de trabajo.

—No vuelvas a llegar tarde entonces —ella no se molestó, sólo sonrió y miró su libreta, ubicándose en el aquí y el ahora. Tenía que ser una secretaria, aunque, por un momento, se había sentido más como una amiga de este hombre.

Jennifer Blackwell llegó a las oficinas de la mano de su esposo. Hoy había una reunión muy importante donde se anunciaría que ella entraría a trabajar en la empresa como una ejecutiva más. Era hora de que un Hendricks estuviera aquí cuidando de sus intereses, y aunque Jeremy, su esposo, lo hacía bien, no había como tener a alguien de la familia principal entre los ejecutivos.

Jennifer miró hacia el pasillo donde se hallaba la oficina de Robert, y le

soltó la mano a su marido para encaminarse allí.

— ¿Qué haces?

—Quiero ver cómo le va a mi querido cuñado. ¿Sigue gruñendo por su secretaria nueva? —Jeremy elevó una ceja pensando en eso.

—No, la verdad.

—Qué extraño —ella siguió su camino, y Jeremy sólo se quedó mirando su trasero como un idiota, y luego se fue a su propia oficina, empezando su día de trabajo, que ya llevaba cierto retraso.

Jennifer tocó un par de veces a la puerta de Robert y luego entró. Lo encontró sentado en su escritorio con su secretaria al frente. Llevaban las cuentas de algo, y parecían muy concentrados, pero él levantó la cabeza al verla, y, con la consabida educación Blackwell, se puso en pie. Podía ser un ogro, pero tenía las normas básicas.

—Hola, Robert—sonrió ella entrando con una sonrisa luminosa a su oficina, y Robert ladeó la cabeza en respuesta.

—Buenos días —fue su saludo.

—Quería ver... —ella miró a la joven que también se había puesto en pie—. No tienes que levantarte tú —le dijo—. Eres Alice, ¿no? Alice Palmer.

—Me recuerda —dijo ella tomando la mano que Jennifer le extendía.

—Y tú me recuerdas a mí.

—Claro. Me entrevistó esa vez.

—Tengo que reconocer que me sorprendí un poco cuando quedaste elegida. Yo habría elegido a Amber, sin duda; pero parece que fuiste una buena elección, al fin y al cabo.

—Le agradezco su voto de confianza.

— ¡Y un cuerno! —exclamó Robert, ceñudo—. Ella está diciendo que te habría descartado, ¿y tú le agradeces?

—Yo también habría elegido a Amber —dijo Alice mirándolo muy seria—. Seguro que con ella no habría tenido problemas en decirle: Amber, haz esto; Amber, haz lo otro; Amber, ven aquí—. Al ver que Robert no contestaba a ese comentario sumamente fuera de lugar, Jennifer miró a su cuñado con fascinación. ¿Qué diablos estaba pasando aquí? ¿Cómo se dejaba tratar así de una mujer?

Analizó entonces a Alice. Era guapa, pero no debía ser eso lo que importaba. Esta chica había conseguido algo que ninguna otra en el mundo: dejar a Robert Blackwell callado.

Estaba empezando a ser fanática de Alice Palmer.

— ¿Ya va a empezar la reunión? —preguntó Robert, cambiando de tema y mirando su reloj.

—Si se refiere a la reunión de socios, es en media hora —contestó Alice.

—Vine antes para fisgonear un poco y meterme en tus asuntos —sonrió Jennifer con descaro. Robert la miró con ojos entrecerrados, y Jennifer sólo le sonrió con dulzura, sin añadir nada más, salió de la oficina. Robert se tiró en su asiento dejando salir el aire.

— ¿Ella... va a estar en esa reunión? —preguntó Alice.

—Es la puta dueña de Hendricks industries —soltó él con resentimiento.

—Modere su lenguaje —reconvino ella molesta—. ¿Y me está diciendo que ella es... Jennifer Hendricks? ¿Esa Jennifer Hendricks?

—Y la esposa de mi hermano, sí. Ahora es Jennifer Blackwell, así que actualiza tu base de datos.

—Pensé... que era alguien más de la empresa. Fue la que nos entrevistó esa vez. ¿Por qué lo hizo ella misma?

—Oh, porque, al igual que tú, es una odiosa metomentodo, y se dedicó a elegirme una secretaria—. Alice lo miró con ojos como platos—. Pero quien te eligió fui yo —siguió él—. Ya ves que ella se habría quedado con... Amber —. Alice sonrió y se sentó en su asiento sin dejar de mirar a su jefe.

—Cuénteme la historia de Amber, ¿sí?

— ¿Estás loca?

—Por favorcito —él la miró con una carcajada que no salió del todo.

— ¿Por favorcito?

—Soy una odiosa metomentodo. Quiero saber qué pasó con Amber —él sólo negó y volvió a los papeles que tenía delante. Cuando vio que él no soltaría prenda, Alice se resignó, y volvió al trabajo.

Sin embargo, Robert no dejó de pensar en ello. Alice tal vez sólo tenía curiosidad, la típica curiosidad, pero le hizo darse cuenta de que nunca le había contado ese suceso a nadie.

Tampoco le había contado a otro lo de Sheila, ni siquiera a Jeremy. Nadie sabía que, de no ser por la maldad de esa mujer, él ahora tendría un hijo adolescente.

Esa noche, cuando vio a Emma en casa de Alice, tan bonita y pequeña, no pudo evitar pensar en ese bebé que él había perdido. Era increíble ver cómo algo tan pequeño que nunca conoció la luz, todavía lo perseguía en sus pensamientos. Y seguramente, cuando su hermano tuviera hijos, lo envidiaría a muerte.

Miró a Alice, que concentrada, revisaba documentos sentada frente a él.
¿Qué habría hecho ella en lugar de Sheila?

La respuesta fue obvia. Si había dejado sus estudios por una niña que no era suya, por su propio bebé lo habría abandonado todo. Alice no habría abortado, ni pensado que esa criatura sería una molestia. Alice lo habría tenido.

Era verdad lo que ella había dicho; él tenía la varita especial para elegir sólo a las mujeres malas, a las problemáticas. Si se basaba sólo en su experiencia, el género femenino tenía muy pocas buenas representantes; una que otra salía digna de confianza, pero él no había tenido la suerte de conocer más que a su propia madre.

—Alice, ¿tienes novio? —preguntó de repente, y ella levantó la cabeza tan rápido, que casi le dolió el cuello.

— ¿Señor? —él no repitió la pregunta, sino que se la quedó mirando, y Alice comprendió que hablaba en serio y estaba esperando la respuesta—. No... en este momento, no tengo.

— ¿Por qué? —preguntó él de nuevo—. Eres guapa, interesante... y buena —. Alice sonrió de medio lado.

—No he tenido mucho tiempo para ligar con hombres; y cuando lo consigo, y se enteran de que tengo a cargo a mi sobrina... se desaniman. Algunos insisten, pero sólo porque quieren una noche de sexo.

— ¿Y te acuestas con ellos a pesar de eso? —ella lo miró ceñuda.

—Señor, eso es parte de mi vida privada.

—Yo lo haría —dijo él encogiéndose de hombros quitándole importancia al asunto—. Si alguien quiere algo de mí, y a cambio yo obtengo un poco de placer, yo se lo doy.

— ¿Sin sentir nada?

—Sin sentir nada —respondió él.

— ¿Es decir —dijo ella cerrando la carpeta de documentos que en el momento revisaba y tomando aire—, que, si un hombre me pide que me acueste con él, yo debería hacerlo, sólo porque es un intercambio de placer? —Robert sonrió.

—Dicho así, suena horrible, ¿verdad?

—Las mujeres estamos sometidas bajo mucha presión en esta sociedad. Se nos anima a que pensemos más como los hombres, pero en cuanto actuamos como uno, se nos juzga. Yo no lo haría, señor Blackwell. No me acostaría con un hombre sólo por un intercambio de placer.

—Lo harías porque lo amas —concluyó él, y Alice guardó silencio corroborando así sus palabras—. ¿Y si él no te ama? —insistió Robert — ¿Si él no corresponde a tus sentimientos?

—Al menos, entonces, habrán estado los míos. Al menos, para mí, aquello deberá ser real.

—Pensé que dirías que él debía amarte también para tener acceso a tu cuerpo —Alice sonrió, sintiendo cómo la conversación se ponía cada vez más rara.

— ¿Por qué estamos hablando de esto, de todos modos? —él no contestó, sólo la siguió mirando fijamente. Viendo que él se quedaba callado, Alice volvió a concentrarse en los documentos.

Pero Robert no se concentró más en el trabajo. Por alguna razón, esto se había vuelto un tema importante para él.

Asistió a la reunión de socios, aprobó que Jennifer ocupara un cargo ejecutivo, la vio presentar su proyecto de trabajo y le pareció bueno como a los demás. Vio a Jeremy sonreír y aplaudir con orgullo, pero ya no lo criticaba ni lo menospreciaba. Tenía el presentimiento de que él sería peor si estuviera en su lugar.

Y así se fue el lunes.

El martes, tuvo reuniones por fuera de la oficina, y casi no vio a Alice, pero el miércoles, estuvo allí todo el día.

Jennifer había empezado ya a trabajar en pleno, se le había asignado una oficina y una secretaria y ya había echado a andar sus proyectos. Robert vio cómo se había hecho cercana a Alice, pues las encontraba hablando en los pasillos, y luego; por alguna razón, Alice se enteró de que también Jennifer era una admiradora de Aidan Swafford, y estuvieron hablando de él, sus canciones y sus conciertos por largo rato.

—Yo sólo he ido a un concierto suyo —dijo Alice con cierta tristeza, una ocasión en que se encontraron con ella en el ascensor.

—Y ahora con eso de que la banda se dividió —señaló Jennifer mirándola como una compañera de desgracias—, seguro tardaremos en tenerlo por acá de nuevo—. Robert blanqueó sus ojos escuchándolas y cruzándose de brazos. Estaba aquí atrapado, sin nada más que hacer que escucharlas cotorrear.

—Sólo debemos esperar a que grabe su solista —sonrió Alice.

— ¿Solista? No he leído nada en las redes—. Alice se sonrojó entonces, y Robert miró al techo esperando que ahora ella alardeara de que había hablado con él y lo había convencido de no dejar la música, sino tomar el camino del

solista. Pero ella sólo asintió a las palabras de Jennifer y bajó la mirada. Robert la miró ceñudo.

—Anda, dile que Aidan seguirá cantando—. Jennifer lo miró un poco sorprendida.

—Si él no lo ha anunciado —le contestó Alice en el mismo tono de voz—, es que no quiere que se sepa. O, tal vez, no se ha decidido del todo.

—Sí lo decidió. Me dijo que le habías hecho pensar bien las cosas.

— ¿Eso dijo?

— ¿Qué pasó? —preguntó Jennifer, un poco perdida, y el ascensor se abrió al fin—. Robert salió, y mirando a Jennifer fijamente, dijo:

—Aidan estuvo a punto de dejar de cantar, abandonar la música, y todo el mundo del espectáculo —Jennifer se cubrió la boca ante la terrible noticia—. Y aquí la señorita —siguió él, señalando a Alice— lo convenció de seguir cantando.

— ¡Oh, Dios! ¿Cómo pasó eso?

—Una serie de casualidades que llevó a una exitosa conversación telefónica —dijo Robert, y se fue a su oficina dejando al par de mujeres solas. Jennifer miraba a Alice, que no le sostenía la mirada.

—Te debemos mucho, entonces—. Eso la hizo sonreír. Miró la espalda de Robert sintiéndose un poco extraña. Él no había soportado que ella se callara esto. Podía gruñir mucho, pero al parecer, respetaba la carrera de su hermano, y a su manera, le estaba agradecido a ella por haberlo ayudado en esta encrucijada.

Y tampoco había soportado que Jennifer no se enterara de que se debía a ella.

Era ya el sábado, estaban en un restaurante, pues acababan de tener una reunión con una persona importante, y él había decidido pedir algo más cuando este se fue. Ella era feliz comiendo postres, sabía él, e, imaginando que no podía permitirse comerlos mucho, había pedido dos, uno para ella, y otro para él, aunque el suyo él no lo había tocado; no era de comer cosas dulces.

Alice ya había terminado la mitad del suyo, y ahora lo miraba con un diminuto terrón de azúcar pegado a su barbilla. Robert intuía que la otra mitad lo guardaría para su sobrina.

—Termínalo —le dijo—. Llévale este a Emma.

— ¿De verdad? —él asintió en respuesta, y Alice ensanchó su sonrisa,

contenta por poder terminar su postre.

—Amber fue mi novia en la secundaria —dijo Robert de repente.

Ella lo miraba con ojos llenos de sorpresa. Al parecer, no se había esperado que le contara esa historia. La historia de Amber.

Robert recostó su espalda en el asiento y la miró sonriendo de medio lado.

—Oh —dijo ella, lamiéndose suavemente un dedo, y él tragó saliva y miró a otro lado.

—Era bonita —siguió él—. Rubia, alta, delgada, ojos azules.

—La líder de las porristas —bromeó ella, y él la miró sorprendido.

—Cómo lo supiste.

— ¿Oh, adiviné? Pensé que era lo que seguía—. Robert sonrió meneando su cabeza—. ¿La sorprendió con otro?

—No. Me dejó cuando quedé sin padres, sin casa, y fui a pedirle ayuda—. Alice guardó silencio. Había escuchado que sus padres habían muerto, pero no sabía bajo qué circunstancias. Él mismo le contó que había pasado hambre, y, aunque intuía que ambas cosas estaban conectadas, no tenía manera de saber toda la historia.

Tenían una historia, comprendió. Una fuerte.

—Su novio popular y guapo se convirtió en una molestia —comprendió ella mirando el plato de su postre vacío.

—Sí. He sabido de mujeres que se vuelven asesinas por no cargar con una molestia—. Ella lo miró ceñuda. He aquí, otra historia fuerte—. Yo corrí a ella por ayuda —siguió Robert—. Era un niño todavía; estaba desesperado, y sólo necesitaba de alguien que me diera techo y comida por al menos una semana. No tenía empleo, no sabía dónde estaban mis hermanos, no podía siquiera pensar con claridad, pero ella simplemente dijo no, y me terminó—. Alice lo miraba sintiendo el corazón un poco encogido.

— ¿Qué pasaba con sus hermanos? —Robert sonrió.

—Mis padres fueron asesinados, Alice. Los dos, un tiro en la cabeza.

— ¡Oh, Dios!

—Al quedar huérfanos, fuimos enviados a centros de acogida. A diferentes centros de acogida. Yo iba a cumplir ya los dieciocho, y por esas semanas, estuve en un lugar separado de ellos, desesperado. Al cumplir la mayoría de edad, no tenía a dónde ir. Mi casa estaba sellada para mí, así que fui a donde mi novia, y ella me negó su ayuda—. Ella lo miraba tragando saliva y los ojos llenos de conmiseración, y Robert sólo pudo reír—. En esos días pasé hambre —dijo alzándose de hombros—. Dormí en las calles, y luego violé la puerta

de la casa y me escondí allí por meses.

—Cómo... cómo... Es decir, ahora tienen dinero... ¿Cómo llegaron hasta aquí? —Robert cruzó sus brazos sobre la mesa y se acercó mucho a ella.

—Con trabajo duro —contestó—. Y, en muchas ocasiones, pasando por encima de la gente.

—No debería decirlo así.

—Oh, todos se lo merecían —incluso Nathan, pensó ella. A ojos de Robert, Nathan debía merecerse lo que le ocurrió.

Su mirada se ensombreció, y ya no fue capaz de seguir mirándolo.

— ¿Por qué me cuenta esto? —Le preguntó, y lo escuchó suspirar.

—No lo sé —esa era su respuesta de siempre, pensó ella tragando saliva para soltar el nudo de su garganta.

—Entonces, esa Amber le negó su ayuda cuando más la necesitaba, y ahora, odia a todas las Amber, y, de paso, a las mujeres —resumió ella recogiendo su bolso en ademán de levantarse. Robert pidió rápidamente la cuenta, y ella le entregó al mesero el postre pidiéndole que se lo empacara para llevar.

—No es así —contestó él a su comentario—. No odio a las mujeres—. ella lo miró con ojos entornados—. Bueno, no a todas. Cuando una se gana mi respeto, yo...

— ¿Alguna ha conseguido su respeto?

—Por supuesto.

—Nómbreme tres mujeres a las que tenga en alta estima.

—Tú —dijo él sin rodeos, lo que la dejó quieta en su silla—. Jennifer, un poco... y mi madre. Y no me digas que, porque está muerta, ella no cuenta—. Añadió él con una sonrisa.

— ¿Yo? —preguntó ella casi sin aire. Robert se dio cuenta de que era eso lo que ella había escuchado solamente.

El mesero llegó con la cuenta y el postre, y él dejó los billetes sobre la mesa y se puso en pie. Le tomó a ella la mano y salieron del restaurante.

— ¿Qué tiene de raro que te respete a ti? —ella no contestó, aún en shock. Robert volvió a sonreír—. No sólo te respeto; también te admiro —Alice no podía abrir más sus ojos, de lo sorprendida que estaba—. Es que eres una mujer valiente —se explicó—. Tomaste a tu cargo a dos personas que no son familia tuya, pero que no soportaste ver sufrir. Eso es de admirar—. Él la miró, dándose cuenta de que estaba sonrojada, así que, cuando llegaron al auto, antes de que ella abriera la puerta para entrar, él la detuvo y, tomándole

la barbilla, hizo que lo mirara a los ojos—. ¿Por qué reaccionas así?

—Porque... no sé qué decir—. Robert sintió su corazón calentarse suavemente. Era algo agradable que entraba en su ser y se quedaba allí, dándole paz por largo rato. Y era una sensación que se repetía siempre que hablaba con ella, siempre que se enteraba de algo nuevo acerca de ella, siempre que bajaba la mirada así, haciendo reposar sus largas pestañas sobre sus suaves mejillas.

Ella cada vez le era más hermosa.

— ¿Qué tan malo sería si te beso? —preguntó en voz baja, pero obviamente, ella lo escuchó, y, como era de esperarse, dio un paso atrás alejándose.

—Sería... muy malo —dijo, ceñuda. Pero no asqueada, ni horrorizada. Y como no vio nada de eso en sus ojos, dio otro paso hacia ella y volvió a quedar muy cerca.

—Qué tanto —volvió a preguntar, y Alice volvió a retroceder, encontrando que no tenía a dónde ir, pues ahí estaba el auto de Robert. Él volvió a cerrar el espacio y puso sus manos a cada lado de su cuerpo impidiéndole huir, y el corazón de Alice empezó a latir acelerado. Esto no podía ocurrir, pensaba. Esto no podía ser.

Si tan sólo él la ignorara, la tratara como solía tratar a las demás mujeres...

Robert Blackwell, el enviado del infierno para arruinar su vida.

Pero ahora mismo, era tan agradable estar aquí, rodeada por esos fuertes brazos, casi siendo atesorada por él. Habría sido tan bueno poder acurrucarse allí en ese pecho fuerte y dejar que fuera él quien peleara por ella, y la defendiera, y la salvara...

Una lágrima bajó por sus mejillas, y Robert no la ignoró.

— ¿Por qué lloras? —le preguntó con voz que se le antojó muy tierna; demasiado—. Aún no te he hecho nada —agregó él.

—Por favor... —él besó su mejilla, y Alice dejó salir un leve jadeo que sonó a quejido, a sorpresa y a... placer. Él había sacado levemente su lengua y había lamido la lágrima, y luego había bajado su mejilla y hecho lo mismo allí.

—Tenías azúcar allí —dijo como un niño travieso. El pecho de Alice subía y bajaba. Tenía las manos empuñadas, y toda ella estaba tensa. Robert suspiró. Tal vez había llevado esto demasiado lejos, ella no estaba lista para empezar algo con él y odiaba tener que forzar las cosas, pero le había sido inevitable

tocarla, lamerla, saborearla.

Dulce y salado. Alice tenía que ser deliciosa.

— ¿Vas a decir que, porque soy tu jefe, esto está mal? No eres tan anticuada, ¿verdad?

—Es porque sólo estás satisfaciendo una curiosidad que tienes sobre mí — dijo ella con sus ojos cerrados, con voz temblorosa—. Soy la primera mujer en mucho tiempo que te planta cara y te lleva la contraria y te sientes un poco intrigado. Cuando la intriga pase, me desechará como lo hizo con sus otras novias, y el trabajo se volverá incómodo, insoportable, y tendré que renunciar.

—Has sobreanalizado las cosas.

—Sólo me protejo. Protejo... a mi familia. No lo tengo fácil—. Él asintió, comprendiéndola, y respetando mucho su decisión. Ella era casi como una mamá, que no podía tomar nada para sí sin antes analizar si eso le hacía daño a sus hijos o no.

Mierda, eso sólo hacía que Alice le gustara más.

Sí, sí, sí. Alice le gustaba.

Joder.

Aunque la respetaba y la admiraba, su cuerpo no se movió un milímetro, y siguió allí atrapándola, oliéndola, deseando seguir con su lengua cada curva de su cuerpo.

Puso ambas manos en la delgada cintura de ella, y la fue acercando poco a poco. Quería calmar sus miedos, quería que creyera un poco en él. Pero no sabía cómo hacerlo, porque él mismo estaba sorprendido de lo que estaba haciendo.

¿Si llevaban esto más allá, de verdad saldría tan mal? ¿Se pasaría pronto la curiosidad que tenía sobre ella? ¿Se volvería de verdad tan incómodo?

Alice puso sus manos sobre los brazos de él para alejarlo, pero fue un error, porque su toque, a pesar de no llevar intención, lo atontó otro poco.

No la besó, pero sí la atrajo más a su cuerpo en un auténtico abrazo. No dijeron nada, sólo se estuvieron allí en silencio por largo rato.

—Alice... —murmuró él con voz grave, baja, como el ronroneo de una bestia que fue domesticada a regañadientes, y Alice sólo cerró sus ojos sintiendo su voz vibrar en el centro de su ser.

No había un hombre más prohibido que Robert Blackwell. No había un hombre más cercano a su corazón que Robert Blackwell.

— ¿Qué quieres de mí? —preguntó ella en un susurro—. Si me quitaras cualquier cosa, yo me quedaría sin nada, ¿no lo entiendes?

—No te quitaría nada. Por el contrario, yo... —“te lo daría todo”, estuvo a punto de decir, y eso lo asustó. Se alejó por fin de ella y se pasó la mano por la barba y los labios, mirando en derredor como si se preguntara cómo había llegado aquí—. Sube —dijo de repente—. Dejémonos de tonterías y vámonos de aquí. Te llevaré a tu casa—. Alice asintió, y aunque lo había rechazado, le dolió un poco que llamara tontería a este corto encuentro entre los dos.

Subió al auto y lo miró de reojo. El resto de mujeres en el mundo la llamaría estúpida si se enteraban de lo que había pasado aquí, pero ellas no sabían de la pesada cruz que estaba cargando.

Y, sin embargo, en el fondo, todo su cuerpo la llamaba estúpida, por haber rechazado un beso de ese hombre.

*Sólo me asusta el saber que a tu lado yo me quedo sin defensas
Mi alma se desnuda, aparecen los miedos con gran fuerza
Todos los muros que construí alrededor de mi corazón
Caen rendidos, como agua, por la fuerza de tu amor*

Estuvieron en silencio en todo el camino. Robert ni siquiera encendió la radio para disimular un poco lo tenso que se había puesto el ambiente.

Alice pensaba y pensaba. Tal vez había tenido un concepto errado de este hombre. Le había ofrecido su ayuda a pesar de lo que seguramente le había costado. La admiraba y respetaba, había dicho, y si algo había aprendido de él, era que no mentía; por el contrario, Robert Blackwell podía ser brutalmente sincero.

Llegaron a su casa, y Alice desabrochó su cinturón y abrió la puerta, y al ver que él no la imitaba, lo miró.

Las palabras se agolparon todas en su boca. Deseaba que él le pidiera entrar, que insistiera como la vez pasada y se metiera en su casa casi sin permiso. Así, luego, ella no se sentiría tan culpable. Pero él la miraba en silencio simplemente, con sus luminosos ojos azules mirándola con serenidad.

— ¿No... entrarás a saludar? —soltó ella al fin, traicionándose a sí misma, a él, a Dios y al universo. Se mordió los labios. Diablos, él tenía un raro efecto sobre ella.

Robert elevó una ceja muy interesado en su propuesta, con un brazo apoyado en el volante y la sombra de una sonrisa en los labios.

— ¿Y me ofrecerás una taza de tu delicioso café? —ella sonrió. Ya que se había lanzado, había que hacer las cosas bien, ¿no?

—Sí.

—Conste que me estás haciendo la invitación tú.

—Por una vez, sí —sonrió ella—; es el pago por el postre que le trajiste a Emma—. Robert sonrió, y sin decir nada más, le hizo caso y bajó del auto.

Como la vez anterior, Emma salió al encuentro de ambos, y abrazó a Alice. A Robert lo saludó con una sonrisa, y los tres entraron en la casa. Robert hizo un golpe con el marco de la puerta como si se hubiese golpeado la cabeza con ella, y Emma no pudo evitar atacarse de la risa.

— ¿Te golpeaste? —le preguntó Alice preocupada.

—Oh, sí. Tu puerta es muy baja.

—Dios. Es que eres muy grande.

—Me duele —se quejó él sobándose la frente, y ella le hizo bajar la cabeza para revisarle, pero él no tenía nada, ni siquiera estaba rojo. Lo miró con sospecha, pero él insistió—. Se me quitará con un besito.

—Eres un tramposo, Robert Blackwell.

—Mi mamá me aliviaba los dolores con uno. Anda, no seas mala—. Emma reía muerta de risa, y Alice no pudo evitar sonreír también, así que le bajó la cabeza otra vez, le tomó el rostro entre las manos y le besó la frente.

—Debes tener cuidado —le aconsejó Emma. Y tomándolo de la mano como un niño pequeño, lo llevó a los muebles. Ethel lo saludó también con una sonrisa y le ofreció comida, té, café, avena y mil cosas más. Robert sólo aceptó el café y se sentó en el mismo mueble que la vez anterior.

Alice desapareció un momento para ponerse ropa más cómoda. Tenía mil cosas que hacer, como lavar y doblar ropa, asear el baño, hacer unas compras, pero todo lo había hecho a un lado al invitarlo a él a entrar.

Miró la ropa sucia de Emma, que no debía ser ignorada, y decidió meterla a la lavadora y ya luego que él se fuera, sacarla y tenderla.

—Qué chica tan esforzada —dijo cierta voz grave y profunda tras ella. Alice se giró como si hubiese sido sorprendida robándose el azúcar. Él la miraba con su taza de café en las manos y muy serio.

—Oh... Lo siento, te dejé mucho tiempo solo...

—Teniendo en cuenta que estoy invadiendo tu espacio y tu tiempo libre, no tengo, sino que comprender—. Ella sonrió y volvió a inclinarse para seguir clasificando la ropa de la niña.

—Entonces, si no te molesta estar aquí...

—¿Por qué me iba a molestar? Cuando estábamos en casa, mamá nos enseñó a valernos por nosotros mismos —dijo él de repente, recostándose en el marco de la puerta y bebiendo su café—. Aprendimos a lavar nuestra ropa, a lavar platos y hasta a cocinar. Éramos puros varones, ya sabes, y ella, la única mujer. Nos echaba la bronca cuando le dejábamos desorden en la sala, y decía que ella debía ser la atendida por todos nosotros y no al revés. En esa época pensaba que se quejaba mucho, porque todo lo hacíamos nosotros, de todos modos.

—Seguro que ya no piensas así —sonrió Alice metiendo la ropa clasificada a la lavadora y agregando el detergente.

—No, ya no. Me imagino ahora que se acostaba agotada, porque no sólo

trabajaba, sino que criaba a cuatro niños grandes.

— ¿Cuatro? Creí que sólo eran tres.

—Oh, no estás contando a papá—. Alice se echó a reír, y Robert se la quedó mirando fijamente. Luego suspiró y miró a otro lado.

—Parece que eran una familia feliz—. Robert se encogió de hombros.

—No te exagero si te digo que sí. Era muy normal ver a papá buscar a mamá en la cocina para robarle un beso, distrayéndola para llevarse la comida, claro —eso la hizo reír otra vez—. Jeremy y Aidan peleaban mucho, pero al rato estaban otra vez reconciliados y jugando. Yo estaba muy concentrado en el deporte, las novias y la escuela... Y de repente, todo eso se acabó—. Alice lo miró terminar su café a la vez que su expresión se ensombrecía.

— ¿Atraparon al asesino? —preguntó en voz baja.

—No. No, y eso me está matando.

—Pero seguro que ya la policía dejó de buscar.

—Oh, hace mucho tiempo. Pero yo no. He pasado por mucho, y seguro que aún me falta, pero... lo averiguaremos.

— ¿Estás buscando por tu cuenta? —él asintió en respuesta—. Esto que me cuenta... no lo sabe nadie, ¿verdad?

—Muy pocos.

—Y me está confiando esto.

—Además de mi secretaria... creo que eres una persona a la que se le pueden confiar secretos. O... ¿estoy equivocado? —ella tragó saliva y meneó la cabeza negando.

—No se equivoca. En mí puede confiar—. Robert sonrió.

—Es increíble que a ti sí te crea cuando me dices eso —dijo—. ¿Me dejarás besarte ahora? —ese comentario no la molestó, sino que la hizo reír, y Robert se fue de vuelta a la sala con una mueca en sus labios porque ella otra vez lo había rechazado.

Alice terminó de meter la ropa a la lavadora y fue a ver a Ethel, que aprovechó la llegada de Alice para tomar una siesta; seguro que la había estado esperando con ansias. La anciana cada vez se cansaba más, y eso la tenía un poco preocupada.

Volvió a la sala encontrándose a Robert analizando los cuadernos de Emma, que le pedía ayuda en una tarea en especial. Se los quedó mirando por varios minutos, tratando de reconciliar esta imagen con la del ogro que ella había tenido que tratar las primeras semanas que trabajó para él. Ese gritón de

pocas pulgas y fácil de provocar, no tenía nada que ver con este hombre que ayudaba a una niña de siete años en sus tareas, y le hablaba a ella de su vida antes de la muerte de sus padres.

Pero eran el mismo hombre, pensó, y algo que ella había aprendido con su sobrina, era que los niños no podías ser hipócritas; siempre que un adulto les disgustaba, era por una razón, pero ahora Emma trataba a Robert con confianza, le sonreía y pedía ayuda.

Él no podía ser malo, si hasta una niña se sentía segura con él.

Alice miró hacia la alacena e hizo un repaso mental de las provisiones que tenía. Por ser fin de mes, ya no había gran cosa, y era momento de ir de nuevo al supermercado y abastecerse. No sabía qué tanto se quedaría Robert, pero, si él decidía quedarse a cenar, estaría en problemas; estaba en esa situación en que un plato de comida de más desequilibraba todo su mes.

Últimamente había estado haciendo un poco de trampa. Robert le daba dinero en efectivo para taxis, y otros gastos, y ella había preferido viajar en bus o metro y ahorrarse esos pocos centavos. Él no se había dado cuenta de que hacía eso, así que por el momento estaba a salvo.

— ¡Ya terminé mi tarea! —exclamó Emma mostrándole a ella su cuaderno, y cuando su tía comprobó que era así, se fue a su habitación a aprovechar lo que tenía de tarde para jugar. Alice se sentó en el sillón frente a Robert y lo miró fijamente.

—Gracias —le dijo.

— ¿Por ayudarla?

—Bueno, cuando te conocí, imaginé de todo, menos que eras cercano a los niños—. Él sonrió apoyando sus brazos en las rodillas.

—Me gustan los niños.

—Sí, eso veo. Pero no tienes sobrinos, ni hijos, así que pensé que serías un poco... torpe con ellos—. Él no dijo nada, sólo se la quedó mirando.

—Alice, me gustas —dijo de repente, lo que provocó que Alice se pusiera roja, que le faltara el aire y le entrara tos. Él se puso en pie y le palmeó suavemente la espalda, esperando que su sorpresa pasara un poco.

—Debería... pensar mejor lo que dice y cuándo lo dice.

—Lo siento, la próxima vez te avisaré—. Ella lo miró acusadora, y él se echó a reír. se levantó de su asiento y caminó a ella. Se puso en cuclillas poniendo su cabeza casi a la altura de ella y sin dejar de mirarla. Alice empezó a jugar con las manos y a morderse los labios—. Pero es verdad —siguió él—, me gustas. Hace mucho... mucho, mucho tiempo, que yo no...

— ¿Se da cuenta de que siempre dice: “hace mucho no hacía esto, no pensaba esto, no decía esto”?

—Sí, soy consciente—. Ella lo miró en silencio, como si estudiara cada hebra de su cabello, de sus cejas y pestañas.

Casi como si tuviera vida propia, su mano se elevó a la mejilla de él, cubierta por la barba, y se mordió sus labios como si se preguntara cómo sería un beso suyo.

— ¿Es que ha cambiado su manera de ver a las mujeres?

—Claro que no. Sólo a ti.

— ¿Y por qué a mí? —preguntó, y Robert miró a otro lado dejando salir el aire.

—Porque pienso que eres diferente. Nunca conocí a una mujer como tú, y he... intentado no pensar así. Todas las veces que confié en una mujer me fue muy mal.

—Lo de Amber —recordó ella, y Robert rio cínicamente.

—Amber fue buena, en comparación a las demás. Pero en el fondo siento... que no será así contigo. Que estoy seguro aquí—. Alice sonrió con tristeza. ¡Cuán equivocado estaba! —Soy un hombre que aprecia lo bueno en cuanto lo ve... —aseguró— y que, en muchas ocasiones, también intenta apropiarse de ello. He ido en contra de mis propias leyes al sentir así por ti, pero no tengo miedo... —él frunció el ceño, como si estuviera apenas cayendo en cuenta de que ya una vez se sintió así—. No tengo miedo —se repitió, como si tratara de convencerse a sí mismo.

Alice se puso en pie. Sumergida en sus propias cavilaciones, no había sido testigo de la vacilación de Robert.

El destino parecía empeñado en acercarla a Robert Blackwell, todas las veces que intentó huir, sin darse cuenta, lo que hacía era acercarse más a él.

Sintió la mano de él retirar su cabello hacia atrás. Se había acercado silenciosamente y ahora estaba a su lado, mirándola casi con anhelo.

Siempre se había preguntado cómo hacía para ser tan silencioso con ese tamaño que tenía, pero lo cierto era que nunca podía sentir sus pasos.

—Tengo un seguro para ti —dijo él con voz que sonó casi como un ronroneo, y Alice comprendió por qué esas mujeres que siempre llamaban a la oficina estaban tan obsesionadas con él. Era hipnótico.

— ¿Un... seguro?

—Si esto llegara a volverse incómodo, serás movida a otra sección, pero no te quedarás sin empleo—. Alice se echó a reír, pero no había diversión en

esa risa. Él no sabía que, aunque las cosas se volvieran insoportables, ella debía permanecer en su cargo.

Robert se acercó más, hasta que casi toda ella estuvo apoyada en su cuerpo, y él no hacía sino mirarla, tocar sus cabellos y sentirla. Alice no se alejó, no salió corriendo, pero tampoco se acercó más.

En una ocasión, en la universidad, ella había tenido un novio. Un chico inteligente y lleno de sueños que se había enamorado de ella y la había conquistado. Habían pasado varias noches juntos; había sido a él a quien le diera su virginidad.

Hicieron planes de casarse cuando fueran profesionales, planearon tomar una hipoteca para comprar la casa de sus sueños, que pagarían con duro trabajo...

Pero había llegado Emma, y él había seguido adelante con sus planes, pues el desvío que ella había tomado para sus proyectos era demasiado para él.

Y Alice no lo juzgaba. No podía culparlo, pero eso no evitaba que le hubiese dolido.

Desde entonces, no salió seriamente con nadie, ni volvió a enamorarse, ni a hacer planes.

Y aquí estaba Robert, diciendo que ella le gustaba precisamente por las razones por las que su novio del pasado la había dejado. Robert Blackwell no era como los demás hombres.

Él la intrigaba. Tenía un temperamento fuerte, pero, al tiempo, era capaz de aceptar sus errores. Perdía pronto la paciencia, pero sabía reconocer cuando otro tenía razón. Tomaba decisiones rápido, y actuaba en consecuencia como si la vida se fuese a ir de entre sus manos y no quisiera quedarse sin experimentar nada.

En estas cortas semanas que había trabajado con él, había logrado comprender más o menos cómo funcionaba su mente, y cómo era que habían llegado tan lejos así de rápido.

Tal como él había dicho, reconocía lo bueno cuando lo veía, y echaba mano de él antes de que otro lo pudiera arrebatarse.

Pero ella no era buena. No estaba limpia, no debía...

Él se acercó mucho más, borrando de un plumazo sus pensamientos, y sintió sus labios sobre su mejilla, y el ligero cosquilleo que le causaba la barba al rozarle la piel.

Toda su piel se despertó, erizada por la deliciosa sensación, y, sin poder evitarlo, se apoyó en él con las manos abiertas, tocando, por encima de la tela

de su ropa, su pecho y sus brazos tan duros y bien formados.

Él interpretó ese toque como un sí, y buscó su boca y la besó.

Glorioso, fue lo que, sin saber, ambos pensaron. La boca de él se quedó quieta por un segundo sobre la de ella por la reacción a esta primera sorpresa, pero luego él atrapó uno de sus labios en los suyos, como algo que hacía mucho tiempo quería hacer. Lo chupó y saboreó, estirándolo suavemente y con delicia, y luego se dedicó al otro, despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo para explorarla.

Bajó sus manos a la cintura de ella y la pegó mejor a su cuerpo mientras con sus labios se encargaba de provocarla, de seducirla. Quería una respuesta de ella, la buscaba con anhelo, así que trataba de imprimirle a sus besos todas las sensaciones que ella había despertado en él; toda la ternura, toda la dulzura, y poco a poco ella se fue aflojando, dejándose besar, y Robert no perdió el tiempo y penetró su boca con su lengua.

Alice soltó un suave quejido que lo excitó sobremanera, y siguió besándola, cada vez con más hambre, encontrándola dulce y cálida, más apetitosa que cualquier fruto.

Ella apretó la tela de la camiseta que llevaba puesta en sus puños, entregándose a su beso a pesar de que una voz de alarma llevaba rato sonando en su cabeza, pero todo su cuerpo estaba aquí, despierto para otras cosas, sin reconocer peligros de ningún otro tipo, y cuando sintió que él bajaba la mano y elevaba su muslo para que le rodeara la cadera, ella interrumpió al fin el beso para mirarlo. Pero Robert no paró, siguió besándole la mejilla, los párpados, las cejas, la frente, y luego bajó para besar su cuello, la piel sobre su clavícula, y Alice volvió a cerrar los ojos, sintiendo que moría, que se hundía en alguna parte, que todo su razonamiento se estaba yendo a algún lugar húmedo y cálido.

—Basta —susurró, pero no sucedió; Robert siguió besándola y embelesándola con sus toques de hechicero sensual—. ¡Para! —exclamó, y él se detuvo para mirarla. Sus ojos azules estaban encendidos, la respiración, agitada, y su aroma natural más fragante que nunca. Alice se acercó con ansias de volver a besarlo—. Para —dijo en vez.

—Tú no quieres parar.

—Sí quiero.

—Me estas agarrando como tu tabla de salvación, Alice. Tú no *deseas* parar—. Ella miró sus manos dándose cuenta de que era verdad, y al fin lo soltó. La camiseta le quedó arrugada allí donde ella la había empuñado, y

trastabilló hasta apoyarse contra la encimera de la cocina, que estaba a sólo dos pasos.

Cerró sus ojos respirando profundo, tratando de normalizar el funcionamiento de su cuerpo, de bajar la fiebre que la había invadido de repente, de... Dios, estaba excitada, y sólo lo había besado.

—Tienes que irte.

—Sí —ella no esperó que él se rindiera tan pronto, así que se giró a mirarlo—. En algún momento me he de ir.

—No. Debes irte ahora.

—Alice, no me vayas a decir que lo que acaba de suceder...

—No debió suceder —lo interrumpió ella—. así que... hagamos como que no pasó—. Él hizo una mueca de inconformidad, y Alice lo vio pasarse la mano por el cabello y darse la vuelta. Lo vio acomodarse la ropa y estarse quieto por un rato. Ella también aprovechó para serenarse, normalizar su respiración, y recuperar la temperatura normal de su cuerpo.

— ¿Puedo saber... —preguntó él girándose de nuevo a ella— por qué estoy siendo rechazado? —eso puso una expresión triste en el rostro de Alice. Rechazarlo, sí, lo estaba rechazando, y por la razón más horrible de todas—. ¿Alice? —ella guardó un terco silencio—. Es evidente que no te soy indiferente —insistió él acercándose otra vez, y Alice casi se encogió en su lugar.

Robert se detuvo al ver su reacción, sonrió y se puso las manos en la cintura.

—Eres un caso, Alice Palmer.

—Sea como sea, debes respetar mi decisión.

—Y una m...

— ¡Emma te puede oír! —lo reprendió ella antes de que él pudiera completar su palabrota, y Robert incluso se mordió los labios para quedarse callado.

Frunció el ceño, molesto, y la miró de arriba abajo. ¿Por qué lo estaba rechazando? ¿Acaso era un mal partido para ella? No, no lo entendía.

Volvió a pasarse la mano por el cabello y dejó salir el aire con enfado.

—Esto es un no, entonces—. Ella miró a otro lado en respuesta, y Robert chasqueó sus labios y se cruzó de brazos—. Me besas y te sobas contra mí como si en ello te fuera la vida, y luego me dices que no. Y yo pensando que había encontrado a una mujer cuerda y lógica.

—Lo siento por no llenar tus expectativas... Y... no me sobaba contra ti—.

Él sonrió con sarcasmo, y miró hacia el pasillo de las habitaciones.

—Despídeme de Emma, entonces—. Y sin agregar nada más, tomó su abrigo y salió de la casa. Alice se quedó allí largo rato, y con el brazo barrió la humedad de los ojos como una niña pequeña. Lo sentía por ella misma y por Robert, pero no iba a complicar esto más de lo que ya estaba. Oh, cuánto había disfrutado este beso, pero meterse en estas aguas era suicida.

Él había conseguido sorberle el cerebro por un momento, pero ya se había recuperado. Y ahora que podía pensar con cordura otra vez, se hicieron presentes todas las razones por las que no podía estar con él de otra manera que no fuera la formal.

—¿Se fue Robert? —preguntó Emma saliendo de su habitación, y Alice le sonrió.

—Tuvo que irse —le dijo—. Te dejó saludos —y a ella, pensó, el cuerpo ardiendo.

—El desembolso lo harán en un par de días —dijo Jeremy concluyendo la conversación que había sostenido con su hermano hasta ahora—. Es lo que dice el contrato, así que debemos darle una ventana de tiempo en caso de que llegaran a retrasarse. Somos unos caballeros de las finanzas, después de todo.

—Tú te convertiste en un caballero de las finanzas —dijo Robert recostándose en su asiento, y jugueteando con su bolígrafo. Jeremy lo miró con una sonrisa.

—Lo he aprendido de Jennifer —dijo—. Ya ves cómo la aprecian aquí. Sólo por ser la hija de William Hendricks, un hombre que daba ventanas de tiempo y tenía paciencia.

—Es decir, que a nosotros no nos aprecian porque, el mismo día que se vence un plazo, estamos tocando a su puerta.

—Me temo que sí.

—Nos estamos volviendo blandengues, ¿no te parece?

—Nos estamos ganando el respeto y la estima de la gente —contradijo Jeremy. En el momento entró Alice, y le pasó a él un documento para que lo firmara. Él, sin mirarla, lo recibió y lo revisó, estampando su firma en silencio. Cuando se hubo ido, Jeremy respiró profundo.

—Parece que ahora se llevan bien —comentó—. Tú y tu secretaria ya no se pelean como antes, arrojándose piedras al tejado del otro.

—Todo es una mentira —Jeremy lo miró confundido—. Ella me gusta, Jay —dijo de repente, y Jeremy elevó sus cejas un poco sorprendido.

—Bueno, es una buena chica, y buena secretaria.

—No me refiero a que me gusta como secretaria, sino como mujer—. La cara de Jeremy fue un poema; abrió sus ojos y su boca como un pez fuera del agua, y se quedó sin aire. Tuvo que alargar su mano al vaso de agua y tomar un poco para recuperarse.

—Joder. Tú... ¿En serio? ¡Me estás jodiendo! —Robert sonrió.

—Pero finjo que estoy molesto con ella porque no quiere ser mi novia, ya sabes, lo típico.

—¿Te rechazó?

—Yo diría que se lo está pensando un poco.

—¡Te rechazó! —confirmó él—. Esa chica es mi héroe.

—Ella dirá que sí —zanjó él poniendo su mano abierta sobre la mesa de su escritorio—. En algún momento —agregó luego, y Jeremy no pudo evitar echarse a reír.

—Entonces... vas en serio? —él se encogió de hombros como respuesta—. No, Robert, piénsalo bien, hombre. Es decir, no quiero desanimarte a que por primera vez tengas una relación sana con una mujer, por el contrario, estoy contentísimo... Pero... ¿con ella?

—Desde cuándo te volviste tan esnob?

—¡Calla! No es esnobismo. Es que se trata de tu secretaria, ¡Tu secretaria! Depende mucho de ti; su vida, su empleo, y tantas otras cosas... ¡Si llegaran a dañarse las cosas entre los dos, la primera perjudicada será ella! —Robert siguió en silencio, pero ahora parecía pensativo. Lo mismo le había dicho ella, y era admirable que su hermano lograra ponerse pronto en sus zapatos.

—Aun así, la quiero—. Jeremy dejó salir el aire pasándose la mano por la nuca como solía hacer cuando estaba exasperado.

—Está bien, como digas. Dios, esto es tan sorpresivo... Jamás te imaginé hablando de esto.

—Sí, sí. Estoy rompiendo todas las reglas. Dijimos que, si sacrificábamos la soltería, sería por algo que realmente valiera la pena.

—Alto ahí. ¿De qué estás hablando? ¿“Sacrificar la soltería”? Mi Dios, estás hablando de casarte, o tengo agua en los oídos—. Robert sonrió.

—De entre mil mujeres malas, Jay, conocí a una buena, a una que vale la pena. ¿No sería yo un tonto si antes no compruebo que por lo menos es real? —Jeremy lo miró en silencio por varios segundos, así que se puso en pie y caminó por la oficina sin decir nada.

—Sí, te entiendo —dijo Jeremy al cabo. Miró a su hermano en silencio

sintiéndose feliz por él. Este era un paso enorme el que daba; no sabía por qué él desconfiaba tanto de las mujeres, pero al parecer, esto había cambiado un poco, y se alegraba, se alegraba enormemente—. Aidan confirmó para este domingo una cena en mi casa —dijo, cambiando de tema—. Tiene una semana libre y vendrá—. Robert asintió en silencio, y al cabo de unos segundos, preguntó:

— ¿Se quedará en tu casa, o en hoteles?

—En mi casa, como siempre.

—Entonces, la cena también será allí —Jeremy suspiró.

—No podrá ser de otra manera; ya sabes cómo es Jenn. Él es una celebridad, así que, si lo vieran en un restaurante, la paz se acabaría. Y digamos que también lo quiere acaparar un poco —sonrió finalmente.

— ¿Aparte de nosotros, hay otro invitado?

—Nadie más.

— ¿Puedo llevar a Alice? —Jeremy lo miró sorprendido.

—Pero la chica te rechazó.

—No lo ha hecho —repitió él—. Y, aunque así fuera, en cuanto sepa que es Aidan, dirá que sí.

— ¡Estás usando a Aidan para atraparla! —comprendió Jeremy mirándolo con sorpresa.

—Dime tú, ¿cuándo he jugado limpio?

—Nunca, creo —rio Jeremy—. El domingo en la tarde, prepárate para una larga velada, Aidan prometió traer su guitarra.

—Qué horror —bromeó Robert, y Jeremy, riendo, salió al fin de su oficina.

Sólo era una broma, porque aún él, que consideraba que no tenía oído musical, comprendía que su hermano tenía un don. No sólo sus letras eran buenas, sino que su voz y su interpretación eran de calidad. Él había visto a miles de mujeres llorar sus letras mientras él, con un micrófono en la mano y la guitarra colgada en su espalda, las cantaba... Y también era cierto que lo consideraba un excelente negocio. Sólo cantando, Aidan había logrado hacerse muy rico, y acumular muchas propiedades y negocios.

Su presencia sería un buen regalo para Alice, que ese día estaría de cumpleaños.

Esperaba que su agradecimiento ella lo dirigiera a él y no a su hermano pequeño. El tiro podía salirle por la culata; con Alice, nunca se sabía.

*Dime quién eres, que no puedo dejar de pensar en ti
Con qué hechizo me envolviste, que en tus manos
Mi corazón palpita tranquilo, adormilado*

Alice entró a su casa sintiendo que no podía dar un paso más. Miró a Emma, que aún llena de energía, entró saltando a la habitación de Ethel para entregarle la flor de papel que le había hecho.

Habían estado en un parque infantil cercano jugando un poco. A pesar de ser invierno, Emma le había rogado por un rato afuera, jugando, y dado que poco la veía entre semana, Alice había accedido. La niña necesitaba espacio para quemar toda esa energía que le sobraba, y en esta casa tan pequeña, que apenas tenía jardín, no le era muy divertido.

Se sentó en el sofá y suspiró.

Hoy era su cumpleaños. Estaba cumpliendo veintinueve años.

Emma le había hecho una tarjeta de felicitación, y junto a Ethel, habían preparado un rico desayuno y se lo habían llevado a la cama. Había recibido la llamada o el mensaje de felicitación de algunas amigas, que le habían invitado a almorzar, y al llegar a casa, había salido con Emma.

Bueno, no se podía quejar, hubo una época en la que ni siquiera la llamaban para felicitarla. Muchos de sus cumpleaños los pasó con su madre ebria viendo la televisión, mientras ella se preparaba su comida siendo la única consciente de la fecha.

Ya, deja de pensar en el pasado, se dijo poniéndose en pie, y caminó a su habitación para darse una ducha.

Tenía que prepararse para la semana que empezaba; Robert haría un viaje fuera del país junto a su hermano y debía tener listo una serie de informes y documentos que él debía llevar. Tal vez mientras él estuviera fuera, su trabajo se suavizara un poco, pensó.

La semana que había pasado había sido incómoda a varios niveles. Primero, no era capaz de darle la cara a Robert. Luego del beso que se habían dado, ella se había sentido un poco tímida al volverlo a ver, pero luego se dio cuenta de que a él debía darle igual. La trataba como si nada hubiese ocurrido, no mencionó el asunto en ninguna ocasión, y no parecía ni ofendido ni dolido porque ella lo había rechazado. Durante toda la semana, él había sido más o

menos un jefe soportable, pero que no bromeaba, ni contaba cosas de su vida, ni le decía a ella que le gustaba.

Así estaba mejor, se decía una y mil veces. Así era correcto.

Sin embargo, sus responsabilidades habían aumentado sutilmente en la empresa. Robert la hizo asistir a una reunión con varios directivos donde se tocaron temas bastante privados e importantes concernientes a la empresa; antes, no asistía a esas reuniones, lo que le hizo pensar que Robert seguía pensando que se podía confiar en ella.

Pero no podía, ¡no debía! Tal vez entre las personas asistentes a esa reunión había otro espía y le comunicaba al jefe que ella era cada vez más cercana a Robert, y luego le pedirían más información a ella, y cuando ella se la diera, sentiría morir, pero tendría que hacerlo, porque entonces realmente vería morir a alguien.

Se miró al espejo antes de meterse a la ducha dándose cuenta de que había adelgazado otro poco. En los últimos meses, iba en descenso en muchos sentidos, y las preocupaciones la estaban matando. No podría resistir mucho tiempo así.

—El tío Robert está aquí —dijo Emma entrando a la habitación segundos después de que hubiese salido de la ducha, y Alice la miró un poco confundida. Primero, ese “tío Robert”, y luego, que él estuviese aquí.

Se asomó a la sala, aún en toalla, para verificar que fuera cierto, y allí lo vio. Sostenía dos enormes cajas una sobre la otra, forradas en un papel regalo blanco y plateado, atadas con un moño en lo alto; él lucía magnífico, vestido de etiqueta y el cabello recogido. Nunca lo había visto así.

—Tú... ¿qué haces aquí? —él elevó una ceja recorriéndola con la mirada, y Alice se ajustó mejor la toalla en su pecho y se cubrió un pie con el otro.

—Feliz cumpleaños —dijo él extendiendo a ella las cajas. Alice las miró con desconfianza.

— ¿Viniste aquí... para darme un regalo?

—No—. La respuesta la sorprendió, y lo miró ahora confundida—. Vine a invitarte a salir, y quiero que luzcas lo que hay dentro.

—Pero...

—No acepto un no por respuesta.

— ¿Puedo ir yo también? —le preguntó Emma, y Robert la miró negando.

—En esta ocasión, sólo iremos tu tía y yo, pero no te preocupes, en la próxima irás tú también—. Emma sonrió aceptando esa condición con mucha facilidad—. Recibe mi regalo, ¿quieres? —le reclamó él a ella, que seguía

mirándolo quieta en su lugar. Se miró a sí misma, sintiéndose un poco avergonzada por haber salido a la sala en toalla, aunque él no parecía nada incómodo ni molesto.

Él dio varios pasos a ella y le puso la caja delante, y Alice no tuvo más remedio que recibirla.

—Anda, te espero.

—No entiendo...

—Vístete, ponte bonita. ¿Media hora está bien?

—Yo no...

—Cuarenta minutos, entonces. Vamos, vamos, a la habitación —él le dio la vuelta y la empujó suavemente hacia el pasillo, y Alice desapareció detrás de su puerta. Robert volvió a la sala y miró a Emma, que no le había quitado el ojo de encima.

— ¿Te gusta mi tía? —le preguntó la niña, y Robert hizo una mueca, como si se pensara su respuesta.

—Sí. ¿Te molesta? —Emma se encogió de hombros.

—Ella nunca ha tenido novio.

—Oh, ¿de verdad?

—Y eso que es tan bonita —Robert sonrió y se sentó en el sofá para seguir esta interesante conversación con Emma, que con gusto siguió contándole de los pormenores de la vida amorosa de su tía.

Alice volvió a su habitación sintiéndose un poco en el limbo, puso la caja sobre la cama y desató los lazos, que no eran de cinta de papel, sino de seda, y la destapó. Dentro había un hermoso vestido de cóctel negro, que parecía relucir bajo la luz de su bombillo. La parte del busto tenía un encaje y piedras del mismo tono, y la falda era amplia, con varias capas de un velo igualmente negro y traslúcido. El escote era profundo, y la espalda descubierta, pero no se veía vulgar, sino lo contrario, de muy buen gusto.

Con manos temblorosas, destapó la otra caja.

Era un abrigo. Parecía piel, y ella no pudo sino reír. No podía ser piel real, a menos que lo hubiese conseguido en algún mercado negro, pero era precioso, vetado de gris y negro, en forma de capa, hermoso, hermoso, hermoso.

Lo pegó a su pecho y sintió sus ojos humedecidos. Nunca había recibido un regalo así, si le hubiesen preguntado qué quería de cumpleaños, ella jamás habría dicho en voz alta que un abrigo de piel, aunque fuera sintética, porque

eran costosos, y ella, de todos modos, tenía muy pocas ocasiones donde pudiera usarlo.

Ni el vestido, para ser sinceros.

—Robert Blackwell, juegas sucio —dijo para sí, riendo con lágrimas. Se las secó y se sentó en la cama mirando su vestido nuevo. Él quería llevarla a algún lugar, y ahora se sentía sin fuerzas para rechazarlo, así que suspiró tres veces seguidas, y se puso manos a la obra.

El vestido le daba una idea de a dónde quería llevarla. Tal vez era un restaurante francés, o algo igual de fino.

Buscó entre sus zapatos algo que combinara con el vestido, y encontró el par que se compró la navidad antepasada. No le hacían justicia al vestido, pero tampoco desentonaba mucho. Y por allí tenía un pequeño sobre de piedras artificiales que le había regalado alguien en alguna ocasión.

Salió de la habitación cuarenta y cinco minutos después, con el cabello recogido en lo alto y un suave maquillaje que realzaban sus facciones. Robert, al verla, se puso en pie, admirándola de pies a cabeza y aprobándola, se acercó con una media sonrisa en el rostro y la detalló más minuciosamente. Tomó en su mano la pequeña cadena de plata que ella se había puesto, analizando la pequeña mariposa que ni siquiera era del tamaño de la yema de su dedo y sonrió.

—Luces bárbara —le dijo, y Alice respondió con una sonrisa tímida.

—Gracias—. Sin pensarlo mucho, él se inclinó a ella y le besó los labios, tomándola por sorpresa, pero no se quedó a mirar sus reacciones, sino que se dio la vuelta y se despidió de Emma y Ethel, que también estaba en la sala.

—Ya te di mi número de teléfono —le dijo a la niña—. Y no te preocupes si se hace tarde y no hemos regresado.

—Está bien —sonrió la niña—. Los adultos siempre llegan tarde; a veces ni regresan esa misma noche.

—Dónde has visto eso.

—En la televisión.

—Bueno, no mires mucha televisión esta noche —le recomendó Robert, tomó a Alice de la cintura y la hizo dar un paso hacia la puerta.

—Emma, por favor, no salgas de casa —le pidió Alice.

—¿Con el frío que hace? —preguntó la niña.

—Y hazle caso a Ethel.

—Pierde cuidado —le dijo la anciana con una sonrisa—. Disfruta tu noche,

te lo mereces.

Alice y Robert salieron al fin de la casa hacia la fría y oscura noche, y antes de que entraran al auto, él volvió a besarla.

—Espera, qué... ¡No te he dado permiso para besarme!

—Es por eso que se llaman besos robados.

—¿Pero acaso no quedó claro cuando te dije que no podía...?

—No, no quedó claro. Podemos volver a tener esa discusión después. Vamos, que hace frío—. Él le abrió la puerta para que entrara, y Alice lo hizo. Sentía que estaba siendo arrastrada en toda esta situación, y cuando él se sentó frente al volante, así se lo dijo, pero él sólo sonrió.

—Entonces, sólo déjate llevar— le contestó, Alice sólo dejó salir el aire.

—¿A dónde vamos? —le preguntó cuando hubieron andado varios kilómetros.

—Es sorpresa—. Alice guardó silencio, apretando el pequeño sobre de piedras entre las manos.

—Gracias... por el vestido y el abrigo. Están preciosos...

—Lucen muy bien en ti—. Ella lo miró de reojo.

—¿Cómo... cómo adivinaste la talla?

—No la adiviné. Llamé a tu casa y le pregunté a Ethel.

—Oh, ¿en serio? —rio ella preguntándose por qué se sorprendía, y él sólo sonrió con candidez—. ¿Y el vestido lo elegiste tú?

—Sí. Bueno, las mujeres de la tienda me mostraron varias opciones, y yo elegí entre ellas.

—Tienes... buen gusto. El vestido está hermoso. Y... te ves muy bien con traje. Deberías ir así mismo a la oficina—. Él hizo una mueca.

—Tendría que llevar este todos los días, es el único que tengo —Alice sonrió con sorna.

—¿Y es tan difícil ir a una tienda y comprar otro?

—No me quedan bien —se quejó él. He intentado, pero por alguna razón, nunca me ajustan como se debe.

—Es porque debe hacérselos a medida.

—Se demoran mucho en entregarlos.

—Pero vale la pena—. Robert la miró elevando sus cejas y ella sólo sonrió como si se burlara de él. Ambos dejaron salir el aire y avanzaron otro poco en silencio.

Era un poco extraño todo esto, pensó Alice. Al parecer, él se había empeñado en conquistarla, y ahora pensaba en que, si no estuviera en el

problema en que estaba, en que, si fuera una mujer libre, ella no se habría podido resistir mucho tiempo.

Si bien era cierto que cualquier mujer sensata se pensaría dos veces entrar a una relación con un gruñón como él, lo cierto era que en estos días él había sido diferente. No sabía si su cambio se debía a su afán de conquistarla, o si de verdad él era así de amable y atento.

Sea como fuere, a ella nunca le habían dado un regalo así, nunca se sintió tan atendida y halagada, como la princesa de un cuento.

Y él vendría siendo el hada madrina, el ogro y el príncipe al tiempo.

Sonrió ante su ocurrencia y se dejó llevar por Robert Blackwell. Por ahora, sólo se preocuparía por el presente... Ya luego se las vería con las consecuencias que trajera esta velada.

Se adentraron en una zona de casas muy distantes unas de otras, enormes, como mansiones, y de amplios jardines cubiertos por gruesas capas de nieve que relucían bajo la luz de la luna. Él entró a uno en especial, y Alice empezó a sentirse nerviosa. ¿Era esta su casa?, ¿la estaba llevando a pasar la noche con él?

Había creído que la llevaría a un restaurante, un salón, o algo más público, pero a lo mejor él pretendía que pasaran la noche aquí, solos, y luego...

Tragó saliva, y tomó la mano que él le ofrecía para ayudarla a salir mirando la fachada de la hermosa casa de dos niveles, amplios y muy cuidados jardines, y con varios automóviles importados aparcados a un lado.

— ¿Es tu casa? —le preguntó con voz nerviosa, y su aliento se hizo visible en el frío de la noche. Robert negó sacudiendo su cabeza y la hizo avanzar a través del camino hacia la puerta.

—Es la casa de Jay —ella lo miró confundida—. Jay, Jeremy... mi hermano.

—Oh... es... una cena familiar —dijo ahora ella, más nerviosa aún. Robert sólo sonrió poniéndole una mano en la espalda.

— ¿Por qué pones esa cara?

—Porque ¡me ha traído a una cena familiar!

— ¿Y qué tiene eso de malo?

—Que... está enviando un mensaje a su familia, me está presentando ante ellos, ¡y van a pensar que... somos algo!

—No van a pensar nada.

—Si fuera su hermano el que trae a su secretaria a una cena como esta,

¿qué pensaría? —él no contestó, sólo pulsó el botón de la campana, y la miró fijamente.

—Como siempre —dijo al cabo de unos segundos—, sobreanalizas las cosas—. Ella iba a decir algo más, pero entonces la puerta se abrió, apareciendo detrás una joven uniformada que les quitó a ambos el abrigo y los colgó en un armario.

Por dentro, la casa era preciosa, decorada con un gusto exquisito. Había flores que no eran de temporada en hermosos jarrones y una luz tenue que le daba calidez al ambiente.

Alice miró en todas direcciones; el amplio vestíbulo con la araña de cristal que pendía del alto techo, las escaleras que llevaban al segundo nivel, pinturas que debían ser costosas y famosas colgadas en la pared... Una auténtica casa de ricos.

Él la hizo caminar hacia la sala, y dos hombres se pusieron en pie al verla; uno de ellos era Jeremy Blackwell, elegantísimo, al igual que su hermano, y el otro se le pareció mucho a...

No, no se parecía, era, definitivamente era...

— ¡Aidan Swafford! —exclamó Alice, y el hombre caminó a ella con una luminosa sonrisa en sus ojos plateados como el mercurio. Antes de que ella pudiera tomar su mano y se derritiera a sus pies, Robert lo detuvo poniendo una mano en su pecho, se aclaró la garganta y dijo:

—Alice, te presento a mi hermano menor, Aidan Blackwell—. Aidan se echó a reír, y ella ni siquiera miró a Robert, sino que tomó la mano de Aidan le ofrecía con los ojos y la boca abiertas de sorpresa e impresión.

Cálmate, se dijo. Estás vestida elegante, en una casa elegante... Pórtate a la altura.

—Un placer conocerte al fin—le dijo Aidan estrechando su mano, y todos sus propósitos de ser elegante se fueron al traste, pues dejó salir un sonido que pareció suspiro, llanto y quejido.

Rey-mendigo Aidan Swafford la abrazó, rodeándola con sus brazos de manera muy tierna, y Alice cerró sus ojos llena de felicidad, sintiendo que nada en este mundo era más genial que esto.

Se escuchó el carraspeo de alguien, y Aidan por fin la soltó.

Alice miró al fin alrededor, dándose cuenta de que Jeremy y Jennifer Blackwell la miraban sonrientes, y ella trató de recuperar la compostura.

Jennifer estaba bellísima, con su vestido azul petróleo ajustado y corto, y el cabello recogido y luciendo en su cuello una fina cadena de lo que debía ser

oro blanco. También Jeremy lucía como salido de alguna pasarela, y ella se tocó el cabello sintiéndose un poco insegura. Se había maquillado y peinado ella misma, y ahora sentía que no estaba a la altura.

—Robert dijo que hoy es tu cumpleaños —le dijo Jennifer sin dejar de sonreírle— Felicidades en tu día.

—Gracias —susurró Alice, sintiéndose muy emocionada.

—Te confieso que me sorprendí muchísimo cuando mi esposo me dijo que Robert traería a su secretaria —siguió Jennifer guiándolos hacia los muebles—. Tuve que hacerle jurar que era cierto.

—Bueno... también es una sorpresa para mí.

—Oh, ¿no sabías que vendrías aquí? Así que fue una sorpresa —dijo mirando a Robert como si el asunto le divirtiera muchísimo—. No me imaginé que mi cuñado tuviera sentido del humor para ese tipo de cosas.

—Ya ves —dijo Robert con voz grave.

—Feliz cumpleaños —le dijo Aidan a Alice, que no le había soltado la mano y salvando a Robert de la incómoda conversación—. Tenía curiosidad de conocerte. Me alegra que mi hermano te haya traído esta noche.

Alice se sentó sin dejar de mirar a Aidan, que se ubicó en el mueble frente a ella y Jennifer lo hizo a su lado. Una joven del servicio pasó ofreciéndole a los recién llegados una copa, y la probó, sintiéndola deliciosa, como si bebiera perfume.

Estaba siendo una noche extraña, y genial, y feliz. Miró a Robert apretando sus labios, y él tenía otra vez esa luz en su mirada, como si estuviera feliz porque ella también estaba feliz. Le sonrió elevando su copa en un brindis silencioso y Alice no pudo evitar que el estómago se le encogiera. O se le expandiera.

Lo que fuera, había algo allí que se agitaba cada vez que lo miraba y él le devolvía la mirada.

—No sabía que la secretaria de Robert fuera fanática de Aidan —comentó Jeremy con una sonrisa.

—Oh, tengo toda su música... —saltó ella de inmediato—. O bueno, casi toda. Los escucho desde su primer álbum, *Everything you want*.

—Era una banda adolescente en la época —señaló Jennifer—. Yo también los escucho desde entonces.

—Mi hermanito es muy popular —sonrió Jeremy—. Una manera muy suave de ganar dinero.

— ¿Suave? —preguntó Alice mirando a Jeremy con puñales en los ojos—.

Ser cantante no es tan fácil, ellos tienen mucho que hacer, no es como lo muestran en las revistas y programas de chismes. Horas y horas de ensayo, viajes, temporadas completas lejos de casa y familia... —Alice se detuvo cuando se dio cuenta de a quién le estaba hablando. Se sonrojó tremendamente y apoyó la espalda en el sofá—. Me exalté un poco —se disculpó, y se escuchó la risa de Aidan. Ay, Dios, reía lindo, pensó.

—Es tal como lo dices, Alice —y su nombre dicho con esa voz era celestial, pensó ahora—. Pero mis hermanos nunca reconocerán ante mí que es un trabajo esforzado—. Aidan se giró hacia Robert, que estaba sentado a su lado, y le puso la mano en el hombro—. Ellos creen que sólo se trabaja si acudes a una oficina de ocho a cinco.

—Es una manera más metódica, sí —observó Robert—. Y menos escandalosa.

—Los escándalos de los Blackwell no han llegado a las revistas sólo porque a nadie le interesa —apuntó Jennifer—, pero también los tienen.

—Nunca tan graves —rebató Jeremy. Jennifer le dio un beso, y se puso en pie de nuevo cuando su ama de llaves le anunció que la cena estaba servida.

Como una excelente anfitriona, los convidó a la mesa, y Alice caminó del brazo de Aidan hacia un jardín de invierno en donde había sido ubicada la mesa para esta ocasión en especial. Admirada, observó los finos manteles y todo el decorado de la mesa, la nieve blanca que cubría el césped relucía en esta noche tan fría, pero ellos estaban aislados por un grueso cristal que rodeaba todo el espacio en el que se hallaban, y dentro, todo era cálido y acogedor.

Jeremy tomó el lugar de la cabecera y Jennifer se sentó a su izquierda y ella a su derecha. Robert estaba al lado de Jennifer y Aidan al suyo, que de inmediato se ocupó de que su copa estuviera siempre llena y le cortaba las piezas más delicadas de la carne que había en el centro de mesa y la ponía en su plato.

Alice notó que Jeremy hacía lo mismo con su esposa.

—Y... ¿vas a estar en Chicago mucho tiempo? —le preguntó ella a Aidan con cierta timidez. Nadie había hablado desde que se sentaron excepto para alabar la comida y a la anfitriona, pero tenía mucha curiosidad por saber.

La comida estaba exquisita, el vino era de lo mejor en el mundo y el espacio exterior, y la compañía... insuperable.

—Sólo por unos días —dijo Aidan—. Vine a ver a mis hermanos antes de sumergirme en la elaboración de mi primer álbum como solista.

—Oh, entonces es cierto—. Aidan sonrió.

—Las palabras que me dijiste me hicieron pensar en muchas cosas, y siento que aún tengo mucho que hacer.

— ¿Hay alguien a quien quieras encontrar ahora? —le preguntó Jeremy con cierta picardía, pero Aidan no sonrió.

—Con todo el ruido que hice en los años pasados, si alguien no me ha encontrado, es porque no ha querido.

—O sea que sí hay alguien que quieres que te encuentre —siguió Jennifer, usando el mismo tono que su esposo, y Aidan sonrió enigmático. Alice lo miró preguntándose a qué se refería con eso. ¿Estaba Aidan buscando a alguien? ¿Quién sería?

Con todo el poder y el dinero que tenían él y sus hermanos, ¿por qué simplemente no contrataba a alguien para que lo encontrara?

—Entonces —dijo Aidan girándose a Alice, pero con la mirada fija en su hermano mayor. Era momento de puyarlo un poco, decidió—. Eres la secretaria de mi querido hermano. ¿Qué tan horrible es trabajar para él?

—Muy horrible —contestó Jeremy en su lugar—. Me asombra que no haya renunciado al día siguiente de haber empezado.

—Es una suerte para Robert que Alice no haya renunciado al día siguiente de haber empezado —recalcó Jennifer mirándolo con malicia—. ¿Te dobló el sueldo, Alice, o te prometió bonificaciones por cada grito que tuvieras que soportar?

—Oh, ¿puedo pedir una bonificación por cada grito que tuve que soportar?

— ¡Claro que sí! —azuzó Jennifer.

—Entonces creo que Robert Blackwell me debe bastante dinero—. Robert elevó su copa y blanqueó sus ojos sin contestar.

—En la oficina todos pensaban igual que yo, que renunciarías —sonrió Jeremy—, pero pasada una semana, las apuestas cambiaron: el que no iba a resistir, sería él.

—Supongo que hasta un ogro sabe cuándo bajar la cabeza—. El comentario hizo que a Jennifer le diera tos, y Jeremy le palmeó la espalda delicadamente.

— ¿Ogro? ¿Este querido príncipe? —Aidan se echó a reír, Jeremy rio también, y el único que permaneció serio fue Robert Blackwell.

—La única que tiene permitido llamarme así es Alice —dijo con voz muy grave, y Jennifer lo miró con ojos como platos; Aidan y Jeremy abrieron su boca sorprendidos, y Alice se sonrojó de pies a cabeza.

—Si te dice cosas bonitas, tú corre —le advirtió Jennifer mirándola con

urgencia—. Es una estrategia, una mentira, una trampa del diablo —eso la hizo reír.

— ¿Robert decir cosas bonitas? —preguntó Aidan haciendo como si le hubiese entrado escalofríos.

—Hasta ahora, no ha dicho nada digno de mención —dijo Alice alzándose de hombros, pero cometió un error, porque entonces Robert se sintió retado, y dejando su copa en la mesa, dijo:

Te extrañé, no lo sabía

Y sin saber que eras real por ti lloré

Eres tú esa mujer

Por la que ansioso esperé toda mi vida

—Jesús, ¡estoy alucinando! —exclamó Jennifer, la única que pudo reaccionar luego de casi un minuto entero de absoluto silencio. Todos se habían quedado de piedra al escuchar a Robert recitar los versos de una popular canción de Aidan.

No la había cantado, la había recitado, y Alice sintió cómo definitivamente algo dentro de su ser estallaba.

No, no, se dijo. No tan pronto. Resiste.

—Eso es jodidamente hermoso —apuntó Jeremy—. Compones muy bien, hermano —siguió, mirando a Aidan.

—Nunca imaginé que te supieras mis letras... ni que tuvieras la suficiente sensibilidad para dedicarlas.

—Alice es eso que dice esa letra.

— ¿Te estás declarando? —preguntó Jeremy frunciendo el ceño.

— ¿Se puede tomar como una declaración?

—Joder, sí—. Robert miró entonces a Alice, que seguía en silencio, tratando de calmar las agitadas aguas de su corazón.

—Entonces, Alice, me estoy declarando ¿cuál es tu respuesta?

Ella lo miró a los ojos con los suyos anegados en lágrimas. ¿Qué podía hacer? No podía decir que sí, no quería decir que no, menos, frente a toda la familia.

La había acorralado, estaba jugando sucio, y así se lo dijo.

—Nunca prometí jugar limpio —fue la respuesta de él.

*Te extrañé, no lo sabía
Y sin saber que eras real por ti lloré
Eres tú, esa mujer
Por la que ansioso esperé toda mi vida*

—Que te haya hecho la pregunta en público —intervino Jennifer dirigiéndose a Alice ante el tenso silencio que se había instalado entre los comensales luego de la declaración de Robert —, no quiere decir que también tengas que contestar en público —concluyó—. Un consejo, Alice, si acaso pretendes involucrarte con este... hombre. Mano firme, sin retroceder... Y si quieres huir, yo te ayudo.

— ¿Hablas en serio? —reclamó Robert mirándola ceñudo.

— ¿Acaso crees que no sé que le has dicho lo mismo a mi marido más de mil veces? —Robert miró a Jeremy, pero éste agitó su cabeza como diciendo: no me mires a mí—. Todo el tiempo instándolo a que se divorcie de mí — siguió Jennifer.

—Pero eso es diferente.

—En ningún sentido es diferente. Has hecho hasta lo indecible, así que no me reclames si acaso le digo lo mismo a Alice; tengo todo el derecho de hacerlo, y ella, de recibir mi ayuda en caso de que así lo desee. Sólo agradece que lo estoy diciendo de frente, y, si tengo que sacar todos tus trapos podridos al sol, Robert, le diré a Alice que tenga cuidado; tú ni siquiera crees en cosas como el amor o el matrimonio—. Alice tragó saliva y se mordió los labios bajando su mirada.

—No nos pongamos profundos —pidió Aidan cuando vio que Robert iba a decir algo—. Sea cual sea la respuesta que Alice quiera dar, sólo le concierne a ella —él la miró con una sonrisa, y Alice empezó a sentirse mejor—. Tal como dice mi cuñada, es tu decisión; así te hayas sentido acorralada, es tu vida, ¿no? —Alice le devolvió la sonrisa.

—Por supuesto—. Miró a Robert y elevó su copa para darle un trago—. Ya sabía que no cree en el amor o el matrimonio, y que las mujeres sólo tienen un valor para él.

—Valiente —sonrió Jeremy dirigiendo a ella su mirada azul llena de aprobación—. Me caes bien.

—Todos contra Bob —se quejó él mismo. Alice no pudo evitar sonreír, y luego de este exabrupto, la cena volvió a transcurrir con tranquilidad.

Al terminar, Robert, que parecía un poco ofuscado por el ataque de Jennifer y la falta de respuesta de Alice, caminó hacia el bar de Jeremy para servirse un trago un poco más fuerte. Alice y Jennifer conversaban sonrientes con Aidan, que se dirigió a un rincón de la sala donde estaba el soporte con su guitarra.

Había empezado a nevar. Jeremy encendió la chimenea a gas de su sala y pronto se empezaron a escuchar los acordes de la guitarra de Aidan, su voz entonando algunas canciones, y las sonrisas de las mujeres admirándolo.

Robert siguió a Alice con la mirada. Estaba preciosa con ese vestido negro, y ahora mismo las manos le picaban por estar a su lado y tocarla, como fuera, donde fuera...

La había visto esta tarde cubierta por una simple toalla y se le había hecho agua la boca. Su piel era blanca, y se veía muy suave al tacto.

Lo que daría, de verdad, lo que daría por tocarla toda.

—Si sigues mirándola así —le aconsejó Jeremy acercándose—, va a salir corriendo asustada—. Robert simplemente hizo sonar su garganta con un ruido gutural—. No esperabas obtener un sí la primera vez que te declarabas, ¿o sí? —Robert lo miró de reojo.

—No es la primera vez que me declaro —contestó, y Jeremy lo miró un poco sorprendido.

—Juraría que era la primera vez. Ya sabes, no tienes fama de ser muy romántico.

—Una vez ya fui romántico, y cursi... —cuando él se quedó en silencio, Jeremy suspiró.

—Déjame adivinar: salió mal.

—Salió terriblemente mal.

—Y todavía te duele, y por eso desconfías... Rob, si no crees en esas cosas, ¿por qué persigues a Alice? Te lo he dicho antes: le harás daño si tus intenciones no son honestas.

—No he sido tan honesto en mi vida como ahora.

—Pero ni siquiera tú tienes claro lo que harás con la respuesta de ella. Supongamos que... —insistió Jeremy sirviéndose un trago del mismo licor que su hermano— ella te dice que sí —siguió—. Te acuestas con ella, le haces un par de regalos caros, y luego ella te pide la exclusividad, porque es de ese

tipo de chicas que no acepta compartir a su hombre. ¿Dejarás a todas las mujeres que ves y con las que sales por ella? —Robert no contestó, sólo se quedó con su mirada fija en Alice, como si tratara de enviarle una orden telepáticamente—. Y digamos que, por una razón u otra, ella empieza a mirar hacia el futuro. No es una niña, querrá casarse y tener unos hijos...

—Yo le daría los hijos que quiera —fue la concisa respuesta de Robert, y Jeremy elevó ambas cejas al oírlo.

—¿Sin casarte? —eso hizo que el hermano mayor cerrara sus ojos.

—Podemos hacer todo eso sin pasar por el matrimonio—. Jeremy dejó salir una risita.

—No conoces a las mujeres entonces. Hermano, ellas quieren casarse, el noventa y nueve coma nueve, nueve, nueve de las veces, quieren casarse. Si son jóvenes, saludables, y nunca han estado casadas, ellas quieren casarse, y resulta que Alice entra en la estadística.

—Ya veré.

—Oh, ¿en serio?

—Sí... puedo tenerla. Lo sé. La quiero y la tendré—. Jeremy meneó su cabeza resignándose. Sólo le quedaba ver cómo su hermano se estrellaba contra la realidad.

—Happy birthday to you —entonó Aidan de repente mirando a Alice, y ella se llevó ambas manos para cubrir su boca. Jennifer se unió cantando y haciendo palmas, y luego Jeremy y Robert, que habían estado alejados y conversando entre ellos.

—De verdad que eres un príncipe —dijo Alice muy emocionada mirando a Aidan.

—No, él es Rey-mendigo Aidan Swafford —aclaró Jennifer, y Alice se echó a reír.

—Ni siquiera sé por qué me dicen así.

—Porque eres el rey en tu música... y un mendigo por los escándalos que provocas.

—Oh... No tiene gracia.

—Conducir ebrio —enumeró Jennifer mirándolo con ojos entrecerrados—. Consumir en la vía pública, tratar de sobornar a un agente policial...

—No recuerdo nada de eso —se defendió Aidan.

—Y los cientos de mujeres con las que has salido —añadió Alice mirándolo casi con horror.

—No han sido tantas.

—Siempre dicen lo mismo.

—Pero es verdad —insistió Aidan—. Me adjudican más novias de las que he tenido.

— ¿Ya te llegó tu turno de rendir cuentas? —preguntó Jeremy acercándose con unas copas en la mano y sirviéndole a Aidan y a su esposa. Luego se sentó en el brazo del mueble donde estaba ella, que enseguida se recostó contra él y sonrió.

—Son más inquisitivas que cualquier periodista rabioso.

—Y a ellas no las puedes evadir —rio Jeremy. Alice miró a Robert, que luego de darle a ella su copa, se había sentado a su lado mirándola fijamente, pero ella sólo tragó saliva y siguió mirando a Aidan.

—Quiero hacer un brindis —dijo Robert elevando su copa, y todos lo miraron—. Por la familia —dijo—. Porque no hay mayor riqueza en el mundo, que tener a los que te importan a tu lado—. Aidan sonrió ampliamente.

—Por los Blackwell —dijo—, porque, a pesar de su caparazón dura y fría, dentro tienen un corazón palpitante.

—Por Alice —dijo Jennifer—, en su cumpleaños —todos la miraron, como si esperaran que ella también agregara una razón para brindar.

Había tantas razones, pensó. Hoy se había cumplido uno de sus sueños: conocer a Aidan. Hoy cumplía años y lo estaba celebrando con personas que hacía poco más de un par de meses ni siquiera imaginó conocer, y también había recibido la más extraña declaración por parte de un hombre.

—Por la vida —dijo—, y los hermosos momentos que nos faltan por vivir —. Robert sonrió aprobando completamente su brindis, y chocaron suavemente las copas entre ellos.

La velada llegó a su fin. Habían pasado horas charlando, cantando, contando anécdotas, y poco a poco hasta Robert se fue relajando y empezó a contar algunas historias graciosas de su propia cosecha, como cuando tuvo que correr más de ocho cuerdas porque el perro de la vecina lo pilló tratando de entrar a su patio por una pelota.

Alice lo miró sonriendo, pero no pudo evitar darse cuenta de que todas sus anécdotas e historias felices trataban de la época antes de la muerte de sus padres. Era como si la luz y la risa de su vida se hubiesen ido con ellos. Como si de allí en adelante, no hubiese nada que mereciese ser contado.

—Es tarde —dijo ella al fin poniéndose en pie. Hubiese deseado poder

seguir aquí sin importar la hora, pero un poco más y ya se convertiría en una invitada fastidiosa.

—Gracias por haber asistido —le dijo Jennifer, y para su sorpresa, la abrazó.

—Ah... gracias a ti por recibirme.

—Tú me caes muy bien.

—¿Tu cuñado no? —Jennifer sonrió con dulzura.

—A él lo tolero.

—Debió hacerte cosas feas.

—Oh, unas cuantas, y no se ha disculpado.

—¿Todo se solucionará con una disculpa? —preguntó Robert poniéndose en pie al tiempo que Alice. Jennifer lo miró con altivez.

—No.

—Entonces, ¿para qué la necesitas?

—Para tener la satisfacción de verte hacerlo.

—No empiecen otra vez —pidió Jeremy con voz cansada, y Jennifer se volvió a él y le besó la mejilla.

—Aidan... —Alice se acercó a él, y Aidan no dudó en tomarle las manos y besarle el dorso a cada una.

—Fue un verdadero placer conocerte—. Ella sonrió otra vez iluminada como un arbolito de navidad, y luego de un abrazo, ella se despidió de todos.

Al estar afuera, otra vez con su abrigo de piel sintética, Alice miró hacia el cielo oscuro y dejó salir un largo suspiro.

—No imaginé que te gustara tanto mi hermano —dijo Roberta su lado, y ella lo miró de reojo.

—Sí. Me encanta—. Él no dijo nada, sólo avanzó hacia el automóvil y le abrió la puerta para que entrara—. En persona —agregó ella—, es mucho mejor.

—Ajá —murmuró él, y cerró la puerta con un poco de fuerza. Alice no pudo evitar sonreír.

Él puso el auto en marcha, muy serio, pero Alice sentía que no había nada que le pudiese borrar la sonrisa.

Excepto porque él la llevó a otro sitio y no a su casa.

Era un barrio bonito, no de casas tan grandes como la de Jeremy y Jennifer, pero tampoco tan pequeñas como la suya. Estas eran casas de clase media, acogedoras y amplias. Él se detuvo en una casa, y lo miró fijamente.

— ¿Es otra sorpresa? —preguntó—. No tengo más cantantes favoritos.

—Es un regalo para mí mismo—. Dijo él sin mirarla, y bajó.

Alice lo siguió preguntándose qué quería decir eso, y con un poco de aprensión, entró a la casa tras él.

—Esta es la casa de mis papás —declaró él encendiendo la luz del vestíbulo, y Alice miró alrededor muy sorprendida.

Por dentro también era bonita, amplia, y perfectamente pudo imaginarse a los tres hermanos corretear por estos pasillos, subir las escaleras de a varios peldaños a la vez, o creando desorden frente a la sala.

—Conserva la mayoría de los muebles —siguió Robert llevándola a la sala, y luego, al comedor—. Entre Jeremy y yo la restauramos hace algunos años; tenía problemas de filtración y humedad. Y unos roedores que encontraron cama en algunos rincones.

— ¿Estuvo abandonada?

—Sí, varios años.

—Pero... Era de ustedes, les pertenecía.

—Sí, pero no teníamos con qué pagar las cuotas de la hipoteca que tenía papá, y los bancos la remataron. La compramos por tres veces su valor, pero no nos importó. Es la casa donde nacimos—. Alice miró a Robert, que observaba todo como si fuese capaz de verla tal como fue en el pasado. Miró hacia la cocina, y Alice pudo imaginar que también veía allí a su madre.

—Afortunadamente —siguió Robert caminando hacia un librero que reposaba contra la pared—, no sacaron los muebles, ni los libros, ni nada—. Él pasó la mano suavemente por los lomos de lo que Alice leyó eran clásicos de la literatura y novelas más modernas—. Mamá leía mucho, todos estos libros son de ella. Mira —dijo él con una sonrisa casi de niño abriendo las pequeñas puertas de la parte baja del estante—. Ella conservaba los trabajos escolares de todos nosotros—. Alice se acercó y pudo ver carpetas grandes y rebosantes de papeles. Se podía entrever que eran mapas, dibujos y otro tipo de tareas de la escuela.

Ella sonrió y abrió uno. Parecía ser de Jeremy. Había dibujos de la familia, aunque sólo había dos niños entonces, y conforme iba pasando las páginas, el tema de los dibujos y los trabajos fueron cambiando.

—Seguro que era una mamá orgullosa.

—Lo era —contestó él enderezándose y ayudándola a ella a ponerse en pie también—. Le hablaba de sus hijos a quien quisiera oírla. A pesar de que su deseo era tener una niña, adoptó a Aidan cuando lo vio solo y necesitado.

—Aidan es...

—Adoptado, sí. Llegó a la casa con sólo cinco años, pero ya tenía más problemas que cualquier cuarentón ex presidiario.

—Vaya. Eso no lo cuentan las revistas.

—Jamás lo contarán. Mama lo ayudó sólo con amor y paciencia. Jeremy se ponía celoso a veces, pero luego fue capaz de compartir su amor. Ella tenía bastante para dar.

—Tú la recuerdas más y mejor, por ser el mayor.

—Tenía casi dieciocho cuando murieron. Ya casi era un hombre.

—Y después de eso... ¿qué sucedió? —él la miró a los ojos. Un largo nada se instaló entre los dos, pues Robert se quedó en silencio.

Tragedias, pensó ella, sólo pudieron suceder tragedias una tras otra a tres chicos que de repente perdieron a sus padres.

—Vamos arriba —dijo en vez de responder. Le tomó la mano y la guio escaleras arriba. El corazón de Alice empezó a retumbar en su pecho. ¿Quería llevarla a las habitaciones por una razón en especial?

La casa estaba limpia como si recientemente hubiese sido aseada, y Robert le explicó que los tres tenían cada uno una llave y venían aquí de vez en cuando. Tal vez el que menos oportunidad tenía de venir era Aidan por vivir en New York, pensó Alice, pero consideró que no era muy sano tener un sitio donde deprimirse, porque venir aquí era revivir el pasado y no dejarlo ir.

Las habitaciones estaban intactas, con posters, fotografías, computadoras antiguas y demás. Parecía una cápsula del tiempo, y Alice no pudo evitar sentir escalofríos.

—Entiendo que la muerte de tus padres es algo muy difícil de superar —dijo Alice con voz suave mirando en derredor la que había sido la habitación de Robert —. Yo apenas lo puedo imaginar; los míos... no los lloré tanto como tú a los tuyos—. Robert la miró a los ojos.

— ¿Tus padres murieron?

—Papá en un accidente... y mamá por una enfermedad. Era alcohólica.

—Lo siento —dijo él con sinceridad, pero Alice se encogió de hombros.

—No fueron unos padres ni la mitad de amorosos como seguramente fueron los tuyos—. Él sonrió y volvió a tomarle la mano para salir de nuevo al pasillo.

Había sido una malpensada, pensó Alice relajándose. Él no había tenido segundas intenciones al llevarla a las habitaciones.

— ¿Tan importante es... encontrar al asesino? —preguntó ella.

—Sí, lo es —contestó él—. Ha sido mi razón de vivir por mucho tiempo.

—Y cuando lo encuentres... ¿qué harás?

—Hundirlos en la cárcel, por supuesto. Hacerle pagar su crimen.

—¿Y luego?

—¿Y luego?

—Sí, cuando los hayas hundido en la cárcel... ¿cuál será tu nueva razón de vivir? —Robert sonrió de medio lado.

—Esperaré a que llegue ese momento para planteármelo—. Llegaron de nuevo a la sala y él se inclinó frente a la chimenea para encender el fuego. Alice se preguntó si acaso pretendía demorarse mucho aquí. Emma y Ethel estaban solas en casa, y... no era correcto seguir pasando tiempo con él tan tarde en la noche y a solas.

—¿Por qué... me trajiste aquí?

—Quiero que conozcas esta parte de mí. Qué entiendas un poco mis razones, mi pasado—. él levantó la mirada hacia ella, y luego sólo suspiró y siguió trabajando para conseguir el fuego—. Por alguna razón... quiero que lo sepas y entiendas.

—No sé... a qué te refieres. Eres un hombre con heridas, eso es obvio, pero sigo sin justificar la mayoría de tus actitudes—. Cuando hubo una alegre llama crepitando entre los troncos, y que iba cobrando fuerza, Robert se enderezó y se acercó a ella.

—Imagínate a tres chicos solos en el mundo, tres adolescentes que perdieron a sus padres y fueron arrojados a la calle. Hambre, frío, miedo, desesperación. Encontré a mi hermano a punto de morir en una estación de tren subterránea, oscura, húmeda y maloliente, y luego tuve que trabajar para que ambos tuviéramos qué comer. Imagínate que yo... —él tragó saliva y se quedó en silencio

—¿Tú qué? —él meneó su cabeza negando, como recogiendo sus palabras, y luego la miró fijamente a los ojos.

—Nunca me llamas por mi nombre —dijo.

—Es porque eres mi jefe. No está bien que lo haga —él elevó una ceja solamente, mirándola con ojos lleno de duda.

—Lo dice alguien que sin ningún reparo me gritó “idiota” y “ogro” en la cara.

—Eso te lo merecías.

—Seguro. Di mi nombre—. Ella siguió en silencio, pero eso no lo desanimó—. Sé que te gusto —dijo—, pero no entiendo por qué me rechazas

de esta manera.

—No sé a qué atenerme contigo —respondió ella—. No sé qué quieres de mí.

— ¿No es obvio? —preguntó él acercándose más, y pasando el dorso de sus dedos por la suave mejilla femenina. Ella protestó, pero al darse cuenta que eso sólo lo acercaba más, se quedó callada.

—No, no te detengas —le pidió él—, di mi nombre—. Él la besó acallando su protesta, y Alice sintió otra vez que el cerebro se le hacía papilla. Todas las razones por las que no debía hacer esto y que había estado a punto de enumerar se esfumaron hacia algún lugar en alguna nebulosa. Así que sus manos se posaron sobre el pecho masculino, y esta vez se pegó contra él y respondió al beso.

¿A quién trataba de engañar? Lo deseaba, él era guapo en extremo, se había portado dulce con ella, había conseguido despertar esta parte que llevaba mucho tiempo adormecida, porque su vida se había convertido en ganarse el pan, sobrevivir, seguir adelante. Alice Palmer se había olvidado de ser mujer.

Pero un beso de Robert, un toque suyo, la habían hecho recordarlo, y que había tenido sueños alguna vez, que podía volver a estar así cerca en alma y cuerpo a otro ser humano.

Todavía había cosas que indagar acerca de él, como, por ejemplo, si era capaz de enamorarse, de entregar su corazón.

Porque tenía un corazón, había comprobado, y era bueno, dócil, y rodeado de espinos, cadenas y candados que lo protegían.

Ella no tenía la suficiente presunción como para pensar que sería quien desatara esas cadenas y desenroscara esos espinos. No, no tenía esa confianza. No se creía capaz de conseguir semejante milagro. Por ahora, sólo era consciente de que él quería algo en concreto de ella, y ella...

Ella también lo quería. Lo quería desde hacía ya tiempo. No inmediatamente después de conocerlo, porque sólo vio a alguien amargado y gruñón, sino después, cuando le habló de sí mismo, cuando por primera vez bajó la cabeza por algo que había hecho mal.

Un intercambio de placer, se dijo a sí misma, esto es sólo un intercambio de placer. Por una vez en su vida, sólo estaría con un hombre por razones puramente terrenales. Sin pensar en nada más, sin reglas, mentiras o falsedades. Sin pensar en intenciones ni disfraces. Por una vez, sólo sería una mujer.

Robert Blackwell fue testigo del momento exacto en el que ella se rendía. Fue algo hermoso y digno de ver. Pasó de ser la estoica y fría mujer que soportaba su toque y sus besos, a ser participativa, y hasta ansiosa.

Alice metió sus manos bajo el saco y se lo sacó, y luego, empezó a desabrochar la camisa buscando con prisa su piel, y al hallarla, extendió ambas manos para tocar la extensión de su pecho y su plano abdomen.

No, plano no, este era un hermoso y duro six-pack.

Él tenía los músculos bien marcados, y recordó que tres o cuatro veces a la semana él iba al gimnasio a ejercitarse.

Bendita fuera este hábito, pues lo hacía increíblemente hermoso y perfecto.

Él volvió a besarla, bajando sus manos hasta sus caderas y pegándola a las suyas Alice lo miró a los ojos con los suyos nublados ya por el deseo, así que volvió al ataque desnudándolo, besándolo, paseando las manos por cada rincón.

—Despacio —le susurró él al oído, pero eso no ayudó nada; su mera voz, grave y profunda, despertó todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo y se sintió empapada, desfallecida, al borde de un orgasmo sólo con tocarlo y escucharlo.

De repente, la parte superior de su vestido ya no estaba, y Robert comprobó que debajo ella no se había puesto nada, así que sus senos quedaron libres para esas manos de piel no tan suave que de inmediato se apoderaron de ellos.

Pero era un toque suave, gentil. Hacía círculos con las yemas de sus dedos excitándola hasta el dolor, y cada vez que quería apretarse contra él, sobarse, tocarlo, él volvía a poner sus manos en medio de los dos.

— ¿Quieres volverme loca? —reclamó ella mirándolo ceñudo, y él sonrió.

—Sí, exactamente eso quiero—. Pues no le faltaba mucho, pensó ella.

El vestido cayó al suelo, y Robert la besó profundamente.

Jesús, hasta ahora no la había besado así. La primera vez había sido un beso de descubrimientos, suave, casi tímido, y luego habían sido besos robados sobre los labios. Ahora la estaba colonizando, apropiándose de cada centímetro, respirando a través de ella, dejando en su ser un rastro de fuego que poco a poco se fue convirtiendo en un auténtico incendio sobre su piel.

Lo buscó con la mano, hallándolo grande y duro debajo de sus pantalones, y su toque lo hizo distraerse del beso para soltar un gemido ronco y demasiado sensual.

Sonrió. Ah, esto era tan...

No halló la palabra, pero, ciertamente, era algo especial saber que ella provocaba esto en él. Él, un hombre que seguramente podía tener a la mujer que quisiera con sólo desearla.

Con extrema facilidad, tal vez porque ella no pesaba nada, o tal vez porque él era bastante fuerte, Robert la alzó en sus brazos y la sentó en el sofá que estaba frente a la chimenea, se arrodilló frente a ella y siguió besándola.

Alice ya estaba perdida, completamente abandonada a él, así que no se dio cuenta cuando él le sacó el panty.

Pero sí que sintió los dedos de él tocarla, acariciándola de arriba abajo, y luego, entrando en su cuerpo.

Ya estaba más que lista, así que no tenía que estimular más. Tomó su cabeza entre sus manos. Diablos, él estaba demasiado centrado, y quería volverlo loco, que perdiera el control. Intentó abrazarlo, pero entonces él bajó su cabeza y la besó allí, en ese sitio tan íntimo, que la hizo saltar en el sofá y soltar un juramento.

Alice puso ambas manos sobre el cabello de él, despeinándolo más de lo que ya estaba, y cerró sus ojos al sentir su lengua lamerla de arriba abajo y los labios de él succionar con fuerza los suyos.

No se detuvo, sino que siguió lamiéndola y chupándola cada vez más profundamente y con fuerza en un movimiento repetitivo que la elevó a nuevos páramos del placer.

Cerró sus ojos y tensó su cuerpo en un orgasmo que la recorrió desde la coronilla de la cabeza, hasta el dedo pequeño del pie. Increíble, había sido increíble. Oh, no había imaginado que él fuera un amante tan atento.

Había tenido conversaciones con amigas en las que valoraban la calidad de un amante según las maniobras que ellos estaban dispuestos a hacer por tenerlas a ellas a punto antes de la penetración, pero Robert no sólo había conseguido tenerla más que lista, sino que le había dado su primer orgasmo sólo con el preámbulo.

Se dejó caer en el sofá con la respiración agitada, viendo aún lucecitas, con una mano en su rubio cabello desparramado, y con deseos de volver a irse con él a ese mundo de donde acababa de venir.

Él estaba ocupado desnudándose, y Alice lo miró atentamente mientras rompía el sobre de un preservativo.

Ah, no se había dado cuenta de que, en algún momento, su imaginación había llegado lo suficientemente lejos como para imaginarse esta parte de él, pero se había quedado corta. Él era simplemente hermoso, grande, surcado de

venas y largo.

Extendió una mano hacia uno de sus brazos, tan duro, y ancho, queriendo decirle que lo encontraba hermoso, perfecto, pero estas palabras no salieron de su boca, aunque parecía que él no las esperaba, y se fue acomodando encima de ella, despacio, poco a poco, hasta que se puso a sí mismo en su entrada y la miró.

Sus ojos se conectaron por un momento, y Alice lo sintió entrar suavemente en su interior.

Se mordió los labios al sentir cómo se resbalaba hacia dentro, y él empujó hasta quedar completamente empuñado por ella.

—Qué estrecha eres —susurró él en su oído, besándola, dándole tiempo para adaptarse a él.

—Es que... yo... Hace tiempo que...

—Yo tampoco —dijo él, y ella lo miró incrédula. Robert sonrió—. Hace tiempo... que no hago el amor con una mujer—. Ella no le creyó. Tenía mil novias. Bueno, como cuatro, pero tenía mujeres con las que se acostaba regularmente. La mitad de ellas lo odiaba y la otra mitad lo idolatraba, pero todas, sin excepción, obtenían este tipo de atenciones de él.

Debía estar hablando de otra cosa. Él no tenía por qué decir mentiras a estas alturas del partido.

Robert la besó en los labios, la mejilla, la punta de la nariz y los párpados. Le decía lo bonita que era, lo suave que era su piel, lo mucho que la deseaba, y ella se fue relajando, abrazándolo con sus piernas, y acoplándose al movimiento que poco a poco él fue iniciando.

—Bonita —decía él—. Eres tan bonita—. Alice cerró sus ojos cuando él empujó duro dentro de ella, acompañando cada embate con palabras, besos, caricias. Alice lo sentía en cada milímetro de su cuerpo, en cada movimiento de entrada, de salida. Cuando se enterraba profundamente en ella y se quedaba varios segundos allí moviéndose sutilmente en círculos para enloquecerla, para provocarla.

Fueron acelerando el ritmo, y ya luego no hubo más palabras, sino sensaciones, sensaciones que iban subiendo de grado junto al calor de sus cuerpos. Pero no era el estilo de Robert Blackwell iniciar una carrera que terminaría pronto, así que cuando vio que ella ya estaba a punto de llegar, salió de su cuerpo y la cambió de posición. Casi llorando, Alice protestó. Él la puso hábilmente boca abajo, elevó a él sus nalgas y le besó la espalda mientras jugueteaba otra vez con sus dedos en su interior.

—Por favor —rogó ella.

— ¿Por favor qué, hermosa mía? —ella lo buscó con su mano y lo apretó. Robert se curvó sobre ella, piel contra piel, ambos sudorosos, y Alice se giró levemente para buscar sus besos. Él la besó, la mordisqueó y la lamió mientras ella con su mano volvía a ponerlo allí donde lo quería, donde debía estar, y una vez en ese lugar, él empujó duro hacia dentro.

Alice se apoyó contra el sofá, agarrándose con fuerza, pues sentía que saldría disparada de allí en cualquier momento. Había conseguido lo que quería, enloquecerlo, y, con una sonrisa, se dispuso a recibir toda la fuerza de esta pasión que este enorme hombre llevaba dentro.

Duro, rápido, entrando y saliendo de su cuerpo con fuerza. Alice cerró sus ojos preparándose, pero no fue suficiente. La potencia de este segundo orgasmo la asaltó de manera impetuosa, la hizo gritar, llorar, empujar a su vez. Lo apretó tan duro en su interior que él no pudo volver a salir y se quedó allí, enloquecido, dejando salir de su alma y de su cuerpo todo lo que ella había provocado.

Glorioso, pensó él otra vez. Estar con Alice era simplemente glorioso.

Y con este último pensamiento en su mente, volvió a dejarse ir en su orgasmo, apretándola en sus brazos sin llegar a hacerle daño, fundiéndose con ella, porque, no se había dado cuenta, era lo que había querido casi desde que esa lengua larga que tenía había ido en su ataque.

Y luego de eso, se derrumbó a un lado, sin llegar a aplastarla, y perdió la conciencia por tres o cuatro minutos.

*Cuando me ames a mí,
El amor será el antídoto del amor
Y él será el puente a cualquier abismo
Tal vez duela, pero tendrá sentido*

Hacía mucho tiempo que no hacía el amor, repitió Robert en su mente abriendo sus ojos, sólo para darse cuenta de que estaba solo en el sofá.

¿Se había dormido? ¿A dónde se había ido Alice?

Ella estaba luchando para abrocharse el vestido, recogiendo el cabello, y buscando su teléfono dentro de su sobre.

— ¿Qué sucede? —le preguntó él mirando su reloj. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Era tan tarde?

No, no era tan tarde, pero ella parecía tener mucha prisa.

—Debo irme —contestó ella poniéndose el teléfono en la oreja—. Emma y Ethel están solas, y mañana trabajo.

—No te voy a despedir por llegar unos minutos tarde —ella no sonrió, sino que volvió a marcar en su teléfono—. ¿A quién llamas? —preguntó él levantándose al fin y buscando su ropa. Esto no estaba saliendo como había imaginado.

Lo que había imaginado él era que se acurrucarían un poco, charlarían, y luego sí, él la llevaría a su casa. Pero ella no estaba dando chance para nada de eso.

—Estoy tratando de pedir un taxi —contestó ella—, pero no hay suerte.

— ¿Un taxi? Alice, por Dios. ¿Acaso dije algo que te diera a entender que no te llevaría de vuelta a tu casa? —Ella lo miró inexpresiva, pero él no le dio tiempo a contestar nada, y se acercó a ella y le quitó el teléfono—. ¿Pasa algo? —no hubo respuesta—. Por favor, Alice, no me vayas a decir lo típico: “Esto no debió suceder, fue un error”. ¿Es eso lo que estás pensando ahora? — Alice sólo dejó salir el aire y lo miró fijamente.

—No, no soy ese tipo de mujeres que piensa una cosa, pero dice otra. Lo que te acabo de decir es exactamente lo que pienso: Emma y Ethel están solas, y ya es tarde. Si me vas a llevar, te lo agradeceré, sólo que estabas dormido, y no quise molestarte—. Él frunció el ceño mirándola completamente confundido.

Una mujer que decía exactamente lo que pensaba. Sí, claro.

La vio sentarse y calzarse los zapatos, y mientras, se fue poniendo de nuevo la ropa pensando en que esto era un fraude. Él quería seguir abrazado a ella, mientras jugueteaban un poco, decían tonterías típicas y esas cosas sin sentido.

—Lo que siento —dijo, ajustándose el cinturón—, es que estás molesta por alguna razón.

—Esta vez eres tú el que sobre analiza las cosas. ¿Qué querías? ¿Quedarnos en el sofá y perder más tiempo?

— ¿“Perder más tiempo”? ¿Qué diablos? ¿Eso fue para ti?

— ¿Y qué fue para ti? —él la miró en silencio, molesto y confundido—. Tú querías algo —siguió ella—, y, a cambio, yo obtenía algo de placer, así que hemos hecho un intercambio—. Él la miró sumamente sorprendido. Ella le estaba devolviendo sus palabras, pero sonaba tan horrible y vacío que le dolió en el corazón.

Terminando más o menos de vestirse, y sin agregar nada más, tomó las llaves del auto y salió al frío de la noche. Alice lo siguió ya con su abrigo puesto y se preguntó cómo hacía él para soportar la temperatura llevando sólo una camisa blanca y los pantalones.

Entraron al auto y salieron de la zona en silencio.

Él condujo largo rato sin decir nada, sólo mirándola de reojo, tratando, por enésima vez, de meterse en la mente de una mujer y saber qué diablos era lo que sucedía dentro. En un momento ella era hermosa e increíblemente sensual, y al otro, le decía estas cosas tan feas.

Estaba en el lugar del abandonado, del rechazado, y esa nunca había sido su posición; siempre había estado al otro lado de la línea.

Llegaron a la casa y antes de que se bajara, él la tomó del brazo.

—No quiero que termine así —dijo—. Alice, no... no me gusta esto—. Ella respiró profundo volviendo a recostarse en el asiento y mirándolo a los ojos.

—Muchas gracias por todo, ha sido un regalo de cumpleaños increíble el que me has dado.

—Qué regalo ni qué mierdas.

—Me refería a Aidan —aclaró ella mirándolo molesta por su lenguaje—. Lo demás...

—Por favor, te ruego que no vuelvas a decir la palabra “intercambio” o me enfadaré—. Fue inevitable que Alice sonriera, y, viendo una luz, Robert se inclinó a ella y le besó la mejilla—. No vuelvas a ser la Alice de la que tenía

que esconderme.

—Tú nunca te escondiste de mí.

—Pero me daban ganas —ella hizo rodar sus ojos, y abriendo la puerta, bajó. Robert la imitó y fue tras ella. Al notarlo, Alice se detuvo y lo miró fijamente.

—No puedes entrar. Son más de las doce—. Él se detuvo en sus pasos, se metió ambas manos en los bolsillos, tal vez acusando el frío, y dejó salir el aire.

— ¿Puedo invitarte a tomar algo mañana en la noche?

—Robert, tengo una niña a cargo y...

—Dijiste mi nombre —dijo él con la sonrisa de un niño la mañana de navidad. Alice apretó sus labios y miró al cielo. Robert se acercó a ella y la abrazó rodeándole la cintura con un brazo—. Sirvió de algo lo que acabamos de hacer, si a cambio conseguí que mi nombre saliera de tu boca.

—Intercambio —dijo ella, como si la palabra fuera una cruz de plata contra un vampiro, y él gruñó soltándola.

— ¿Mañana? —preguntó él cuando ella dio la espalda dirigiéndose a la casa.

—No te aseguro nada.

—Me gusta que seas difícil —siguió él—. Eso vuelve las cosas más interesantes.

—Como si no supiera que estás que te das de cabeza contra un muro.

—Me conoces tan bien —rio él, y ella entró al fin a la casa con la misma sonrisa.

Una vez dentro, se recostó en la puerta y cerró sus ojos con angustia.

¿Qué había hecho? En serio, ¿qué le había sucedido? ¿Cómo había permitido que esto pasara?

¿Intercambio de placer? ¿Con Robert Blackwell? ¿Estaba loca?

Había metido la pata, hasta el fondo. Ahora, cuando él la descubriera, porque lo haría algún día, la odiaría tanto y con tal intensidad, que la chamuscaría.

No sabía qué era peor, si tener a estos asesinos de enemigos o a él.

Los primeros eran peligrosos, acabarían con la vida de sus seres queridos sin dudarlos, y el segundo, le causaba un dolor agudo en algún lugar de su alma con sólo imaginarse que la odiaba.

Sin embargo, en su caso era fácil elegir a quién tener como enemigo; en la segunda opción, la única que sufriría sería ella.

“Me gusta demasiado”, fue el primer pensamiento de Robert al despertar a la mañana siguiente.

“No es normal”.

“Reconozco este sentimiento”.

Y era peligroso, concluyó en su mente.

Saltó de la cama y caminó por la habitación dando vueltas, pensando, pensando.

De Alice, le gustaba su manera de ser; era franca, un poco atrevida y lengua larga, pero eso le garantizaba que hablaba con la verdad, que no tenía doblez.

Le gustaba su sentido del humor, su manera de reír, de hablar, hasta de pelearse.

Le gustaba que con ella podía hablar de todo; de asuntos importantes y delicados, y luego, de tonterías.

Le gustaba su bondad, la manera como educaba a una niña que no tenía nada que ver con ella, y se sacrificaba no sólo para que tuviera todo lo que necesitaba, sino para que fuera feliz. Dejaba de darse gustos por criarla, no era nada egoísta.

Y en la intimidad... Señor.

Nadie como Alice. Era perfecta. El equilibrio perfecto entre activa y pasiva, entre dadora y receptora del placer.

Aunque, bueno, sólo había podido estar una vez con ella.

Se puso ambas manos en la cabeza tirando suavemente de sus cabellos dándose perfecta cuenta de que todo eso se resumía en una sola cosa.

Otra vez, otra vez, Robert Blackwell se estaba enamorando.

Era una locura, porque, cuando Robert Blackwell se enamoraba, se convertía en un auténtico estúpido, y eso era malo, muy malo.

Pero no había otra explicación, llevaba huyendo de esta verdad mucho rato, y hoy al fin lo había alcanzado, y como todo hombre que se respetara, debía asumir la verdad. Se había enamorado de ella, de su secretaria.

Ese estado de ambivalencia entre la negación y la aceptación debía desaparecer; un día hasta pensaba en que podría casarse, y otro, en que sería lo último de la tierra. Un día pensaba que no había otra mujer como ella y debía apropiarse de ella como si fuera una mina de diamantes, y al otro, que atesorar tanto a una mujer podía ser nocivo para la salud.

Ya estaba cayendo en eso de sentirse feliz cuando ella lo miraba y le

sonreía, y miserable cuando lo ignoraba. Esperando que atendiera a sus invitaciones, que quisiera estar con él del mismo modo que él quería estar con ella, y querer ser su amiga y que le abriera su corazón tal como estaba haciendo él.

Estaba enloqueciendo, y ya había llegado a su límite porque, como era de esperarse por sus ya terribles experiencias, Alice no le correspondía.

Estar enamorado ya era bastante malo; si, además, no era correspondido, era grave.

Se sentó frente a su ventana mirando el cielo que aún no había empezado a aclararse lleno de una extraña energía.

Se había enamorado, y no sabía si podría conseguir que ella sintiera lo mismo. Antes no lo consiguió ni con las más hermosas frases, flores, regalos. Antes no pudo mover e inclinar el corazón de una mujer a su favor, pero todas ellas fueron mujeres mal elegidas, malas, como las había llamado Alice.

Tal vez él no era el tipo de hombre que a Alice le gustaba; podía ser que ella prefiriera otro de temperamento más llevadero, menos complicado, con un pasado menos horrible, y, sobre todo, que tuviera a las mujeres en general en mejor estima.

Tal vez, tal como decía Jeremy, ella también quería casarse, una casa bonita, hijos; una vida normal, algo que él no le había propuesto en ningún momento.

Si se examinaba a sí mismo, si era sincero, brutalmente sincero consigo mismo, él no cumplía los requisitos de alguien como ella.

Pero la quería, la quería, la quería.

Le hacía falta, le dolía no tener la libertad para llamarla y simplemente preguntarle cómo estaba, cómo había dormido, qué pensaba, etc.

Se puso en pie de nuevo y caminó hacia la cocina.

Tendría que conquistarla, pero de verdad. Tendría que ser para ella todo lo que ella era para él. No podía dejarla ir, su ausencia y su indiferencia eran dolorosas.

Y, mientras, podía hacer algo para aplacar al lado desconfiado de su corazón. Lamentablemente, si bien sus sentimientos se gobernaban solos y tomaban decisiones por sí mismos, su cabeza le decía que lo que seguía era tomar medidas.

Como ya sabía, ignorar lo que le estaba sucediendo no serviría; dejar de verla lo agravaría, pues esto era como un veneno cuyo antídoto era lo mismo que lo estaba matando. El amor se curaba con amor, así que la única manera

de aliviar su mal era dejándose llevar por él.

Pero esta vez sería cuidadoso, esta vez, no se precipitaría como un toro sobre la capa roja, sabiendo que tras ella había una lanza que lo esperaba para empalarlo y matarlo.

Se sobó el pecho como si fuese allí donde recibiera dicha lanza, sospechando que no soportaría una vez más este daño.

Cuando llegó a la oficina, notó que ella se estaba comportando como si nada. Alice lo saludó con profesionalismo, no hubo una mirada detrás de la mirada, ni una sonrisa más que la profesional.

Le leyó sus reuniones del día, confirmó su vuelo y el de Jeremy para el miércoles a primera hora. Le llevó documentos y cartas que debía leer y firmar. Todo tan normal.

Y él muriéndose por ella, mirándola fijamente a ver si dejaba caer una sonrisa, una mirada para él como hombre, no sólo como jefe. Se había puesto una camisa formal, se había recogido el cabello, a la hora del almuerzo tendría una cita con el sastre de Jeremy, y ella ni siquiera lo miraba.

— ¿Amaneciste bien? —le preguntó en voz baja, y Alice se detuvo en sus movimientos sin mirarlo, luego hizo una mueca y contestó:

—Perfectamente.

— ¿Emma y Ethel estaban bien?

—Por supuesto.

—Como te fuiste con tanta prisa.

—No es así.

—Alice...

—Sólo dormí cinco horas —dijo ella mirándolo muy seria—, estoy en pie gracias a tres tazas de café. Agradecería su colaboración—. Él dejó salir una risa no muy divertida.

Quería reclamarle su comportamiento, quería hacer la típica pregunta: ¿Por qué eres así? Pero no, no caería tan bajo.

Se recostó en su sillón y luego de pasarse ambas manos con fuerza por el rostro, se estiró un poco, como un gato, y tomó los documentos que ella le pasaba.

—Estaré sólo tres días fuera —dijo, adoptando de nuevo un tono neutral, distante—. Pero estaré disponible en el teléfono. Ante cualquier eventualidad, podrás comunicarte conmigo.

—De acuerdo.

—Tendré que dejar en tus manos las llaves de mi apartamento —le dijo, y eso la dejó un poco confundida—. Alguien necesitará entrar, y requiero que estés allí para recibirlo, vigilar un poco mientras hace lo que tiene que hacer, y luego podrás volver a tus labores. Ya tu nombre está inscrito en la seguridad del edificio, así que no tienes que preocuparte por eso.

—Bien.

—Y si dormiste tan poco anoche...

—Me las arreglaré, el café aquí no es tan malo, lo soportaré—. Él sonrió mirándola.

—Estás hermosa hoy, a pesar de haber dormido tan poco—. Ella hinchó su pecho tomando aire, y Robert se preparó para su regañina por decirle cosas así en horas de trabajo, pero ella se quedó en silencio. Ni siquiera estaba sonrojada por el piropo.

—¿Algo más? —era dura, esta mujer.

—Eso es todo —contestó él—, por ahora.

Alice salió de la oficina y se sentó de inmediato en su silla. Por el rabillo del ojo vio que alguien estaba cerca, así que aguantó, aguantó hasta que ya no estuvo a la vista de esa persona.

Se derrumbó en su silla y se cubrió los ojos.

Esto iba a ser difícil, porque cuando él ponía esa carita de decepción el corazón se le arrugaba de inmediato.

Definitivamente, era una masoquista. Entre tantos hombres normales, sin pasado y sin fobias hacia las mujeres, ella tenía que elegir al que tenía todos esos defectos. Se había enredado con él y ahora tratar de zafarse no era efectivo.

Era evidente que él había esperado un trato especial entre los dos después de lo ocurrido anoche, y ella no había podido evitar hacerse la pregunta de cómo sería él en modo dulce y cariñoso. ¿Cómo sería Robert Blackwell tratando de conquistar a una mujer? ¿Cambiaría su tono de voz, su mirada, su sonrisa? ¿Se vería más tranquilo y relajado, y no como si tuviera que cuidarse de cada ser humano que se le acercaba?

Y ahora había tenido un atisbo de la verdad, definitivamente, cada vez quedaba menos del ogro que ella había conocido. Ahora, hasta saludaba a las secretarias que se cruzaban en su camino, las ejecutivas ya no temían hablarle, y hasta lo tuteaban a veces y ya él no las miraba como bichos que se hubiesen subido a sus zapatos.

Pero estaba prohibido; él estaba rotundamente prohibido.

Prohibido, prohibido, prohibido, se repitió en su mente mientras ponía en orden la lista de tareas para hoy y se ponía manos a la obra.

Robert cerró la puerta donde había estado asomado vigilando a su secretaria y sus reacciones con una enorme sonrisa en el rostro. Esa máscara de dureza y estoicismo era eso, una máscara. Ella estaba casi tan afectada como él por lo de anoche, sólo que se obligaba a no demostrarlo, pero una vez a solas, ella dejaba salir un poco de esa frustración.

Ah, tenía una esperanza, ahora sólo tenía que saltar esa barrera que ella estaba poniendo. Por qué Alice se resistía tanto cuando era evidente que también sentía algo, era un misterio para él, pero lo sobrepasaría, y estarían juntos a donde esto los llevara.

Caminó hacia su escritorio y tomó una carpeta que tenía documentos para estudiarlos, sin sentarse, sino que los fue leyendo mientras caminaba dando vueltas y a la vez pensaba en qué hacer con Alice.

¿Qué barrera ponía ella? ¿Cuál era su razón? ¿Por qué se resistía?

Debía ser algo importante para ella, porque, aunque nunca había sido demasiado presumido con respecto a sí mismo, sabía que, a pesar de sus treinta y cuatro años, era un hombre atractivo, inteligente, y además tenía dinero. Al menos en la superficie, no era tan despreciable.

En cuanto a su personalidad, él era un hombre que creía en ser justo, generoso; se consideraba alguien de palabra, con honor, agradecido con aquellos que le ayudaban... Reconocía que era difícil de tratar, que tenía poca paciencia y se exasperaba con facilidad, pero con ella era diferente, bueno, muy diferente, y estaba tratando de cambiar eso con todos los demás, ser más accesible, tratando de ponerse siempre en el lugar de esas otras personas.

Si ella se lo pedía, podía ser fiel, muy fiel. De hecho, desde ya lo era. Ya no quería a otra mujer en su cama más que a Alice Palmer.

¿Y si ella le hablaba de matrimonio? ¿Si la razón era que ella sabía que él consideraba esa unión una trampa, un infierno?

Escuchó voces y risas al otro lado de la puerta que llevaba a la sala de juntas y se asomó, sólo para ver a Jeremy subiendo a Jennifer en la mesa, con las manos metidas en su falda, apretándole duro las nalgas mientras ella lo besaba como si se lo quisiera comer.

— ¡Joder! —exclamó Jeremy al verlo, pero Robert no cerró la puerta, sino que se quedó allí mirándolos.

Jennifer, roja, se acomodó la ropa y Jeremy se puso delante de ella para que él no la viera.

— ¿Ya han pasado cuánto, seis, siete meses? —les preguntó, no molesto, sino con curiosidad—. ¿Y todavía... son así?

— ¿De qué estás hablando? —preguntó Jeremy con la voz agitada y confundido. Robert se preguntó si acaso tenía fritas las neuronas.

—Los dos... y el sexo.

—Ah...

— ¡No te metas en eso! —reclamó Jennifer. Robert se encogió de hombros.

—Ustedes casi lo hacen en nuestra sala de juntas, es tu culpa. ¿No te pudiste aguantar? ¿Después de tanto tiempo, sienten que tienen que hacerlo a toda hora? —Jeremy puso una mano en la boca de Jennifer cuando esta quiso protestar. Ella no entendía el sentido de las preguntas de Robert, sólo creía que él se estaba burlando, o regañando, pero Jeremy sí entendió. Le dijo palabras al oído que la tranquilizaron, y luego de un beso, ella salió. Robert siguió en la misma posición, con una mano sobre la manija de la puerta y mirando a su hermano.

Jeremy tomó aire, se pasó la mano por la nuca y lo miró.

—Sí, todavía es así. Todavía busco espacios a solas para meterle mano a mi mujer. Creo que será así aun luego de diez años. O veinte, yo qué sé.

— ¿Por qué? En diez o veinte años será... ya no tan joven y hermosa—. La sonrisa de Jeremy se ensanchó.

—Yo tampoco seré tan joven y hermoso. Pero seguro que la querré—. Robert no dijo nada, sólo se lo quedó mirando—. Es porque la amo —explicó Jeremy—. La adoro. Me muero sin ella, y toda esa cadena de cursilerías. Esa es la razón. Si no amas a tu mujer, pensar en el tiempo con ella es duro, pero cuando la amas, así como yo a Jennifer, es ansiedad, expectativa y... todo eso.

—Ansiedad y expectativa. Y el sexo no baja de calidad.

—Por el contrario —dijo Jeremy con una sonrisa traviesa—. Cada vez se pone mejor.

—Interesante.

—Pero sólo se consigue con amor —dijo—. Mutuo. No vale si es uno solo el que ama. Tienen que ser los dos. Es una torre que los dos van construyendo desde adentro y cada vez se hará más alta y más firme, porque ninguno de los dos está interesado en que caiga, y pondrán todo de su parte.

—Jennifer te odiaba cuando te casaste con ella.

—La conquisté —dijo él muy orondo.

—Sí, eso es fácil de ver—. Él miró a otro lado como si estuviera sopesando las palabras de su hermano menor. Amor, conquista, una torre que no les interesa que se caiga, así que ponen todo de su parte para que sea firme, inexpugnable.

No dijo nada más, y volvió a su oficina con todas esas palabras en su cabeza. Se sentó en el escritorio y sacó su agenda de notas y escribió el nombre de Alice.

¿Qué quería ella? ¿Qué deseaba? ¿Cómo podía él convertirse justo en el hombre que una mujer como ella podía amar, tanto, que quisiera construir con él esa torre?

En el momento, sonó el intercomunicador. Era Alice anunciándole a Mark Andrews, y, segundos después, él entró a su oficina. Robert se puso en pie y caminó hacia él para estrecharle la mano.

— ¿Estoy aquí para un nuevo trabajo, o para continuar con alguno de los antiguos? ¿Tienes pistas nuevas? —Robert meneó la cabeza, sintiéndose ahora terriblemente por haberlo citado aquí.

Vaciló. ¿Sería esto traicionar a Alice? Ya había decidido que quería estar con ella, conquistarla, todo eso.

¿Estaba defraudándola al mandar a investigar su pasado, su familia, etc.?

—Me estás asustando —dijo Andrews mirándolo con ceño.

—Se trata de... mis propios miedos asomando su cabeza, y peleando a muerte con... sentimientos.

—Vaya. Eso suena... complicado.

—Lo es. Hay una mujer... No tengo ninguna razón para sospechar de ella, es todo lo puro que alguna vez vi...

—Y tienes miedo de que tanta belleza no sea cierta —entendió Mark cruzándose de brazos. Sin añadir nada más, Robert extendió su mano hacia los muebles para que se sentara. Andrews, al verlo en ese estado, soltó una risita —. Por descartar, hazlo sólo por descartar. Luego, le confiesas que la mandaste a investigar; ella se molestará, pero tendrá que comprender que es lo que hombres ricos y con cierto poder hacen para poder dormir tranquilos. Luego lo recordará como una broma y se acabó.

—No la conoces. Esto podría dañar seriamente... la relación que apenas nace.

—Pero no te deja dormir el pensar que oculta algo.

—No creo que oculte nada. Como te digo... confío en ella.

—Pero...

—Todas las veces que confié, me fue muy mal.

—Entiendo—. Robert hizo una mueca, respiró profundo y se puso en pie otra vez.

—Creo que me arriesgaré esta vez. Perdona que te haya hecho venir para nada—. Andrews lo miró con ojos entrecerrados y lo imitó levantándose también.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—De acuerdo, como digas—. Andrews caminó a la salida sin decir nada más para tratar de convencerlo. Ya en los pasillos, y mientras Andrews se internaba en el ascensor, Alice se acercó a Robert para entregarle algo que acababa de llegar para él, y comprendió de inmediato quién era la mujer de los tormentos de Robert: su hermosa secretaria.

Castillos más fuertes habían caído por menos que esto, quiso reír Andrews. Robert Blackwell se había enamorado, era fácil saberlo con sólo ver cómo la miraba.

*Esta es mi promesa para ti:
Café por las mañanas, un beso por la tarde
Cielos azules, canciones de amor
Siempre a tu lado, en tu corazón*

Alice se detuvo antes de llegar a su casa cuando vio el auto de su jefe estacionado ante su casa. ¿Qué hacía él aquí? ¿Qué quería ahora? ¿Se iba a empeñar de verdad con ella?

Había oído que cuando un hombre sólo quería sexo de ti lo peor que podías hacer era darle eso precisamente, porque volverían por más. Al parecer, Robert Blackwell era como esos hombres.

Acomodó en sus manos las compras que llevaba sintiéndose terriblemente cansada, y sacó las llaves para abrir la puerta, pero esta se abrió antes. Emma la saludó con un grito, como siempre, y Ethel se acercó para ayudarla con lo que traía en las manos. Él, que había estado sentado en el sofá, se puso en pie también, pero entonces ella caminó a la cocina ignorándolo.

—El tío Robert está aquí —sonrió Emma señalándolo, como si, a pesar de su tamaño, ella no lo hubiese visto.

—Sí, ya me fijé —dijo ella.

— ¡Trajo la cena! —volvió a hablar Emma, y era verdad, había varias bolsas de KFC sobre la mesa auxiliar, y al parecer, sólo la estaban esperando a ella para cenar—. Te demoraste mucho, ¿dónde estabas?

—En el supermercado —contestó ella, y entonces vio a Robert en la cocina, mirándola fijamente—. Hola —lo saludó al fin, y él sonrió.

—Hola. Te ves cansada.

—Lo estoy—. Él se ubicó a su lado, la tomó de los brazos y la sacó de la cocina.

—Entonces, siéntate —le dijo llevándola al sofá—. Ya la cena está hecha, no tienes que estar más tiempo de pie —ella lo miró un poco interrogante, pero él no dijo nada más, sólo volvió a la cocina y se dedicó a organizar él las pocas cosas que había traído. Como si nada, Robert siguió conversando con Emma, mientras ella ponía los platos sobre la pequeña mesa y sacaba de la nevera la botella de Coca-Cola.

En pocos minutos, estuvieron sentados y cenando. Alice estaba en silencio, mirándolos hablar, y luego sintió cómo todo su cansancio se acumulaba y

quedaba sin energía. Pero todavía quedaban los platos por lavar, sacar la basura...

—Está que se duerme —le susurró Emma a Robert mirando a Alice, que había apoyado su cabeza sobre la palma de su mano y masticaba lentamente. Robert sonrió, pero no dijo nada.

Antes de que ella pudiera hacer algo, Robert recogió los platos y los metió en el lavaplatos. En sólo unos minutos, estuvieron limpios, y Emma, que siempre se hacía la sorda cuando ella le pedía ayuda para secarlos, estuvo allí con él toalla en mano poniéndolos en su lugar.

Ajá. Pequeña traidora.

—Ahora, veremos esa película —dijo Robert al finalizar. Alice abrió la boca dispuesta a negarse a ese plan, pero no tuvo fuerzas. Él había traído la cena y organizado luego la cocina. Habría sido demasiado grosero de su parte rechazarlo ahora.

Así que caminó al sofá y los observó otra vez conversar mientras ponían el cd en su viejo reproductor.

La elección la había hecho Emma, así que se verían por enésima vez la película de Rapunzel, pero entonces recordó que a él le gustaba el cine infantil, así que también él se divertiría un poco.

No pudo evitar sonreír al recordar ese dato de él, y él la pilló sonriendo mientras lo miraba, así que extendió su mano a ella e hizo que se prácticamente se recostara en su hombro.

Ethel, a quien la edad la eximía completamente, dijo que se iría a dormir y los dejó a los tres en la sala, y Alice sospechaba que ella misma no terminaría de ver la película, pues los ojos se le cerraban.

No soportó ni quince minutos, y al verla con los ojos cerrados, Robert sonrió y la movió para apoyarla en su hombro. Emma estaba entretenida, así que no vio cuando, además, él besaba sus cabellos y le acariciaba el brazo.

Poco más de una hora después, Emma se giró a mirarlo con una ancha sonrisa.

—Ha sido divertido, tío Robert. Ojalá todas las noches fueran así—. Robert sonrió enternecido mirando a la niña.

—Sólo fue pollo frito y películas —dijo, pero ella sonrió como si eso fuera el cielo en la tierra.

—Sólo podemos comer comida de restaurantes en cumpleaños o navidad. Y tía siempre está cansada, siempre se queda dormida en las películas.

—Bueno, yo no me dormí —ella volvió a sonreír, y bostezó estirándose.

— ¿Ya te tienes que ir? —era la manera más educada que había encontrado la niña para despedirlo, pensó él con una sonrisa, y meneó su cabeza negando.

—Esperaré a que tu tía se despierte. Tú puedes irte a tu cama, si quieres.

— ¿Te quedarás solito?

—No hay problema con eso.

— ¿Seguro?

—Segurísimo—. Emma se puso en pie y caminó a él, abrazándolo con sus delgados brazos.

—Gracias—. Robert recibió el abrazo sintiéndose conmovido, y miró a la niña pensando en que, si su tía le decía que sí, tampoco a ella le faltaría nada.

—Gracias a ti por querer tanto a Alice y cuidar de ella—. La niña se encogió de hombros.

—Sólo nos tenemos las tres, tenemos que cuidarnos.

—Ahora estoy yo. Y ya sabes que siempre que me necesites —agregó, tocando con su índice la punta de su nariz—, voy a estar ahí —Emma asintió moviendo su cabeza, y luego de darle un beso en la barba, se fue a la habitación.

Robert miró de nuevo a Alice, que no había despertado a pesar de la conversación, y se acomodó mejor en el sofá con ella casi sobre su pecho. No había mejor lugar en el mundo que el aquí y el ahora, pensó con una sonrisa, y suspiró cerrando sus ojos.

Alice despertó de repente, pero se quedó quieta donde estaba. Bajo su oreja, se escuchaba un suave palpitar. Su almohada nunca había hecho ese ruido, ni era tan calentita y cómoda.

Se dio cuenta de que no era su almohada, no la de siempre, y se movió al advertir que había estado encima de Robert Blackwell todo este tiempo.

— ¿Pasó algo? —preguntó él, despertando también.

Un poco desubicada, ella miró en derredor. Las luces estaban apagadas, estaban en la sala, en el sofá, y ella había estado acostada sobre él.

— ¿Qué hora es?

—Ah, debe ser la media noche.

— ¿Y sigues aquí? —él bostezó y se estiró. La miró, y en vez de responder, preguntó.

— ¿Dormiste bien? —ella apretó sus labios y miró a otro lado, estiró una mano y encendió la luz de una pequeña lámpara.

—Discúlpame por haberme dormido.

—No te preocupes, me lo debías —ella lo miró confundida, y él elevó sus cejas—. Ayer te fuiste tan rápido, que no tuvimos tiempo de acurrucarnos un rato—. Eso la hizo sonreír.

—No imaginé que te gustara acurrucarte.

—Parece que no imaginas muchas cosas acerca de mí —reclamó él, lo que la hizo guardar silencio. Robert suspiró—. Pero es verdad; al pie del fuego, y al lado de una hermosa mujer, cualquiera querría acurrucarse.

—Yo no tengo chimenea.

—Tu calefactor estará bien. Lo que importa es la hermosa mujer—. Ella se echó a reír, y Robert notó que ella estaba más relajada ahora que en todo el tiempo que la había conocido, incluso la vio recostarse en el sofá y subir los pies a la pequeña mesa auxiliar del frente. Tal vez pensaba que por tener a Emma y a Ethel al otro lado de la pared estaba a salvo.

—Era por esto que quería venirme a casa pronto. Si no duermo mis horas completas, soy un desastre.

—Y también huías de mí —agregó él, y Alice hizo una mueca—. Entiendo que tengas dudas —ella elevó una ceja—. De verdad, lo entiendo. No soy un hombre muy fácil, admito que tengo mil defectos y...

—No es por ti.

—Oh. ¿Vas a decir la típica frase? ¿No es por ti, es por mí? —ella se mordió los labios. Sí, había estado a punto de decirlo. Pero nunca había sido tan real como ahora.

—¿Entonces, todo esto... no es sólo por el sexo? Preguntó ella, y Robert hizo una mueca como si se pensara bien la respuesta.

—El sexo está muy bien —dijo, lo que la hizo avergonzarse un poco y mirar a otro lado, pero volvió a encararlo; ella había sido quien mencionara el sexo, después de todo—. Tú y yo hacemos una excelente combinación en ese sentido. ¿No te lo pareció?

—Bueno...

—No seas modesta, mujer. Me hiciste tocar el cielo anoche. Y creo que fui capaz de llevarte también allí... en dos ocasiones—. Ahora ella se había sonrojado—. Y sólo fue una vez. ¿Te imaginas si en vez de irte, te hubieses quedado otro rato más? Pero no es sólo el sexo, Alice. No sólo me gustas —él tomó su mano y la subió a sus labios para depositar un beso en la palma, y de inmediato Alice sintió que ese beso enviaba señales a todos los lugares de su cuerpo—. No sólo te encuentro la mujer más atractiva sobre la tierra. Me haces pensar en bondad y bienestar cada vez que estoy contigo—. Ella elevó

su mano libre a él y acarició su barba crecida dejando salir el aire.

—Tú también me gustas...

—Lo sabía —sonrió él muy orgulloso de sí mismo.

—Y también quiero pegarte con algo en la cabeza a veces—. Él se echó a reír.

Y la risa de él fue como algo hipnótico, algo capaz de transmitirle felicidad y, repitiendo las palabras de él, bondad y bienestar.

Sin pensarlo mucho, se movió a él y besó su boca.

Él no perdió el tiempo, sino que la tomó de la cintura y la sentó sobre él, respondiendo a su beso, abrazándola, y Alice otra vez se sintió seducida y mimada a partes iguales.

Este hombre era cosa seria, pensó, siempre que la tocaba, su cerebro se iba de vacaciones.

Los besos de él bajaron a su garganta y su pecho. Quiso alejarlo, detenerse aquí. La cabeza otra vez trataba de hacerle ver que, esto que estaba ocurriendo no debía continuar, pero su cuerpo y su corazón eran enemigos tan formidables, que la razón no pudo vencer.

—Oh, Robert ... —susurró ella, y a él le encantó escuchar su nombre en sus labios, como un jadeo.

—Si eres capaz de sentir todo esto —dijo él acercándola más a su cuerpo, metiendo las manos por debajo de su blusa—, es que no está mal. Vamos en el camino correcto.

—Esto podría meternos en problemas —dijo ella—. De verdad, Robert.

—Seguro que sí. El amor nunca viene solo.

—¿El amor? —preguntó ella quedándose absolutamente quieta encima de él, con la respiración agitada, mirándolo fijamente. Él sonrió encogiéndose de un hombro.

—Podría llegar a ser. ¿No crees? —Alice cerró sus ojos.

¿Y qué dirás cuando te veas traicionado?, quiso preguntarle. El amor no traiciona, el amor no hace daño.

—Pero el trabajo... —susurró, como quien se aferra a un clavo ardiendo.

—No sería ni la primera, ni la última vez que un jefe y su secretaria tienen una relación, y ya te prometí una vez que esta no sería una causa de despido, sino que, en caso de que se arruinara, de que no funcionara, serías movida a otro departamento donde no tengas que verme—. Ella siguió sin sonreír—. Aunque yo creo que sí funcionará, porque si me gustas y te gusto, los dos pondremos de nuestra parte para que así sea—. Ella lo miró elevando sus

cejas, un poco admirada por sus palabras, y él se echó a reír—. Eso es lo que dice mi hermano que sucede —dijo.

Alice siguió sentada en su regazo, rodeándole las caderas con sus muslos, con las manos en sus pectorales y la sensación de sus besos que perduraba sobre su boca y su piel.

Él le estaba proponiendo una relación, le estaba pidiendo que salieran. Y hasta algo más.

Él, que hasta donde había visto, era un hombre que no se enredaba con mujeres sencillas como ella, que no tenía sólo una novia a la vez, sino varias; que seguro que nunca involucraba sus sentimientos con ninguna.

Ya se le había declarado de una manera muy singular anoche, y ella misma había comprobado que eran compatibles en muchos sentidos. Lo deseaba, y era más que evidente que él la deseaba a ella, tenía la prueba de eso palpitando bajo ella.

Pero ella tenía una tarea que cumplir, algo que haría que él se molestara demasiado con ella. Algo que la haría alejarse, y tener que irse lejos después iba a ser duro. Recibir su odio, luego de haber estado así a su lado, la destrozaría.

—Si es por las otras mujeres... —volvió a hablar él— ya no me interesan. Te darás cuenta de que dejarán de llamarme, y sólo estaré contigo. Si es por mi manera de ser...

—No tiene nada que ver con todo eso, Robert.

—Entonces hay algo. ¿Qué es? —Ah, cómo desearía poder contarle, poder recostarse en él en este asunto, así como ahora. Pasarle a él todas sus cargas, dejarlo todo en sus manos.

Pero no podía.

Podía ser que Robert Blackwell fuera capaz de perdonarle la traición, el que estuviese pasando información a gente enemiga a sus espaldas, pues ella había estado bajo amenaza. Si le contaba ahora todo, había una posibilidad de que la ayudara. Una pequeña, pero existía.

¿Podía ella poner a Emma, Ethel y a Nathan en riesgo por esa posibilidad? ¿Podía apostar todo a la comprensión de un hombre que hasta ahora se había mostrado implacable con la gente que lo traicionaba?

¿Podía ella, de verdad, ser un caso diferente?

Él había metido a Nathan en la cárcel, y no lo había escuchado por más que le había rogado. No leyó sus cartas, no recibió a sus abogados. Ni siquiera viendo que su mujer había sido asesinada, que su hija había quedado huérfana,

Robert Blackwell se había conolido, ni dado el beneficio de la duda.

Y con Nathan él nunca fue especial, lo trató sólo como alguien que se había hecho cercano. ¿Cuánto más se enfurecería con ella, a quien le estaba abriendo su corazón?

Él había cambiado, sí, pero eran tres vidas, y la suya misma, la que dependían de sus decisiones. Y si bien ahora estaban bajo amenaza, tenía la esperanza de que esta pesadilla acabara pronto. Estaba trabajando duro para eso.

En poco tiempo, nadie sabría nada de ella; ni esos asesinos, ni los Blackwell, y hasta aquí llegaría todo.

Un tic-tac empezó a resonar en su cabeza, haciéndole pensar que el tiempo se iba, avanzaba dejándola atrás.

En el futuro, cuando estuviera sola y sin nombre, recordaría estas horas con este hombre, sus discusiones y sus besos. Lo bien que se sintió a su lado a pesar de saberlo tan imperfecto; más un ogro que un príncipe, y si algo era real, era que las mujeres siempre buscábamos príncipes para ser felices.

Ésta, estaba destinada a ser una relación que acabaría muy mal. No veía la manera en que pudiera salir ilesa de esto.

Él le gustaba, pero lo conocía, conocía su baja capacidad de perdón, su alta experiencia guardando rencor.

—Si alguna vez te fallara —le susurró—, quiero que sepas que no fue con intención. Que, si en mi mano estuviera, yo... —él la tomó de los hombros y la separó de sí para mirarla a los ojos.

—Los seres humanos tendemos a fallar.

—¿Y tú... eres bueno perdonando? —Él la miró muy serio, sin responder, pero eso era una respuesta en sí misma.

Robert dejó caer su cabeza en el espaldar del sofá y respiró profundo. Alice se bajó de encima de él y se sentó a su lado sintiéndose triste, muy triste.

—Es tarde —dijo él—. Debes dormir tus ocho horas para que mañana no estés durmiéndote en las esquinas —eso le hizo sonreír, y Robert se inclinó a ella y le besó los labios.

—Mañana seguiremos hablando.

—Mañana...

—Le pagarás a una niñera para que cuide de Emma mientras tú y yo salimos.

—Robert ...

—Me iré de viaje, mujer. Estaré varios días sin verte—. Ella volvió a

tocarle el rostro, y, sonriendo, se dejó besar otra vez por él.

—Sí, está bien.

— ¿Ves que todo es más fácil cuando dices que sí?

—No te confíes, no siempre será así —él volvió a reír, volvió a besarla, y al fin, se levantó del sofá y caminó a la puerta. Se puso su parka y salió a la calle, fría y silenciosa, siendo consciente de que ella no había aceptado tener una relación con él.

Pero le daría tiempo para pensárselo. Iba a ser paciente.

Entró a su auto y lo encendió a la vez que recordaba su pregunta de si era capaz de perdonar. ¿Si Alice lo traicionaba, de la forma que fuera, él la perdonaría?, se preguntó a sí mismo.

Ella no era capaz de traicionarlo, fue lo que pensó. Ella era buena. Ella era diferente.

¿Y si, por cosas de la vida, algo sucedía, y Alice de verdad, de verdad, lo traicionaba?

Dolía pensarlo, pero entonces, él ya no podría volver a confiar en ella. No podría volver a mirarla como antes hacía.

No, no la perdonaría, fue su respuesta.

Lo había sabido desde antes. Era un hombre que no repartía perdón. Ni aunque fuera Alice, no podría.

Y entonces el corazón le dolió sólo de pensarlo.

Ya. Para. Eso no va a suceder.

Y, respirando profundo, puso el auto en marcha y se fue.

El martes fue un día ocupado; reuniones, listas de tareas, más reuniones, y Alice no pudo evitar sentirse un poco agitada. No era la primera vez que él viajaba desde que trabajaba para los Blackwell, pero sí la primera vez que sintió que lo extrañaría fuertemente.

Hacia la noche, llamó a Ethel y le informó que no pasaría la noche en casa. Él no había dicho que la tendría ocupada toda la noche, pero conociéndolo, y conociéndose, sabía que así terminaría siendo. La niñera llegaría hacia las ocho, les prepararía de comer, y estaría en casa hasta que ella llegara. Era un gasto extra, pero a Alice no le importó mucho.

Cuando oscureció, y todo el personal empezó a irse ya a sus casas, se quedó en su lugar, esperando a que él saliera de su última reunión.

Lo vio salir cansado, lo mismo que su hermano, que, sin reparar mucho en ella, simplemente se despidió y se fue a su casa con su mujer, que también lo

había estado esperando.

—Si estás muy cansado...

—No demasiado —dijo él tomando su mano. Alice no pudo evitar mirar a todos lados, esperando que nadie viera sus manos unidas—. ¿Temes que alguien nos vea? —le preguntó.

—No sé —contestó ella—, alguien podría decirle a mi jefe que tienes un amorío con alguien de la empresa—. Eso le hizo sonreír.

—Tu cabeza rodaría por eso.

—Estoy segurísima.

— ¿Puedo pedirte que me acompañes al apartamento? No he hecho aún mi maleta, y si no lo hago ahora...

—No hay problema. Vamos a tu apartamento; así, de paso, lo conozco—. Él le besó la mano y le sonrió. Aprovechó la soledad del ascensor para besarla, y caminaron a prisa al auto.

— ¿Puedo hacerte una pregunta personal? —él la miró elevando una ceja.

— ¿Qué tan personal?

— ¿Has estado casado alguna vez? —Robert frunció el ceño.

—No.

— ¿A punto de casarte? —no contestó, y Alice suspiró—. Yo sí —dijo—. En la universidad.

— ¿Tuviste un prometido?

—Algo así. Teníamos planes juntos. Ya sabes, graduarnos, trabajar, comprar una casa...

— ¿Y qué pasó? —Alice suspiró.

—Llegó Emma. Tuve que dejar la universidad, y yo dejé de ser la chica que le ayudaría a cumplir sus sueños para convertirme en una carga doble.

—Maldito—. Ella sonrió mirándolo.

—En cierta forma tenía razón.

—No lo justifiques, era un maldito egoísta. Odio a esas personas que no son capaces de ver a nadie más sino a sí mismos, sus propios intereses, sus planes.

—Pero tienes que admitir que tenía razón... Un niño... es una carga. Una carga preciosa, pero carga al fin—. Él meneó su cabeza negando.

—No, no estoy de acuerdo con eso. Lo mismo pudo haber pensado mamá de Aidan, y él sí que habría sido llamado una carga. Pero no lo pensó, y salvó su vida. Tú salvaste la de Emma... —él estuvo a punto de decir algo más, pero se contuvo, y Alice le tomó la mano alentándolo—. Una vez pensé en

casarme —dijo al fin, sin mirarla—. Su nombre era Sheila. Estaba muy enamorado. Pero... ella... no sólo me fue infiel, sino que, además, abortó a mi hijo—. Alice no pudo con tanta información, y dejó salir un quejido de sorpresa, que cubrió con ambas manos, pero había sido demasiado tarde, él la estaba mirando—. Era suyo, y era mío, pero ella lo mató porque lo consideró una carga, una... molestia.

— ¡Oh, Dios! Robert!

—Para mí, ella había sido, hasta ese día, la mujer más hermosa, más buena, más... Pensaba que era perfecta, incluso... descuidé un poco los propósitos de encontrar a mis hermanos por estar embelesado con ella. Luego no pude sino considerarme un estúpido—. Él respiró profundo, y maniobró para internarse en la zona de parqueo de un edificio de apartamentos de lujo. Una vez afuera, ella le tomó la mano y se recostó en su hombro. Podía intuir que esto aún le dolía, y entendía, entendía tantas cosas acerca de él.

Caminaron juntos hasta los ascensores, y lo vio meter una pequeña llave y pulsar el botón del último piso.

—Supongo que jamás la perdonaste.

— ¿Lo habrías hecho tú?

—No lo creo.

—No tuve tiempo para hacerle pagar, de todos modos. Murió en un hospital. El matasanos que le practicó el aborto la dejó muy mal, y murió de mil infecciones—. Alice no pudo sino sentirse mal por tan trágico destino. Pero ella misma se lo había buscado, había matado a su bebé, y en el proceso, a sí misma.

Lo miró fijamente, y él apretaba sus dientes a la vez que recordaba todo aquello.

— ¿Hace mucho de eso? —le preguntó.

—Más de diez años.

— ¿Pero no lo has olvidado aún? —él suspiró y la miró.

—Digamos que eso me dejó... marcas.

—Y no es para menos—. Él la miró sonriendo, y se inclinó un poco para besar su frente.

—Pero ya no lo recuerdo tanto.

—Es por eso que te gustan los niños, ¿verdad? Piensas en tu hijo que no nació —él sonrió un poco triste.

—Sí. Creo que lo habría hecho bien; si ella, luego de tenerlo, me dice que no lo quiere, yo lo habría aceptado, y lo habría criado como todo un

Blackwell—. Alice sonrió.

La puerta del ascensor se abrió, desembocando en un enorme apartamento, que estaba, después de todo, bastante vacío. No había muchos muebles, ni se veía demasiado acogedor. Sin embargo, su arquitectura sí que era digna de ver.

Ocupaba todo el piso superior, y la sala principal era tan amplia como una cancha de tenis. No había cuadros en las paredes, sólo unos escasos muebles con tapiz de cuero, equipos electrónicos para música y video, y una enorme y amplia chimenea donde seguro cabía de pie.

Los ventanales eran amplios, enmarcados en muros que llevaban una línea quebrada a lo largo de toda esa cara del edificio, y desde donde ella estaba, se podía apreciar la ciudad, ya que las persianas estaban corridas; el piso, de madera oscura, brillaba por la cera, y la cocina le daba un toque de hogar que le hizo recordarle al dueño de este lugar. Parecía muy austero, muy poco acogedor, pero no era sino que lo conocieras, que te acercaras, y una vez hecho eso, te enamorabas de Robert Blackwell.

Se asustó ante ese pensamiento. Ella no podía enamorarse de...

Qué diablos, ya lo estaba. Por más que se negara a sí misma, y se recordara las razones por las que esto era una locura, ya estaba enamorada de él. Un ogro como él, había conseguido abrir ante ella las capas de su corazón, y le había mostrado que éste era de oro. Y se sintió afortunada, afortunada porque él estaba aquí con ella, y no con otra; contándole sus historias a ella, haciendo todo por conquistarla a ella.

—Si quieres esperar aquí, mientras yo...

— ¿No quieres que prepare algo de cenar? —le preguntó girándose a él con una nueva luz en su mirada. Él se iba de viaje mañana, estaría fuera de su vista varios días, y desde ya empezaba a extrañarlo.

—No te traje para que me cocinaras —contestó él—. Tengo una reservación en un restaurante, y...

—No me importa quedarme aquí —sonrió ella. Robert la miró analítico.

— ¿Seguro? Es un buen restaurante el que reservé.

—Seguro. Podremos ir después, cuando regreses de tu viaje —ella estaba planeando salidas con él en un futuro cercano, notó Robert, y sonrió.

—Vale, si no es problema para ti. Llamaré pidiendo un domicilio... —ella se había movido rápido, y ahora se estaba asomando a su refrigerador. Tuvo que caminar a ella para detenerla—. No muevas un dedo.

—Quiero hacerlo.

— ¿Por qué?

—Tú anoche cocinaste para mí.

—Sólo fue KFC —ella le sonrió de modo provocativo, y, recostándose en su pecho, le rodeó la cintura con los brazos.

—Y luego lavaste los platos, ¿recuerdas? Incluso te ocupaste de Emma, viendo una película con ella, y me dejaste dormir en tu hombro por varias horas. Anda, ve a hacer tu maleta —lo empujó suavemente en dirección a su habitación y se giró a mirar de nuevo en el refrigerador—. La cena estará lista en menos de nada. Veo que tienes de todo aquí.

—Eres extraña —dijo él sin dejar de mirarla.

— ¿Por qué? Ya sabes que no soy como la mayoría de las mujeres—. Él sonrió.

—No, y es lo que más me gusta de ti—. Dichas estas palabras, se acercó de nuevo a ella, la tomó del cuello y la besó, y Alice respondió a su ardor y ansia rodeándolo con sus brazos. Cuando el beso paró, él la miró entre sorprendido y extasiado.

—Ve a hacer la maleta —le sonrió ella, y se dio la vuelta para ocuparse de la preparación de los alimentos.

Robert caminó a su habitación con una sonrisa de aturdimiento en el rostro. Ese beso sí que prometía cosas.

Respiró profundo y se metió en su habitación a hacer la dichosa maleta.

Fue una velada hermosa, pensaron ambos después. Mientras comían, siguieron contándose cosas de su vida personal, detalles que ninguno de los dos le había contado a otro ser humano antes. Alice le contó cómo había sido su relación con su madre, y luego, cómo había tenido que irse a vivir con su padre. Aunque tuvo mucho cuidado de no decir el nombre de Nathan.

Él, a su vez, le hizo una especie de conteo de todas las novias que había tenido hasta el momento, y cómo le había ido con cada una. Alice pensó entonces que ese rencor que tenía hacia las mujeres era más que justificado.

Y luego pensó que también ella le rompería el corazón, y se entristeció mucho.

Después de comer, él la llevó a su habitación, y allí la desnudó, y la besó por todas partes, la acunó entre sus brazos y le hizo el amor.

Era increíble, pensó Alice, desnuda bajo él, aferrada a su cuello mientras él entraba y salía de su cuerpo. Nunca había gozado tanto del sexo, nunca se había desinhibido tanto.

—Oh, Alice —susurró él en su oído, y Alice supo que todo esto no era gracias ella misma, a su experiencia o habilidad, sino que se debía a él.

Porque él era diferente, porque él era Robert Blackwell, sacaba todo su potencial, la llevaba a otras alturas.

Siento que me quieres, pensó ella con los ojos humedecidos, al borde del orgasmo. Por favor, no me odies tanto luego.

*Dime quién eres, porque en tus ojos
Mis ojos se pierden, sin retorno
Mis manos, por tocarte, me ruegan
Tu piel es para ellas el cielo.*

Esta vez sí se quedaron acurrucados. Saciados en todas las maneras en que dos personas podían estarlo, se quedaron allí, abrazados y desnudos en la enorme cama de Robert.

Él la abrazaba desde atrás, rodeándola con sus fuertes brazos como si en cualquier momento se fuera a esfumar, mientras ella se apoyaba en su hombro, tratando de recuperar el aliento luego de lo que había sido otra increíble sesión de sexo.

No era sólo sexo, recordó con una sonrisa, era algo más.

Se movió un poco, pero él apretó el agarre, lo que le hizo sonreír.

—No me iré a ningún lado —dijo.

—La experiencia me dice que puede que sí.

—No tengo ganas de irme —aclaró ella, y él permitió que se moviera. Alice se puso de frente a él para observarlo bien. Sus azules ojos se veían más puros que nunca, y ella metió sus dedos entre la melena rubia, completamente despeinada.

Qué hermoso era, y desnudo, era simplemente perfecto.

Tenía un cuerpo bien formado, duro, armonioso. Antes pensó que jamás le gustaría un hombre tan grande; ciertamente, su ex novio no tenía nada parecido a Robert, pero estaba descubriendo que le gustaba abrazarlo y que él fuera duro bajo la ropa, y fuerte no sólo para destapar un frasco.

Él era bello de manera muy varonil, con su barba crecida, pero bien recortada, y su cabello largo no le restaba para nada en su masculinidad.

— ¿Por qué te gusta el cabello largo? —él sonrió.

—No es que me guste.

—Oh. ¿Y entonces?

—Me lo cortaré el día que encuentre y encierre al asesino de mis padres

—Alice frunció levemente el ceño.

— ¿Lo juraste sobre su tumba?

—Algo así.

— ¿Y la barba entra en esa promesa? —él asintió moviendo su cabeza. Alice sonrió, y se acercó más para abrazarlo y subir una pierna sobre su muslo —. A mí me gusta —le dijo—. Tu barba y tu cabello me gustan mucho—. Él la miró con ojos entrecerrados.

—Me has mandado a atarme el cabello cien veces, y me criticas por...

—Sí, sí, sí, lo sé. Pero me encanta tal como eres ahora. No cambiaría nada de ti.

—Es lo más bonito que me has dicho jamás.

— ¿Es así?

—Tú también eres muy hermosa —dijo él apretando suavemente la piel de su cintura—. Me encanta tu piel, lo suave que es, y que toda tú eres muy natural. Te he visto sin gota de maquillaje y eres tan bonita...

—Gracias —contestó ella con una sonrisa.

—Sólo pienso que unos kilitos más no te vendrían mal. Engorda conmigo —. Ella se echó a reír.

—Tardarías mucho en engordar. No tienes nada de grasa bajo la piel. ¿Te ejercitas mucho?

—En la escuela jugaba fútbol —le contó él aún con la mano en la cintura y haciendo círculos de manera distraída sobre su abdomen—. Luego, peleaba.

— ¿Peleabas?

—Para vivir —explicó él—. Después que murieron papá y mamá, estuve varios meses en un centro de acogida, y al salir, no tenía medio de vida. Nadie me ayudó, nadie me dio un trabajo digno, así que tuve que reventarme a golpes para vivir—. Alice tragó saliva como cada vez que él contaba algo acerca de su vida luego de la muerte de los Blackwell—. Practiqué Muay Thai durante varios años —siguió él—, así que me acostumbré a estar activo físicamente, y ahora sólo me mantengo. Por qué. ¿También te gusta? —preguntó él con una sonrisa traviesa a la vez que elevaba sólo una ceja. Alice volvió a reír y lo abrazó suspirando.

— ¿Cómo se llamaban tus padres? —preguntó en un susurro, tocando una de sus tetillas chatas.

—James y Ellynor Blackwell —contestó él—. Sólo tenían cuarenta y cuatro y cuarenta y seis años cuando murieron.

—Tan jóvenes.

—Nos hicieron creer por mucho tiempo que fue sólo un asalto, así que cuando me metí en el bajo mundo y peleaba, buscaba al asesino—. Alice se alejó un poco para mirarlo a los ojos—. No fue un asalto —le confirmó

Robert —, fueron asesinados por un motivo particular, pero han pasado muchos años y seguimos sin saber quién y por qué—. Ella volvió a abrazarlo, y Robert respiró profundo dejándose consolar.

Por primera vez alguien lo estaba haciendo.

—Me duele pensar en ti en esa época —dijo ella con el rostro pegado a su pecho—. Solo, furioso, dolido y triste...

—Fue una época bastante oscura.

—Y la que era tu novia, y debió ser tu luz, sólo te hundió más en la oscuridad.

—Sheila ya no me importa —aseguró él—. Ni lo que hizo; fue hace ya mucho tiempo—. Ella no dijo nada, pero pensaba exactamente lo contrario. Él todavía la recordaba con rencor.

Volvió a abrazarlo con fuerza, y pegó sus labios a su piel dándole un beso sintiendo un nudo en la garganta.

—Sabes, hay otra razón por la que te admiro —dijo él con voz sonriente, y ella lo miró interrogante—. A ti también te pasaron cosas malas, pero tú, a diferencia de mí, sigues siendo buena —ella sonrió.

—Tú eres bueno.

—No, no lo soy. Tiendo a ser... bastante egoísta.

—El compartir se aprende, y tú eres buen material. Podrías empezar conmigo, y compartirme un poco de tus conocimientos en ese estilo de pelea, por si alguna vez necesito defensa personal.

—Yo seré tu defensa personal —aseguró él moviéndose y volviendo a ponerse encima de ella.

—Seguro que sí —rio ella—. Y la razón de mi agotamiento.

—Oh, estás derrochando piropos hoy—. Él atacó su cuello a besos que parecían mordiscos, y Alice gritó encantada.

Y de repente sus gritos de risa y diversión cesaron. Él le había tomado el muslo con un fuerte brazo y ahora entraba en ella, y todo ese proceso ella lo disfrutó centímetro a centímetro. Él era perfecto, pensó cuando lo tuvo todo dentro, mientras se adaptaba otra vez a él, y lo apretaba con fuerza con sus músculos interiores. Su cuerpo siempre estaba presto para recibirlo, se humedecía a la velocidad de la luz, y las sensaciones se repartían por todo su cuerpo y su piel. Hasta el dedo chiquito del pie estaba disfrutando con esto.

Ella no se quedó quieta, sino que puso su mano sobre una de sus nalgas prietas y redonditas. Qué trasero tenía el condenado.

—Tan hermosa —susurraba él, y ella sonrió, y se quejó, y jadeó cuando él

se movió.

Si cerraba los ojos, casi podía verlo, a él, entrar y salir de su cuerpo. A su cuerpo, recibirlo con alegría, llorar porque se alejaba, y volver a recibirlo. Él se estaba moviendo despacio. Ahora que ambos estaban saciados, tenían todo el tiempo del mundo para disfrutar lentamente de esto. No había afanes, nadie los esperaba afuera. El mundo se había reducido a esta cama y a ellos dos. No había nada más.

Robert se movió y le tomó ambas rodillas pegándolas a su pecho, entrando más profundamente en ella, y Alice abrió grandes los ojos, pues casi lo sentía en su útero. Con sus dedos grandes, empezó a estimular su clítoris, y Alice empezó a ver estrellitas otra vez. En pocos minutos, ella sintió de nuevo ese maravilloso calor invadirla, haciendo que su columna se envarara, aferrándose a cualquier cosa de la que podía asirse; la sábana, la cama, él... y dejó de nuevo que esto tan delicioso explotara dentro con toda la fuerza que traía.

Cuando abrió los ojos de nuevo, con la respiración entrecortada, él la estaba mirando con una sonrisa satisfecha en el rostro, como si el que se hubiese corrido fuera él, y volvió a moverla para ponerla en otra posición y entrar en ella.

—Dios, hombre —rogó ella, pero no sabía si era por la expectativa de otro orgasmo, o porque estaba admirada de su resistencia.

Ahora estaba con la cara enterrada en el colchón y el trasero levantado hacia él, tan expuesta, y él la besó y la lamió antes de entrar en su cuerpo, enloqueciéndola, haciendo que llorara de la misma dicha.

—Otro —dijo él cuando ella volvió a venir de su cielo, con una lágrima ya seca en las sienes, con su cuerpo enrojecido, cubierto de sudor, los miembros desmadejados, sin fuerza.

¿Otro?, se preguntó. ¿Había oído bien?

Sí, había oído bien.

Él se fue muy temprano al día siguiente, y Alice quedó sola en el ático, agotada y complacida en varios niveles. Se quedó allí, en su cama, remoloneando un rato, disfrutando aún del aroma a él que había en las sábanas y almohadas, deleitándose al estar rodeada de sus cosas, por la confianza que había tenido él al dejarla aquí sola, en su espacio personal. Un hombre que tenía cosas que esconder jamás habría hecho algo así, pensó, y eso sólo podía hacerla sonreír.

Pero el día empezó a aclarar y tuvo que hacer conteo de todas las razones

por las que debía ponerse en pie, hasta que encontró fuerzas y salió de la deliciosa cama de Robert.

Ya quería que regresara. Ya lo estaba extrañando mucho.

Quería verlo otra vez, quería seguir siendo testigo de su cambio, de la manera en que iba convirtiéndose en un hombre absolutamente deseable, tanto por dentro, como por fuera.

Cuando ya estaba vestida y tomaba su bolso, vio sobre un mueble unas llaves y las reconoció. Eran las de la casa de los padres de Robert, y el corazón se le arrugó un poco. Robert Blackwell había estado amargado mucho tiempo no sólo por el daño que le habían hecho las mujeres de su pasado, sino también por la muerte de sus progenitores. Habían sido asesinados, y ella no podía sino entender su obsesión por encontrar al culpable.

Ellynor y James Blackwell... tan jóvenes y necesitados por sus tres hijos.

Suspiró y salió al fin del ático y tomó un taxi que la llevara a su casa; Robert le había dejado dinero para que pudiera darse ese lujo, y luego de ir a casa, ver a Emma y llevarla a la escuela, estuvo toda la mañana con una enorme sonrisa en el rostro, sonrisa que sus compañeros de trabajo confundieron, pues pensaban que se debía a la ausencia del ogro.

No podían estar más equivocados.

—Te ves bien —la saludó Jennifer encontrándosela en los pasillos, y Alice le sonrió.

—Sí, estoy muy bien.

—Oooh, le dijiste que sí —se quejó Jennifer. La sonrisa de Alice se borró, y Jennifer la tomó del brazo y la llevó a un sitio más privado—. De verdad que él se merece que te cuente todas las cosas malas que me hizo, pero seré buena, y sólo te diré que... espero que todo salga bien entre los dos.

—¿Él... te hizo cosas malas?

—Es sólo porque tiene... o tenía, espero, un muy mal concepto de las mujeres en general.

—Oh, bueno, eso ya lo sabía.

—Todavía tengo muchas ganas de hacerle tragarse varias cosas que me dijo, como, por ejemplo, que las mujeres somos el error de Dios en la creación. Sigo tan indignada por esas palabras... —Alice la miró con ojos grandes. Anoche, ciertamente, él parecía muy agradecido con Dios por haberlas creado.

—Hay que ver lo hipócrita que es —Jennifer se echó a reír.

—Es por eso que me caes bien —el teléfono celular de Alice empezó a

sonar, y Jennifer se despidió de ella prometiéndole salir a comer juntas en alguna ocasión. Alice sonrió preguntándose si Jennifer aceptaría ir a sitios donde no tuviera que gastar más de diez dólares.

Se pegó el teléfono a la oreja y de inmediato perdió todo el color. La llamaban desde un número desconocido, pero esa voz era inconfundible.

—Se te está acabando el tiempo, preciosura —dijo la voz—. Estás agotando mi paciencia.

Alice respiró profundo varias veces, tragó saliva y se internó en la oficina de Robert para poder hablar tranquila.

Había buscado, Dios sabía que había buscado por todas partes lo que le habían pedido. Desde aquella vez que la habían visto bailar con Robert, le habían dado una nueva tarea, la última, según ellos, y era encontrar un documento que al parecer tenía mucho valor.

Pero no sabía nada más, no le habían dicho gran cosa, ni los nombres que debían estar en ese documento, ni la fecha en que fue firmado, nada, y ella estaba a ciegas, buscando un gato negro dentro de un cuarto oscuro.

—La información que tengo actualmente es demasiado vaga. Robert Blackwell tiene miles de documentos en su poder —se justificó ella llenándose de valor—. Podría ser cualquiera, podría ya haberlo tenido en mis manos y, aun así, haberlo pasado por alto. Tienen que ser más específicos, decirme, al menos, una fecha, qué tipo de papel es, para poder...

—No estoy autorizado para darte más detalles.

—Pues dígame a... su jefe, que no podré ayudarlos si no me dan más información.

Gary Chapman cortó la llamada y caminó varios pasos por el bar en el que estaba, buscando a su jefe, que estaba rodeado de mujeres solamente, lo que indicaba que se le podía hablar.

Era un hombre joven al que Gary admiraba. Había conseguido mucho poder en las calles de Chicago, y tenía muchos otros negocios como este donde se vendía muchas cosas además de licor y mujeres.

—Tenemos un problema con la gatita —le dijo acercándose con cautela. Si bien era alguien a quien admiraba, también le temía.

El jefe lo miró con pereza, soltando el humo de su cigarro.

—¿Qué problema?

—Dice que necesita más información acerca del asunto que le pedimos. Que no ha podido avanzar.

—Oh... —el jefe le dio otra calada a su cigarro y miró lejos por un

momento—. Los Blackwell están de viaje ahora mismo—dijo él como para sí—. Estarán tres días fuera. ¿Y nuestra querida amiga osa ponerse quisquillosa?

—Dice que no puede encontrarlo porque no sabe con exactitud lo que buscamos—. Él hombre sonrió de manera muy desagradable.

—Ella tiene razón, de todos modos —dijo—. Dile que en cualquier momento le hacemos llegar la información, que esté atenta.

Alice estuvo por largo rato mortalmente pálida, como cada vez que esas personas se comunicaban con ella. Siempre que hablaba con ellos, terminaba enferma, con náuseas, y tenía que repetirse una y mil veces que todo saldría bien, que ella escaparía.

Era un mantra que lograba centrarla de nuevo, en ocasiones.

— ¿Está todo bien? —le preguntó Robert por teléfono al final de la tarde. Ella iba ya llegando a su casa, con paso apurado, sintiendo frío no sólo en el exterior, sino dentro de su alma.

Respiró profundo y dejó que su cálida voz se introdujera en toda aquella frialdad.

—Todo está bien —contestó ella mirando en derredor—. Sólo que tú no estás —se le escuchó sonreír.

—Estaré de vuelta el sábado, y entonces te llevaré a ti y a Emma a dar un paseo el fin de semana. Tengo una propiedad en las afueras de Chicago, y aunque hace frío, la chimenea es enorme y hay espacio para hacer de todo.

—Oh, ¿de verdad? Eso suena muy bien.

— ¡Tía! —exclamó Emma al verla, abrazándola como siempre.

— ¿Apenas llegas a casa?

—Sí, tuve cosas que hacer—. Se escuchó la voz de Jeremy que llamaba a Robert, y él tuvo que despedirse.

—Te echo de menos —le dijo él, y Alice sintió un vuelco en su estómago.

—También yo —contestó con timidez, y luego de escucharse la risa de Robert, y de despedirse, cortó la llamada.

— ¿Hablabas con el tío Robert? —preguntó Emma, y Alice le sonrió en respuesta.

—Dice que este fin de semana nos llevará de paseo.

— ¡Sí! —celebró la niña, y en el momento, se escuchó que llamaban a la puerta. Alice se asomó para mirar, y se quedó allí, clavada en el piso, completamente aterrorizada.

—Emma, quédate aquí —le dijo a la niña—. No vayas a salir, ¿de acuerdo?

— ¿Qué pasa, tía?

—Sólo quédate aquí —Alice volvió a salir de la casa y se abrazó a sí misma ajustándose mejor el abrigo que llevaba. Ante su pequeño jardín estaba nada más ni nada menos que el otro jefe. No había mandado a Gary, había venido él mismo.

¿Pensaba deshacerse de ella hoy mismo? ¿Estaría rodeada su casa?

Miró hacia la casa, viendo la carita de Emma asomada por la ventana, y le hizo señas para que se alejara.

Ellos podían perfectamente acabarla aquí, y deshacerse de su cuerpo de tal manera que jamás fuera encontrado, y entonces, Ethel y Emma estarían solas y desamparadas para siempre.

—U-usted... aquí —tartamudeó ella quedando a varios pasos de distancia.

No era un hombre demasiado mayor, debía estar en la treintena, pero la vida de excesos y trasnochos que seguramente había llevado lo habían avejentado bastante. Además, tenía mal gusto para vestir, pues no combinaba bien los colores, a pesar de que usara ropa costosa; siempre tenía en la boca un cigarro, y llevaba anillos y tatuajes en los dedos.

—La hermosa Alice Palmer —dijo el hombre metiéndose la mano libre del cigarro en uno de los bolsillos—. Me dijeron que quieres que te demos más detalles acerca de lo que buscamos para que nos puedas ayudar—. Alice apretó sus dientes. Él hacía sonar aquello como si fuera ella la ansiosa por saber más—. Aunque yo creo que es sólo una excusa.

—Es verdad —dijo Alice, aunque tenía la garganta apretada—. No sé qué estoy buscando exactamente. Eso podría tomarme... mucho tiempo—. El hombre dio varios pasos hacia ella, y Alice tuvo que reunir todo su autocontrol para no retroceder. Miró en derredor lo más disimuladamente posible como si esperara ver a todo un contingente de hombres apuntarle con sus armas, pero él estaba solo allí de pie.

Por supuesto, los demás hombres estaban en el auto, y él estaba usando esta estrategia para demostrarle que ella sólo era un insecto que él podía aplastar en cualquier momento.

—Estoy disgustado contigo —dijo él—. Me hiciste venir hasta aquí para darte mis advertencias, estoy muy molesto, Alice.

—Yo... lo siento —él le dio una larga calada a su cigarro, y se acercó otro paso más.

—Estaba contento porque lograste meterte en la cama de Robert Blackwell —la miró de arriba abajo con una sonrisa desagradable—. No eres el tipo de mujer que a él suele gustarle, por eso me sorprendió, y me alegré. Mi topo en la cama de Bobby Blackwell. ¡Como mandado del cielo! Pero se han pasado los días, las semanas, y... no hay resultados.

—Como le dije... no sé exactamente qué buscan —quiso llorar ella—. Me dieron muy pocas pistas, y...

—Buscas la promesa de compraventa de una casa —le dijo él al fin, mirándola con la misma sonrisa desagradable—, firmado hace diecisiete años. Verás el apellido Blackwell allí, obviamente.

—Una promesa de...

—Sí, lo que oíste.

—¿Y quién es el otro que firmó? —él hizo una mueca evasiva.

—Lo sabrás cuando veas el papel. Sólo necesitas saber que los hermanos Blackwell no saben de su existencia, así que no tendrás que buscar en cajas fuertes, ni sitios que estén bajo su vigilancia. Ese papel podría estar... en cualquier lugar.

—No... no entiendo —dijo Alice, confundida—. Si ellos fueron los que firmaron, ¿cómo pueden no saber de su existencia?

—Niña tonta. Hace diecisiete años todos ellos eran menores, no podían firmar un papel así—. Entonces, comprendió Alice, los que habían firmado esa promesa de compraventa de una casa, habían sido James y Ellynor Blackwell, muy poco tiempo antes de morir.

La comprensión de ese hecho le robó a Alice la capacidad de pensar. Estaba dándose cuenta, apenas, qué tan grave era todo esto. Este tipejo frente a ella conocía acerca de aquel tema que tanto atormentaba a Robert.

Alice sintió que le faltaba el aire, así que se esforzó en respirar, en no hacer ninguna expresión de horror delante de él. Pero fue inútil, y ese monstruo se echó a reír burlándose de ella, acercándose mucho más.

En el momento, Emma salió corriendo de la casa y la abrazó. Tal vez ella también sentía el peligro y había salido a defender a su tía. Alice no tuvo presencia de ánimo para regañarla por haberla desobedecido, y recibió su abrazo sintiendo que su contacto la llenaba de valor.

—Qué linda niña —dijo el jefe mirándola a ella.

—Tía...

—Todo está bien, Emma —la tranquilizó ella rodeándole los delgados hombros con su brazo y sin dejar de mirar al hombre.

—No, no la engañes —le advirtió el jefe—, las cosas sólo estarán bien cuando me traigas ese papel. Sobra decirte que esto es información confidencial; mira, no he dejado siquiera que mis hombres la escuchen, y he venido personalmente a dártela, aquí, en plena noche helada —él extendió una mano hacia ella, como si la fuera a tocar, pero Alice no se inmutó; se quedó allí, firme, y aunque el toque no se produjo, ella tampoco intentó esquivarlo—. Si me fallas, Alice Palmer, la... vida, no te alcanzará para ponerte en paz conmigo—. Alice volvió a tragar saliva, y consiguió mantener su expresión serena a pesar de la amenaza.

—Ya sé que son capaces de lo peor —esa respuesta hizo que el jefe elevara sus cejas y sonriera.

—Qué bueno. Eso me garantiza que caminarás recto. Ahora que ya tienes tanta información, trata de conseguir ese papel antes de que tu jefe regrese de viaje —Alice tragó saliva. Obviamente, ellos sabían lo que pasaba en la oficina, pues no había sido ella quien les contara que Robert estaría ausente—. Que pases una buena noche, dulzura —el hombre se acercó a ella, mucho, y se inclinó como si fuera a besarle la mejilla. Alice cerró sus ojos llena de asco y terror, pero él sólo se burló otra vez de su miedo y se alejó riendo.

Alice tomó a la niña de la mano, y, en cuanto el hombre se fue, se internó de nuevo en su casa. Abrazó a Emma con la respiración agitada, soltando un sollozo, y tratando de invocar de nuevo la calma.

Cobarde, quiso gritar. Malditos cobardes. Su enemigo era Robert Blackwell, pero eran tan pusilánimes que preferían meterse con una mujer sola e indefensa. Si ella tuviera la fuerza de Robert, o su poder, con un solo movimiento habría podido acabar con ellos, pero no podía estar más expuesta y comprometida.

No, ellos no se metían directamente con su enemigo, sino que buscaban la manera de llegar a él sin arriesgarse mucho.

Alzó a Emma en sus brazos y caminó con ella a la habitación sin dejar de decirle palabras tranquilizadoras. Los odiaba por la capacidad que tenían de asustarla, a ella y a una niña.

— ¿Pasó algo, Alice? —preguntó Ethel, y Alice le sonrió, cuando lo que quería era llorar y poder contarle a otro ser humano lo que le estaba ocurriendo.

—Vimos una rata.

— ¿Una rata?

—Y Emma se asustó, pero no es nada. Yo también les tengo asco...

—Si la veo, la mataré —prometió Ethel, y Alice simplemente asintió. Cuando quedó a solas de nuevo con la niña, la sentó al filo de su cama y se arrodilló frente a ella.

—Nadie puede saber que esa persona estuvo aquí.

—Me da miedo, tía Alice.

—No tiene que darte miedo. Sólo es un hombre muy extraño que estaba pidiendo una dirección—. La niña la miró dubitativa, y Alice la acercó para besarle la frente—. Todo está bien —le aseguró, a pesar de lo poco que ella misma creía esas palabras.

Se levantó y caminó al baño, dispuesta a darse una ducha luego de un largo día de trabajo y de haber tenido que respirar el mismo aire que ese sujeto. No tenía bañera, así que tendría que conformarse con una ducha. Esta mañana hubiese querido poder darse un largo baño en el ático de Robert, pero habría perdido mucho tiempo y debía volver a casa, así que sólo había podido mirarla con deseo y prometiéndose venir en una próxima ocasión y disfrutar de ella.

Suspiró y, luego de desnudarse, se metió a la ducha.

No sabía qué tan importante sería para Robert este papel que tenía que entregar. No tenía idea de qué ocurriría si él llegara a saber de su existencia, si esto ayudaría en algo a la investigación que hacía años llevaba, si sería decisivo. Lo cierto, es que de esto dependía la vida de ella, la de su sobrina, y, por consiguiente, la de Ethel. Haciendo este balance, sus razones pesaban más.

Una lágrima rodó por su mejilla.

Aunque sus razones pesaran y fueran completamente legítimas, lo estaría traicionando, robando, y le dolía.

Durante todo el día siguiente, Alice no dejó de pensar y preguntarse dónde podría estar ese documento. No estaría en las oficinas, sobre todo porque aquí llevaban poco tiempo, pues eran originalmente las oficinas de Hendricks Industries.

No podía estar en el apartamento de Robert. Aunque él vivía allí desde hacía varios años, el papel era muy antiguo, y dudaba que Roberto Jeremy lo hubiesen visto siquiera.

Era un papel que habían guardado muy bien sus padres, no ellos.

—La casa Blackwell —se dijo a sí misma hallando al fin una posibilidad—, la antigua casa de sus padres.

No, se contestó. Había estado en manos de los bancos, abandonada por varios años, y luego Robert y Jeremy la habían restaurado.

Pero ella misma había visto que muchos de los muebles seguían intactos, y aún había en ellos muchos recuerdos familiares. Seguro que todavía había álbumes de fotografías, diplomas... Si era un papel que había pertenecido a los mayores Blackwell, debía estar en esa casa, a menos que hubiesen decidido entregarlo en manos de terceros, una bóveda en un banco, o...

Estaba pensando como si fueran personas de dinero, reflexionó, y los padres de Robert habían sido sencillos; ella maestra, él, entrenador, así que no eran de guardar cosas en cajas fuertes o bóvedas de bancos.

Sí, debía estar en esa casa, y para poder entrar en ella, debía ir primero al apartamento de Robert y robar la llave.

—Tomarla prestada —se corrigió, y recordó que hoy temprano debía estar allí para recibir a alguien que haría un trabajo en el apartamento. Robert le había explicado que quería hacerle unas remodelaciones, e iba a aprovechar el tiempo que estaría ausente para que los decoradores empezaran su trabajo.

Su teléfono volvió a timbrar, pero esta vez era Robert, así que se pegó el teléfono a la oreja intentando serenarse, sonar tranquila, no dejar traslucir ninguna de sus emociones.

Y luego, tomaría la llave de la casa, iría hasta allí y hurtaría un papel que podía cambiar el curso de una importante investigación.

Y salvaría su vida y la de su familia.

*Se abren tantos caminos ante mí
Y tu mano yo no encuentro para asirme
Las paredes se me cierran, ya no hay escapatoria
No me dejes, no me borres de tu historia*

Alice entró sola a la casa de los Blackwell por tercera vez sintiendo, como cada vez que venía aquí, el corazón latir justo en su garganta.

La primera vez, había espantado todos sus pensamientos acerca de lo mal que estaba esto, acerca de lo sacrílego, de lo vil que era entrar a la casa de una familia que una vez fue feliz, y de la que sólo quedaban restos, para hurtar algo. Se sentía casi como una profanadora de tumbas sagradas.

Miró el vestíbulo y tuvo la misma sensación de la primera vez que estuvo aquí con Robert. De verdad, todavía se podía sentir la alegría que se había vivido en esta casa.

—Ellynor —dijo en un susurro—, tú eres madre, tú me entiendes, ¿no es así? ¿Habrías hecho lo mismo que yo? O... ¿me juzgas? —No pudo evitar que los ojos se le humedecieran, y otra vez espantó esos pensamientos subiendo al piso de arriba, donde estaban las habitaciones.

Descartó la alcoba principal, pues ya había buscado allí, y luego de elevar otra oración pidiendo perdón por invadir la privacidad, empezó a buscar en la que había sido la oficina de James Blackwell, que estaba llena de trofeos de fútbol, placas y medallas.

No podía estar aquí mucho tiempo. No podía descuidar demasiado la oficina. Robert regresaría mañana, así que debía ser rápida. Pero no podía dejar nada fuera de lugar, así que cada cosa que abría, tenía que dejarla tal como la había encontrado.

Luego de dos horas buscando, se dio por vencida. Por hoy. Su hora de almuerzo se había acabado y debía volver. Y ahora que Robert volviera se haría mucho más complicado seguir buscando, pensó.

Cuando iba a abrir la puerta para salir se detuvo y miró hacia la chimenea, el sitio donde ella y Robert habían estado juntos por primera vez.

Con un nudo en la garganta, fue hasta allí mirando el sofá, y casi podía verse a sí misma desnuda junto a él.

Se pasó las manos por la piel de los brazos sintiendo escalofríos, como

cada vez que recordaba sus momentos con él.

Y al elevar su vista, vio el armario de donde Robert había sacado aquellas carpetas que aún contenían sus trabajos escolares.

Hasta ahora, ella se había concentrado en buscar entre las pertenencias de los mayores, pero al ponerse en lugar de Ellynor, este era un sitio muy probable para encontrar ese documento.

Caminó hacia el armario y sacó las carpetas llenas de trabajos escolares. A pesar de que ya se había acabado el tiempo que podía estar aquí, su adrenalina se había disparado y no podría detenerse ya, así que empezó a revisar de papel en papel.

Al llegar a los trabajos escolares de Aidan lo encontró.

Era un papel muy normal, sin membrete de ninguna entidad, sólo algo impreso y firmado, y al final pudo ver la firma de James y Ellynor tal como dijo el jefe.

Habían prometido vender la propiedad por un valor que le pareció muy bajo. No era una experta en bienes raíces, pero conociendo su tamaño y la calidad de los acabados, podía saber que este no era un precio justo.

Y al ver la otra firma, Alice no pudo evitar dejar salir un quejido de sorpresa.

Cayó sentada en el suelo y los ojos se le humedecieron. Todo lo que había escuchado de Robert, todas las historias de antes de la muerte de los padres, se agolparon en su mente tomando forma, obteniendo un sentido, un por qué.

Y el corazón le dolió tanto, tanto.

Lágrimas rodaron por sus ojos. Maldito. Maldito hombre, maldito ser, porque había que tener muy poca humanidad dentro para hacer esto. Había arruinado la vida de tres niños sólo por... ¿por qué?, se preguntó entonces. Tenía que haber algo más, tenía que haber mucho más que lo que se dejaba ver en la superficie.

—Oh, Dios —rogó entre lágrimas.

Se arrastró, prácticamente, hasta donde estaba su bolso y sacó su teléfono. Gracias a que Robert era un jefe muy quisquilloso, la empresa le pagaba ahora un plan con internet para que estuviera accesible las veinticuatro horas del día, así que entró al navegador e ingresó el nombre de esa otra persona, y allí lo encontró.

Él era, este debía ser el asesino.

Una persona que supuestamente ignoraba la existencia de los Blackwell, no tenía por qué tener tratos con ellos de ninguna especie, sobre todo, una

promesa de compraventa.

Con razón ni Jeremy ni Robert habían podido dar con él en todos estos años...

Y ahora que toda su malicia estaba a flor de piel, podía preguntarse, ¿serían reales estas firmas? ¿Realmente James y Ellynor Blackwell habían firmado esto? ¿No habría, ese monstruo, falsificado estas firmas?

Oh, había tantas, tantas posibilidades.

Con razón los Blackwell habían guardado bien este papel, con razón personas como el jefe lo estaban buscando. Y ese maldito debía ser un simple enviado, alguien a quien le pagaban para que lo consiguiera, simplemente.

Seguro que esa persona había estado preocupada por esta conexión, por este cabo suelto, y por eso había mandado a traer de vuelta este papel. No dudaba que ya antes habían entrado aquí para robarlo, pero ellos no conocían a los Blackwell, y seguro que por más que rebuscaron, no pudieron imaginar que ellos lo guardarían justo aquí.

Alice tomó el papel, lo dobló muy cuidadosamente y lo metió en su bolso preguntándose qué hacer ahora.

Ahora era más que consciente de que jamás la dejarían salir viva de este enredo; para ellos, Alice Palmer era un simple peón, alguien descartable. Siempre había imaginado que luego de que ella al fin le entregara lo que pedían tendría que desaparecer o buscar ayuda, pero ahora no le cabía la menor duda de esto. El jefe había sido muy claro al decir que no quería que nadie más supiera de este trato que los Blackwell habían tenido en el pasado.

No, luego de ella haberse enterado de la verdad, él no la dejaría viva. Ella sería alguien más con esa información, otro cabo suelto.

Podía mentirle, pensó poniéndose en pie y sintiendo cómo las piernas le temblaban. Podía decirle que no sabía nada aún, que no lo había encontrado. Afortunadamente, la habían dejado sola en esta búsqueda y no había nadie aquí vigilando sus pasos; seguro que muy cerca había alguien monitoreando sus pasos e informando, pero ese alguien no tenía los ojos puestos sobre este papel, sólo ella.

Todos sus sentidos se rebelaban ante la imagen de sí misma entregándole este papel a ese hombre. Si Robert lo tuviera en sus manos, la historia cambiaría drásticamente, los Blackwell por fin podrían cumplir la promesa que hicieron en la tumba de sus padres y ellos serían vengados.

Sin embargo, no se perdía mucho si entregaba el papel; la promesa de compra-venta no era importante en sí misma, reflexionó. No era ilegal, y sólo

mostraban su intención de vender. Era el otro nombre, y la manera como relacionaba a dos personas que, en esa época, y aun en la actualidad, supuestamente eran extrañas entre sí. Con sólo decirle a Robert el nombre de esa otra persona, ya él tendría mucho material para encauzar su investigación hacia el camino correcto.

— ¿Qué hago, qué hago? —se preguntó antes de salir de la casa Blackwell, secando sus lágrimas y limpiando su ropa de restos de polvo—. James, Ellynor... denme una luz, una señal. No quiero defraudarlos, pero estoy en peligro, Emma está en peligro, Nathan...

Respiró profundo repetidas veces, y cuando logró componer un rostro sereno, que hasta mostraba decepción fingiendo ante quien sea que la vigilaba que hoy tampoco había tenido suerte, salió de la casa y del vecindario.

Robert llegó a la ciudad junto a Jeremy, que en cuanto se detuvo el jet privado, lo primero que hizo fue llamar a su mujer para avisarle que ya habían aterrizado.

En otra ocasión, lo habría mirado con hastío por ser tan meloso y ridículo, por poner tanto poder sobre su estado de ánimo en manos de una mujer, pero ahora, simplemente lo imitó.

Alice no contestó el teléfono, y eso lo preocupó, ella desde anoche no le tomaba sus llamadas. ¿Estaría mal su teléfono?

Suspiró, resignándose a encontrarla en las oficinas. Tenía muchas ganas de volverla a ver; la había extrañado demasiado estos pocos días que había estado fuera.

Cuando la viera, la metería en la oficina y allí le daría un beso largo, largo, y sólo así sentiría él que esta larga separación empezaría a olvidarse. De verdad que la había echado de menos.

Nunca imaginó que algo así era posible, y ahora comprendía perfectamente a Jeremy y su afán de llegar pronto a casa, las largas llamadas con Jennifer en las que básicamente hablaban de nada, y su sonrisa tonta luego de que colgaba la llamada.

Estaba atrapado en esta red llamada amor, pero ya no le importaba, porque era Alice.

Condenada mujer que no contestaba su teléfono.

Llegó a las oficinas directo desde el aeropuerto, pero Alice no estaba en su lugar de siempre.

Esto ya no le estaba gustando. Era ya media mañana y ella no estaba aquí, no contestaba el teléfono, y nadie daba razón de ella.

—Ayer se fue a medio día —dijo Evelyn, la secretaria de Jeremy—, y no volvió.

— ¿Se tomaría la tarde libre? —preguntó Jeremy mirando a Robert, pero éste meneó la cabeza negando. Esta no era la costumbre de Alice, no había nadie más responsable en su trabajo que ella.

—Algo debió pasar —dijo él insistiendo de nuevo en el teléfono.

— ¿A dónde vas? —le preguntó Jeremy al ver que volvía a salir.

—A buscarla en su casa.

— ¿Es un mal momento? —preguntó Mark Andrews llegando a las oficinas, caminando por los pasillos acercándose a ellos, y Robert y Jeremy lo miraron con los mismos ojos de extrañeza.

—Perdona, ¿teníamos una cita? —preguntó Robert sintiéndose desubicado.

—No, pero vengo a verte. Tengo algo importante que decirte.

—Va a tener que esperar —dijo Robert esquivándolo y encaminándose al ascensor.

—No puede esperar —contradijo Mark siguiéndolo. Robert seguía insistiendo con el teléfono, pero dándose cuenta de que era una pérdida de tiempo, lo dejó. Se metió al ascensor, y al ver que Mark lo imitaba, lo miró ceñudo.

—Lo siento, Mark; no tengo tiempo ahora. Estoy preocupado por mi secretaria, ella está...

—Desaparecida —completó Mark mirándolo, y Robert elevó una ceja.

— ¿Qué dices?

—Desapareció. Ayer en la tarde fue por su sobrina a la escuela, le pidió a la anciana con la que vive que tomara un taxi y se viera con ella en cierto sitio, y tomaron un bus. Le seguí la pista hasta...

—Espera, espera, espera —lo detuvo Robert poniéndole una mano en el hombro—. ¿De qué me estás hablando? ¡De qué mierda estás hablando! —concluyó elevando ya la voz, y Mark respiró profundo sabiendo que pisaba campo minado.

—A pesar de que me dijiste que no lo hiciera, investigué a tu novia.

—No... ¿Qué?

—Lo hice por tu bien. Tú confías, pero... quise estar seguro, de todos modos. Si no encontraba nada, jamás te lo habría dicho, simplemente te dejaría la conciencia en paz, pero si no... Y tenía razón. Tú tenías razón.

—No... —volvió a decir Robert dándole la espalda, sintiendo su pecho agitarse. Tomó aire tratando de controlarse y volvió a mirar a su viejo amigo, al que lo había ayudado en muchísimas ocasiones en el pasado—. No quiero saber, Dios. Dime que no encontraste nada en ella que...

—Por el contrario, Robert—dijo Mark, y sacó del bolsillo interior de su chaqueta un sobre de manila y se lo entregó a Robert, que lo aceptó sin mirarlo siquiera.

Salieron del ascensor, y Robert caminó hasta el estacionamiento a prisa. Mark Andrews lo siguió muy de cerca.

—No la vas a encontrar en su casa —le advirtió Mark—. Te acabo de decir que se fue de la ciudad con su sobrina y la anciana ayer en la tarde.

—Alice no tiene por qué irse. Aquí tiene un empleo, la escuela de Emma, y... —“estoy yo”, había querido decir—. Si ella tuviera dificultades —dijo en cambio—, me buscaría, me habría llamado, habría pedido mi ayuda. No se habría ido sin decir nada tal como insinúas tú. Es como si estuviera... huyendo, y ella no tiene por qué huir. No de mí, al menos.

—Es que sus dificultades se tratan de ti, precisamente —insistió Mark. Robert lo ignoró otra vez y entró al auto cerrando la puerta de un golpe—. ¿No vas a mirar las fotografías que están en el sobre? —él no dijo nada. Metió el sobre en la guantera del auto y lo puso en marcha. Mark se dio prisa para entrar con él.

Durante el camino, no le dijo nada. Sabía que Robert tendría que comprobar con sus propios ojos lo que le estaban diciendo, así que lo dejó avanzar.

Llegaron a la pequeña casa, y Robert llamó varias veces a la puerta. Le dio la vuelta al jardín hasta llegar al patio trasero y se saltó la pequeña valla que les daba privacidad. Se asomó por las ventanas y pudo ver que dentro todo estaba como si nada; se podía ver la pequeña mesa de tareas de Emma, ropa que se había puesto a secar, la pequeña cocina con los electrodomésticos y cachivaches de siempre, todo en su lugar, pero no había nadie aquí. Ethel siempre estaba en casa, pero ahora ésta se hallaba desolada.

— ¡Alice! —gritó a la vez que golpeaba en las ventanas—. ¡Emma! ¡Ethel!
No hubo respuesta, y volvió al exterior para seguir llamando.

No había respuesta, ni por teléfono, ni en la puerta, ni a sus gritos.

— ¿Qué está pasando? —se preguntó pasándose la mano por la cabeza—. Algo va mal. Algo va realmente mal.

Miró al fin a Mark, y este asintió dándole la razón.

Robert volvió a donde estaba el auto, pero no fue capaz de entrar, sino que se apoyó en él, sintiéndose de repente muy cansado, y miró de nuevo a la puerta de la casa de Alice, como si con su mera fuerza de voluntad pudiera hacer que ella saliera por allí.

— ¿Qué es lo que va mal?

— ¿Ahora sí me escucharás?

— Eres el mensajero que trae malas noticias, ¿no es así?

— Lo siento, Robert.

— No quiero oírte. Confío en ella. Debe tener una muy buena razón para hacer lo que hace.

— Rob...

— Confío en ella — insistió Robert —. Ella me llamará, se comunicará de algún modo—. Él volvió a tomar el teléfono, y ahora se dedicó a revisar todos los medios por los cuales podía recibir un mensaje de ella. Correo, redes, etc.

Pero llegó la noche y Alice no se puso en contacto con él.

— ¿Qué está pasando? — se preguntó Robert mirando por su ventanal las luces de la ciudad. Había pasado todo el día en esta zozobra, entre el mal presentimiento y la esperanza. Entre la duda y la fe.

Ella no contestaba, ella no se comunicaba, y no había dejado ninguna pista para que él pudiera hacerse a una idea de lo que estaba pasando.

¿Y si algo le había sucedido? Podía estar en problemas, en peligro.

No, Alice no era el tipo de mujer que se mete en problemas, o en situaciones en las que pudiese estar en peligro.

Cerró sus ojos preguntándose si acaso otra vez estaba haciendo el tonto.

— Esperaré a mañana — se dijo, como si con eso pudiera acallar el torrente de ideas y pensamientos que se le venían a la mente—. Si mañana no se ha comunicado, tendré que empezar a investigar.

Y el domingo se pasó sin tener noticias de Alice.

El lunes, hubo que buscarle una sustituta en el lugar de trabajo, pero Robert no tuvo presencia de ánimo para hacerle la vida imposible a la nueva chica, así que no hubo inconvenientes, y el día se fue como si nada.

Volvió a la casa de Alice, volvió a llamar por las puertas y ventanas, volvió a insistirle por teléfono. Nada.

Cuando Mark Andrews se reunió de nuevo con Robert, éste ya tenía muy mal aspecto. No había dormido bien, era notorio. Se estaba comiendo el cerebro con mil preguntas, imaginó, y le dolió pensar que no le traía más que

motivos de preocupación.

—Dijiste que la habías investigado aun cuando te pedí que no lo hicieras.

—Así es —contestó él sin el menor atisbo de arrepentimiento, y Robert cerró sus ojos juntando sus manos justo en su frente.

—Dímelo. Dímelo todo—. Mark Andrews suspiró.

—Prométeme que me dejarás llegar al final de todo.

—Dios, ¿así de malo es? —Mark no contestó a eso, simplemente hizo una mueca y sacó una libreta de apuntes.

Estaban el mismo bar donde se habían visto la vez pasada. Sonaba un ritmo latino y muchas parejas bailaban en la pista. El ambiente era tranquilo, no había mucha gente por ser martes.

Mark tomó aire y empezó a hablar.

—Alice Palmer es la hermanastra de Nathan Swanson —dijo, y Robert enseguida frunció el ceño sorprendido.

—¿Qué? —exclamó. Andrews asintió.

Robert siguió con la boca abierta varios segundos más reordenando en su mente todo lo que había ocurrido con Nathan Swanson.

Había sido un malnacido que intentó hacerles fraude, y que había alcanzado a robar y falsificar documentos, consiguiendo meterlos a ellos en varios problemas fiscales que no hizo sino empeorar la mala fama que hasta ahora habían tenido.

El imbécil había aceptado su culpabilidad, al menos, y ahora estaba pagando una condena. Sus abogados se habían encargado de hacer caer sobre él todo el peso de la ley.

No había sabido nada más de él, ni siquiera se le mencionaba. Ese hombre se había convertido en una especie de amigo y él, particularmente, le había cobrado cierto aprecio. Sólo para descubrir luego que su intención había sido robarles.

—El padre de Alice dejó a su esposa cuando ella tenía once años —siguió Mark—, y se casó con Portia Swanson, que ya tenía un hijo: Nathan. Alice vivió con su madre hasta cierta edad, y luego se fue a vivir con su padre. Vivió en la misma casa con Nathan por poco tiempo, pues él se fue a la universidad —. Robert miró a otro lado tragando saliva. Esto ya era malo. Ella no sólo era hermana de ese sujeto, sino que había tenido cuidado de no revelárselo.

No, no. Ella es buena, se dijo otra vez. Ella debe tener una buena razón para haberlo ocultado.

Seguramente imaginaba que si le decía quién era su hermano, él la

rechazaría, y, conociéndose en esa época tenía que admitir que eso era lo que habría hecho.

Además, recordaba que ella no quería trabajar para él. Con razón le tenía tanta inquina, y lo trataba así. Claro, ella debía pensar que el malo era él, como siempre se hacía con los familiares.

—No se le puede juzgar por los hermanos que tiene —la defendió.

—El problema, Robert, es que tengo razones para pensar que ella no entró por casualidad a tu empresa.

— ¿Por qué?

—Alice Palmer tenía un empleo bastante estable antes de entrar a trabajar para ti. En cuanto se publicó que tú necesitabas una secretaria, ella renunció allá para venir aquí. Aun sin saber si sería contratada aquí, lo dejó todo.

—Ella no quería trabajar para mí —insistió Robert —, sino para Hendricks Industries.

—No lo sé, pero...

— ¿Y si alguien la estaba presionando? —preguntó Robert —. Tal vez... el mismo Nathan la obligó a que entrase aquí.

— ¿Y con qué puede presionarla un hombre que está en la cárcel? — Robert hizo una mueca—. Además, a Nathan Swanson no le conviene presionar a Alice de ningún modo, es ella quien está cuidando de su hija.

—Oh, Emma. Es hija de ese hombre.

—Tal vez entró aquí buscando vengar a su hermano.

—No —contestó Robert de inmediato—. No lo creo.

—Estás viendo a Alice de una manera muy sesgada, te estás dejando guiar por...

—Así sea hermana de ese sujeto, conozco bien a esa mujer. Ella no actuaría guiada por la venganza. No dejaría un empleo por otro cuando su situación económica era tan precaria. Es una mujer muy responsable, jamás desestabilizaría la vida de su sobrina a menos que fuera algo demasiado grave e importante.

—No viste las fotografías que te dejé, ¿verdad? —Robert lo miró en silencio.

—No —admitió al fin. Poco sorprendido, Mark volvió a meter su mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre igual al anterior.

—Me lo imaginé, así que hice otras copias—. Se las pasó a Robert, que las recibió bastante dubitativo—. Míralas —le pidió, y Robert, con mucha parsimonia, sacó las fotos.

Sólo al ver la primera, su corazón se rompió en mil pedazos.

Allí estaba Alice, de pie y abrigada fuera de su casa, al lado de un hombre cuyo rostro él no había podido olvidar.

Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para que las manos no le temblaran, y cuando se dio cuenta de que fracasaría, las apoyó sobre sus muslos por debajo de la mesa y siguió con los ojos clavados en la fotografía.

—La seguí todos estos días —siguió Mark—. Ella no sólo te ocultó que era hermana de Nathan Swanson y entró de manera inexplicable a trabajar para ti, sino que también se entrevistó afuera de su casa con este extraño sujeto, y mientras no estuviste, entró cada día en la casa de tus padres.

—¿Qué? —preguntó Robert abriendo grandes sus ojos y palideciendo.

—En sus horas de almuerzo, entró a la casa de tus padres día a día. La vi desde las afueras. Entraba, estaba una hora justa dentro, y luego simplemente volvía a trabajar a las oficinas.

—¿Cómo pudo entrar?

—Usando la llave.

—Pero las llaves están en mi.... Oh, Dios. Oh, Dios, no —exclamó Robert poniéndose de pie y pasándose las manos por la cara—. ¿Trabaja para él? —preguntó, señalando al sujeto de la fotografía.

—Mira las demás fotos —Robert así lo hizo, y vio la imagen de este hombre muy cerca de ella como si le estuviera dando un beso. Frente a Emma.

—No —lloró su corazón, y se le hizo un horrible nudo en la garganta—. Alice... Ella es... diferente.

—Voy a investigar quién es él.

—No es necesario —dijo Robert con voz que parecía un susurro—. Sé perfectamente quién es.

—Entonces, podrías decirme tú a mí.

—Es Brett Johnson —dijo Robert, elevó a él su mirada azul, tan desnuda, tan dolida—. Es Brett.

*Esta es mi suerte, tal vez
El vivir solo, anhelar cosas que no tendré
Mirando la vida, viviendo en el extremo,
Flotando en un sueño, el ruido y el silencio*

Robert Blackwell empezó sentir dentro de su corazón, o de su alma, un oscuro vacío que empezaba a comérselo todo. Viejas pesadillas volvieron para atormentarlo, y le pareció estar viendo otra vez, otra vez, a Sheila desnuda en aquella cama con ese hombre.

Brett Johnson había sido otro gallito de pelea de Ted, su antiguo jefe en los bajos fondos de Chicago. Al igual que él, peleaba para vivir, pero mientras el sueño de Robert era encontrar a sus hermanos, y al tener a Sheila, vivir decente y modestamente, el de él era convertirse en alguien como Ted, o más poderoso, si se podía.

No se habían llevado mal. Robert pesaba más que él, y tenía más experiencia en la lucha, así que las veces que se enfrentaron le venció siempre, pero había detectado que aquello le disgustaba enormemente, y que le gustaba jugar sucio.

Y luego comprobó que esa era su única manera de jugar.

—No puede ser —dijo cerrando sus ojos, sintiendo la respiración agitarse, y presintiendo que si no hacía algo estallaría, caminó hacia la salida del bar.

Oh, era consciente de que aquí había sido donde viera a Alice bailar con un hombre, y comportarse de manera diferente, vestirse y maquillarse como otra mujer.

Ella había estado nerviosa esa noche, recordó; parecía que no quería que los vieran juntos, pero claro; seguro que su amante se enteraría y eso la metería en problemas.

No quería, estaba luchando a muerte contra ese pensamiento; Alice era diferente, la conocía. Ella no era de las que estaba con un hombre sólo porque sí, ella no era como Sheila. Eran dos mujeres totalmente diferente.

Y no iba a juzgar a la una por los errores de la otra.

Pero entonces, ¿por qué lo besaba en la puerta de su casa? ¿y delante de Emma! ¿Por qué tenía tratos con él? ¿Por qué le ocultó tantas cosas?, ¿por qué le ocultó quién era su hermano?

Comprendía que al principio lo ocultara, pero, ¿por qué luego, cuando lo conoció, cuando supo todo lo que fue capaz de hacer por salvar la vida de sus hermanos, no se arriesgó a contarle? ¿No lo creía capaz de comprender? ¡Lo habría hecho! ¡Hasta habría admirado su manera de asumir peligros y retos! Pero ella no lo había hecho, lo había ocultado muy cuidadosamente por sus propias egoístas razones, y él, estúpido confiado, había desechado la idea de investigarla buscando sus verdades ocultas.

Le había vendido muy bien la imagen de niña buena.

Es una niña buena, volvió a hablar el pequeño lado luminoso que iba perdiendo fuerza dentro de sí por tanta oscuridad. Se ocupó de una niña que no era suya, y...

Y lo estaba engañando con Brett. Nadie más, ni nadie menos, que Brett, el hombre que ya antes le había birlado una novia, el hombre en cuya opinión, ninguna mujer valía una pelea a puños.

Sí, se había hecho cargo de Emma, se lo abonaba. Pero había besado a Brett justo frente a su sobrina, y, ¿qué había hecho todos esos días en casa de sus padres? Ella, muy cuidadosamente, se había ganado su confianza hasta obtener acceso a la llave de esa casa, y en cuanto lo había tenido, había entrado allí para robar.

Qué, ¿qué estaba buscando allí?

Si fuera inocente, no habría desaparecido. Seguro que había obtenido aquello que estaba buscando, porque mira, no estaba aquí, había desaparecido. ¿Y si toda esa historia de su pobreza y penurias eran falsas? ¿Y si todo había sido para ganarse su favor, y una vez obtenido, había aprovechado para dar el golpe final?

Oh, Dios, otra vez no, rogó con los ojos humedecidos, ya afuera del bar; caminó a prisa hasta su auto para huir lejos de sí mismo, porque no quería escuchar sus pensamientos, cada vez más siniestros, no quería tener que pasar por este trago amargo, por este dolor, otra vez. Ya le había sucedido una vez y casi no había conseguido superarlo. Otra vez no, otra vez no, Dios.

—Robert ... —lo llamó Andrews corriendo tras él, pero Robert no le prestó atención—. ¿A dónde vas, hombre?

—Déjame solo —le pidió Robert, pero Andrews hizo ademán de entrar con él en el auto—. ¡Maldición, déjame solo! —exclamó, y Andrews dio varios pasos atrás al oírlo. Robert se internó en el auto y lo puso en marcha, saliendo a la calle a toda velocidad.

Al quedarse solo, Mark tomó su teléfono y llamó a Jeremy, que le contestó

casi de inmediato.

— ¿Qué pasó, Mark?

—Estoy preocupado por Robert—Jeremy no dijo nada, y sólo se sintió un tenso silencio—. Estuve hablando con él acerca de esa mujer, Alice, hasta hace unos minutos, y está muy alterado conduciendo por las calles.

—Mierda —fue lo que dijo Jeremy, escuchó las palabras de preocupación de Mark y cortó la llamada. Miró a Jennifer, que estaba sentada frente a él en un bonito restaurante, pues hoy habían cambiado la rutina y salido a comer fuera de casa.

— ¿Qué sucede? —le preguntó Jennifer a la vez que le daba el último trago a su copa de vino. Jeremy no supo si contarle a su mujer. Ella seguro defendería a Alice, pero las cosas pintaban cada vez peor para la chica, que se había ido sin decir a dónde y bajo circunstancias muy sospechosas—. ¿Te dijeron algo de Alice?

—No, sólo que Rob...

—Oh, ¿anda por allí, furioso como un oso herido y hambriento y causando estragos? —Jeremy hizo una mueca. Sí que era capaz de imaginarse a su hermano justo así—. Ve por él —dijo Jennifer. Él la miró con la esperanza en sus ojos, como si no se pudiera creer que ella renunciara a una velada con él por enviarlo a hacerle compañía a su hermano—. Anda, él te necesita ahora.

—En el fondo lo quieres, ¿no es así? —Jennifer hizo una mueca, y Jeremy se puso en pie y le besó los labios sonriendo—. Toma las llaves del auto.

— ¿Y tú?

—Tomaré un taxi.

Robert entró a la casa de sus padres y lo primero que hizo fue correr a la habitación de sus padres. Abrió la puerta de par en par esperando encontrar todo desordenado, pero cada cosa estaba en su lugar. Desconcertado, fue a las otras habitaciones hallando el mismo resultado.

No podía imaginar qué pretendía conseguir ella aquí, así que tampoco podía saber qué haría falta en caso de que empezara a revisar cosa por cosa.

¿Por qué la casa de sus padres? Se preguntó. ¿Qué tenía esto que ver con Nathan? O, ¿qué tenía que ver todo con Brett?

A su mente llegó el recuerdo nítido de aquella horrible escena donde él llegaba al pequeño apartamento de Sheila y los escuchaba conversar. Era una escena que había tratado de refundir en el fondo de su mente, pero ahora regresaba con toda su potencia. Aquella vez, Brett le había preguntado a

Sheila cuál era su propósito, qué era lo que lo movía, y Sheila le había contestado que lo que le importaba a él era vengar a sus padres.

Ya entonces Brett estaba interesado en ese tema. ¿Por qué?

¿Tenía esto algo que ver? ¿Y lo estaba ayudando Alice? Ella había hecho preguntas, y tal vez había sacado más información a través de Jennifer, Jeremy, y el mismo Aidan.

Bajó las escaleras sintiéndose sin fuerzas, y se sentó en el último escalón ya no pudiendo más con su propia humanidad. Estaba tan cansado, tan...

Habían sido días horribles, sin dormir, sin dejar de pensar.

Como hombre, no podía sino preguntarse qué había pasado, en qué había fallado para que ella se fuera, para que otra vez, una mujer lo abandonara, lo traicionara. ¿Qué le faltaba, qué era eso que no tenía? ¿Qué era aquello que por más que lo intentaba, no conseguía para poder hacer que una mujer se quedara a su lado incondicionalmente?

Se recostó en la baranda de las escaleras y miró hacia el hogar. Allí, el sitio donde por primera vez habían hecho el amor.

Un intercambio.

Sí, claro. Placer a cambio de información.

Su teléfono vibró en el bolsillo de su parka y lo sacó mirando la pantalla. Era Jeremy, así que lo ignoró. Caminó despacio hacia el sofá y puso sus manos sobre el espaldar con la enorme tentación de romperlo, de tirarlo fuera, pero había sido también el sofá de sus padres, no podía romperlo sólo porque aquí el estúpido hijo mayor había traído a su novia.

Y no podía estar más lejos de vengarlos.

Cerró sus ojos y apretó sus dientes con fuerza.

Inútil, se sentía tan inútil, tan estúpido, tan ingenuo. A su edad, una chiquilla todavía podía volverlo mierda; con su experiencia, todavía le veían la cara de tonto.

Su patética historia se repetía, y la de Alice no era muy distinta. Ella, quien pensó que era diferente a todas las demás mujeres en el mundo. Ella, a quien casi pone en un altar; ella, a quien casi adoró.

¿Casi?

No, la había adorado de verdad, poniéndola por encima de las demás, considerando el hecho de vivir con ella para siempre, proponerle estar juntos, vivir juntos, tener hijos, pasar cada noche como esa que vivieron en su apartamento, apartamento que había mandado a remodelar para que cupieran ella, Emma y Ethel...

Su corazón estaba bramando de dolor. Casi podía escucharlo romperse pedazo a pedazo, y se agachó tras el sofá dándole rienda suelta a su ira y su dolor.

Y lo peor era que en medio de todas las evidencias de que Alice era una falsa y una traidora, él seguía teniendo una esperanza, una duda, una ilusión. Seguía deseando que todo fuese mentira, seguía rogando por despertar y que todo esto fuera una pesadilla.

— ¿Robert? —escuchó que llamaban. Era la voz de su hermano, y él se dejó caer sentado en el suelo. Respiraba con dificultad, y en un momento, Jeremy estuvo a su lado.

Con su caro traje de más de dos mil dólares, su hermano menor se sentó en el suelo a su lado y no lo miró, sólo se recostó en el espaldar del sofá y esperó a que pudiese hablar, porque le estaba costando.

Nunca nadie lo había visto así. Nunca había parecido tanto un niño indefenso, pero, por alguna razón, no le importaba.

—Al parecer, Alice... —susurró, y su nombre supo a veneno en su boca— me engañó —dijo. Tragó saliva intentando desatar el nudo en su garganta, de articular bien las palabras, de despejar su boca del torrente de cosas que quería gritar y hallar una mínimamente coherente—. Todo indica que... estaba... recaudando información... acerca de todo, de... la investigación... la muerte de papá y mamá...

— ¿Qué? —preguntó Jeremy mirándolo espantado.

—Robó algo de esta casa. No sé qué cosa sería, pero algo sacó de aquí, porque luego desapareció... Tal vez era algo importante... aunque no puedo imaginar qué.

—Diablos. ¡Diablos!

—Lo siento tanto —dijo mordiéndose los labios—. Te he defraudado, Jay. Lo siento tanto.

—No. No es tu culpa.

— ¿Y si... lo que ella sacó de aquí era significativo? ¿Y si llegó primero a la información que tanto hemos buscado? ¿Y si ya jamás podremos saber quién los mató porque ella jugaba con ventaja?

— ¿Crees que...?

—Brett es un pobre diablo. Tendrá poder ahora, seguro, pero es enviado por alguien. El asesino contrató a Brett, Brett contrató a Alice, Alice me engañó, y yo, imbécil, imbécil, imbécil... le creí. Le creí, Jay. La defendí. ¿Cuán estúpido soy?

—No, Rob. No.

—Lo siento —dijo otra vez, pero esta vez la disculpa no iba dirigida a su hermano, sino, tal vez, al recuerdo de sus padres—. Lo siento tanto.

Jeremy no se atrevió a decir nada, ni a tocarlo. Su hermano era como una estatua de arena ahora mismo, cualquier cosa lo desmoronaría, así que sólo se quedó allí, a su lado, escuchándolo luchar contra su propio dolor para no caer vencido, derrotado.

Aunque por dentro seguro que se sentía así, por fuera todavía luchaba.

Oh, y él sabía cuánto dolía.

Lo miró tragando saliva. No cabía duda de que su hermano mayor se había enamorado de verdad esta vez, y de la mujer más inadecuada.

Oh, él también quería tener a Alice Palmer frente a frente y decirle unas cuantas cosas. Si era cierto, y por culpa de ella jamás podían llegar a la verdad acerca del asesinato de sus padres, tendría que buscarla por cielo y tierra hasta encontrarla y destruirla.

No era una mujer, era una arpía. Les había hecho un daño profundo, sobre todo, a su hermano, quien, a pesar de todo, no se merecía una herida así.

—Tendremos que llamar a nuestros abogados —dijo Jeremy en voz baja—. Si ella trabajaba para alguien...

—Sí —aceptó Robert de inmediato, y tomó su teléfono buscando un número. Jeremy lo vio ponerse en pie lleno de repente de energía, y habló rápidamente con el par de hombres que los representaban legalmente frente a tribunales y jueces, y que eran huesos duros de roer—. Hay una mujer que quiero que encuentren y traigan de vuelta como sea —les dijo, y Jeremy frunció el ceño escuchándolo—. Alice Palmer, mi antigua secretaria. Oh, es hermana de Nathan Swanson —ahora, Jeremy elevó sus cejas, sorprendido por la información—. Trabaja para Brett Johnson, un gallito de las mafias en Chicago, y seguro que este recibe órdenes de alguien más arriba... Pero mi prioridad es la mujer.

—Rob —intentó detenerlo Jeremy, pero Robert sólo le dio la espalda.

— ¿Qué quieres que hagamos cuando la encontremos? —preguntó uno de los abogados al otro lado de la línea— ¿De qué la acusas exactamente?

—Espionaje, hurto, y realmente no sé cuántas cosas más...

—Robert—lo llamó de nuevo Jeremy.

— Yo... lo dejo en manos de ustedes —siguió Robert, ignorando de nuevo a su hermano—. Si es culpable o inocente, no quiero ser quien juzgue—. Cortó la llamada y miró a Jeremy, que meneaba su cabeza mirándolo.

—No tienes pruebas de nada. Si ella llegase a ser inocente...

—No tendrá nada que temer, ¿no es así?

— ¿Y si...?

—Si es culpable, simplemente pagará, como debe ser.

—Robert. Esos dos son el diablo en trajes caros, no tendrán compasión. ¿No tienes la más mínima duda? La más mínima...

—No —contestó Robert endureciendo su mirada y su voz—. Ya no.

Brett Johnson estaba enloqueciendo. Hacía cuatro días que la maldita de Alice había desaparecido y ahora él estaba en problemas. Podía ser que hubiese encontrado el condenado papel y en vez de entregárselo a él, se lo diera a los Blackwell, así que había estado atento también a los movimientos de los hermanos. Pero nada, ellos también estaban desesperados buscándola.

Eso lo alivió un poco, porque si ellos hubiesen estado tranquilos, o poniendo demandas, él habría tenido que desaparecerlos a ellos, o a sus familiares. Estaba enterado de que el hermano de Bobby tenía esposa y suegra.

Y tampoco la policía estaba buscando a la persona que le había pedido que encontrara este papel, así que Alice no lo había entregado tampoco a la policía.

Sólo le quedaba una razón: esa perra quería dinero por el papel. Había sabido que el documento era importantísimo, y que la persona implicada tenía todo el dinero del mundo para comprar su silencio. Estaba jugando con ellos, pero no tenía ni idea de con quién estaba tratando; a ese hombre no se le amenazaba. Hasta él, el mismísimo dios de las calles de Chicago, estaba hecho mierda de los mismos nervios por haber perdido el documento.

Ya tenía a todo el mundo tras ella en Chicago, pero si había salido de la ciudad, las cosas se complicarían, porque su poder no llegaba tan lejos, y para pedir ayuda necesitaría tiempo, y era lo que no tenía.

Maldita mujer. Maldita desertora.

Alice entró a un restaurante bar en la ciudad de Nueva York tratando de pasar lo más desapercibida posible. Había mucha gente bebiendo, bailando, o charlando. Caminó hacia la barra esperando ver a alguien, pero no había llegado aún. Miró su reloj. Era temprano, de todos modos.

Caminó hacia allí tocándose disimuladamente la peluca que llevaba. Temía que la persona con la que había quedado aquí no la fuera a reconocer, pero no podía arriesgarse. Aunque estaba lejos del alcance de Brett, no sabía qué

tantos amigos tendría aquí que le pudiesen ayudar a encontrarla.

Miró a un lado y a otro, pero no vio a nadie conocido, ni sospechoso; cada uno parecía metido en sus cosas, dedicados a divertirse. Nadie parecía fuera de lugar, excepto ella misma, tal vez.

Se había citado aquí con Aidan. Le había sido difícil llegar hasta él, pues no tenía su número personal, pero luego de dejarle un mensaje tras otro, al fin lo había contactado. Era la persona más idónea para ayudarla en esto, pues era el menos activo en la investigación de la muerte de sus padres, el que estaba más lejos de la vigilancia de Brett, y el último de quien sospecharían que ella buscaría para pedir ayuda.

Miró de nuevo su reloj, pero sólo había pasado un minuto.

Había dejado solas a Emma y a Ethel, que no se estaba sintiendo bien, en el pequeño hotel en el que habían estado los días pasados. El largo viaje, la agitación, y el no saber qué estaba pasando, le habían pasado factura a la anciana. Pero no podía llevarla a un médico sin delatar su posición, así que estaba entrando en la desesperación.

El dinero se estaba agotando y sus posibilidades se reducían con cada hora que pasaba. En el par de meses que había trabajado para Rob, había conseguido ahorrar una pequeña cantidad de dinero; para conseguirlo, se había retrasado adrede en sus deudas, y hela aquí, al borde de quedar en la calle si no conseguía ayuda pronto.

Aidan no llegaba. Había esperado que también llegara antes de la hora, pero los minutos estaban pasando.

— ¿Alice Palmer? —preguntó un hombre tras ella, y no era la voz de Aidan, así que sintió que el estómago se le encogía.

No se giró. Si era alguien de Brett, tendría que negar su nombre, echar a correr, lo que sea.

Bajó de la butaca en la que había estado sentada, pero otro hombre se puso delante de ella mostrándole una placa de policía.

—Necesitamos hacerle unas preguntas, señorita.

—Se... están confundiendo de persona. Yo no soy...

—Eso es fácil de comprobar. Acompáñenos—. El pecho de Alice se agitó de inmediato. No, no podía ser. ¿La habían denunciado a la policía? ¿Quién?

¿Había sido... Robert?

—Esto es un error —dijo ella dando un paso atrás, pero su espalda chocó con alguien. Se giró, y era un hombre que la miraba con sus cejas elevadas.

Dos policías de Nueva York la rodeaban, y era lo último en la tierra que

podía afrontar. Ahora, no tenía a dónde ir.

Aidan llegó al sitio y entró sorteando a la gente para llegar a la barra donde Alice le había dicho que estaría. Iba vestido con un abrigo negro con capucha y lentes con montura gruesa, por si alguien reparaba demasiado en él. No podía dejarse ver aquí, Alice había sido muy explícita en eso, y a él tampoco le interesaba llamar demasiado la atención.

Había sido una llamada muy misteriosa. Ella le había pedido verse con él, pero que no le comentara absolutamente a nadie, y que intentara pasar desapercibido.

Le había hecho caso. Había tanta urgencia en su voz que no había dudado. Pero ahora ella estaba siendo arrestada, y la estaban llevando a un coche patrulla.

— ¿Qué está sucediendo? —preguntó corriendo hacia el agente que cerró la puerta con Alice dentro. Ella, al verlo, empezó a golpear la ventanilla del auto. Le gritaba algo, pero su voz quedó ahogada en el ruido de la calle, el motor del auto que se encendía, y no pudo comprender nada de lo que dijo—. ¡Qué pasa! —volvió a hablar, y el carro echó a andar. Alice volvió a gritar algo, y pudo ver que sus ojos se llenaban de lágrimas. La vio hacer la señal de llamada, se señalaba a sí misma y ponía la mano como si hablara de la estatura de alguien. Aidan alcanzó a correr tras el auto varios metros, pero éste tomó velocidad y se perdió en el tráfico. Lo último que vio fue el rostro angustiado de Alice, que seguía golpeando el cristal trasero del coche patrulla y gritando algo ininteligible para él.

Se detuvo cuando se hizo improductivo correr tras el auto, y de inmediato sacó de su bolsillo su teléfono para llamar a Robert.

Sin embargo, esto era lo primero que ella le había pedido cuando lo contactó, que no lo llamara; que bajo ningún concepto se comunicara con él, al menos no por teléfono, ni ningún medio electrónico.

Algo muy grande estaba sucediendo aquí, no podía dejar a Alice sola, así que llamó a uno de sus propios abogados y le explicó la situación. Si Alice estaba en problemas, alguien debía ayudarla, y si Robert estaba impedido por alguna razón, debía hacerlo él.

*Desde que no estás, mi vida está tan llena de nada
De planes no realizados, de cuadros no dibujados
De canciones incompletas y mariposas muertas
Desde que no estás, se me fue el amor...se me fue el aire.*

Alice fue prácticamente arrojada a una celda sucia y muy fría.

Afortunadamente estaba sola, no tenía que compartirla con nadie más, aunque sí había personas en las otras, pero era horrible, desesperante.

En todo el camino, le explicó a los agentes que había una niña pequeña y una anciana que dependían de ella, pero ellos lo tomaron como excusas y cuentos inventados para zafarse. Les lloró, les rogó que por favor fueran por ellas, que alguien debía hacerse responsable, pero no tuvo suerte.

No pudo parar de llorar. Imaginarse a la niña y a Ethel solas, preguntándose qué le había ocurrido era demasiado para ella. Lo peor era que tenía la habitación paga sólo hasta hoy, así que las echarían a la calle si no hacía algo pronto.

Y no tenía cómo comunicarse con nadie. Le habían quitado su teléfono, y no podía llamar a nadie conocido por miedo a que sus teléfonos hubiesen sido pinchados. Sólo le quedaba que Aidan empezase a preguntar en que comisaría estaba, y le ayudara, pero eso podía tomarle tiempo, y, mientras tanto, las dos personas a su cargo podían estar pasándolo mal.

— ¡Emma y Ethel están solas! —exclamó sujetando las barras de su celda como si quisiese atravesarlas—. Por favor, ¡que alguien vaya por ellas! —nadie le contestó.

En su desesperación, no pudo siquiera reclamar que la manera en que la habían encerrado aquí era un completo atropello a sus derechos. No la habían acusado formalmente de nada, no la habían interrogado, y no tenía un abogado que la pudiese defender. En lo único en lo que era capaz de pensar era en que Emma y Ethel estaban solas, que había perdido su cita con Aidan, que el papel tan importante que pensaba entregarle para que a través de él le llegara a Robert estaba en su bolso, que habían confiscado junto con el teléfono nuevo que había tenido que comprar, ya que el otro era completamente inseguro.

Todo había salido mal, pensó agachándose en el suelo sin soltar los barrotes de hierro, con las mejillas mojadas por las lágrimas de desesperación. Todo había salido terriblemente mal.

Si estaba aquí gracias a Robert, y si él estaba tan furioso como se imaginaba, seguro que haría presión para que fuera presa a una cárcel en condiciones. No sabía nada de leyes, pero habían sido sus abogados los que consiguieron que le dieran diez años de cárcel a Nathan. Ella no sería más que un pobre conejillo acorralado por toda una manada de temibles lobos de colmillos afilados.

Estaba perdida, y Emma y Ethel corrían un grave peligro.

Les había fallado, pensó llorando. Le habían entregado a Emma para que estuviera a salvo; no tendría lujos, pero estaría con un familiar que cuidaría de ella, dándole lo básico y amor. Y Ethel la había buscado porque quería estar cerca de su nieta, y su otra opción era un asilo donde la trataban mal, bastante sucio y maloliente.

Les había fallado a ambas y, aunque no era su culpa, no podía dejar de sentirse horrible. Si le pasaba algo a alguna de las dos, jamás podría perdonárselo.

— ¿Tío Robert? —dijo la pequeña voz de una niña en su teléfono.

Robert, sintiendo que de repente le sacaban todo el aire del pecho, se detuvo en sus pasos.

Había tenido su teléfono en la mano a la espera de la llamada de sus abogados y ésta había llegado pronto. Alice ya había sido arrestada, y ahora esperaba en una comisaría de policía en Nueva York. Gracias a que Mark Andrews había estado tras sus pasos, no les había sido demasiado complicado localizarla pronto.

Le habían seguido el rastro haciendo uso de todas las conexiones que podían tener. Amigos de altos mandos en la policía, gente que le debía favores, o hasta dinero, habían puesto su firma o dado su autorización para mirar la localización de teléfonos, usos de tarjetas y demás. Pero ella había tenido mucho cuidado en no usar sus tarjetas, sólo efectivo, y había desechado su teléfono en un basurero en Chicago. El aparato era inservible, y era el único número que tenía.

Pero la habían encontrado. Se había registrado en un pequeño y muy barato hotel con el nombre de Ethel, y gracias a eso habían dado con ella.

Robert se había asombrado un poco de que, a pesar de todas las carreras de su huida, ella no se hubiese ido sola, sino que llevara consigo a la niña y a la anciana. Si se hubiese ido sola, le habría sido más fácil irse lejos.

Y cuando la duda venía otra vez en rescate de Alice, y él tambaleaba en

favor de ella, le informaron que había sido localizada en un bar, y arrestada de inmediato.

Eso lo desconcertaba aún más. Es decir, la imagen de una Alice hogareña, que en medio de sus problemas lo último que haría sería ir a un bar nocturno a divertirse, se desmoronaba cada vez más.

— ¿Emma? —preguntó él en un susurro lleno de incredulidad.

—La tía Alice no ha llegado —dijo la voz de la niña, que, a pesar de su edad, denotaba muy bien su preocupación—. Y la abuelita Ethel está muy mal. Ella...

— ¿Dónde están? —preguntó Robert prácticamente echando a correr. Se encaminaba al avión que lo llevaría a ver a Alice. Oh, tenía muchas preguntas que hacerle, y había pedido expresamente que nadie la viera, ni siquiera el abogado que el Estado pudiera conseguirle, hasta haber hablado con él.

—En un hotel —contestó Emma—. Me dijiste que si tenía problemas te podía llamar. Ya llamé a mi tía, pero no contesta su teléfono, y se está demorando mucho. La abuelita... le duele el pecho, está muy pálida. Se cayó al suelo y no se puede levantar—. Robert se detuvo entonces. Esto pintaba muy mal. Miró en derredor tratando de centrarse, y luego de respirar profundo, habló:

— ¿Estás hablando desde el teléfono del hotel? —la niña asintió con un susurro— ¿Sabes cómo se llama el hotel dónde están?

—Algo como... cama y desayuno... —Robert apretó sus labios. Así debían llamarse cientos de hoteles en Nueva York. Si Ethel se había desmayado, no le quedaba mucho tiempo, y él tardaría dos horas en llegar.

—Mira, linda...

—No abre los ojos —lloró Emma—, ¡no se levanta!

— ¡Escúchame, Emma! —exclamó Robert, hablándole fuerte para que la niña volviera a prestarle atención—. Vas a colgarme y a llamar al nueve once. Ellos sabrán dónde estás y te ayudarán.

—Pero tía nos dijo que no saliéramos de aquí.

—Si no haces lo que te digo, tu abuelita estará peor, muy enferma, Emma. No quieres eso, ¿verdad?

—Tengo miedo —lloró la niña—. Estoy muy asustada.

—No tengas miedo. Los médicos la cuidarán, y también cuidarán de ti. Yo estaré allí en un rato. Te buscaré y te cuidaré.

— ¿Y traerás a mi tía?

—Puedes apostar lo.

— ¿Lo prometes?

—Por mi vida. Ahora, cuelga el teléfono y llama de inmediato al nueve once —le dijo. La niña cortó la llamada, y Robert siguió su camino hacia el avión pensando en lo irónico que era todo esto.

Pero Emma no tenía la culpa de nada. No era culpable de tener un padre estafador y una tía engañosa. Los niños, como siempre, eran los más perjudicados. Él lo sabía mejor que nadie.

Debía reconocer que no había pensado mucho en ella desde que se había enterado de la verdad de Alice, o sus mentiras. Había estado centrado en ella, tratando de encajar todo lo que le había contado de su vida con lo que Mark había descubierto en su investigación, tratando de darle sentido.

A veces no lograba entender, le había costado aceptar lo que estaba ocurriendo. Se había tardado en mirar de cara la verdad, porque, tenía que aceptarlo, le asustaba.

Y aún a veces deseaba que todo fuera una mentira, que hubiese una explicación. Sólo que no tenía tanta imaginación como para idear una razón por la cual una mujer que tenía parentesco con alguien que ya había intentado robarle, y tratos con un sujeto que evidentemente era su enemigo, se infiltrara en su empresa, robara información, y luego de entrar a hurtadillas en la casa de sus padres, desapareciera sin dejar rastro.

Por más que quisiera seguir dándole el beneficio de la duda, había llegado el momento de aceptar su derrota: había sido engañado, se había cegado y había dejado de mirarla con ojos más objetivos. Se había enamorado y había confiado, cometiendo así un terrible error, esa era la respuesta.

Pero Emma lo necesitaba ahora. Ella todavía tenía el corazón puro, y estaba angustiada por su abuelita que estaba muy mal de salud.

Sólo esperaba que los paramédicos no llegaran demasiado tarde, o Emma tendría que cargar con un terrible trauma para el resto de su vida.

Pasada la media noche, Aidan recibió la llamada de su abogado, que le decía que no podía hablar con Alice sino hasta el día siguiente. Esto era muy extraño; por lo general, un abogado podía hablar con su defendido a la hora que quisiera, sobre todo porque ella acababa de ser arrestada, y estaba en una comisaría, no en una prisión.

Tuvo la tentación de llamar a Robert otra vez, pero se detuvo. Alice estaba en problemas, pero no debía comunicarse con él. Había llamado al número de su apartamento, a las oficinas, pero no estaba en ninguno de los dos, y debía

haber una razón muy fuerte para que ella le pidiese que no marcara a su número personal.

Llamó entonces a Jennifer.

No llamó a Jeremy, porque, si Alice consideraba inseguro que se comunicara con Robert, debía ser lo mismo para Jeremy, y Jennifer era cercana a Alice, según lo que había visto en la cena.

— ¿Hola? —contestó Jennifer con voz adormilada, y Aidan suspiró.

—Te habla Aidan, cuñada. Perdona que te llame tan tarde.

—Vaya... ¿Pasa algo? —preguntó ella, extrañada y sentándose en su cama.

—Sí, la verdad sí.

— ¿Estás bien? ¿Te ocurrió algo?

— ¿Quién es? —preguntó la voz de Jeremy, despertando también.

—Aidan —le contestó ella—. ¿Necesitas nuestra ayuda?

—Yo no. Es Alice. Me iba a ver con ella esta noche en un bar; me contactó y me citó allí de manera urgente, pero fue arrestada antes de que pudiéramos hablar.

—Oh...

— ¿Sabes lo que está ocurriendo? Ya puse un abogado para que la defendiera, pero no le han permitido entrevistarse con ella. ¿Está Robert involucrado en todo esto?

—Muy seguramente —contestó Jennifer endureciendo un poco su voz—. La arrestaron —le informó ella a su marido, y luego añadió—. No pareces sorprendido. ¿Ya lo sabías?

—Sí. Robert habló con sus amigos de la policía. Seguramente ya la localizaron, y la encerraron.

—Aidan —volvió a hablar Jennifer—, ¿es tu abogado duro de pelar?

—Bueno, fue el que llevó el caso de... el consumo de sustancias en la vía pública. Si logró sacarme a mí, seguro que puede con Alice, no importa lo grave que sea, él puede con eso.

—Dile que obtendrá una bonificación extra de parte mía si consigue sacarla mañana mismo.

—Jennifer, no sabes toda la historia —le dijo Jeremy—. Ella hizo algo malo de verdad.

—Pero tiene derecho a defenderse, a presentar sus descargos, su punto de vista. Robert no puede negarle ese derecho por muy molesto que esté y tenga toda la razón del mundo en estarlo. ¿Podemos viajar a Nueva York mañana temprano?

—Ella cometió su delito aquí en Chicago, así que lo más probable es que la trasladen.

—No estoy de acuerdo con lo que está sucediendo —dijo Jennifer—. Alice no me parece una mujer capaz de cometer... delitos. No uno grave, al menos.

—Ni a mí —dijo Aidan por teléfono—. Por eso le asigné a mi abogado. Si dejamos que tenga uno de oficio, la aplastarán.

—Hiciste bien. Llámame de nuevo si necesitas cualquier cosa.

—Está bien. Ah, otra cosa... no llamen a Roberta su teléfono.

— ¿Qué? —preguntó Jennifer un poco sorprendida, y al ver que Jeremy buscaba el número de Robert en el suyo, lo detuvo.

—Por alguna razón, Alice no confía en este medio de comunicación. Por eso te llamé a ti y no a Robert, o a Jeremy.

—Qué diablos. ¿Están siendo vigilados, o algo?

—Estoy diciéndote esto porque a pesar de que la conozco muy poco, creo que Alice tenía una razón muy fuerte para llamarme. Algo me iba a decir en ese bar que nadie puede escuchar. tengan cuidado, también.

Aidan cortó la llamada, y volvió a marcarle a su abogado, para pedirle que siguiera insistiendo, y hablarle de la bonificación de Jennifer. Había que usar todos los medios posibles para sacar a Alice de ese lugar.

Emma hizo lo que su tío Robert le había aconsejado. La abuela Ethel estaba en el suelo del baño, y aunque seguía consciente, le era imposible ponerse de pie. Se agarraba el brazo y el pecho como si le doliera mucho, y, en medio de lágrimas, la niña marcó el número de emergencias.

Con mucha paciencia, el agente que la atendía logró conseguir su ubicación, así que en pocos minutos estuvieron allí.

Ethel había sufrido un infarto, su condición era delicada, y empeoraba a cada segundo.

— ¿Hay alguien más con ustedes? —le preguntó uno de los paramédicos mirando la pequeña habitación mientras subían a Ethel a una camilla.

—Mi tía —contestó la niña—, pero ella salió y no ha regresado.

— ¿La llamaste?

—Sí, pero no contesta su teléfono.

—Ven con nosotros —le dijo el uniformado, y recordando que su tío Robert le había dicho que los médicos cuidarían de ella y de su abuela, la niña le extendió la mano al desconocido con la misma confianza con que se la hubiera dado a él.

Le dieron algo de comer y una frazada para que se recostara y durmiera en uno de los pasillos abarrotados de la sala de emergencias, pero no era capaz de cerrar sus ojos. Había muchos heridos en derredor, gente entrando y saliendo, se escuchaban las sirenas, camillas que eran trasladadas a las carreras a las salas de cirugía, y los quejidos de los pacientes que esperaban por atención.

Si cerraba los ojos, podía verlos en su mente también, así que simplemente se escondió tras una encimera tratando de cerrar sus oídos, con deseos de llorar, pero sabiendo que no debía hacerlo, porque no quería que luego su tía la viera así y se preocupara.

— ¿Emma Swanson? —oyó preguntar, y salió de debajo de su frazada para mirar. Pudo ver la espalda de Robert, que se hallaba de pie en la recepción de la sala de urgencias, y corrió a él y lo abrazó desde atrás.

— ¡Llegaste! —exclamó—. Al fin llegaste.

Robert la alzó en sus brazos, y la niña se enroscó a él con piernas y brazos dándole al fin rienda suelta a su llanto. Él la abrazó, acunándola en su hombro, diciéndole que todo estaría bien, consolándola y consintiéndola. La niña se aferraba a él con fuerza, como si fuera una roca y alrededor todo fuera tempestad.

Suspiró ante su confianza, y no pudo evitar conmoverse, así que le besó la mejilla y el cabello con besos muy sonoros.

—Has sido muy valiente —la alabó Robert acariciando su cabello con ternura—. Eres una guerrera, estoy muy orgulloso de ti—. La escuchó sorber sus mocos, y poco a poco se fue calmando, pero no se bajó de sus brazos aun cuando dejó de llorar.

Luego de firmar algunos papeles, pasar su tarjeta, otro papeleo más, y asegurarse de que Ethel fuera trasladada a una habitación privada y más cómoda, se llevó a la niña de allí. Llegaron al hotel donde antes habían estado hospedadas, y luego de pagar la cuenta, se llevó las pertenencias de cada una en una simple maleta, evidenciando así que habían salido de la casa sin empacar, ni recoger nada más que lo que tenían puesto.

Por unas pocas horas, estaría bien, pensó luego de preguntarse si necesitaría llevar a la niña de compras. Tal vez mañana mismo volvieran a Chicago.

Cuando iban en el taxi, intentó sacarle información a Emma, preguntarle qué había sucedido, qué habían estado haciendo los cinco días pasados, pero entonces descubrió que la niña se había dormido, agotada por las tensiones de

este largo día.

Sonrió acariciando su rubio cabello, y suspirando. Había pensado verse cuanto antes con Alice en la comisaría, pero Emma había echado a perder sus planes. Tendría que dejarlo para mañana, pues ahora, lo más importante era llevar a la niña a un lugar cómodo y seguro donde pudiera pasar la noche.

Las lágrimas de Alice se habían secado al fin. Vio la luz entrar por la estrecha claraboya de una de las paredes de la celda y supo que ya estaba amaneciendo.

Obviamente, había estado toda la noche en vela, preocupada por Emma y Ethel, y con la incertidumbre de cuánto tiempo estaría aquí. Había conseguido tranquilizarse cuando pensó en que, de todos modos, le asignarían un abogado de oficio, y podría contarle a éste acerca del par de personas que estaban a su cargo.

Y luego, no había podido dejar de preguntarse si acaso había sido Robert quien la metiera aquí. Tal vez se había enterado de todo, tal vez se había dado cuenta de que había estado entrando y saliendo de la casa de sus padres. Y seguro que la estaba odiando mucho, pensando lo peor de ella.

Cuando llegaba a este punto en sus pensamientos, el corazón se le encogía. Le daba mucho miedo que el jefe fuera a arremeter contra él, o contra Jeremy. La forma más efectiva para evitar que se enteraran de lo de sus padres y que iniciaran una nueva investigación que al fin los llevara a buen puerto sería eliminándolos, y eso la asustaba mucho.

Y también la estaba matando el haberlo perdido. Había sido lindo conocerlo, haber estado con él, haberlo amado. Pero lo había perdido; él jamás le perdonaría, no tenía dudas al respecto.

Cerró sus ojos sintiendo que las lágrimas volvían. Se encogió aún más en su rincón abrazándose las rodillas, intentando que su abrigo le cubriera las piernas, sintiendo mucho frío.

En Robert había encontrado muchas cosas que jamás tuvo en su vida. Era inevitable sentirse atraída a él casi en el sentido animal, y reír, bromear, y estar cerquita de él. Que te abrazara mientras dormías, y te consintiera luego, y te mirara con esos ojos azules sonrientes.

Se le calentaba el corazón sólo de recordarlo. Había sido lindo, pero destinado a no ser.

Y le estaba doliendo mucho más el recuerdo de estos días con él, que los años de relación que tuvo con su antiguo novio. Si se volvía una mujer

soñadora, podría evocarlo, imaginar que estaba aquí, que con sus fuertes brazos la rodeaba y espantaba el frío. Le transmitía seguridad y alivio, le decía que todo estaría bien...

Se escuchó un movimiento afuera, y levantó la cabeza, sólo para encontrar al hombre de sus pensamientos al otro lado de las rejas de hierro. Alto y rubio, con una fuerte presencia, imponente. Al verlo, se puso en pie lentamente, sintiendo el corazón saltar en su pecho, feliz sólo de poder verlo luego de tantos días sin él. ¡Él estaba aquí! Había llegado muy pronto, y, aunque seguramente la odiaba, tenía muchas cosas que decirle, tenía muchas cosas que aclararle.

Él la estaba mirando muy serio, con la decepción pintada en los ojos, con aspecto de no haber dormido bien, tampoco, y Alice corrió hasta los barrotes.

—Robert, puedo explicarte —fue lo primero que dijo, mirándolo con una súplica en los ojos—. Te lo diré todo, te lo contaré todo. Sé que me odias, que jamás me perdonarás, pero...

—En eso no te equivocas —dijo él con una voz varios tonos más grave de lo usual. Alice tragó saliva acusando el golpe, respiró profundo tratando de centrarse, y volvió a mirarlo.

—Emma está en problemas. Y Ethel... Por favor...

— ¿Te atreves a pedirme favores? —se burló él casi escupiendo las palabras.

— ¡No es para mí! —exclamó ella—. Están solas en un hotel, el Bed and Breakfast...

—No me interesa —la interrumpió él entre dientes—. No vine aquí a escucharte quejarte sino a aclararte un par de cosas.

—Robert, es Emma.

—La hija de Nathan Swanson, un hombre que intentó robarme y estafarme en el pasado. Tu hermanastro —ella lo miró con ojos grandes de asombro. Él había investigado, y había descubierto todo. Pero por supuesto, al desaparecer, fue eso lo primero que seguramente hizo. Ciertamente, un hombre como él tenía los medios, lo extraño era que no lo hubiese hecho antes—. Me lo ocultaste muy bien —siguió él aún con su dura mirada—. ¿Por qué, Alice? —ella no fue capaz de contestar nada en el momento, estaba aturdida, intentando procesar que él había obtenido toda esta información. Seguro que sabía todo, y eso la hizo sentirse mareada y cansada. Robert siguió: —Y también tienes tratos con un personaje como Brett Johnson —dijo—, un mafioso de poca monta, pero bastante peligroso—. Ella volvió a mirarlo, y los

ojos de él consiguieron asustarla, sobre todo cuando dijo: —Tu amante.

— ¿Qué? ¡No!

— ¿Emma le dice tío también a él?

— ¡No! —gritó Alice—. No, ¡eso no es cierto!

— ¿Y por qué te ves con él? Te viste con él en tu casa.

—No me vi con él. ¡Fue a mi casa a... amenazarme! ¡No tengo tratos con él, nunca lo había visto en mi vida!

—Lo viste, hablaste con él, y parecías muy cercana. Incluso Emma estaba allí contigo.

— ¡Estábamos afuera! —volvió a gritar ella—. No era un invitado, ni...

— ¿Y lo de Nathan tampoco es cierto? Y que entraste a mi empresa bajo circunstancias muy sospechosas...

—Oh, Robert. Yo...

— ¿Tú qué, Alice?

—Te lo contaré todo —lloró ella, sintiendo cómo otra vez las lágrimas le bajaban por las mejillas, aferrándose a los barrotes de hierro y sintiendo cómo su alma terminaba de hundirse en la desesperación—. Todo —siguió entre lágrimas—. Con todos los detalles que quieras, te lo juro. Sé... entiendo que no me perdonarás, ya me lo habías advertido, pero primero ayuda a Emma y a Ethel; ellas no tienen la culpa de nada, y dependen completamente de mí. Ethel no se ha sentido bien, y Emma es tan pequeñita, que me asusta lo que le pueda ocurrir.

—Lo siento. No pienso mover un dedo por ti.

—Por favor, Robert, te lo suplico.

—Por el contrario —siguió él—, vas a estar aquí mucho tiempo, me aseguraré de que te den tantos años de cárcel como pueda ser posible. Has allanado la casa de mis padres, y tú sabías cuán importante era eso para mí. Te aprovechaste de la confianza que te di y robaste las llaves y te metiste allí traicionándome, mofándote de mí.

—No era esa mi...

—Creí en ti. Creí que eras buena, que eras diferente. Me dije, Alice es especial, arriésgate, vuelve a amar a alguien. Vuelve a confiar en una mujer, ¡y tu único plan era obtener información, y unas llaves!

— ¡No!

—Yo lo habría dado todo por ti, lo estaba dando todo por ti, y no he hecho sino el ridículo. Metí en mi familia a una falsa y traicionera como tú...

—Oh, Robert ...

—Me has defraudado, Alice. Te has burlado de mí, y yo hago pagar muy caro a los que me traicionan—. Alice sintió que se ahogaría en sus propias lágrimas, y no pudiendo contenerse más, dio rienda suelta a su llanto. Estaba escuchando las palabras que sabía vendrían de él, pero una cosa era imaginarlo, y otra, vivirlo realmente. Con cada palabra, con cada frase, su corazón dolía, dolía demasiado.

Estaba ocurriendo lo que más temió. Tratando de proteger a su familia, lo había perdido todo; a ellas, a él, a sí misma.

¿De qué valía ya su vida? Había fallado en cada cosa que se había propuesto... Y sabía que él se encargaría de que le aplicaran el más duro castigo.

—No me llores —dijo él con voz dura—. No creo en tus lágrimas, no creo en tu palabra, ya nunca más me volverás a ver la cara de tonto. ¡Así que no llores! —Ella hubiese querido hacerle caso, pero no era capaz, y sólo lloraba y lloraba— ¿Y qué fue lo que robaste de la casa de mis padres? —preguntó él mirándola con más desprecio aún—. Porque además de traidora, falsa e infiel, eres una ladrona—. Era el momento de decirle todo, pero Alice no encontró siquiera la fuerza para levantar la cabeza y mirarlo—. Mentirosa —acusó Robert —, eres una gran mentirosa.

—Todo tiene una explicación —dijo entre el llanto—. Escúchame—. Ella extendió una mano hacia él, y cuando creyó que lo alcanzaría, él retiró la mano.

—No, que me ensucias —eso fue demasiado para ella. Incluso llegó a mirarse la mano para comprobar si de verdad estaba sucia. Alice entreabrió sus labios, pero no salió ningún sonido. Sólo sintió un enorme peso en su pecho, el alma resquebrajarse de dolor, y algo muy adentro resentirse, morirse, secarse.

Robert siguió hablando acerca del castigo que se merecía y recibiría, pero la cabeza de Alice ya no estaba aquí. Todo sonido parecía provenir de algún lejano túnel.

Logró calmar su llanto, respiró profundo muchas veces mientras lo oía, pero sin escuchar realmente. Se había hecho sorda a sus amenazas, a su odio. Estaba creando un escudo contra él y su ira.

—Sabía que no me perdonarías —dijo al fin, interrumpiéndolo en su larga perorata de amenazas y castigos—. Sabía que no tienes la suficiente humanidad para eso.

— ¿Que? —preguntó él frunciendo mucho el ceño. Ella ya no estaba

llorando, sino que lo miraba seria y furiosa.

—Sabía que esto sucedería, y si te das cuenta, si pensaras más claramente, te darías cuenta de que no te he pedido perdón ni una sola vez. No eres un hombre que pueda perdonar, eso ya lo sabía, pero pensé que al menos a Emma la sacarías de esto. Ahora pienso que también estaba equivocada con respecto a otras cosas acerca de ti.

—No te atrevas a decirme ese tipo de cosas. Eres tú la que entró con mentiras y falsedades a mi vida. Eres tú la que se metió a casa de mis padres a robar.

— ¡No sabes nada! —gritó Alice, y se pasó ambas manos por las mejillas y el pecho secando sus lágrimas, mirándolo con dientes apretados—. ¡No sabes nada de mí!

— ¿Y acaso me lo contaste alguna vez?

— ¿Cómo habrías reaccionado acaso si te cuento que Nathan era hijo de la segunda esposa de papá? ¿No me habrías echado de tu empresa y de tu vida de inmediato?

—Al principio, sí, pero...

— ¿Acaso crees que no sé de tu poca capacidad de perdón? ¿Me diste alguna vez una muestra de que podrías comprender, aceptar, o perdonar? ¡No! Sigues siendo el maldito ogro de antes, profiriendo amenazas, prefiriendo dejar a una niña sola que no tiene nada que ver en todo esto sólo porque me odias a mí, ¡para castigarme a mí!

—Típico. Ahora dirás que todo es mi culpa.

— ¡En parte sí! —volvió a gritar ella, pero la voz se le quebró—. Si me escucharas...

—Te escucharé en los tribunales.

—No, Robert. ¡Robert!

—Ya no quiero saber más nada de ti. ¿Poca capacidad de perdón? Debiste pensarlo, y detenerte cuando aún tenías oportunidad, ahora es demasiado tarde.

—No, no. ¡Escúchame!

—Desapareceré de tu vida, y no volveré a pensar en ti, pero tú, encerrada en una celda, seguro que te acordarás de mí por el resto de tu vida.

—No —volvió a llorar ella—. No me importa lo que me pase, pero... ¿Robert? —él se había dado la vuelta, y se alejaba por el pasillo. Pronto, ya no pudo verlo—. ¡Robert! —gritó. Lo llamó muchas veces más, pero él no volvió.

No podía ser. No podía ser.

No la había dejado hablar, no había podido explicarle nada. Estaba tan lleno de odio que no la escucharía jamás. ¿Qué iba a hacer? Y Emma y Ethel seguían solas en ese hotel, y ella aquí, y ahora era seguro que la encerrarían. ¿Por cuánto tiempo? ¿Días, semanas, meses, años? ¿Qué sería de ellas?

— ¡Robert! —volvió a llamar.

Se dejó caer en el suelo, sintiendo náuseas, y tuvo que hacer mucho esfuerzo para no devolver el estómago. Era el miedo, el terror. Robert Blackwell se había convertido en su enemigo, su peor pesadilla, cuando antes los momentos con él fueron algo mejor que un sueño.

Dejó salir un quejido muy hondo, muy profundo.

Ya no podía más, y lo peor, era que ni siquiera podía desear la muerte. Parecía que toda su vida había sido diseñada para llegar aquí, a este momento tan horrible.

Lloró cuando se dio cuenta de que ella, en el fondo, había tenido la esperanza de que él le diera chance de explicarse. Había sido un hombre tierno y bueno en el pasado, había podido conversar con él de muchas cosas. Había llegado a ser un amigo.

Sí, había creído que, si bien la odiaba a ella, al menos a Emma la exoneraría de su furia. Había creído que de verdad tenía un sentimiento por los niños, había tenido esta ilusión.

Pero no, no era así. Después de todo, Robert Blackwell no tenía tanto en su corazón, y ella lo había amado por esos pequeños detalles que ahora se estaban cayendo como una triste fachada.

No era como había deseado desde lo profundo de su corazón. Él también la había defraudado a ella.

*Perdido entre mis sombras, buscando sólo para hallar
Que los que sueñan son ingenuos, el destino es incierto
Me he cansado de pedir, de rogar y de soñar
Todo sería en vano, porque mi cielo ha muerto*

Robert se alejó del pasillo que conducía a la salida y se recostó a una pared desde donde sabía que ella no lo podía ver.

Sentía el pecho pesado, y nada de fuerza en los brazos.

La escuchó llorar, llamarlo, y tuvo que apretar sus puños para no volver allí y verla de nuevo; que desfallecía por el deseo de oírla decir que todo era una mentira, y decirle a su vez que lo perdonara, que lo cierto era que Robert Blackwell sólo era un idiota enamorado y muerto de miedo, aterido por el pánico. Ya estaba sufriendo, ya le dolía el alma, y reunir fuerza de voluntad para mantenerse en su postura le estaba robando toda la energía.

Qué tentación tan grande seguir escuchando sus mentiras. Él quería oírlas, como aquel marinero que deseaba escuchar el canto de las sirenas, aunque sabía que eso lo llevaría a su propia perdición.

Por eso había decidido cortar con todo aquí, darle a entender que no podría volver a engañarlo, la había descubierto para siempre.

Su teléfono vibró, devolviéndolo poco a poco a la realidad. Miró la pantalla, dándose cuenta de que era Jeremy, pero lo ignoró. No quería hablar ahora mismo con nadie.

Se estuvo allí varios minutos escuchándola llorar.

¿Por qué no le había dicho lo de Emma? No se lo podía explicar, pero todo el tiempo que estuvo frente a ella tuvo miedo, miedo de ser débil, de transigir si acaso le pedía que la sacara de allí, de ceder si lo miraba con esos bonitos ojos llenos de lágrimas. Él habría caído de una vez si acaso llegaba a ablandarse.

Había tenido que ser fuerte, duro, todo lo duro que había podido, y ponerse a salvo.

Ella dejó de llorar de repente, como si de repente hubiesen cerrado la fuente de sus lágrimas, como si sólo lo hubiese hecho para que la escucharan. No había bajado a sollozos y suspiros, no. El llanto había parado de repente.

Cerró sus ojos sintiéndose tan mal, tan tonto por quererla tanto. Porque aún

la quería. Si hubiese una razón por la que pudiera perdonarla y volver con ella, lo haría, lo haría feliz y bailando en un pie, pero nada que aparecía esa razón, y no confiaba en su criterio para escucharla directamente de ella.

Levantó la mirada y se enderezó respirando profundo varias veces. No podía quedarse aquí todo el día, tenía mucho que hacer.

Se alejó de la pared en la que había estado recostado y salió al área de oficinas de la comisaría. Cuando vio a Aidan allí, se sorprendió mucho, y casi corrió a él.

— ¿Qué haces aquí? —Aidan lo miró también sorprendido. Llevaba la misma ropa que anoche, y se le notaba que tampoco había dormido. Aunque él estaba más acostumbrado a trasnochar.

—Vine a... Dios, fuiste tú —dijo Aidan señalándolo con un dedo.

— ¿Yo, qué?

—Tú estás metido en esto. Hiciste que encerraran a Alice.

— ¿Cómo lo sabes?

—Diablos, Robert. ¿Qué hiciste? ¿Por qué le estás haciendo esto?

— ¿Cómo es que estás enterado de lo que está sucediendo? —Aidan se cruzó de brazos y lo miró con reprobación.

—Alice me citó anoche para hablar de algo extremadamente delicado y urgente —le dijo—. Me pidió que no me contactara contigo, porque no era seguro, pero que era vital que estuviese allí, y cuando llegué, ¡estaba siendo arrestada! Tenía razón, fuiste tú, ¡la metiste en problemas!

—Se nota que no la conoces nada. La que se metió en problemas fue ella sola. ¿Y por qué te buscó a ti, en todo caso?

— ¡Porque tú no podías saber nada! Algo muy grave ocurrió y corrió a Nueva York. Tu teléfono no es seguro, ni lo era el de ella, según lo que entendí —Robert lo miró confundido, y elevó su teléfono como si en la pantalla pudiese encontrar la respuesta—. ¿De qué la estás acusando, de todos modos? —preguntó Aidan— ¿Por qué la metiste aquí? Haz algo de una vez y retira los cargos que tienes contra ella.

—No lo haré. Por el contrario, la llevaré a prisión.

—Robert, ¡por favor!

—No, no te metas en esto. No tienes ni idea de lo que esta mujer hizo.

—Entonces, dime. ¿Qué hizo!

—Robó algo de la casa de papá y mamá.

— ¿Qué? —preguntó Aidan abriendo grandes los ojos, muy sorprendido. Incluso dio un paso atrás—. ¿Qué estás diciendo?

—Era una espía en mi empresa; entró para robar información, y me usó para llegar a la casa de papá y mamá. Aún no sé qué sacó de allí, pero mis abogados lo averiguarán y lo recuperarán. La tendré encerrada mientras eso sucede.

—Legalmente, no podrás hacerlo.

—Tengo suficientes amigos como para saltarme la legalidad.

—Podría demandarte por...

—Ella me robó algo —dijo Robert entre dientes—. Robó algo de papá y mamá, y tuvo que ser algo demasiado bueno o importante, porque cuando lo consiguió, huyó. Por eso está aquí, por eso le quiero hacer pagar. Nadie se mete con mis padres, ni con su memoria, Aidan.

—Acabas de hablar con ella. ¿No le preguntaste qué es eso que se llevó? —Robert apretó sus dientes y miró a otro lado. No, ella no le había dicho nada. Pero tampoco habían podido tener una conversación normal—. Alice me escribió —le volvió a decir Aidan respirando profundo, articulando sus palabras con lentitud como si de otra manera él no pudiera comprender—. Me dijo que era un asunto muy delicado, algo que te involucraba a ti, a la empresa, a todos; que fuera a verla. La noté muy asustada, y agobiada, pero a pesar de que le pregunté qué era lo que ocurría, me dijo que debíamos vernos personalmente, así que le hice caso. Pero no pude enterarme de qué pasaba, porque antes de que yo llegara, fue arrestada.

—Ella siente debilidad por ti, a lo mejor...

— ¡No seas ciego! —exclamó Aidan mirándolo furioso y atrayendo un poco la mirada de los agentes que ya estaban en sus lugares de trabajo. Fue bastante extraño que Aidan lo tratara así; él siempre se tomaba todo con humor, con una sonrisa—. ¿Debilidad por mí? ¡Eres estúpido o qué! Si me buscó a mí, era porque no tenía más opciones. ¡Esa mujer no tiene ojos sino para ti! —Robert cerró sus ojos y giró su cabeza para otro lado, como si no quisiera escucharlo.

—Entonces —dijo—, ¿por qué te buscó a ti estando tan lejos? Pudo haber...

—Qué poco conoces a las personas; sólo te centras en lo que te ocurre a ti y lo que sufres tú. ¿Por qué, por una vez, no te pones en sus zapatos y tratas de ver las cosas desde otra perspectiva?

— ¡Y qué quieres que piense! Todas las evidencias muestran que...

—No digas que es una traidora. Si su intención hubiese sido de verdad

traicionarte, no me habría llamado, no me habría buscado cuando sabe muy bien que todo lo que habláramos te lo habría dicho a ti. ¿Por qué no tratas de ver las cosas desde otro ángulo?

—¿De verdad quieres que sea un estúpido y ciego de amor?

— ¿Tú cegarte por amor? ¿Eres capaz de sentir eso acaso?

—Mira, Aidan...

— ¡La dejaste sola! —volvió a exclamar Aidan—. Vienes de verla, ¡pero imagino que todo lo que dijiste fue para hundirla más en su miseria! ¡Te desconozco! No eres el hijo mayor de mamá, ella no te crio así, eres todo lo opuesto que ella alguna vez quiso en ti.

— ¡Aidan!

—Ya hablé con Jennifer —dijo él—. Si tenemos que unirnos contra ti, lo haremos. No la conozco, sólo traté con ella un par de veces, pero le creo. Alice no es una traidora; si sacó algo de casa de papá y mamá, entonces su intención era hacértelo llegar a través de mí, ¿o también dudas de mí?

—No se trata de eso.

—Si su intención hubiese sido huir de ti, no me habría buscado. Piénsalo; tal vez la has juzgado muy mal, y de ser así, ella tendrá toda la razón del mundo para no querer volver a hablarte—. Robert se pasó la mano por la cara lleno de desesperación. Aidan lo dejó y se encaminó a los pasillos por los que él había venido.

Aidan tenía fe en Alice. Le creía.

Y ahora él se estaba haciendo muchas preguntas.

Aidan encontró a Alice en el suelo, recostada en los barrotes y luchando para respirar.

Corrió a ella y le levantó el rostro, pero no estaba desmayada, sólo aturdida.

— ¡Alice! —la llamó, y ella movió sus ojos para mirarlo—. ¿Estás bien? ¿Necesitas un médico?

—Aidan, estás aquí —dijo ella levantándose apoyándose en los barrotes y con cierta dificultad.

—Sí, he venido a verte. Mi abogado ya está trabajando en tu caso fuertemente, todo estará bien.

—No, las cosas no están bien. Emma está sola, Ethel se estaba sintiendo mal...

— ¿Quiénes?

—Mi sobrina... y Ethel, su abuela. Tienes que encontrarlas, Aidan.

—Está bien, pero tenemos que hablar.

—No, no. Ellas son más importantes. Emma sólo tiene siete años, está muy pequeña, y Ethel demasiado vieja; ninguna de las dos puede valerse por sí misma. Primero ellas, te lo ruego —Alice sacó sus brazos por los barrotes para alcanzar a Aidan, pero cuando estuvo a punto de tocarlo, se detuvo con el recuerdo de Robert diciéndole que no lo tocara, porque lo ensuciaba. Las lágrimas volvieron, pero tragó saliva y se contuvo—. Ve a buscarlas, te estaré en deuda toda mi vida. Diles que... que todo estará bien. Si preguntan por mí...

—Dime dónde están —Alice le dio el nombre del hotel en el que habían estado, apremiándolo para que fuera por ellas—. Debes tranquilizarte —le dijo Aidan—. Debes poner de tu parte. No te preocupes por nada; no estás sola. Tal vez hoy mismo estés afuera—. Los ojos de ella volvieron a llenarse de lágrimas, y Aidan apretó fuerte sus manos tratando de transmitirle seguridad—. Te sacaremos de aquí —le dijo, y salió de inmediato de la comisaría.

Alice se aferró a la reja respirando profundo. Por fin, por fin había podido enviar ayuda. Ya podía descansar.

Se sentó en el banco que había a un lado y respiró profundo varias veces.

Aidan dijo que la ayudaría. No sabía si sería suficiente contra Robert, pero al menos tenía algo. Hubiese sido mejor que anoche pudiesen hablar, pero así estaban las cosas.

Se dejó caer hacia un lado sintiendo de repente todo su cuerpo adolorido. Podía confiar en Aidan, él se encargaría de que nada malo le pasara a la niña y a la anciana.

—Alice Palmer tiene un abogado que la está defendiendo —informó Charles Young, uno de los abogados que desde hacía años representaba a los Blackwell en los asuntos más engorrosos de su trabajo. Solían salirse siempre con la suya, pues tenían esa habilidad de hallar vacíos en la ley donde podían armar todo un castillo cuando antes no había nada.

Al oírlo, Robert tragó saliva. Desde que había hablado con Aidan, algo estaba gritando en su interior.

Reconocía que era, era la parte de su alma que había dado a Alice el beneficio de la duda hasta último momento. Creía que la había apagado con todas las evidencias que tenía contra ella, pero ahora había vuelto.

—Me han dicho que, si no desistimos de tener a la mujer encerrada, pondrán una demanda contra nosotros. Se han atrevido a mencionar la violación a sus derechos—. Robert siguió en silencio, con un nudo en la garganta, y la mente en otro lado.

¿Por qué se había reunido con Aidan? ¿De verdad pensaba contarle algo importante? ¿Por qué no le había dicho a él directamente? ¿Tan imposible era hablarle?

¿Tenía que ver algo con él? ¿O era algo de fuerza mayor?

Aidan no estaba al otro lado de la cuadra; Alice había viajado doce horas en bus para ir a verlo. Eso indicaba que ella prefería contarle lo que le ocurría a alguien casi inaccesible en vez de a él, que sólo era llamarlo, o citarlo en cualquier lugar y decirle lo que estaba pasando.

Si algo malo estaba ocurriendo, le podría haber enviado un mail, un mensaje, o simplemente, esperar hasta que llegara, y personalmente, contarle todo. Él la habría ayudado si acaso algo malo estaba sucediendo.

Si era el mismo Brett quien la orillaba a hacer algo malo, la habría defendido, pero él no era adivino, y no tenía manera de saber lo que estaba ocurriendo.

Todo esto, en caso de que no fuera mentira, y una trampa suya, confabulada con ese imbécil.

No, no. Alice con ese hombre, no...

—Detengan todo —le dijo a Young.

—¿Qué? —preguntó el abogado algo sorprendido—. Si detenemos todo el proceso, ella saldrá libre en menos de una hora.

—Que así sea —suspiró Robert, y cortó la llamada.

Subió el ascensor que lo llevaría a su habitación sin dejar de pensar, y tomó el teléfono para llamar a Jeremy.

—Al fin te comunicas. ¿Cómo están las cosas con los socios?

—¿Los socios? —preguntó Robert, extrañado. Jeremy sabía exactamente qué estaba ocurriendo aquí.

—Jennifer está un poco inquieta con esa negociación. Dice que, si no sale a pedir de boca, ella misma irá a ocuparse del asunto.

—Jennifer no tiene nada que hacer aquí.

—Oh, no metas la pata entonces con los socios, ya sabes que está muy interesada en ese negocio.

—¿Qué diablos? —Jeremy colgó la llamada, y Robert miró su teléfono muy extrañado. Él nunca se comportaba así, casi estaba hablando disparates.

A menos que estuviera usando un lenguaje clave para hacerle llegar un mensaje.

A su mente llegó entonces algo que Aidan había dicho: “Tu teléfono no es seguro”.

—Qué diablos —volvió a preguntarse, y guardó el aparato en un bolsillo entrando a su habitación de hotel.

Allí vio a Emma, que estaba sentada en el sofá de la pequeña sala. Se había dado un baño y ahora lucía una enorme bata de hotel. Parecía un poco perdida en los metros de tela, y además se había envuelto el cabello en otra toalla.

Al verlo, se puso en pie y lo miró expectante, como si esperara que tras él viniera su tía.

—¿Has comido? —la niña asintió tratando de disimular su decepción al ver que él había venido solo—. Ve, ponte algo de ropa, vamos a...

—No tengo ropa —dijo—. Tocaba lavarla anoche, pero abuelita Ethel... se puso mal.

—Entonces nos iremos de compras. Ponte lo que tengas, así esté sucio—. La niña lo miró con dudas—. Vamos, no voy a salir corriendo si acaso huele un poco —ella al fin sonrió, y caminó a la habitación donde había dormido anoche. Había sido ella quien ocupara la enorme cama King size. Él había estado ocupado toda la noche.

Levantó el teléfono del hotel y marcó a la casa de su hermano. Seguro que aún estaba allí a esta hora.

—Qué pronto has entendido el mensaje —dijo Jeremy por todo saludo.

—¿Qué significa todo esto?

—Ni tu teléfono, ni el mío, son seguros.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, pero por si acaso llegase a ser cierto, hay que tomar medidas.

—¿Quién podría tenerlo intervenido?

—¿Las personas que hicieron que Alice entrara a la empresa para robar información? —Robert frunció el ceño y se recostó en el sillón respirando profundo—. Ella no trabaja sola —aseguró Jeremy—, eso es evidente. Sea obligada o por voluntad propia, Alice trabaja para alguien; ese alguien quiere algo de nosotros y se ha tomado muchas molestias en conseguirlo; no sería nada extraño que hubiese conseguido intervenir nuestros teléfonos. Aidan nos llamó en la madrugada para pedirnos que no te llamáramos a tu teléfono personal.

—Aidan está muy involucrado en todo esto.

—No te opongas a eso. Él está siguiendo una corazonada.

—¿Y Jennifer?

—Ya sabes cuál es su posición, y no puedes juzgarla.

—¿Crees que pueda ser verdad? Todo lo que dicen, que Alice no pretendía... Que es inocente, o que por lo menos... tiene una razón.

—No lo sé. Me pareció una buena muchacha, pero no la conocí bien. Tú sí. eres tú quien debería decirme a mí si en verdad ella es capaz de hacer todo lo que dicen que hizo.

—Ese es el problema, Jay. No me puedo fiar de mi propio criterio. Si ella es culpable... debe ser castigada, de alguna manera, pues se metió en algo que para mí es sagrado. Y si no...

—Si no es culpable, si tiene una razón para hacer lo que hizo, le deberemos una disculpa —Robert guardó silencio, y Jeremy sonrió—. No me digas que hiciste algo irremediable—. Robert apretó los dientes y miró a otro lado sin contestar, y escuchó a su hermano suspirar—. Tu revisaste la casa, y viste que no faltaba nada de valor.

—Pero ella tomó algo, estoy seguro.

—No tienes pruebas, más que la imagen suya entrando y saliendo de la casa. No te mandan a la cárcel por allanamiento de morada; si acaso, pagas una fianza y sales, pero tú has usado tus influencias y la has tenido encerrada toda la noche, y se te puede volver contra ti. Que ella haya llamado a Aidan es muestra de que su intención no era mala. Tarde o temprano, nosotros nos habríamos terminado enterando de todo.

—No sé, Jeremy, no sé...

—Si no sabes, vas a tener que dejar de pensar con la cabeza y hacerlo más... con el corazón.

—No me jodas.

—Te lo dice una persona que en un punto dado pensó lo peor de la mujer que amaba, y que, sin embargo, quiso seguir adelante con ella, porque había una duda.

—Ella era tu esposa, Alice...

—Estás tan casado con Alice como yo con Jennifer. Así que espera, no tomes decisiones precipitadas. Y, ante todo, por Dios, ponte una mordaza y escúchala hasta el final. Podrías llevarte sorpresas.

Jeremy cortó la llamada y Robert se quedó allí, en el sillón, sintiéndose muy cansado. No había dormido nada, y ver a Alice lo había dejado exhausto.

Pero al cerrar los ojos, lo único que podía ver y escuchar era a Alice, a Alice pidiéndole por Emma y Ethel, llorando, negando sus acusaciones.

Ella sólo había negado una cosa, recordó. Sólo había negado el ser amante de Brett. En cuanto a lo demás, le había dicho que se lo contaría. Con todos los detalles, había dicho.

Abrió los ojos y vio a Emma delante de él con un pequeño y sencillo vestido azul y su abrigo en la mano.

—No sé peinarme —dijo enseñándole un lazo y una peineta en su mano, y Robert sonrió extendiendo a ella la suya. La puso frente a él para desenredarle y atarle el cabello.

La niña tenía el cabello algo ensortijado en las puntas, muy rubio, y bastante fácil de peinar. Se sentía extraño estar peinando a una niña, pero ella no parecía incómoda con eso.

— ¿Te puedo hacer una pregunta? —le dijo él tratando de recoger todo el volumen de su cabello en su coronilla. La niña asintió moviendo su cabeza—. ¿Sabes quién era ese hombre que fue a la casa de tu tía?

— ¿Qué hombre?

—Un hombre de abrigo rojo, pelo sucio. Besó a tu tía en la puerta de la casa—. Emma se giró a mirarlo, y todo el trabajo que le había costado recogerle el cabello se perdió cuando lo miró de frente.

—Es un hombre malo —dijo la niña con ojos llenos de aprensión—. Le dijo cosas feas a mi tía. Ella me dijo que no saliera de casa, pero me dio miedo, así que fui con ella.

— ¿El hombre te da miedo? Pero, ¿no es un amigo? —Emma agitó su cabeza negando más aterrorizada aún—. ¿Recuerdas qué le dijo a tu tía esa vez?

—Cosas feas —volvió a decir la niña. Frunció su delicado ceño tratando de recordar, u organizar sus ideas, y en el proceso, Robert notó que Emma se acercaba más a él, como si el sólo recordarlo le hiciera sentirse en peligro. Y cuando ya pensó que la niña no diría nada más, ella añadió: —Le dijo que caminara recto, y que le consiguiera ese papel.

— ¿Ese papel? —Emma asintió. Robert se humedeció los labios y tomó a la niña por los brazos.

— ¿Qué papel? ¿Lo sabes? —Emma meneó su cabeza negando—. ¿No dijo nada más?

—Que la vida no le iba a alcanzar —siguió Emma esforzándose por hacer memoria, y ahora Robert frunció el ceño. Eso tenía pinta de amenaza—. Y

también le dijo dulzura.

— ¿Dulzura? ¿Por qué le dijo dulzura? ¿Por qué se besaron? —Emma lo miró confundida, con asco.

—No se besaron. Mi tía sólo te besa a ti —dijo. Robert cerró sus ojos. Aquella voz que gritaba, ahora daba alaridos dentro de su ser.

Podía ser que ella dijera la verdad, gritaba esa voz. Podía, de verdad, tener una razón para todo.

Cautela, se dijo. Ve despacio.

— ¿No te pareció extraño que salieran de viaje así de repente? —preguntó él dándole la vuelta a la niña para seguir en la tarea de atar su cabello.

—Ella dijo que estaríamos bien. Nunca salimos de viaje.

— ¿Y no te parecía que estaba asustada, o algo? —Emma asintió moviendo su cabeza.

—Pero no le pregunté —dijo—, porque no le gusta que la vea llorando—. Eso era una respuesta en sí misma, y Robert pasó saliva.

Luego de peinar a Emma con un simple moño en lo alto de su cabeza, muy parecido a sus propios moños cuando se recogía el cabello, salió con ella y desayunaron juntos, y entre bocado y bocado, logró sacarle más información a la niña.

Tal como había dicho Mark, Alice había ido al colegio por ella y de ahí se habían dirigido a una terminal de transporte, después había llegado Ethel con algo de ropa en un bolso no demasiado grande, y que contenía un cambio de ropa para las tres.

Luego de comer, la llevó a las tiendas y le compró ropa, tal vez demasiada, y Emma pareció olvidar momentáneamente todos sus problemas. Era una virtud ser una niña todavía, pensó Robert con una sonrisa, y la llevó luego al hospital a ver a Ethel.

Ella seguía delicada de salud, y no despertó durante el tiempo que estuvieron con ella, pero los médicos aseguraron que estaba mostrando buenos signos. No era seguro trasladarla ahora, así que debía permanecer aquí.

Así que, si Alice salía hoy de la comisaría de policía, no podría volver a Chicago, pues Ethel tendría que permanecer en Nueva York.

—De ahora en adelante —le dijo Roberta Young, su abogado—, llámame a este número —hubo un corto silencio, luego del cual, Young contestó:

—De acuerdo.

Se había comprado un nuevo aparato con un número diferente. Seguía

recibiendo llamadas desde el otro, pero por si las dudas, mejor tomaba precauciones.

Su primera tarea había sido llamar a Jeremy y notificarle, y éste le había dicho, a su vez, que estaba planeando irse con Jennifer a Nueva York para verificar cómo iban las cosas.

—No es necesario —le dijo Robert con voz cansada—. Es probable que en las siguientes horas ella salga libre.

—Y... exonerada de todos los cargos, imagino, o libre de investigaciones.

—Eso no te lo puedo prometer. Aún debo saber quién está detrás de todo esto.

Jeremy no había agregado nada, y había cortado la llamada. Ahora, Young le informaba que Alice estaba siendo liberada en el momento mismo en que hablaban.

Marcó el número de Aidan, quien le informó que estaba en la comisaría esperando por la liberación de Alice.

—Estoy algo preocupado —le comentó Aidan—. Alice me pidió localizar a dos personas, pero no me ha sido posible...

—Están conmigo —le contestó Robert.

—¿Sabes de quién te hablo?

—De Emma y Ethel. Las dos están bajo mi cuidado—. Aidan guardó silencio por un momento, un poco sorprendido. Su hermano era bastante contradictorio a veces.

—Ella está desesperada por saber cómo están, y en cuanto salga, querrá verlas.

—Por supuesto. Tráela al hotel donde estoy hospedado para que recoja a su sobrina. Llevarse a la anciana va a ser un poco más complicado, ya que está en un hospital.

—Mierda.

—Pudo ser peor —dijo Robert, simplemente, y siguió hablando con su hermano los detalles de la entrega de la niña.

Por lo menos, se dijo, una de sus pesadillas terminaría, y Emma volvería con ella. Se daría cuenta de que le había mentado, de que en verdad había ayudado a su sobrina incluso antes de que se lo pidiera, pero no le importaba. El cariño que tenía a Emma era muy independiente de los sentimientos por su tía.

Y ahora tenía más que hacer todavía.

Su siguiente paso fue llamar a Mark Andrews para empezar a investigar a

Brett Johnson. Tenía varias deudas que hacerle pagar a ese sujeto.

*Siempre he estado mirando la vida desde la orilla
Viendo pasar las cosas sin mucha esperanza
Pero me pregunto qué hubiera pasado
Si por ti al mundo real yo me hubiera lanzado*

Alice salió al fin de esa horrible y fría celda.

Afuera la esperaba Aidan, y ella le dio un corto abrazo de agradecimiento, luego del cual, le preguntó:

— ¿Localizaste a Emma y a Ethel? —Aidan asintió mirándola con labios apretados, lo que hizo que Alice se asustara un poco.

— ¿Están bien? Por favor, dímelo.

—Tengo buenas y malas noticias —dijo Aidan conduciéndola a su auto.

El día estaba bastante frío, y algo ventoso. Alice se arrebujó un poco en su abrigo, y esperaron hasta estar dentro del auto para volver a preguntarle. Aidan se sentó con ella en la parte de atrás, un hombre que debía ser su chofer, o su guardaespaldas, conducía.

—Ethel no está bien —le informó Aidan, y antes de que Alice empezara a angustiarse, añadió: —No tienes que preocuparte demasiado; ya está siendo muy bien atendida en un buen hospital —y luego de una pausa, añadió: —Tuvo un infarto.

—Dios mío —dijo Alice cubriéndose la boca con ambas manos y mirándolo con ojos grandes de preocupación.

—Pero es fuerte. Los médicos aseguran que está estable. Sin embargo, no podrás llevártela; no es recomendable moverla.

— ¿Y Emma?

—La niña está bien.

— ¿Dónde está?

—Iremos a verla ya mismo.

— ¿Dónde estuvo todas estas horas? —Aidan la miró de reojo y luego de hacer una extraña mueca, dijo:

—Robert se hizo cargo de ella—. Alice frunció el ceño.

—No es cierto. Él no... Hablé con él esta mañana, y dijo que no lo haría.

—Alice...

—Dijo que no le interesaba. Emma es la hija de alguien que lo traicionó.

—Te mintió.

— ¿Por qué mentiría? ¿Estás seguro de lo que me dices?

—Emma está ahora mismo con él—. Alice siguió mirándolo con incredulidad, y el auto fue avanzando a través de la ventisca.

A cada metro que se acercaban del lugar de destino, Alice no podía sino imaginar que todo era un error. Robert había sido muy tajante cuando se negó a ayudarla, y eso le había dolido mucho. Todas las imágenes de su cabeza donde él y Emma hablaban, reían, ponían los platos para servir una cena y lavaban los platos juntos, habían tenido que ser reevaluados, porque lo había considerado falso.

Y ahora ya no.

¿Qué le estaba pasando a Robert Blackwell?

Llegaron a un hotel muy lujoso, y apenas entrar, Alice escuchó el grito que tanto había deseado, el de su sobrina saludándola.

Alice se agachó frente a ella y la abrazó con fuerza. Otra vez se puso a llorar, pero esta vez, de alivio. Levantó la mirada y miró a Robert. Él no se había acercado, sólo la miraba desde el otro lado del lobby del hotel, con sus brazos cruzados y algo ceñudo. Aidan había ido a recoger una pequeña maleta de colores que parecía pertenecer a Emma, pero la atención de Alice estaba puesta en el hombre rubio de cabello largo y fuertes brazos cruzados sobre su pecho.

— ¿Estás bien? —le preguntó Alice a Emma volviendo a centrarse en ella —, ¿ya comiste?

—Tío Robert me llevó de compras y ahora tengo mucha ropa. También comimos cruasanes en un restaurante muy bonito.

— ¿Por qué estás con él? —Emma la miró un poco confundida—. ¿Cómo te encontró? Estabas en el hotel, y nadie más lo sabía.

—Ah... Es que anoche... —le contestó la niña en voz baja y algo apagada — cuando abuelita Ethel se puso mal... yo... lo llamé.

— ¿A su teléfono? —preguntó Alice un poco nerviosa. Emma asintió con un movimiento de cabeza—. ¿Y él fue a verte desde Chicago?

—Me dijo que llamara a emergencias, y luego fue a buscarme al hospital —. Alice no asimilaba del todo lo que su sobrina le quería decir, pero miró de nuevo a Robert, sin embargo, él ya no estaba allí, se había dado la vuelta y caminaba a los ascensores—. ¡Tío Robert! —lo llamó la niña, y él se detuvo. Emma se acercó a él y lo abrazó despidiéndose. Alice vio a Robert sonreírle y darle un beso en la cabeza, y algo le dolió dentro.

Él le había mentido. Sí había ayudado a Emma. Si lo que la niña y Aidan decían era correcto, él había ido por ella anoche mismo, y desde entonces había estado bajo su cuidado. Así que, cuando fue a verla a la celda esta mañana y le dijo que no le interesaba lo que pasara con Emma o Ethel, estaba mintiendo.

¿Por qué?

Porque la odiaba, claro, se contestó a sí misma. Sabía que Emma era su punto débil, y había querido herirla haciéndole pensar que la niña se hallaba abandonada a su suerte.

Se le formó un doloroso nudo en la garganta al pensarlo. En el corto tiempo que habían estado juntos, que fue más bien fugaz, había pensado que él sentía algo por ella, que había un sentimiento. Se lo había creído, sobre todo, cuando él dijo que podían llegar a amarse.

Pero no era cierto. No podía serlo. Un hombre que ama, no le hace daño adrede a su ser amado. No planea para destruirle, no llega hasta el extremo para hacerle sentir lo peor, y eso había hecho él con ella encerrándola y yendo hasta donde estaba para lastimarla con sus horribles palabras.

No le quitaba su derecho a estar molesto, pero el alma le dolía, porque cada palabra que él había dicho, se había grabado a fuego en ella.

Sin embargo, se acercó a él, notando que la miraba con recelo.

—Gracias por...

—Lo hice por Emma —atajó él en tono seco. Alice tragó saliva asintiendo.

—Sí, sí... —Ella iba a agregar algo más, pero Robert le dio la espalda y caminó a los ascensores. Alice lo miró molesta, confundida, dolida. Sí, lo había hecho por Emma; a ella, en cambio, seguía odiándola.

Pues bien. A ella no le interesaba mucho lo que pensara.

Se dio la vuelta y secó disimuladamente una lágrima que había asomado, y vio a Aidan esperarla en la salida con la maleta de la niña.

¿Por qué era tan testarudo? A veces deseaba tener algo pesado y macizo en la mano para arrojárselo a la cabeza.

Respiró profundo tratando de no pensar demasiado en eso. Ya ella había sabido que esto sucedería, que la odiaría, sólo era asumirlo.

Pero le dolía, y todas las palabras hirientes que antes le dijo, seguían resonando en su cabeza.

Emma se abrazó a ella, y subió con su tía al auto de Aidan. Una vez dentro, y antes de que Alice pudiera hacer la primera pregunta, Emma empezó a contarle con lujo de detalles lo que había pasado desde el momento en que

ella había salido del hotel, cómo Robert la había rescatado, según sus propias palabras, en el hospital, y que la había llevado de compras luego dándole regalos muy bonitos.

Y eso no hizo más que dividir sus pensamientos. Estaba claro que él había sido bueno con Emma, ella incluso llevaba un peinado como el de él, ropa nueva y cara, zapatos, un abrigo que de lejos se veía costoso y de excelente calidad.

Lo que hacía que todos esos detalles, como su generosidad, esa bondad que intentaba a toda costa esconder, y su preocupación por los más débiles seguía allí. Eran las cosas que le habían hecho enamorarse de él.

Pero lo otro, lo que le hacía querer romperle algo en la cabeza, también seguía allí, como su orgullo, su terquedad y hasta su soberbia. No serían tan malos si no le hicieran hacer y decir cosas que lo apartaran de ella, pero así era.

Almorzaron juntos en un buen restaurante, siempre con el guardaespaldas de Aidan muy cerca, y luego él las llevó al hospital donde estaba Ethel. La anciana seguía en cuidados intensivos, y cuando preguntó si era posible llevarla de vuelta a Chicago, los médicos se lo desaconsejaron completamente.

— ¿Pasa algo si te quedas aquí en Nueva York por unos días? —le preguntó Aidan a Alice cuando volvieron al auto, y Alice se recostó en el asiento, sintiéndose en extremo cansada, sin ánimo ni energía para planificar lo que seguía en su vida.

Anoche no había dormido nada, sus nervios habían quedado destrozados, y no tenía ni idea de lo que iba a hacer ahora.

—Es que... estoy sin dinero, sin empleo y... sin modo de volver a casa.

—No te preocupes por eso, yo te echaré una mano.

—Gracias, Aidan. De verdad que te debo tanto.

—Ni lo menciones. Trataré de compensar un poco la testarudez de mi hermano—. Alice sonrió, pero fue una risa triste, y dirigió su mirada por la ventanilla, no queriendo que Aidan la viera—. Es un hombre muy terco, siempre lo ha sido... Y el tema de papá y mamá es demasiado sensible para él.

—Lo sé.

—Cuando supo que habías entrado a la casa, entró en pánico, y...

—Lo sé, y lo comprendo. Pero no me ha dejado explicarle nada y... Dios, estoy exhausta. Sólo quisiera...

—Te he conseguido un bonito lugar donde podrás dormir una larga siesta. Yo me haré cargo de Emma mientras tanto, y esta noche saldremos por allí... para que me cuentes al fin lo que ibas a decirme anoche—. Alice asintió aprobando su plan.

Dormir se veía como el paraíso ahora, y abrazó los hombros de Emma y su bolso como si fuera todo lo que le importara en el mundo.

Miró su bolso recordando que dentro había algo de mucho valor para los Blackwell. Sin embargo, eso podía esperar, pensó. Ya habían esperado más de dieciséis años. Bien podían esperar unas pocas horas más.

—Robert, ha pasado algo grave —dijo Mark Andrews por teléfono, y éste saltó de su cama.

Había estado allí más o menos una hora. Su plan era cerrar los ojos por quince minutos, pero el cansancio le había ganado, fundiéndolo en un sueño profundo y algo pesado. Lo había despertado el teléfono vibrando, y mientras se sentaba, recordaba restos de imágenes de algún sueño que había tenido.

Al mirar por la ventana, vio que ya había oscurecido.

Al fin, qué día más largo.

—¿Qué pasó? —le preguntó a Mark frotándose los ojos.

—La casa de Alice Palmer... ha sufrido un incendio.

—¿Qué...? —exclamó Robert espantado, y todos sus sentidos se pusieron alerta de inmediato—. Mierda. No puede ser.

—Estoy justo sobre la calle de su casa; los bomberos han podido controlar el fuego y evitar que pasara al resto de viviendas de la cuadra, pero ha quedado calcinada.

—Esto es...

—Si me preguntas si creo que ha sido un accidente, no, no lo creo. La casa llevaba más de cinco días sola, si ellas se hubiesen dejado algo conectado o encendido, habría ardido mucho antes—. Robert apretó sus dientes y caminó a prisa hacia el baño.

—¿Puedes averiguar con los jefes del departamento de bomberos cuál fue la causa?

—Claro que puedo. Te llamaré en cuanto tenga algo.

—¿Has averiguado algo acerca de Brett Johnson?

—Aparte de que es uno de los más buscados por la policía y otras autoridades, no mucho. Tiene demasiadas investigaciones en curso.

—Trata de... conectarlo con Nathan Swanson.

— ¿Crees que también estén relacionados?

—No lo sé, es una corazonada.

—Tiene sentido. Trataré de hallar una conexión. ¿Te opones a que vaya a ver a Swanson y le pregunte directamente? —Robert estuvo en silencio por unos segundos, se miró al espejo por unos segundos y puso el altavoz del teléfono para empezar a desnudarse y meterse a la ducha. Hasta hoy, nunca le había dado el beneficio de la duda a Nathan, siempre lo había creído culpable, pero hoy las palabras de Aidan habían sacudido su mundo. Si Alice tenía una razón para hacer lo que hizo, tal vez también Nathan... y el resto del mundo.

—No, sería bueno si te entrevistas con él —le dijo al tiempo que se quitaba la camiseta que había llevado puesta.

—Intentaré pedir una cita para esta misma semana —dijo Mark—. Y Rob... Yo en tu lugar, vigilaría de cerca a Alice. Lo del incendio es una muestra de que los hombres para los que trabajaba están muy disgustados.

— ¿De verdad lo piensas?

—Hay muchas cosas que no encajan en todo esto. Ella trabaja para ellos y se mete a tu empresa para obtener información, información que debe tener algo que ver con tus padres. Tú mejor que nadie sabrá si ella era especialmente insistente con ese tema en sus conversaciones —Robert no contestó—. A pesar de lo que vi frente a su casa, he pensado que hay más cosas bajo la superficie y que no somos capaces de ver. Deberías tener una conversación larga y concienzuda con ella—. Él hizo una mueca. No sería capaz de algo así, la última vez no lo había conseguido—. Debes indagar, eres el mejor candidato para sacarle la verdad, la completa verdad. Tal vez no fue idea de ellos que se fuera de la ciudad; tal vez su viaje fue... para alejarse de esa gente en particular—. Y luego de decirlo, simplemente se despidió y cortó la llamada.

Robert sintió un pinchazo dentro de su ser. Sí, era verdad, tal vez la intención de Alice no había sido ocultarse de él.

No lo era, recapacitó metiéndose desnudo a la ducha, pero sin abrirla. Aidan tenía razón en eso; si ella hubiese querido perjudicarlo, lo último que habría hecho sería buscar a un Blackwell.

Ella quería hablar con él de algo urgente y grave, había dicho su hermano menor. Tal vez tenía algo que ver con Brett Johnson y sus intenciones, o era acerca de lo que estuvo haciendo en casa de sus padres todos esos días. Eso mostraba que estaba de parte suya, y, en consecuencia, que no lo había traicionado como había pensado en un primer momento.

Y si ella había huido de ellos, buscando ayuda para ponerse a salvo, la estarían buscando para hacerle pagar. Sabía perfectamente cómo funcionaban las cosas con esos grupos. Una vez que entrabas, jamás salías, lo que ponía a Alice en peligro.

Si entró voluntariamente o no a ese grupo, no interesaba ahora, lo que importaba era que habían quemado su casa aun cuando sabían que no estaba allí; le estaban advirtiéndolo, enviando un mensaje.

Se duchó rápido, se puso ropa limpia y salió de inmediato del hotel. Tenía un auto alquilado, así que podía moverse con libertad por la ciudad.

Con todo esto, podía perfectamente concluir que Alice había sido forzada, que había hecho todo en contra de su voluntad. La habían amenazado con la niña, con la anciana, con su propia vida. Eso lo podía comprender, no tendría nada que perdonar. Pero había algo que dolía y que no podría olvidar. Ella estuvo trabajando para él todos estos meses, y luego se había convertido en su amiga y su amante. Para él había sido verdadero, real, hermoso. Se había entregado por completo, confiándole todos sus secretos, los más oscuros y delicados. Ella, en cambio, no. No había confiado en él para algo que comprometía su vida y la seguridad de su familia; siempre había tenido un pie afuera de su relación, lo que lo dejaba a él por fuera de su vida.

No le quedaba sino resignarse y enfrentar al fin la verdad; cuando todo esto pasara, ella tendría su disculpa por todo lo mal que le había hecho pasar, la indemnizaría también, porque aceptaba que había obrado mal, juzgándola con demasiada dureza, pero luego de eso, ella se iría lejos porque ya nada los uniría.

Los momentos que habían pasado juntos habían sido especiales sólo para él, y su vida continuaría como hasta ahora.

—Qué bien que llamas —dijo Aidan por teléfono—. ¿Vas a preguntarme cómo está Alice? —Robert tomó aire.

— ¿Estás con ella ahora?

—Voy de camino a su hotel. La veré ahora. Me dirá al fin lo que no pudo decirme anoche. ¿Por qué preguntas?

— ¿Vas solo?

—Robert, no me digas que estás celoso, o...

—No se trata de eso. Es que tengo razones para pensar que se halla en peligro—. Aidan frunció el ceño al oírlo. Miró a su chofer y guardaespaldas y respiró profundo.

—Voy con Dobson, e iremos a un lugar muy discreto.

— ¿Dónde está ella ahora mismo?

—En un hotel.

—Joder, dame el nombre de ese hotel.

—Robert, quiero que me cuente lo que sea que averiguó en casa de nuestros padres. Si estás allí, ella no se sentirá en libertad.

—Eso ahora me importa un pepino, lo primero es que esté a salvo—. Aidan sonrió.

— ¿Ya la perdonaste? Esta mañana parecía que la odiabas.

—No la odio —dijo Robert bajando el tono de su voz—. No he sido capaz de odiarla. Maldita sea, Aidan...

—Está bien, está bien —volvió a sonreír Aidan, y a continuación le dio el nombre y la dirección del hotel donde estaba Alice.

Ella esperaba al interior de las puertas dobles de cristal. Había contratado el servicio de canguro prestado por el hotel para que cuidase a Emma mientras se veía con Aidan, así que todo estaba despejado para poder contarle al fin lo que sucedía.

Metió la mano en su bolso y tocó el papel. Hoy llegaría por fin a las manos adecuadas, y tal vez Robert comprendiera lo que había estado sucediendo en su vida los últimos meses, los últimos años.

Seguía tan molesta con él. Había pasado unas horas horribles en una celda, angustiada a morir sólo por su odio y su terquedad. Aunque en parte lo comprendía, había cosas que no se sentía capaz de perdonar.

Todavía se miraba las manos preguntándose si de verdad ella estaba tan sucia, si ahora él sentía asco por ella. Si era digna de ese trato.

Y luego sacudía su cabeza espantando esas ideas. No, por supuesto que no, se decía. Nadie merecía ese trato. Robert Blackwell había obrado mal, había llevado al extremo su sed de venganza, y aunque había ayudado a Emma y a Ethel, ella ya no podría volver a mirarlo como antes. Ya había sabido que su relación con él se echaría a perder con todo esto, pero ahora pensaba que, aunque todo se aclarara, aunque él volviera a creerle, aunque fuera un poco, ella no podría volver a estar con él como antes.

El auto de Aidan se detuvo fuera del hotel, y ella salió sin esperar a que él abriera las puertas dobles acristaladas. Le sonrió feliz de verlo, hoy por fin, dejaría la cruz que había estado cargando. Hoy, se la pasaría a otro.

Robert miró a través del parabrisas de su auto a Alice y a Aidan saludarse. ¿Por qué sonreía tanto? ¿Tan feliz la hacía verse con él?

Claro que la hacía feliz, pensó frunciendo el ceño; su hermano no sólo era guapo y rico, era también mucho más fácil de tratar. Seguro que él jamás le habría dicho a la mujer que amaba que la hundiría en la cárcel por lo que le quedara de vida... ni el resto de cosas desagradables que salieron de su boca esta mañana.

Concentrado, se dijo. Estás aquí para cuidar de ella.

Había decidido seguirlos, tener un ojo sobre ambos todo el tiempo. Era cuestión de tiempo que esos hombres dieran con su paradero, y por lo sucedido esta mañana, tenía más que claro que Alice no lo dejaría hacerse cargo de la situación.

Suspiró y los vio caminar para entrar al auto, y él encendió las suyas, dejando las luces apagadas.

Y de repente, alguien salió de la nada, golpeó con algo a Aidan en la cabeza, dejándolo tirado en el suelo, mientras por otro extremo aparecía otro hombre, tomaba a Alice, se la subía al hombro y echaba a correr.

Robert gritó tratando de advertirles. El guardaespaldas sólo consiguió salir del auto y correr a Aidan para ayudarlo, y Robert condujo los pocos metros que los separaban hasta llegar a él.

— ¿Está vivo? —le preguntó Roberta Dobson, que miraba hacia la dirección en la que se habían llevado a Alice.

—Tiene pulso —contestó Dobson, y Robert, soltó los frenos y salió como loco tras la camioneta en el que embarcaron a Alice, que tampoco esperó que cerraran la puerta para salir disparados por la carretera.

Se fue tras ellos a toda velocidad, y sus ojos se humedecieron ante la horrible posibilidad de que dentro le hicieran daño. Era tan fácil quebrar la vida de una mujer como ella. Estaba tan indefensa.

Ellos se metieron por una ancha avenida tomando un camino más bien solitario. No sabía si se había percatado de que los seguía, no estaban tomando medidas tratando de perderlo, y Robert empezó a invocar la calma. En este momento, Alice sólo lo tenía a él; debía enfocarse, idear un plan.

Pero todo lo que podía hacer ahora era seguirlos.

Ellos condujeron hasta una zona de edificios que antes habían sido fábricas y ahora estaban abandonados. Con las luces apagadas, aparcó a varios metros, y los vieron alzar a una Alice desmayada, y la bestia que llevaba dentro clamó por correr a ellos y degollarlos.

Sin embargo, debía ser más astuto y seguir escondido.

Salió del auto con cuidado, y vio que uno de ellos sostenía el bolso de Alice y lo llevaba con sumo cuidado. Debía haber algo dentro que ellos querían, pensó, pero ahora lo que le importaba era ella.

Dio la vuelta por el edificio buscando una nueva entrada, siendo todo lo silencioso que podía, y logró entrar a través de una ventana con los cristales rotos. Siguió caminando hasta un sitio en el que pudo ver y oír a los hombres.

Tenían a Alice sentada en una pequeña silla metálica con las manos y los pies atados. Ella seguía inconsciente, pero viva, pues no se tomarían estas molestias si no fuera así.

Contó a los hombres y trató de medir su fuerza con sólo mirarlos. Eran seis. Seguro que podía cargarse a un par con un solo golpe y usando el factor sorpresa, pero tendría que luchar con los otros cuatro, que eran casi tan grandes y del mismo peso que él. Y debía tener en cuenta que muy probablemente estaban armados.

Uno de ellos le dio una bofetada a Alice, provocando que Robert enseñara los dientes y que Alice despertara quejándose. Cuando ella movió su cabeza y los miró, se movió intentando huir, pero estaba atada y era poco lo que podía hacer.

Robert se escondió mejor y sacó su teléfono. Le envió a Aidan la dirección en la que estaban con un mensaje pidiéndole que enviara a la policía y volvió a guardarlo.

Un hombre salió de entre las sombras y se acercó a Alice. Robert pudo reconocer en él a Brett, al malnacido que se había acostado con Sheila, y que ahora seguía haciéndole la vida imposible metiéndose con Alice.

—Por fin nos vemos, dulzura—. Vio a Alice girar su cabeza para no verlo, pero eso sólo le hizo sonreír, le tomó la barbilla con sus sucios dedos y le hizo girarse otra vez hacia él—. Te dije que caminaras recto. ¿Por qué no me hiciste caso?

—Aquí está, señor —dijo alguien mostrando un papel, y Brett se alejó de ella para tomarlo en sus manos, lo miró, y luego de revisarlo, se lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Por qué me has hecho esto? Traicionarme de esta manera.

—Yo nunca dije que te era leal.

—Oh, deberías escoger mejor el lado en el que estás. ¿De verdad creíste que los Blackwell te perdonarían la vida luego de que se enteraran de todo?

—Ellos... son humanos, tú, en cambio —Brett se echó a reír.

—No hay nadie más inhumano que Robert Blackwell. Si hasta dejó morir a una de sus novias porque estaba disgustado con ella—. Robert frunció el ceño al oír aquello. Debía estar hablando de Sheila, sin duda.

—Eso es falso —lo defendió Alice.

—Te lo digo de verdad, querida. Así es él.

—Robert nunca...

— ¿Le haría daño a una mujer? ¿No fue él quien llamó a sus abogados para que te dieran todos los años de cárcel que pudieran? Incluso estaban buscando la manera de inculparte de alguna cosa grave para que permanecieras mucho tiempo allí. ¿Por qué lo defiendes tanto, si estuvo a punto de arruinar tu vida?

—Mi vida la arruinaste tú.

—No, no te equivoques —dijo Brett cruzándose de brazos y volviéndose a acercarse a ella con mucha paciencia, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Tu vida la arruinaron los Blackwell. Piénsalo. Si ellos no hubiesen metido a la cárcel a Nathan Swanson, esa niña no habría llegado a ti, metiéndote en tantas dificultades. Si no fuera por ellos, yo no habría tenido que... pedirte, que entraras a trabajar allí. Todo es culpa de ellos, y de nadie más—. Alice guardó silencio, y Robert apretó sus labios pensando en ello. Increíblemente, Brett tenía algo de razón. Gracias a que Emma había llegado a manos de Alice, ella había tenido que dejar la universidad, e incluso a su novio; y Emma había llegado a él porque Nathan estaba en la cárcel, y Nathan estaba en la cárcel... por él.

Miró su reloj. Habían pasado sólo cinco minutos desde que le había enviado el mensaje a Aidan, y tomaba más de media hora llegar hasta aquí. También cabía la posibilidad de que Aidan no hubiese visto el mensaje. Lo había visto tirado en el suelo e inconsciente, entre más tiempo le tomara despertar, más peligro correría Alice aquí.

Se tensó al escuchar el ruido metálico de un arma destrabarse justo tras él. Lo habían descubierto.

Se giró lentamente elevando la mirada y vio a un hombre apuntarle justo en la cabeza, y Robert lo miró con furia.

—Levanta el culo, princesita —dijo el hombre en voz alta, y antes de que pudiera hacer algo, un hombre más se ubicó al otro lado apuntándole con otra arma. Se puso en pie y elevó las manos.

Ahora todo estaba en manos de Aidan, que enviara la ayuda que le había pedido, y que ésta llegara a tiempo.

*¿Habrían sido diferentes las cosas?
¿Habría tenido suerte esta vez?
¿Habría podido conseguir tu corazón?
¿Habría conservado tu amor también?*

Alice abrió grandes sus ojos, llena de miedo y sorpresa, cuando vio a Robert acercarse custodiado por dos hombres, con las manos levantadas y mirando a Brett como si fuera un pobre diablo al que la muerte le estuviera respirando en la nuca.

— ¿Qué... qué haces aquí? —preguntó ella con voz quebrada. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y fue inevitable que éstas rodaran por sus mejillas.

No sabía si sentir más miedo ahora, o sentirse aliviada porque ya no estaba sola en medio de estos gañanes.

—Mira quién se ha unido a la fiesta —sonrió Brett cruzándose de brazos y sonriendo, y Robert seguía mirándolo como si simplemente calculara cuánto tiempo le tomaría partir cada uno de sus huesos—. Cuánto tiempo sin vernos, Bobby—. Robert no sonrió, sólo enseñó los dientes en una mueca de disgusto.

—La última vez que te vi, ibas con el culo al aire y corrías huyendo de mis puños.

—Oh, eran viejos tiempos. Ahora, ya no estoy solo.

—Claro, porque en una pelea uno a uno perderías, y lo sabes—. Brett se echó a reír, aunque sus ojos brillaron por el reto. Pero no podía caer, así que respiró profundo y lo miró de arriba abajo.

—Han pasado muchos años. No sabes lo que podría pasar.

—Te rompería la crisma, tal como hice cada vez que nos enfrentamos.

— ¿Intentas provocarme? No es muy sabio, amigo mío. ¿Y qué haces aquí? ¿Has venido a salvar a la damisela en apuros? —Robert no contestó, ni tampoco miró a Alice, que tenía su mirada clavada en él.

— ¿Qué es eso que te guardaste en el bolsillo? —le preguntó en cambio. Alice no pudo contener un quejido de asombro, y Brett lo miró ceñudo palpándose allí donde había guardado el papel.

—Mi pasaporte a la fama.

— ¿Qué documento tan importante es ese que hiciste que una mujer se metiera en mi casa y en mi empresa buscándolo?

—Vaya. Nunca dudé de tu inteligencia, ¿sabes?

—Contesta, imbécil —los hombres empezaron a ponerse nerviosos, pues parecía como que era Robert el que los tenía amenazados a ellos y no al revés. Alice apretó sus dientes y cerró sus ojos. Entonces ya Robert lo sabía todo, o una buena parte, se dijo.

—No me gusta tu tono de voz —dijo Brett cambiando el suyo, dejando de lado su falsa tranquilidad—. Por si no te has dado cuenta, estás rodeado, tengo tu vida, y la de esta mujerzuela en mis manos.

—No tienes nada, pedazo de mierda—. Brett enseñó los dientes y sacó de alguna parte de su ropa una navaja, que apuntó contra Alice. Ella contuvo un grito y Robert fue detenido por los dos hombres, que levantaron de nuevo su arma contra él.

—Sí te tengo —sonrió Brett—. Y si no quieres que le suceda nada, vas a tener que quedarte muy quieto.

—Eres el mismo maldito cobarde de siempre.

—No es cobardía, sólo soy... estratégico.

—Nunca tuviste los pantalones para enfrentarte a mí. Siempre te has escondido detrás de mujeres para conseguir lo que quieres. En el pasado fue Sheila, y ahora... Alice.

—Tú en cambio eres tan valiente —se burló Brett—, tan caballero osado...

—El papel da una pista de quién mató a tus padres —soltó Alice de repente, y Robert la miró con gran asombro.

— ¿Qué?

— ¡Calla, estúpida! —gritó Brett dándole una sonora bofetada. Alice gritó tambaleándose en la silla, y Robert se movió para acudir a ella. Los dos hombres que estaban detrás de él le pusieron los cañones del arma en la cabeza, y Brett acercó aún más la navaja a la garganta de Alice, que cerró sus ojos y tragó saliva al sentir el filo sobre su piel—. ¡Eres una maldita! —le gritó Brett a Alice tirándole del pelo.

— ¡Déjala en paz! —gritó Robert, pero eso sólo provocó la risa de Brett.

Robert rechinó sus dientes por la misma impotencia. Le ardían los puños por reventarle la risa a ese malnacido, pero no podría hacerlo porque ellos estaban armados y eran más. No podía poner en riesgo la vida de Alice, y si lo herían a él, ella estaría en aún más peligro.

Así que respiró profundo invocando la paciencia, la poca que tenía, y empuñó sus manos conteniéndose.

—No debiste venir —sollozó Alice mirándolo—. Eres un tonto, debiste...

—Te dije... que yo sería tu defensa personal—. Alice lo miró fijamente y en silencio, sin poder contestar a esas palabras. Recordaba perfectamente el momento en que lo había dicho, y hubiese querido correr a abrazarlo.

—Sigues siendo el mismo idiota de siempre —se burló Brett—. ¿Acaso no has aprendido que no hay mujer en esta tierra que valga una pelea?

—Ciertamente, hay mujeres que no lo valen, pero Alice no entra en ese grupo—. Alice contuvo la respiración al oírlo, y se volvió a escuchar la risa de Brett.

—Siempre serás el estúpido del trío. Por eso no creí a las palabras de esa tonta cuando me llamó al hospital en el que estaba —Robert lo miró atentamente, y Brett sonrió de medio lado—. Me dijo que ese bebé era mío, que la ayudara. Obviamente no le creí... y ya no había nada que salvar—. El corazón de Robert se agitó un poco al oír aquello, pero no tuvieron el impacto que imaginó, y eso lo dejó un poco confuso.

Fue cuando comprendió que ya no le importaba lo que hubiese hecho Sheila.

Sonrió dejando salir el aire.

—Podría haber sido cualquiera.

—Pero tú lloraste ese bebé.

—Sí, lo admito. Fui un idiota en ese tiempo... Pero ya no más. Y esta será la última vez que te metas con una de mis mujeres. ahora dime: ¿Qué tienes tú qué ver con la muerte de mis padres? ¿Por qué estás metido en ese asunto?

—No te equivoques. No me importa nada de eso. A mí sólo me interesa el dinero—. Robert movió la cabeza en un asentimiento. Era lo que había sospechado antes. Él era un simple contratado.

—Entonces, ¿te pidieron hacerte cargo de ese papel porque allí hay un nombre importante, no es así?

—No hagas tantas preguntas. Sabes que estás vivo sólo porque se me antoja.

—No. Estoy vivo porque sería muy ruidoso si me sucede algo a mí o a mi hermano. Es una persona a la que no le convienen escándalos ni investigaciones —de reojo, pudo ver que Alice asentía. Ella sabía. Ese maldito nombre, ella lo sabía.

Por fin comprendió cuán delicado era el asunto. La idea de traer a Alice aquí era acabar con su vida porque ella conocía el contenido del papel. Si le pedía aunque fuera con la mirada que le dijera el nombre, a Brett no le vacilaría la mano para cortarle la garganta.

El papel no valía nada, se dijo. El peor miedo de Brett era que Alice se lo hubiese dicho a alguien.

Pero ella no lo había hecho. No se lo había contado a Aidan, o ya él lo sabría. Alice seguía siendo la única que lo sabía.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había llegado aquí?, se preguntó dejando salir el aire. No se escuchaban sirenas, ni tenía modo de comprobar el tiempo.

Miró en derredor comprobando las salidas, analizando el lugar y a los hombres que le rodeaban. Si empezaba una pelea, tenía que ser una a ganar, primero, debía hacer que Brett quitara ese maldito cuchillo de la garganta de Alice.

—Entonces —dijo—, ¿si te mato y recupero ese papel que tienes guardado, sabré al fin la verdad?

—No lo conseguirás. Estás rodeado. Eres tú solo contra todos nosotros.

—Ocho pelagatos —se burló Robert—. Ese era mi calentamiento antes del desayuno—. Brett miró a dos de sus hombres y les hizo una señal.

—Mátenlo a golpes...

—Acabaré antes del minuto y lo sabes —volvió a burlarse Robert.

—No —dijo moviendo la cabeza de Alice, que aún tenía la navaja contra su garganta—, porque si tan sólo mueves una mano para defenderte... esta preciosa sufrirá las consecuencias—. Alice cerró sus ojos y las lágrimas bañaron sus mejillas.

Robert enseñó los dientes, pero Brett sólo se echó a reír.

Vio a dos hombres acercársele y ponerse en posición de pelea, enfundando sus armas y saltando para calentar, mientras otros dos le seguían apuntando. Podría soportarlo, se dijo. Podía soportar los golpes de estos tipos. Ya había aguantado bastantes en el pasado, y esto le serviría para quemar un poco de tiempo y tener a Brett entretenido. Quería circo, circo tendría.

El primer hombre golpeó contra su mandíbula, pero no movió a Robert ni un centímetro de su lugar, y, en cambio, sacudió su mano ante el daño que recibió. El otro fue más precavido, y le golpeó en el abdomen, y Robert contrajo sus músculos endureciéndolo.

Empezó a recibir un golpe tras otro, y en un momento, el instinto le hizo levantar el brazo para bloquear un derechazo, pero entonces escuchó la voz de Alice, que intentaba no quejarse, y al malnacido de Brett hundiendo su cuchillo en su blanca piel.

Se escuchó la risa de Brett, y Robert no dejó de recibir golpes por todas

partes de su cuerpo.

Los primeros dos que habían empezado a golpearlo se habían cansado, y ahora lo reemplazaban otros dos. Alice lloraba, le suplicaba a Brett que lo dejara en paz, pero no tenía efecto sobre él. Por el contrario, parecía estar sumamente emocionado por la manera en que se habían desarrollado las cosas, como si al fin estuviera recibiendo un hermoso regalo de la vida.

— ¡Robert, defiéndete! —gritó Alice, pero él parecía no escucharla, ocupado como estaba recibiendo golpes. Ya tenía sangre en la mejilla, la nariz y el pómulo. La ropa le impedía ver los daños en el resto de su cuerpo, pero debía estar muy mal.

Y lo peor era que todo era por ella.

Eso le hizo llorar amargamente. Ahora podía ver todas las consecuencias de las cosas que había hecho y dejado de hacer. Si Robert decidía odiarla por el resto de su vida, se lo tendría merecido, ella era la culpable de todo.

No había sido su intención, quiso pensar. No habría podido imaginar jamás que todo terminaría así. Su pensamiento había sido hacer lo que le habían pedido, huir, pero antes, dejarles la información. Pero nada había salido según sus planes. En las dos ocasiones en que intentó reunirse con Aidan para dársela, algo sucedió, y ahora Aidan estaba herido, y Robert siendo golpeado de manera horrible por ella.

—Por favor ya no más —le lloró a Brett, aunque este parecía, más bien, estar disfrutando de la vista—. Por favor, no más.

Era su culpa por muchas razones.

Había decidido no confiar en Robert. Había decidido que él no la comprendería. Había tomado una decisión basándose en información errónea que tenía de él. Por Nathan, había sabido que era alguien duro, sin misericordia, que aplastaba a sus enemigos. Alguien que no daba segundas oportunidades ni se condolía de los débiles, y aquí estaba su ogro, recibiendo golpes sólo porque ella no había confiado.

Y luego de que lo conoció, no le dio un voto de confianza, no le dio el beneficio de la duda, pero ah, sí que se había molestado porque él no le había dado ese beneficio a ella. ¿Cuán egoísta había sido? ¿Acaso no le había demostrado ya que sí que era capaz de ser generoso y mostrar misericordia? En su trato con Emma, ¿no le había dado a entender que era un ser capaz de sentir y expresar ternura? Y, con ella misma, ¿no había sido comprensivo en muchas ocasiones?

Tal como muchos otros, sólo lo había juzgado por lo que se veía en la

superficie, siendo que ella era una de las personas a quien él más le había abierto su corazón, dejándole ver su interior.

El suyo no se había equivocado al amarlo. Su corazón no se había equivocado, y se estaba dando cuenta de que si él estaba aquí no era por el papel, sino por ella, lo que le indicaba que también en eso había estado equivocada, porque sí la amaba.

Lloró más alto y con más dolor pidiendo que pararan, pero nadie le hizo caso.

Robert recibió un golpe tan fuerte en la cabeza que cayó al suelo apoyando una rodilla, y los tipos pararon un momento, cansados, agitados, con los puños ardiendo.

—El tipo es duro —dijo uno.

— ¡Y tú eres de papel, o qué! —gritó Brett soltando a Alice por fin para golpear al que había hablado—. Lárgate, no sirves para nada.

—Señor...

—Lárgate, lárgate; pegas como niña—. Alice miró la escena con ojos grandes e inundados en lágrimas. Al fin algo había cambiado, ella ya no tenía el cuchillo sobre su garganta, y llevaba tanto rato trabajando sobre el nudo de la cuerda que le ataba las manos, que sabía que sólo necesitaba un poco más para soltarse.

Guardó silencio, y en un momento, sólo se escuchó la respiración de todos. Robert movió su cabeza, apoyado en su rodilla, y el cabello casi le cubría todo el rostro. La luz era mala, pero ella pudo ver que la miraba a ella. Tal vez le estaba haciendo una señal, enviándole un mensaje. ¿Qué?

El corazón se le aceleró y miró en derredor. Ella estaba a un extremo del salón, todos le daban la espalda o la ignoraban, así que, poco a poco, se fue moviendo, pasando las manos atadas por debajo de sus piernas, y pasándoselas hacia adelante.

Brett seguía gritando, y decidió él mismo emprenderla contra Robert, que no se levantó.

Pero no era porque estuviera a punto de ser derrotado, supo Alice. Era porque quería seguir manteniendo contacto visual con ella.

En un momento, Brett levantó la mano con la que sostenía la navaja como si se la fuera a enterrar a Robert en algún lado de su cuerpo, y Alice gritó. Aun con las manos atadas, fue capaz de levantar la silla metálica en la que antes había estado sentada y golpeó con ella la cabeza de Brett con tal fuerza que éste cayó al suelo inconsciente.

Robert no se quedó quieto, sino que tomó el cuerpo de Brett y se lo puso delante, en caso de que alguien quisiera dispararle, y aún tuvo la fuerza para tomarla a ella y ponerla detrás de él.

—Se les muere el jefe si uno de ustedes mueve un dedo —dijo, poniendo dos dedos en la garganta del inconsciente Brett, dispuesto a partirle la tráquea en caso de que alguno quisiera entrar a defenderlo.

Alice se pegó a su espalda, con miedo a tocarlo por si le hacía daño.

—Alice, recoge la navaja —le pidió él, y ella se movió haciéndole caso. Los hombres se quedaron estáticos cada uno en su lugar. Casi todos tenían los puños doloridos por la golpiza que le habían propinado. Algunos de ellos no serían capaces de levantar un arma y apuntar con precisión, pero un arma siempre sería mucho más rápida que cualquier cosa que él pudiera hacer.

Alice le pasó la navaja, y Robert, que tenía la cara terriblemente golpeada, la recibió mirando a los hombres con una sonrisa.

—Saca de su bolsillo el maldito papel —le dijo, y Alice lo miró un poco asustada cuando vio que los hombres dejaban salir gruñidos.

Le hizo caso, y levantó ambas manos atadas para esculcar al interior de la ropa de Brett, y sacó con cuidado el papel. A continuación, lo dobló y lo metió bajo su blusa.

—La policía viene hacia aquí —dijo Robert mirándolos—. Los llamé antes de que ustedes me vieran. ¿De veras quieren estar cerca cuando llegue? —ellos se miraron unos a otros. Sin el jefe al mando, ellos eran simples borregos desperdigados por ahí—. Ah, ah —los atajó Robert cuando empezaron a moverse para largarse del sitio —las armas primero.

Alice estaba impresionada. En un momento, las cosas habían cambiado en su favor. Robert debía estar muy adolorido, muy cansado, mal, pero estaba sacando fuerzas para sonar amenazador y peligroso.

Los hombres le hicieron caso, y entonces se escucharon las sirenas de la policía.

Cuando todos salieron de allí disparados, Robert dejó caer al fin el cuerpo de Brett al suelo. Éste empezó a moverse despertando, pero otro golpe de Robert lo devolvió a la inconsciencia.

Sin mediar palabras, él caminó a Alice y la abrazó. Esta, todavía con las manos atadas, empezó a llorar entre sus brazos.

—Lo siento —le dijo—. Lo siento tanto. Todo es mi culpa. Todo. Perdóname, Robert, por favor, yo no quería que... —Él no dijo nada, sólo cerró sus ojos y se tambaleó un poco, y Alice luchó para mantenerlo en pie.

Pronto el lugar se llenó de policías, que habían atrapado a varios de los hombres, otros acudieron a ellos prestándoles ayuda, y Brett terminó arrestado.

la introdujeron en una de las patrullas, y cuando vio que lo mismo sucedía con Robert, se tranquilizó; irían en la misma.

Una vez dentro, se metió una mano en la blusa, donde tenía aquel papel, y se lo pasó a Robert. Al fin. Él la miró de reojo sin recibirlo, y Alice tragó saliva.

—Aunque no me lo creas... —dijo casi en un susurro— mi plan fue que este papel te llegara a ti. Te lo juro—. Él respiró profundo, pero lo recibió.

No lo abrió de inmediato. Había esperado tanto este momento, que ahora sentía un poco de recelo, como si no fuera real, como si dentro se fuera a encontrar otra mentira que lo conduciría a un nuevo callejón sin salida.

—Míralo, por favor —le pidió ella con voz suave. Roberta sintió. Tenía que hacerle muchas preguntas, tenían mucho, mucho de qué hablar ellos dos, pero primero debía enterarse de qué decía aquí, así que por fin lo desdobló.

Bajo la luz de la linterna de su teléfono, fue leyendo despacio, enterándose de que sus padres habían puesto a la venta la casa, y que habían hecho contrato con alguien. Era muy extraño, porque la casa estaba hipotecada, y él sabía de primera mano que sus padres no pensaban deshacerse de ella, pues estaban encariñados con la propiedad.

Cuando vio el nombre de la parte compradora dejó salir el aire.

—Busqué en internet —dijo Alice tragando saliva—. El hombre...

—Ese malnacido —rio Robert recostándose en el asiento y cerrando sus ojos. Alice lo miró confundida. ¿Esta era su reacción?

—Robert ...

—Ahora no, Alice —dijo él todavía con sus ojos cerrados—. Me duele todo. Creo necesitaré dormir un buen rato.

—Pero...

—Asumo que el documento es auténtico —dijo, doblándolo con sumo cuidado y devolviéndoselo a ella, lo que la sorprendió sobremanera.

—Robert, este papel es la prueba de que ese hombre mandó a asesinar a tus padres.

—No —contradijo él—, sólo prueba que pensaba comprarle la casa a papá y mamá.

—Pero...

—Ya sé lo que me quieres decir —dijo Robert girando su cabeza para

mirarla—, sé lo que sientes, pero si le presento este documento a las autoridades, me dirán que no significa gran cosa. Aunque las firmas fueran falsas, no puedo hacer nada contra ese maldito.

—Y no es extraño que alguien como él hiciera tratos con tus padres en ese tiempo?

—Sí, lo es, pero para nosotros, no para las leyes. Sin embargo, es... una manera de comenzar a investigar, al fin, la verdad.

—¿Crees que él fue? —Robert la miró fijamente a los ojos.

Todo el cuerpo le dolía, le ardía la piel de la cara, los dientes, la nariz, todo había sido golpeado, pero la miró con serenidad.

—Es muy probable. Ese hombre está asustado, de otra forma, no habría pedido que se recuperara este papel. Teme que lo relacionen con gente tan simple como mis padres hace diecisiete años. Su perfil encaja con el asesino, pero este papel no es decisivo sobre la acusación.

—Yo... sí creo que fue él. O está fuertemente relacionado. Cuando vi su nombre... comprendí por qué los separaron luego de la muerte de sus padres, por qué se te hizo tan difícil hallar a Jeremy y a Aidan. Tiene poder, tiene manera de manipular autoridades y entidades...

—Sin duda.

—Y lleva todo este tiempo sin pagar su castigo...

—Alice...

—Tiene que pagar, tienen que investigar.

—Y lo haremos, no lo dudes—. Un agente de la policía entró al auto, y les habló diciéndole que ambos debían ser examinados por médicos, y que luego rendirían una larga declaración ante la policía. Brett había despertado y daba voces gritando, pero estaba bien custodiado y fue al primero al que se llevaron.

Poco a poco fueron despejando el lugar, y Robert, ante la atenta mirada de Alice, se movió para sacar su teléfono.

—Aidan —saludó—. Gracias a Dios que estás bien.

—Con un poco de dolor de cabeza, pero bien —le contestó Aidan—. Y tú... estoy tan aliviado porque estás a salvo... ¿Qué hay de Alice?

—Está conmigo. Tengo poca batería; te enviaré la dirección del hospital donde estaremos, por favor, ven a verme.

—¿Recuperaste el papel? —Robert suspiró.

—Sí.

—¿Lo tienes? ¿Pudiste ver lo que contiene?

—Sí, Aidan... Tenemos que discutir entre los tres lo que sigue ahora...

—Jeremy tomó un vuelo hacia acá —informó Aidan—. Él y Jennifer ya vienen en camino.

—Me lo imaginé.

—Te oigo... muy tranquilo. Pensé que cuando descubrieras la verdad estarías más...

—Como te digo, tenemos que reunirnos y hablar —hubo un corto silencio de parte de Aidan, y al cabo de este, dijo: —Sí, sí. Como digas. ¿Te hicieron algo a ti o a Alice?

—Aparte de unos pocos golpes y moretones, estamos bien.

—Iré a verte entonces—. Robert cortó la llamada y miró a Alice que seguía mirando el papel.

Parecía muy solitaria allí en su lugar, mirando bajo la escasa luz al interior del auto la hoja blanca. Quiso extender su mano y tocarla, decirle que, aunque no pudieran ir a la casa o a la oficina de ese hombre para meterlo preso, sí que tenían al fin una buena pista.

Por fin podían encaminar su investigación hacia un norte, y dejarían de deambular por los pasillos de un enorme y oscuro laberinto.

*¿Cómo demostrarte que si vuelves
todo será distinto, que no te volveré a fallar?
Pasaré la vida adorándote, mi amor
De volver conmigo, no tengas miedo.*

Fueron revisados por los médicos; a Robert hubo que vendarle el torso, también la nariz y la mandíbula; le limpiaron las heridas del rostro, y le pusieron suturas de papel alrededor de la ceja izquierda.

Los policías llegaron hasta su camilla, donde aún lo atendían, para hacerle preguntas, y Robert contestó a todas las que pudo.

Alice, que sólo tuvo que recibir un poco de hielo en la mandíbula, que de todos modos ya se había hinchado, se demoró un poco más en su declaración, pues tuvo que contar todo desde el principio, revelando casi cada detalle.

Según lo que le dijeron, si Robert Blackwell no ponía una demanda o queja, ella podría estar tranquila. Ya él había retirado su demanda esta mañana, cuando la dejaron salir de aquella celda, pensó Alice. Dudaba que fuera a interponerla de nuevo.

Miró en un reloj que ya era pasada la media noche, y caminó por los pasillos de la sala en la que estaban buscando a Robert entre los cubículos.

Lo encontró sentado en la camilla, desnudo de la cintura para arriba, con el cabello suelto y hablando por su teléfono. Al verla, no se detuvo, sino que siguió dando órdenes.

Estuvo allí en silencio mirándolo hablar, sintiendo el estómago encogido ante la cantidad de golpes y moratones que había recibido.

Y, aun así, le quedaba energía para estar pendiente de todo.

Él cortó la llamada y la miró, pero no dijo nada. Alice se abrazó a sí misma sintiendo una horrible necesidad de ir hacia él y ser rodeada por sus brazos tal como lo había hecho horas antes en aquel horrible lugar. Necesitaba consuelo, pero no sabía si podía obtenerlo de él.

—Sigues asustada—. Ella asintió admitiéndolo, y Robert dejó salir el aire—. No tienes que estarlo —dijo—. Le esperan muchos años de cárcel a Brett, y ya mis abogados se están ocupando de que le den una bonita condena en una prisión de máxima seguridad.

—No es eso lo que me asusta. Sé que en cierta forma... me he librado de

él.

— ¿Temes que le haya dicho a alguien que encontraste el papel y conoces su contenido? —antes de que contestara, él siguió—. Conozco la forma de trabajar de Brett. Dudo que le haya comentado a alguien de su propio error, porque el que te escaparas fue un error de parte suya. Nunca admitirá ante nadie algo así—. Alice cerró sus ojos llenándose de nuevo de angustia.

—Es sólo que... estoy tan cansada —dijo al fin, mirándolo a los ojos con los suyos llenos de lágrimas—. Llevo tanto tiempo asustada, llena de miedo, de terror. ¡Amenazó con hacerle daño a Emma, a Ethel, a Nathan!! Llevo tanto tiempo tratando de sobrellevar este miedo a que algo les pase...

— ¿Y por qué no...?

— ¡Porque cuando le conté a alguien, ellos lo mataron! —exclamó ella antes de que él completara su pregunta ya con las lágrimas rodando por su mejilla. Las limpió en un solo movimiento, como si le molestara ser tan llorona—. Era un policía, ¡y lo mataron! Me hicieron responsable de la muerte de una persona, ¿te das cuenta?

—No fuiste responsable de nada.

— ¡Y también tuvieron secuestrada a Emma una tarde entera sólo para dejarme claro que no podía decirle a nadie, a nadie!! —Robert la miró tragando saliva, pero no le extendió una mano para tocarla, y mientras, ella seguía allí, llorando, y sintiéndose un poco sola.

— ¿Y por qué no me lo dijiste a mí? —le preguntó con voz suave—. No confiaste en mí, ¿verdad?

—Robert ...

—Dímelo. Lo que sea... lo aceptaré—. Ella lo miró de nuevo, como si dudara de esas palabras, y Robert trató de encogerse de hombros, pero el movimiento hizo que le doliera todo el cuerpo.

Alice se secó por completo las lágrimas y volvió a cruzarse de brazos. Alrededor se escuchaba el ruido propio de una sala de urgencias, las otras camillas tenían también pacientes que estaban siendo atendidos, pero para ella sólo estaban aquí los dos, separados del mundo por unas cortinas azules.

—Me vas a odiar aún más.

—Yo no te odio, Alice —ella lo miró ahora, y Robert siguió: —y si así fuera, de todos modos, dilo—. Alice se mordió los labios. La barbilla le temblaba, pero tragó saliva, descruzó sus brazos y habló.

—Creí que me odiarías —dijo al fin—. Que... me destruirías, así como pensaba que habías destruido a Nathan—. Él apretó un poco sus labios al

escucharla, dejó salir el aire asintiendo a sus palabras y sonrió con tristeza.

—Ya. Entiendo.

—Creí que te conocía... y de ti... sólo había escuchado que eres inclemente. Y tenía que protegerme, porque no soy yo sola... tengo personas que dependen de mí... Y luego tuve miedo de que al haber tenido una relación contigo las cosas empeoraran y tu odio hacia mí fuera... peor, al haberlo vuelto algo personal.

—Es decir, ¿que te metiste conmigo sabiendo que todo terminaría mal? — ella se secó una lágrima asintiendo, a la vez que se limpiaba la nariz.

Respiró profundo varias veces, y logró tranquilizarse un poco.

—Tienes que admitir que... en algunos momentos me indujiste a pensar que no lo pasarías por alto.

—Como cuándo —preguntó él algo ceñudo.

—Como cuando te pregunté si perdonarías una traición —él levantó la vista al techo al recordar, y cerró sus ojos.

—Sí, lo dije —contestó él al fin—, pero no me refería... a este tipo de cosas, sino...

— ¿Sino a qué?

—Me pregunté si era capaz de perdonarte por... acostarte con otro tipo.

— ¿Qué?

—Esa fue mi suposición.

—Yo jamás haría algo así —reclamó ella frunciendo el ceño, y Robert la miró atentamente, comprendiendo que era verdad. En ese sentido, Alice era fiel. Y era el único sentido que le había preocupado hasta el momento.

—Me dice Emma que no besaste a Brett.

—Jamás lo haría, ¡moriría del asco! —Robert sonrió al fin, y Alice sintió que entraba un sople de aire fresco a su enrarecida alma.

—Entonces, puedo sentirme en paz —dijo él mirándola a los ojos, con esa mirada que Alice tanto había extrañado.

Ella, como atraída por un fuerte imán, se fue acercando hasta estar casi entre sus piernas. Elevó tímidamente sus manos hasta su golpeado rostro, y tocó suavemente su barba.

Iba con cuidado no sólo porque él estaba adolorido, sino porque cabía la posibilidad de que siguiera molesto con ella y rechazara su toque. Pero él no rechazó su toque, sino que tomó sus manos entre las suyas sin dejar de mirarla fijamente.

—Estabas muy equivocada con respecto a mí —dijo con su voz grave, tan

cerca de ella—. Acepto que... me altero con facilidad, y que en muchas ocasiones soy algo intransigente, pero... tú eres diferente. Contigo yo... me tardo mucho más de lo usual en molestarme. Me tomó tres días aceptar que de verdad me habías traicionado—. Alice sintió que su corazón se arrugaba hasta reducirse a una uva pasa, y su expresión demostró el dolor que estaba sintiendo—. Antes de viajar, había contactado con Mark Andrews, un amigo que en el pasado trabajó para la CIA, y usualmente hace trabajo de investigación para nosotros. Le iba a pedir que te investigara, pero a último momento, me arrepentí. Por primera vez confiaba en alguien y no quería arruinarlo. Sabía que no lo tomarías bien.

—Oh, Dios —lloró ella.

—Pero él lo hizo, aun sin mi consentimiento, y fue el que me mostró imágenes de ti hablando con Brett a la salida de tu casa. Ya sabía que te habías infiltrado a mi empresa, ya sabía que eras hermanastra de Nathan, ya sabía un montón de cosas negativas de ti, pero fue eso, fue el verte con Brett, y el sospechar que...

—Nunca, nunca, Robert ...

—Ahora lo sé. Pero en el momento me cegó la ira y los celos. Fue cuando emprendí acciones contra ti y me arrepiento tanto. No tengo excusa, no merezco siquiera pedirte perdón, sólo puedo decir que se me nubló la razón, acallé las voces que me decían que estaba actuando mal. Si tú no me dijiste nada por miedo, yo te encerré en esa celda por la misma razón. El miedo es... un monstruo que te paraliza y te quita todo razonamiento coherente de tu mente. Y yo tenía miedo de permitirte a ti hacerme lo que ya me había ocurrido; ya antes una mujer me había sido infiel con... ¡Auch! —se quejó él cuando ella le pegó en el hombro, interrumpiendo la solemnidad del momento—. ¿Por qué hiciste eso?

—No me vuelvas a comparar con esa tal Sheila.

—Pero es que...

—Si yo cometí un error creyendo que de verdad eras alguien sin alma, tú lo cometiste al pensar que, como Sheila, yo soy capaz de meterme con alguien tan asqueroso como Brett. ¿Cómo puedes pensar que te reemplazaría por alguien... como él? ¿De verdad crees que después de haber probado lo que es estar contigo, yo me iba a buscar a otro, y sobre todo... a esa excusa de hombre? —Robert sonrió con ojos brillantes. Este estaba siendo uno de los mejores piropos que recibiera jamás.

Bajó la mirada y suspiró.

—Sí, lo acepto —dijo—. Te fallé—. Alice lo miró bastante sorprendida por sus palabras. Realmente, no había esperado que lo admitiera tan rápido. Ah, eso no hacía sino empeorar las cosas, porque le estaba demostrando que era mucho más humano de lo que jamás pensó. Otra vez las lágrimas se habían asomado a sus ojos, y Robert sonrió en lo que pareció más bien una mueca—. Cuando debí escucharte, lo que hice fue atacarte. Te herí, y te hice pasar un muy mal momento. Aunque no merezca perdón... Yo te pido que me perdones, Alice—. Ella agitó su cabeza negando, pero él siguió—. Si en tu alma hay humildad para perdonar a este... ogro sin corazón.

—No eres un ogro sin corazón —lo interrumpió ella en un susurro.

—Yo te pido perdón. Y he aprendido mi lección; nunca más volveré a desconfiar de ti, y para siempre, aun cuando todo el mundo parezca indicar que alguien es culpable de algo, yo no me apresuraré a lanzar juicios ni a creerme el verdugo de nadie. Lo siento, Alice, lo siento tanto.

—Ya pasó —dijo ella en un sollozo—. En cierta forma, entendía tu ira, lo que me dolió más fue que me dijeras que si te tocaba, te ensuciaría—. Él cerró con fuerza sus ojos recordando el momento.

Era verdad. Había caído bien hondo con esas palabras.

—Qué podré hacer para que olvides eso? —ella no dijo nada, lo que hizo que él se angustiara—. Ya hablé con mis abogados —siguió él—. Tengo pensado presentar ante ti una disculpa formal, e indemnizarte por los daños...

—No lo necesito.

—También, pediré que se reabra el caso de Nathan para aclarar todo lo que sucedió en aquel tiempo. Tengo indicios de que también Brett estaba involucrado en su caso.

—Lo estaba —dijo Alice, y Robert asintió, como si ya no le sorprendiera.

—Con él también me disculparé —dijo—. Nada podrá devolverle los años que pasó en esa cárcel y que no vio a su hija, pero...

—Y la muerte de su esposa —volvió a hablar Alice—, también fue consecuencia de aquello—. Robert la miró un poco impactado por sus palabras, comprobándole así que él no había sabido nada de eso. Otro punto que lo favorecía a él, y la condenaba a ella—. Él te escribió —siguió ella, dispuesta a seguir aclarando más cosas, no importaba si le dolían más a ella que a él—, tratando de explicarte todo, muchas veces. Te envió sus abogados... luego, dejó de insistir, sobre todo cuando lo amenazaron para que dejara de intentar comunicarse contigo. Nathan me dijo que fueron tus hombres.

—Yo no tengo “hombres”, Alice —protestó él—. Todo lo hago por mí mismo, o mis abogados, y ellos se identifican plenamente cuando actúan—. Alice se mordió los labios y miró hacia un rincón del pequeño cubículo. Escuchó que Robert dejaba salir el aire, pero sintió su toque en su brazo y volvió a mirarlo.

— ¿Hay algo más que deba saber? —Alice cerró sus ojos negando.

—Tal vez sí, pero ahora...

— ¿Puedo abrazarte entonces? —ella lo miró fijamente, un poco sorprendida, pero en ese bonito rostro, que ahora estaba lleno de golpes, afloró una sonrisa que ella había aprendido a conocer.

Él la abrazó, y Alice lo rodeó también con suavidad, teniendo cuidado de no apretarlo mucho, y cuando él le besó el hombro, Alice no pudo contenerse más, y lloró.

Pero esta vez era de alivio, de consuelo.

—Ya, ya —susurró él calmándola, pero Alice necesitó un buen rato para por fin sentirse desahogada.

Cuando al fin paró, él la separó un poco de sí para mirarla a los ojos, le echó el cabello desordenado hacia atrás y se acercó para besar su mejilla.

—Nos hemos hecho mucho daño, ¿te das cuenta? —Alice no dijo nada ante ese comentario—. Dos personas inteligentes dirían adiós, y nunca más volverían a verse —ella se separó un poco para mirarlo a los ojos.

—Y tú... ¿eres inteligente?

—No. Soy muy tonto —eso la hizo reír—. A pesar de todo, sigues gustándome, Alice. Y creo que más ahora, porque sé lo valiente y arrojada que eres.

—Valiente y arrojada. Estuve muerta de miedo todo este tiempo.

—Pero seguiste adelante. Sin miedo no hay coraje, dicen —Alice volvió a sonreír al sentirse halagada por él.

—Tú también sigues gustándome mucho... porque ahora estoy segura de que eres un hombre muy bueno, y que... lo das todo por los tuyos—. Robert ladeó la cabeza mirándola un poco intrigado.

— ¿Podrás seguir conmigo luego de todo esto? —preguntó él con cautela, y Alice le tocó el corte del labio y de la ceja con mucho cuidado.

—Creo que ya expiaste parte de tus culpas—. Él hubiese querido reír, poder alzarla en sus brazos y llevársela en volandas a algún lugar más privado. Todavía tenían que decirse tantas cosas... pero le dolía absolutamente todo su cuerpo, y llevaba casi una semana sin dormir bien.

Diablos, sí, le dolía todo, pensó de repente. Los sedantes que le habían puesto no lograban paliar del todo el dolor; sólo lo amodorraban y le quitaban energía.

— ¿Quieres que llame a una enfermera? —preguntó ella con preocupación al verlo hacer una mueca.

—No, supongo que ya hicieron todo lo que podían. Sólo necesito... descansar.

—Recuéstate, entonces.

—No aquí. Jeremy llegará en menos de una hora. Vendrá directo del aeropuerto. Aidan nos llevará al hotel; no pienso pasar la noche en este lugar.

— ¿Seguro?

—Y tú vendrás conmigo—. Ella lo miró un poco sorprendida por esa afirmación, y cuando vio que él hablaba en serio, se sonrojó un poco—. Tenemos mucho que hablar aún, y no soportaré perderte de vista ni un minuto. Ya te he tenido fuera de mi radar por demasiado tiempo.

—Controlador —se quejó ella, pero no muy en serio, pues sonreía.

Una enfermera entró en el momento, y luego de revisarlo, le dieron la orden de salida. Aidan llegó por ellos y se ocupó de comprarle medicinas para el dolor, también para ella, y Robert salió del hospital a paso lento, pero por su propio pie.

En el auto, Alice se sentó atrás junto a Robert, y recostada en su hombro, alcanzó a dormitar un poco. Llevaba días sin dormir bien, y la proximidad de él, su aroma y su voz, le infundieron la suficiente confianza como para descansar unos minutos mientras se dirigían a su hotel.

Una vez allí, Aidan bajó junto a Alice para pagar la habitación y recoger a Emma, que no despertó ni cuando Aidan la alzó en sus brazos. Cuando estuvieron de vuelta en el auto, a Robert le llegó la llamada avisándole que tanto Jeremy como Jennifer estaban instalándose en una habitación del mismo hotel que él.

Robert se cambió de habitación a una suite donde pudieran tener a Emma. Estarían aquí mientras los médicos dieran el aval para trasladar a Ethel.

—Ya echa de menos su escuela —sonrió Alice cubriendo a Emma con su sábana y dándole un beso en la frente—. Ahora que vayamos a casa, tendrá mucha tarea que adelantar—. Robert hizo una mueca al recordar que ya Alice no tenía casa, pero no tuvo ánimo para decirle eso ahora. Ella estaba agotada, merecía dormir durante doce horas seguidas. La noticia podía esperar para mañana.

Alice se dio una ducha rápida y se puso la bata del hotel. Tenía muy escasa ropa aquí, y todo lo que usaba debía ser lavado para el día siguiente, pero no pudo hacerlo esta vez. Mañana andaría en bata todo el día, porque lo que quería ahora era dormir.

Al salir de la ducha, escuchó voces fuera de la habitación, y se asomó para ver a Jeremy, Aidan, Robert y Jennifer conversar en la pequeña sala. Al verla, Jennifer casi corrió a ella.

—Dios querido, ¡me alegra tanto que estés bien! —exclamó ella mirándola y revisándola casi como una mamá. Alice sonrió.

—Gracias por preocuparte.

—Claro que sí. Dime, ¿te están tratando bien? —le preguntó haciéndole señas con los ojos—. Si necesitas escapar...

—Te agradezco la oferta, pero estoy muy bien ahora.

—¿Seguro? Ese... Robert, fue el que te metió en una celda.

—Y esta noche casi se hace matar por mí. Y pasaron muchas cosas más, así que... puedo decir que estamos a mano—. Jennifer le tomó el brazo a Alice y se internó con ella en la habitación. Los tres hombres que estaban en la sala las miraron desaparecer tras la puerta, y Robert, especialmente, miraba a Jennifer con sospecha.

—¿Seguirás con él? —le preguntó Jennifer una vez a solas, y Alice la miró tratando de deducir si lo decía porque lo desaprobaba o no.

Caminó hacia un pequeño sofá de la habitación y se sentó allí jugueteando con las tiras de su bata.

—Lo quiero —dijo.

—¿A pesar de todo?

—Si él ha sido capaz de perdonarme las que le hice... ¿no sería demasiado arrogante de mi parte no hacerlo con él? —Jennifer sonrió.

—Ese es un pensamiento muy humilde.

—No me considero humilde.

—El amor nos vuelve humildes. Con tal de no perder a la persona que amamos... de vez en cuando bajamos la cabeza.

—Eso sí.

—Sólo asegúrate de no bajarla muy seguido—. Alice se echó a reír.

—Seguro.

—Eso quiere decir que seremos como hermanas por ley —sonrió Jennifer extendiendo su mano hasta la de ella y apretándosela suavemente.

—Vas muy rápido...

—Pero bien encaminada —Alice volvió a reír, alegrándose de tener una amiga a la que poder hablarle de ciertas cosas, y encontrar apoyo en ella.

—Y este es el dichoso papel —dijo Robert pasándole el documento a Aidan y Jeremy. Los dos juntaron sus cabezas para leerlo, aunque sus ojos fueron volando hacia el nombre que estaba al lado del de sus padres.

—Bruce Hopper —leyó Jeremy en voz alta—. ¿Ese Bruce Hopper? ¿El senador? —Robert hizo una mueca de duda.

—Puede ser. Tendría que averiguar dónde se encontraba ese sujeto en esa fecha. Mirar tiquetes de vuelo, y cotejarlo todo. Hace diecisiete años que se firmó este papel, y él ha tenido tiempo de eliminar pruebas incriminatorias.

—En caso de que sea él —objetó Aidan.

— ¿No crees que sea el culpable?

—Sólo me parece todo muy... aleatorio. ¿Qué interés podría tener un hombre como él en nuestra casa?

—En ese tiempo no era el senador que hoy es.

—Y todo cobra un poco de sentido —dijo Robert, recordando las palabras de Alice—; sólo alguien con poder podría conseguir que a los tres nos llevaran a centros de acogida diferentes, y que luego, cuando yo preguntara por ustedes, se me negara la información. Es alguien con tal poder, con tal influencia.

— ¿Y por qué esta casa? ¿Matarlos por eso? No encaja. Hay muchas cosas que no...

—Yo tengo una idea —lo interrumpió Jeremy recostándose en el sofá en el que estaba—. Tal vez no sea él, tal vez alguien usó su nombre para hacer esto.

—Eso nos dejaría como al principio.

—No lo creo —insistió Jeremy—. Bruce Hopper podrá desaparecer evidencias como vuelos, llamadas y estadías en hoteles, pero no podrá borrar para quién trabajaba en la época o a quiénes le debía favores—. Robert lo miró con ojos entrecerrados, pero orgulloso.

— ¿Desde cuándo eres tan inteligente?

—Siempre, hermano.

—Eso lo veo muy... traído de los pelos —volvió a hablar Aidan—. Muy forzado.

—Estamos mirando todas las posibilidades.

— ¿Pero por qué la casa? ¿Acaso hay un tesoro debajo?

—En una ocasión, queríamos que un personaje accediera a vendernos las acciones que tenía en cierta empresa —contó Jeremy—, y para convencerlo... compramos el edificio donde tenía su apartamento.

—Digamos que con eso lo presionamos un poco.

— ¿Sugieres que este senador quería algo de papá y mamá y lo amenazaron con quitarle la casa si no lo daban? ¿Qué podía ser? Ellos no tenían acciones en ninguna parte, ni ningún bien que pudiera valer tanto.

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

—Lo primero —siguió Jeremy—, es ver si estas firmas son reales.

—Yo pondré a Mark a investigar la vida y obras de Hopper, y que vaya todo lo lejos que pueda en su pasado.

— ¿Dónde estaba este papel? —preguntó Aidan.

—En la casa.

— ¿En qué lugar específicamente?

—Eso habría que preguntárselo a Alice, fue ella quien lo encontró—. En el momento, salió Jennifer de la habitación, y cuando vio que Robert la miraba interrogante, contestó.

—Está agotadísima, se le cerraban los ojitos.

—Hagamos esto mañana —sugirió Robert poniéndose en pie—. Ya es muy tarde y... también necesito dormir.

— ¡Oh! —sonrió Jeremy con picardía—. Por favor, no me hagas venir a tumbarte la puerta mañana.

—Calla.

—Si la vas a tumbar —sonrió Aidan, pero miraba a Robert —, recuerda que Emma está en la otra habitación.

—A callar los dos. Me duele hasta el último hueso, no podría ni levantar una mano para tumbar nada.

—Sí, sí, sí —rió Jeremy, y se levantó de su asiento y se acercó a su hermano, dándole un abrazo con palmadas en la espalda que hizo que arrugara su cara de dolor—. Estoy feliz de que estés a salvo.

—Me libré de esos matones, pero tú me vas a matar con tus abrazos.

—Es la fuerza de mi amor por ti—. Aidan se echó a reír, y también abrazó a su hermano mayor.

—Gracias.

—Por qué.

—No sé. Por todo, creo.

—Esta mañana me querías matar, y me dijiste cosas feas.

—Pero te las merecías, y te hicieron reflexionar.

—Santo Aidan —se rio Jeremy, y, tomando la mano de su mujer, salió al fin de la suite de su hermano. Aidan también se despidió y salió.

Al estar solo, Robert se encaminó a la habitación, donde encontró a Alice dormida, acostada de medio lado y con la luz encendida.

Sonrió acercándose, pero lo que había dicho antes era verdad. No podía casi ni tenerse en pie. Habían sido demasiadas emociones por el día de hoy, y el de mañana le deparaba muchas otras cosas.

Ya tendría tiempo de ponerse al día con Alice.

*Cuando me hagas el amor
Desnudos dos cuerpos, al unísono
De nuestro amor, el más pequeño símbolo
Será paz, será calor*

Alice despertó poco a poco, y abrió sus ojos dándose cuenta de que se había quedado dormida más tiempo de lo que había pretendido. Su idea anoche había sido cerrar un momento los ojos y luego salir a hablar con los tres hermanos Blackwell, pero todo el cansancio acumulado le había jugado una mala pasada.

Se movió lentamente esperando encontrar a Robert a su lado, pero no fue así. Estaba sola en la cama.

Se sentó de golpe y miró en derredor. ¿Qué había pasado? Él no estaba aquí, y no había señales de que hubiese estado. ¿Dónde había dormido entonces? Él necesitaba más que ella dormir cómodamente, una cama amplia donde sus adoloridos músculos se relajaran.

Salió de la habitación y lo encontró dormido en el sofá de la sala. Se cubría con una gruesa colcha y apoyaba su cabeza en una de las almohadas que seguramente había traído de la cama, pero no la había compartido con ella.

Tragó saliva cerrando sobre su pecho la bata con la que había dormido y miró a Robert en silencio por varios segundos; la noche no había sido suficiente para borrar los golpes de su rostro y cuerpo. Todavía sentía algo dolerle dentro cuando lo recordaba recibir un golpe tras otro; él había salvado su vida exponiendo la suya.

Se inclinó a él y besó suavemente su barba, y sin hacer ruido caminó a la pequeña habitación de Emma. Ella seguía dormida, así que la dejó tranquila y volvió a la cama.

— ¿Tío Robert? —escuchó él que llamaban, y abrió los ojos en estado de alerta. Era Emma, que lo miraba algo curiosa—. ¿Te sientes bien? —le preguntó la niña señalándole la sutura de papel sobre la ceja. Él se sentó en el sofá y se frotó un poco los ojos.

—Sí —le contestó con voz llena aún de sueño—, tuve un pequeño accidente, pero ya ves que estoy bien.

—Ah... ¿Puedo pedir el desayuno? —preguntó la niña.

— ¿No prefieres ir al restaurante?

— ¿Podemos? —él sonrió. La niña se había acostumbrado a no ir a sitios públicos, seguramente.

—Pregúntale a tu tía qué prefiere —Emma corrió a la habitación de su tía, encontrándola en el cuarto de baño lavando una blusa en el lavamanos y extendiéndola en el cristal de la ducha. Cuando vio a Robert tras Emma, su corazón se aceleró bastante. A pesar de los golpes, él, con su torso desnudo y el cabello extendido sobre los hombros, era algo digno de ver por la mañana.

— ¿Necesitas...? —él asintió antes de que ella completara su pregunta, así que salió del baño para que él entrara. No tuvo tiempo de pensar mucho. Emma enseguida empezó a hablarle del desayuno, y de mil cosas más.

Pero ella no podría salir a desayunar al restaurante tal como la niña le proponía, pues no tenía nada que ponerse, y lamentablemente, nada de lo que Robert le había comprado a la niña le servía a ella, por muy flaca que estuviera.

Minutos después, entraron Jeremy y Jennifer a la suite. Robert ya se había puesto una gruesa camiseta de mangas largas y se había recogido el cabello, y ella estaba considerando seriamente ponerse una también. Sólo que no habían hablado nada, y le daba un poco de vergüenza pedirle ropa.

Sin embargo, Jennifer traía con ella una bolsa y se la extendió. Alice encontró dentro varias prendas femeninas, y la miró tontamente emocionada.

—Muchas gracias —le dijo, y Jennifer sonrió.

—Me imaginé que lo necesitarías, y no tienes que agradecer. Algún día me devolverás el favor.

—Me esforzaré —sonrió Alice. En el momento sonó el timbre y fue a abrir. Aidan apareció al otro lado de la puerta y la saludó con un beso en la mejilla.

—Ya estamos todos —anunció Jeremy, y Alice entró a la habitación para ponerse lo que Jennifer había traído.

Era una blusa nueva y le quedaba perfecta, de una tela que parecía mantequilla en sus manos. Seguro que no era algo comprado en un baratillo. Vio que en el fondo de la bolsa había también ropa interior y casi quiso llorar. Jennifer se merecía el cielo.

Cuando salió de nuevo, vio a los tres hermanos hablar de nuevo en la sala con varios dispositivos electrónicos en las manos como si fueran a empezar un día de trabajo normal, aunque ella sabía que se trataba de otra cosa. Jennifer en la pequeña cocina de la suite junto a Emma preparando un café. Se acercó a

paso lento hacia los hermanos y al quedarse allí de pie y en silencio, los tres hombres levantaron hacia ella la mirada.

—Yo... tengo algo importante que decirles —dijo con voz algo insegura, así que carraspeó y volvió a hablar—. Quiero... pedirles perdón. A los tres —. Aidan y Jeremy le dirigieron idénticas miradas de confusión. Robert, en cambio, bajó un poco la cabeza sin mirarla.

—No tienes que...

—Sí, si tengo —insistió Alice interrumpiendo a Aidan, y miró fijamente a Jeremy y a Robert—. Le fallé a la empresa para la que trabajé los meses pasados. Firmé un contrato de confidencialidad y... creo que hice todo lo contrario. Aunque puedo asegurarles, casi jurarles, que no dije nunca nada comprometedor, ni nada que pudiera poner sus finanzas o sus vidas en riesgo... estuvo muy mal lo que hice.

—Ahora comprendemos —dijo Jeremy—. Estabas siendo presionada.

—Eso no borra mi culpa. Imagino que la confianza que tenían en mí ha mermado en gran manera, pero, aunque no sirva de nada, aunque... no vuelva a ser lo mismo... quiero que me perdonen como una empleada que les falló, y... como una amiga que no confió en que la podían ayudar. Lo siento.

Hubo silencio en la habitación, y Jennifer, desde la cocina, miró fijamente las reacciones de los Blackwell. Jeremy parecía un poco admirado; sabía que él no esperaba que Alice se disculpase. Aidan sonreía, como si, por el contrario, hubiese sabido desde siempre que Alice era así de humilde.

Pero no supo descifrar la reacción de Robert, que seguía sin mirarla.

—Disculpas aceptadas —dijo Jeremy mirándola con una sonrisa—. De mi parte, Alice, estás disculpada; comprendo las razones por la que lo hiciste, y confío que en el futuro... obrarás de forma diferente, aunque yo espero que algo así no nos vuelva a ocurrir.

—Gracias.

—Conmigo no tienes que disculparte —dijo Aidan—. Por el contrario, perdóname tú a mí por no haber llegado a tiempo esa noche—. Alice meneó su cabeza negando, y su mirada se clavó en Robert.

Él respiró profundo.

Ayer había querido oír estas palabras. Si bien ella había tenido razones muy poderosas para hacer lo que hizo, en el fondo había querido oír que ella también se disculpara. Pero nunca imaginó que ella lo haría en público y delante de sus hermanos, y eso era loable.

Sin embargo, todavía sentía que algo le faltaba.

—Robert, perdóname —dijo ella, y él al fin levantó la mirada un poco sorprendido—. A ti no sólo te fallé como secretaria, sino... como amiga y... lo que fuera que estábamos empezando. Herí tu confianza y tu orgullo, y eso me duele mucho.

—Alice...

—Y delante de tus hermanos y de Jennifer te prometo que no volverá a ocurrir —Alice lo miraba a los ojos, fijamente y desnudando su alma—. Todo lo que me ocurra y sea importante —prometió— lo compartiré contigo, eso... si quieres seguir compartiendo algo conmigo—. Él sonrió, se puso en pie acercándose a ella y la abrazó.

Se escuchó la risa de Jeremy, un par de aplausos de emoción de Jennifer y Emma, que la imitó al ver a la pareja abrazarse, y Aidan sólo sonrió recostándose en el sofá en el que estaba con la mirada un poco perdida, como si ya se le estuviera ocurriendo la letra de una nueva canción.

—Ya todo está olvidado —aseguró él en un susurro, y Alice cerró sus ojos apretándolo con suavidad, teniendo cuidado de no herirlo de nuevo.

—Siento haberte fallado tanto.

—Yo también lo siento.

—Yo ya te perdoné —volvió a decir ella, y Robert se separó un poco para mirarla y sonreírle.

—Lo sé.

—No tienes que volver a pedir perdón.

—Ni tú. Dejemos todo esto atrás; volvamos a empezar, esta vez... con la verdad siempre por delante.

—Sí, sí...

—Yo confiaré en ti... y tú confiarás en mí, Alice.

—Te lo prometo—. Él se inclinó y le besó la mejilla, y Alice, al sentir el toque de sus labios sobre su piel, el roce de su barba en su mejilla, cerró los ojos dándose cuenta de que su cuerpo había estado rogándole por esto, por él. Todos sus sentimientos y sensaciones empezaron a bullir en su pecho, y sin importarle que había demasiada gente alrededor, que no estaban solos, dijo:

—Te amo.

Un áspero silencio se instaló en la pequeña sala de la suite. Robert se soltó de su abrazo, aunque no dejó de tocarla, y la miró casi pasmado por su declaración, casi tan pasmado como ella cuando él le recitó la letra de una canción en aquella cena.

— ¿Qué? —preguntó con su mirada azul evidenciando todas las emociones

que lo embargaban. Alice rio de manera casi entrecortada. Había tenido que decirlo, las palabras le habían estado arañando el alma y el corazón en su necesidad de salir.

—Te amo —repitió ella, y se escuchó un silbido de admiración, y Alice no supo si había sido de Aidan, o de Jeremy.

—Mejor nos vamos —sugirió Jennifer tomando la mano de Emma—. Estos dos tienen mucho que hablar. ¿Te vienes con tía Jennifer, linda? Vamos a desayunar en el restaurante del hotel, ¿te parece? —Emma miró unos segundos más a Alice y a Robert sin comprender muy bien lo que estaba pasando. No conocía a estas personas, pero ya había visto que tía Alice la trataba con confianza, y también tío Robert, así que le dio su mano dejándose guiar por ella.

—Tienes dos horas —le dijo Jeremy a Robert. Quiso palmearle la espalda, pero se abstuvo—. Luego de lo cual, vendremos aquí de nuevo, porque tenemos mucho que hacer, así que aprovéchalas bien—. Aidan se echó a reír, e hizo fila india detrás de los demás para salir de la suite.

Alice y Robert se quedaron solos. Él seguía mirándola con la sorpresa pintada en el rostro, y ella sonrió.

— ¿Por qué me miras así?

—Porque es la primera vez que lo dices... y has pedido perdón delante de todos. Estoy tan... no sé cómo... Jamás me esperé...

—Te fallé delante de todos —dijo ella interviniendo en lo que parecían ser los balbuceos de Robert—, así que, era lo que correspondía, ¿no?

—Alice... —murmuró él mirándole el rostro como si hiciera mucho tiempo que no la veía.

—Mi plan era hacerlo anoche, pero me dormí antes y... —él se inclinó y la besó impidiéndole terminar de hablar.

Alice respondió a su beso, elevó sus manos a su rostro y cerró sus ojos llenándose de nuevo de esta felicidad; el hombre que ella consideraba más hermoso sobre la tierra la miraba así y la besaba así. No había mujer más afortunada que aquella que era mimada por su ser amado.

—Yo también te amo —dijo Robert entre beso y beso, y Alice sonrió abrazándolo.

— ¿De verdad? —le preguntó, aunque ya lo sabía, sólo que oírse lo decir era mucho que intuirlo o imaginarlo.

—Dios —murmuró él en lo que pareció ser un ruego—, soy tan feliz de saberlo. También te amo —repitió—. Hace mucho que te amo—. Él

profundizó el beso, y Alice sintió todo su cuerpo pegado al de él, Robert la estaba besando a conciencia, demorándose en sus labios, fundiendo sus bocas, apretándola como si quisiera hacerla parte de él.

Y ella quería, se moría por esto.

La fue conduciendo poco a poco a la habitación, y a cada paso, iba sacándole una prenda, y ella se la iba sacando a él. Cuando cayeron en la cama, él se ocupó de sacarle los zapatos, y Alice quedó sólo en ropa interior bajo su cuerpo.

—No voy a durar las dos horas —sonrió él como excusándose, poniéndose encima de ella y besando su piel. Alice lo empujó suavemente hasta ponerlo boca arriba sobre el colchón, invirtiendo así la situación.

—Déjame hacerlo a mí, entonces—. Ella se puso a horcajadas sobre su cintura, y se acercó a su rostro para besarlo repetidamente—. Si te fallan las fuerzas, espero poder sostenerte —sonrió ella sacándose el sostén, y Robert elevó sus manos para tocar su piel tan suave y tan tersa.

—Qué bella eres —dijo él, extasiado con sus besos—. Te amo tanto, Alice—. Ella lo miró de nuevo a sus azules ojos, y fue bajando la mano hasta tocarlo por encima de su ropa interior. Los ojos de él se nublaron de deseo, pero no dejó de mirarla.

—Tú también eres hermoso —dijo ella besando su cuello, sin dejar de acariciarlo arriba y abajo, muy suavemente. Lo escuchó gemir quedamente, lleno de expectativa, y ella bajó a su pecho para lamer sus tetillas, besar sus pectorales, pasar sus manos por la cuadrícula de su abdomen, y llegó al fin a su entrepierna.

Bajó suavemente los bóxers y lo miró atentamente.

—Es increíble que esto ya haya estado dentro de mí.

—Te distraje para que no miraras muy fijamente —sonrió él.

—Eso veo.

—Tienes... miedo.

—De ti... nunca —él extendió su mano a ella, acariciando su rostro y su cabello, y cuando sintió su boca besarlo, apoyó su cabeza en el colchón y cerró sus ojos.

Hoy, definitivamente, estaba siendo uno de los mejores días de su vida. Sólo le faltaba que sus heridas desaparecieran mágicamente para poder cumplirle a ella en condiciones.

Diablos, ella no era experta en esto, sonrió él, pero su misma inocencia lo excitó y lo llevó al límite, así que la tomó en sus brazos y la volvió a poner

sobre él, casi de prisa. Se sentó para besarla, para adorarla, y Alice lo fue guiando al interior de su cuerpo.

Él estaba al límite, pero quería que también ella enloqueciera, así que la detuvo, y en vez, metió dos dedos en su interior, encontrándola empapada, lista para recibirlo.

Esto era, de verdad, hacer el amor, pensó Robert al momento de entrar en ella, tan cálida y resbaladiza, que lo apretó de inmediato como un puño; su santuario, su hogar.

Una cosa era el sexo cuando el enamorado era él, otra, cuando, además, eras correspondido. Era diferente porque, así, el deseo del uno se convertía en el eco del deseo del otro. Los besos eran respuestas contestando a preguntas silenciosas, las caricias eran ofrendas de adoración.

Alice lo apretó fuertemente en su interior, y Robert la miró fijamente. Ella estaba más hermosa que nunca, encendida por el placer, con su feminidad a flor de piel, tan hermosa y delicada. Cerraba sus ojos y dejaba salir pequeños jadeos cada vez que se balanceaba suavemente para dejarlo salir y volverlo a apretar en el fondo de su cuerpo. Era divina, y era suya, y era eterno.

Volvió a tocarla, se movió ahora más rápido. Su cuerpo olvidó el dolor, la incomodidad, y se concentró sólo en esta mujer valiente, hermosa, esforzada.

La amaba, cuánto la amaba.

Alice siguió su danza sobre él, llegando a tocar el cielo y las estrellas, sintiendo un leve y delicioso hormigueo por toda su piel. Y como si fuera demasiado para que su mortal cuerpo lo resistiese, se dejó llevar, y cuando ya se hizo insoportable, se quedó allí quieta, sobrepasada por las sensaciones, dándose cuenta de que este pequeño instante era el más hermoso que jamás había vivido.

Pero fue muy corto, y cuando terminó, se dejó caer sobre él, casi sin aire, sintiendo que volvía, volvía de un lugar donde no había control ni razón. Robert la abrazó con fuerza terminando dentro de ella, apretándola entre sus brazos como si se le fuera a escapar en cualquier momento, y al final, los dos cayeron derrumbados en la cama.

Ninguno de los dos se movió por largo rato, y aunque era imposible que el peso de Alice fuera a sofocar a Robert, se acordó que él había recibido una lluvia de puñetazos ayer, así que al fin se corrió un poco para liberarlo.

Pasaron varios minutos en los que ambos se concentraron en recuperar la normal respiración, y Robert levantó su mano y la puso sobre el trasero de ella, dándole un suave cachete.

—Te vas a quedar embarazada —dijo—. No hemos usado nada—. Eso no preocupó a Alice, no mucho. No ahora.

Pero luego de otros tres minutos más, lo miró alarmada.

—No hemos usado nada —repitió, y Robert sonrió.

—Es lo que te acabo de decir. Lo siento. Me tomaste por sorpresa y no tuve tiempo de... Y tampoco tengo preservativos conmigo— Alice se sentó en el colchón, tan desnuda como estaba, y lo miró fijamente.

—Si me quedo embarazada...

—¿Qué crees, que te dejaré sola con mi hijo? —Alice tragó saliva ante la imagen. No, él no la dejaría sola. ¿Pero no forzaría eso y aceleraría un poco las cosas? —Y puede que ya lo estés —siguió él—. La última vez, en el ático, tampoco...

—¿No?

—No —sonrió él al ver que ella ni siquiera había caído en cuenta de eso—. Ya veo que me tocará a mí llevarte las cuentas.

—Ha sido un poco irresponsable de parte nuestra —dijo ella tirándose de nuevo a su lado, aunque por su tono de voz ella no parecía especialmente preocupada por el asunto. Robert se giró para mirarla, pero entonces tuvo que llevarse las manos a su costado izquierdo—. Aún estás demasiado adolorido —señaló ella apoyando su mano sobre la de él.

—Bueno... todos esos idiotas eran diestros, y atinaron a golpear en el mismo sitio.

—Ya sé lo que te hará sentir mejor —él la miró interrogante, y Alice se bajó de la cama, sin preocuparse ni un poco por ocultar su desnudez, y caminó al cuarto de baño.

Una vez allí, llenó la bañera con agua caliente, aplicándole sales aromáticas, y volvió a la cama para tomar la mano de Robert y llevarlo con ella de vuelta al baño.

Cuando la bañera estuvo hasta la mitad, Robert se metió en ella, y Alice le hizo recostarse, pasando una suave esponja llena de jabón por su piel.

Él dejó salir un hondo suspiro de satisfacción, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba, le abrió campo para que también ella se metiera con él, y Alice lo hizo con champú en mano.

Se puso un poco del espeso líquido en la palma de su mano y procedió a lavarle el cabello a Robert, que estaba muy quieto, disfrutando de sus atenciones.

—Es increíble que los doctores no te hayan encontrado ningún hueso roto

—comentó ella—. Resististe todos esos puñetazos de manera admirable—. Él elevó una ceja, aunque ella no podía verlo, pues se hallaba tras él, sintiéndose un poco halagado por sus palabras.

—Bueno... cuando entrenas para pelear, no sólo aprendes a dar golpes, sino a recibirlos—. Alice sonrió masajeando su cuero cabelludo con las yemas de sus dedos, la espuma bajaba por su cuello hasta llegar a su espalda, y el agua caliente provocaba que los perfumes se elevaran con mayor intensidad.

—Fue una mala suerte para ese tonto, entonces, que en el pasado hayas entrenado a conciencia.

—Sí, lo fue—. Ella había empezado a hacer figuras con su cabello enjabonado, y él seguía quieto y con los ojos cerrados, relajado, disfrutando—. Esta tarde le pediré a Jennifer que me acompañe al hospital para ver a Ethel. Espero que ya la podamos trasladar, para volver a Chicago. Emma está perdiendo clases, y es hora de volver a casa—. él abrió sus ojos, y le tomó las manos pidiéndole que se detuviera, Alice lo miró un poco extrañada.

—Hay algo que no te he dicho—. Ella lo miró en silencio, esperando a que terminara—. Tu casa... El maldito de Brett hizo incendiar tu casa—. Alice inspiró fuertemente ante la noticia, con sus ojos grandes llenos de sorpresa—. Lo siento. Me enteré ayer. Todo se quemó.

—No puede ser...

—Yo espero que no tuvieras allí nada con demasiado valor.

—Pues, no, pero... eran mis cosas. Todo lo compré con mucho esfuerzo, y toda mi ropa y la de Emma, y...

—Te repondré todo.

—¿Cómo sucedió?

—Fue provocado, por supuesto. Le pusieron combustible alrededor, y lo encendieron.

—Malditos...

—Ya, no te angusties.

—Pero es que era...

—Sí, lo sé, pero sólo eran cosas materiales. Todo lo podrás recuperar, ya no estás sola, así que ya no te será tan difícil—. Alice cerró sus ojos. Aunque ahora no estaba sola y ganaba un buen sueldo, ella seguía teniendo deudas, deudas que no eran suyas, pero cuyas facturas llegaban a su dirección—. Me gustaría acompañarte a ver a Ethel, pero...

—Comprendo que estás ocupado.

—Y también quiero que vayas de compras. Ahora estás sólo con lo que llevas puesto, y necesitas ropa.

—Pero...

—No aceptaré un no, Alice. No rechazarás mi ayuda justo ahora, ¿verdad?

—Alice lo miró en silencio unos segundos, y luego sonrió.

—No podría. No me dejarías.

—Bien, me alegra que lo comprendas. Además, todo esto ha ocurrido en parte por mi culpa, te viste envuelta en mis problemas y has sido una víctima. Déjame compensarte—. Alice elevó una ceja de un modo que a él le pareció muy interesante.

—Podría aprovecharme de ti—. Eso le hizo sonreír.

—Aprovéchate, te doy permiso. Eres mi novia y quiero mimarte—. Su novia, se repitió ella en su mente, y se acercó a él para rodearle los anchos hombros con sus brazos.

—Está bien, míname, novio mío—. Él ladeó su cabeza.

—Primero termina de mimarme tú a mí —dijo, girándose de nuevo para que ella terminara de lavar su cabello.

—Sabía que nada de eso era gratis.

—Un pequeño precio a pagar —sonrió él, y ella siguió en su tarea encantada.

Jennifer no tuvo ningún problema en acompañar a Alice al hospital. Aunque la visita a la anciana tuvo que ser en extremo corta, Alice pudo enterarse por boca de los médicos de que su condición por fin era estable, y podrían trasladarla cuando así lo requirieran.

Le escribió a Robert notificándole del asunto, y él de inmediato dispuso todo lo necesario para el viaje de todos de vuelta a Chicago.

En la tarde, fueron de compras. Alice tenía que renovar por completo su guardarropa, y llevaba en su bolsillo la tarjeta de Robert. En un principio se alarmó bastante al ver los precios de las tiendas que le proponía Jennifer, pero ya luego empezó a escandalizarse cada vez menos. Él le había comprado a Emma ropa casi tan cara como la que ahora miraba, así que dudaba que se fuera a molestar.

Sin embargo, comprar un guardarropa nuevo era agotador, y a media tarde se detuvieron en un restaurante para sentarse un poco y comer algo. Emma estaba encantada, para ella había sido un día excitante.

Algo bueno al fin, le sonrió Alice, luego de tantas tragedias.

—Gracias por acompañarme —le dijo a Jennifer, que le daba un sorbo a su bebida al tiempo que ojeaba una revista—. Te has portado muy bien con nosotras, Jennifer. Gracias por todo—. Ella le sonrió y se encogió de hombros.

—No tienes que agradecer, ya te lo he dicho. Tú me caíste bien desde que te conocí, y siempre me he fiado de mi buen ojo. Algunas veces me falló —admitió como para sí—, pero no en cuanto a amigas—. Alice sonrió apoyando su barbilla en la palma de su mano.

Se sentía agotada. Lo que quería era llegar a casa y dormir mucho.

Pero ah, ella no tenía casa.

¿Qué iba a hacer ahora?

Sabía que no debía preocuparse, que Robert le ayudaría en todo, pero no era su costumbre recostarse tanto en otra persona; siempre había dependido de sí misma.

Vio a Jennifer hacer un gesto y elevar las cejas muy interesada en un artículo que leía.

— ¡Se ve divina! —exclamó Jennifer mirando una página en especial de la revista. Alice movió su cabeza para mirar, y vio allí la imagen de una hermosa modelo que hacía el comercial de una fragancia de Victoria's Secret.

—Sí que es guapa —dijo Alice, y vio a Jennifer sonreír—. ¿Eres su fan?

—Su más grande fan —volvió a sonreír Jennifer—. Es mi mejor amiga. Crecimos juntas, prácticamente.

— ¿De verdad? Sí que tienes amigos interesantes—. Jennifer se echó a reír, pero su risa se fue borrando poco a poco.

—La echo mucho de menos —dijo—. Desde que se fue a Europa, poco he podido estar con ella. Siempre promete tomarse unas vacaciones, pero lo veo cada vez más lejos, sobre todo ahora que dejó a Victoria's Secret para trabajar con Givenchy—. Alice elevó sus cejas mirando a Jennifer. Por supuesto, ella debía estar enterada de todos los movimientos de Linda Cameron, la hermosa mujer de ojos verdes y cabello rubio rojizo que había cautivado las pasarelas en las pasadas temporadas de desfiles de alta costura.

—Tal vez debas ir tú a verla.

—Jeremy me prometió que iríamos —dijo ella frunciendo los labios en un puchero—, pero ahora con todo lo que está pasando, tendré que esperar.

—Lo siento—. Jennifer la miró confundida.

—No tienes que disculparte. No es tu culpa.

—Es que... —sonrió Alice—, con todo lo que ha ocurrido, siento que sí

tengo qué ver.

—No es así. Los Blackwell arrastran este problema desde hace más de dieciséis años, tú lo has visto—. Jennifer cerró la revista y se concentró en Alice—. Si vas a ser una Blackwell, deberás aceptar que ellos no descansarán hasta que encuentren al culpable de la muerte de sus padres—. Ante esas palabras, Alice se sonrojó.

—Robert no... me ha propuesto darme su apellido.

—Ah, lo hará —sonrió Jennifer agitando su mano—. Verlo enamorado me divierte un poco, pero también me alegra. Ya no anda por allí con una nube gris de lluvia sobre su cabeza —Alice se echó a reír por la imagen que Jennifer describía. Ciertamente, así parecía él meses atrás.

Suspiró al reconocer que su cambio se debía en gran parte a ella.

— ¿No tienes nada en contra de que sea yo la mujer que él elige? — Jennifer frunció delicadamente su ceño mirándola confundida—. Ya sabes, yo soy... quien soy, sin nada que aportar.

—Sí, definitivamente —sonrió Jennifer—. Él prácticamente obligó a Jeremy a casarse conmigo porque soy una heredera, y mira, él va y elige a alguien que no le aportará a sus riquezas —Alice se mordió los labios y bajó un poco la mirada, pero antes de que pudiera pensar en nada, Jennifer siguió: —Lo que me hace pensar que todo lo que ha vivido y experimentado contigo, seguro que le ha enseñado que una mujer se elige por el valor de su personalidad, y no por los millones que posea. Así que, respondiendo a tu inquietud, estoy feliz, muy feliz, de que hayas sido tú a quien él eligió, habla muy bien de ti... y de él—. Alice sonrió ahora ampliamente. Podía traducir que ella era el castigo y el premio de Robert, todo en uno, pero no le importaba mucho, pues también estaba feliz de que la eligiera a ella.

*Tu voz consigue agitar las aguas de mi alma
Remover las rocas en que se basaba mi temor
Dentro había frío, dentro había dolor
Y con tu luz, mi corazón volvió a la calma*

Alice abrió sus ojos con el pecho agitado y la piel aún sudorosa. Estaba bajo el cuerpo de Robert, que seguía besándola, adorándola, y ella sólo pudo sonreír y abrazarlo. Él se dejó caer a su lado, con cuidado de no aplastarla, y Alice se acurrucó sobre su pecho reconociendo que este momento no tenía par en su vida.

Lo amaba, lo amaba con todo su ser, lo deseaba, y era extremadamente feliz con sus besos, sus caricias y sus atenciones.

Pero lo que la llevaba al éxtasis total era saber que él se sentía igual con ella, y por eso el sexo era casi celestial.

Paseó su mano por el abdomen de él, sintiendo aún las ondulaciones de su cuerpo que también luchaba por normalizar su respiración, y no pudo más que reír. Él la miró intrigado.

En respuesta, Alice meneó la cabeza negando.

—Es todo tan... diferente.

—¿Diferente?

—Tú eres diferente. No sé si porque cambiaste, o simplemente porque te conocí bien, pero... esto no es nada parecido a lo que imaginé del sexo contigo.

—¿Qué imaginabas del sexo conmigo?

—Algo mucho más simple, creo —él elevó sus cejas, y Alice volvió a reír—. Pensé... O más bien, nunca pensé que sería tan bueno.

—¿Imaginaste que yo me ocuparía de llegar al clímax, lo que me tomaría cinco minutos, y que me importaría un rábano si mi compañera llegaba o no? —Alice se mordió los labios y esquivó su mirada.

—Lo siento. Es que no parecías tan tierno y atento.

—Juzgabas por las apariencias.

—Sí, lo admito. Es que tienes una apariencia de ogro bastante persistente —él volvió a ponerse sobre ella, que no estaba del todo desnuda, sino que llevaba aún un camisón púrpura con ribetes de encaje negro. Alice se mordió

los labios mirándolo con expectativa, sonriendo, feliz.

—Sí, soy un ogro —dijo él engrosando aún más su voz, lo que le hizo reír—. Me comeré tus ojos —dijo, y besó los párpados de cada uno—. Me comeré tus orejas; fritas deben estar muy ricas —Alice volvió a reír—, dejaré las partes blandas para el final —siguió él mordisqueando sus senos a través de la seda de su camión, el pecho y los brazos, y su barba le hizo cosquillas, lo que le hizo empezar a retorcerse—. Te ataré y te daré de comer seis veces al día para que engordes —amenazó él poniéndola de lado y palmeando suavemente sus muslos, apretando sus músculos entre sus manos—. Porque si te como tal y como estás, quedaré con hambre.

— ¡Qué odioso! —rio ella a carcajadas.

—Estarás desnuda y atada en una cueva oscura —volvió a decir él con su voz gruesa, mirándola mientras hacía las muecas típicas de un ser muy malvado, pero aún tenía los cortes y moretones que le había causado el haberla protegido, así que sus palabras perdían todo sentido. Y ella no podía más que reír.

Él, como si estuviera molesto porque ella no lo tomaba en serio, rugió, y Alice lanzó un chillido seguido de risas y más jugueteo.

De repente, la puerta se abrió, y tras ella apareció Emma, que se había traído con ella su frazada, y los miraba con ojos grandes de asombro.

Afortunadamente, ninguno de los dos estaba desnudo, y Alice se sentó en la cama mirando a la niña con sorpresa. No estaban haciendo nada, no había nada indecente a la vista, pero le preocupaba lo que Emma pudiera haber visto o estar pensando.

— ¿Qué pasa, cariño?

—Escuché ruidos.

—Ah...

—Es que estamos jugando —dijo Robert con voz tranquila, y Alice se giró a mirarlo. La carita de Emma enseguida se iluminó con una sonrisa.

— ¿A qué?

—Al ogro. Yo soy el ogro, y ella la princesa en apuros.

— ¿Y yo qué soy? —preguntó Emma acercándose, y Alice miró de nuevo a Robert como preguntándole: sí, ¿qué es ella en este juego?

—Tú serás el hada madrina. Te gustan las hadas, ¿no es así? —Emma saltó entusiasmada por su rol en este juego, y de inmediato, Robert se puso de rodillas y rugió como si de verdad fuera un ogro, y se fue a perseguir a Emma, la cual corrió por la habitación gritando con voz tan aguda, que Alice tuvo que

cerrar los ojos.

—Si me como al hada madrina —aseguró Robert con su voz de villano—, nadie protegerá a la princesa —y lanzó una risa que sonó muy malvada, y, riendo, Alice salió de la cama lista para entrar en el juego que de repente, y sin premeditación, habían empezado.

Corrió con Emma por la suite, escondiéndose en los rincones más insospechados, huyendo cuando las encontraban, pidiendo auxilio cuando eran atrapadas, y ayudando a la otra a escapar.

Fue una noche increíble.

Y al día siguiente, regresaron a Chicago. Trasladaron a Ethel a una importante clínica, en una excelente habitación, y Robert se instaló con Alice y Emma en la casa de su hermano, Jeremy, pues su apartamento seguía en remodelaciones.

Supuestamente, Emma y Alice compartían una habitación de camas gemelas, mientras Robert dormía en otra de las habitaciones de invitados solo en una cama doble, pero por las noches, Alice se escurría por los pasillos para dormir con él.

—Esto es insano —reía ella abrazada a él en su cama. Aunque fuera sólo para dormir, había descubierto que lo necesitaba a su lado por las noches. Robert la abrazó desde atrás, acomodándose para dormir, y sólo hizo un murmullo con su garganta mientras se arrojaba a sí mismo y a ella con la sábana—. No sé qué voy a hacer cuando me mude.

—Eso no debe preocuparte, yo iré hasta ti donde sea que estés—. Ella volvió a sonreír.

—He estado buscando un lugar —siguió ella hablando con voz suave—. No quiero abusar de la hospitalidad de tu hermano y Jennifer. Ya tengo vistos varios sitios que se acomodan a mi presupuesto.

—No te preocupes por eso —dijo él con voz perezosa—. Ya tengo a varios agentes inmobiliarios buscando un lugar.

—Robert... yo sé que deseas lo mejor para nosotras, pero tengo dudas de que tu elección se ajuste a mis posibilidades.

—Tienes razón, no se ajustan.

—Y entonces...

—Se ajustan a las mías.

—¿Piensas mantenerme, o algo parecido?

—¿Eso te incomodaría mucho?

—La verdad, sí—. Robert respiró profundo, y se sentó en la cama

rascándose un poco la cabeza y alborotando más su cabello. Alice lo imitó, y además encendió la lámpara para poder ver bien sus facciones.

—Es sólo por la deuda que tengo con Emma —Alice lo miró confundida al extremo, y él se encogió de hombros—. En parte, soy responsable de que se haya quedado sin padres, y la deuda que actualmente estás pagando, no es tuya, sino de Nathan... y es dinero que supuestamente él me debe a mí. En estos días hice investigaciones, así que te debo dinero a ti, a Emma... y a Nathan.

—¿Vas a asumir todo eso?

—Jeremy también está involucrado, así que todo eso te alcanza para una casa más grande y bonita para que puedas vivir... o si prefieres un apartamento más céntrico...

—De verdad, Robert —él sonrió, se acercó a ella y beso suavemente sus labios.

—Pensaba comunicártelo cuando ya estuviese todo hecho, pero dado que estás haciendo tus búsquedas... Pero todo es una tontería —dijo él volviendo a acostarse y poniendo sus brazos debajo de su cabeza, lo que le dio a ella una magnífica vista de su amplio pecho—. Seguro que yo mantendré en tu casa metido, o tú en la mía, así hasta que nos casemos —Ella lo miró con la boca abierta haciendo un muy sorprendido “Oh”. Robert sólo sonrió de medio lado —Eventualmente, nos casaremos —dijo.

—Sería una completa tonta si me niego —dijo ella mirándose las uñas, como si lo que él hubiese dicho hace un momento no la hubiese impactado para nada, y Robert siguió sonriendo.

—Una completa tonta —Alice, con una enorme sonrisa, se acostó de nuevo a su lado y volvió a arrojarse a ambos con la sábana. Robert la rodeó con su brazo callándose que las investigaciones a favor de Nathan estaban muy adelantadas, y que pronto un juez le daría la libertad.

Era una excelente noticia, pero una que se tornaría triste luego, pues Emma volvería con su padre, yéndose de su lado.

Quería darle más tiempo con su sobrina sin pensar en que pronto tendrían que separarse.

Dos semanas pasaron desde que regresaran de Nueva York. Emma había vuelto al colegio y había adelantado los días que estuvo ausente, Ethel había mejorado muchísimo, y según los médicos, si seguía evolucionando así, pronto sería dada de alta.

Alice se había mudado ya a una nueva casa, tal como Robert lo había

dicho, más grande y más bonita.

Su sentido de la justicia la había dejado sorprendida. Había devuelto cada centavo que ella había tenido que pagar de la deuda de su hermano, y había hecho un cálculo de lo que había sido la crianza de la niña en los últimos cinco años, y se los había depositado a su cuenta. Con ese dinero, ella había podido amoblar la casa.

Una tarde en que salía de la oficina, pues había seguido trabajando como la secretaria de Robert, él simplemente le tomó la mano y bajó con ella hasta la zona de parqueo del edificio, y no la condujo hacia su auto, sino a un hermoso BMW azul oscuro que encendió sus luces cuando él apretó el botón de un pequeño mando.

—Cambiate de auto —comentó ella al estar frente al automóvil, y entonces, Robert le extendió las llaves—. Oh, ¿quieres que yo conduzca?

—Es tuyo —dijo él, y Alice, que ya tenía las llaves en la mano, miró a Robert, luego al auto, y luego otra vez a Robert—. Es un regalo para ti—. Poco a poco, ella abrió la boca, hasta que pareció que la mandíbula se le iba a desencajar.

Empezó a balbucear algo, y Robert la tomó de los hombros empujándola suavemente a la puerta del piloto para que abriera la puerta.

—Vamos, no te quedas ahí, estrénalo.

—¿Qué? —él se echó a reír, y Alice sacudió su cabeza como si intentara salir de un trance—. ¿Me... me estás regalando un auto? ¿Un BMW?

—Así mismo.

—Pero... Pero... Robert, ¡es un regalo muy caro! —exclamó—. Una cosa es... ya sabes, flores, una cena, un vestido, pero un auto...

—Se acerca más al tipo de regalos que un hombre adinerado como yo puede darle a su novia. Vamos, Alice, quiero verte conducirlo...

—Robert...

—No permitiré que lo rechaces, no hay una sola razón en el mundo que te haga no quererlo... ¿o es el color? Estaba indeciso con eso, pero pensé que el azul iba más contigo —ella siguió sin decir nada, y tampoco se movió para abrir la puerta—. ¿O es el modelo? No lo elegí convertible porque realmente no te vi en uno así, pensé que querías uno sobrio y confiable, pero si odias el modelo, tampoco tengo problema para... —él se quedó en silencio cuando Alice se echó a sus brazos abrazándolo con fuerza.

—No es eso.

—¿Entonces es porque crees que te estoy comprando con regalos? —Ella

se separó de él y lo miró con una sonrisa.

—Admítelo, lo estás haciendo.

—Bueno, un BMW no es una cosa exagerada. No quiero pensar en lo que dirás cuando te regale diamantes.

— ¿Tienes pensado darme diamantes? —rió ella, rodeándole la cintura con sus brazos.

—Uno enorme en cada dedo y oreja. Una piedra que cuelgue de tu cuello, y tan grande que necesite un remolque —ella rio ahora abiertamente, y Robert le besó la mejilla—. Te mereces todo, por ser la mujer más hermosa, buena y generosa que jamás he conocido. Y no tiene sentido que un hombre acumule dinero si no puede hacer feliz a la mujer que ama también con regalos.

—Si esa es tu filosofía, ¿quién soy yo para oponerme? —el que rio ahora fue él, y besó sus labios.

—Entonces, ¿aceptas el auto? —Alice movió la cabeza afirmativamente, y luego de darle un beso de verdad, uno profundo y caliente, uno que lo dejó a él temblando, se dio la vuelta e introdujo la llave en su auto, el primer auto nuevo que tenía en toda su vida.

Se sentó en el asiento del conductor y examinó el tablero, el volante, la palanca de cambios, que, al ser un automático, era bastante diferente a todo lo que había probado antes, que igual no era mucho. En la universidad, gracias al sentimiento de culpa luego de la muerte de su madre, su padre le había regalado un viejo Chevrolet, y en él se había movilizó hasta que ya el vehículo no pudo dar un paseo más.

Seguro que éste le duraría años y años, porque estaba nuevecito, y ella lo cuidaría con mucho amor, pues se lo había dado Robert.

Los ojos le picaron; estaba emocionada, y empezó a mover los espejos, los cristales, a familiarizarse con cada rincón, el sonido del motor al encenderse...

Robert se sentó a su lado y la vio largo rato tocar aquí y allí, encender la radio, examinar las luces, maravillarse con la cámara trasera, el limpiaparabrisas, el sistema de aire acondicionado, etc. Ella estaba feliz, y su corazón no podía más que hincharse de alegría por verla así.

Bruce Hopper se sentó en la terraza del salón en el que estaban mirando hacia el hermoso prado de su club privado. Tenía en la mano un whiskey dieciocho años sin hielo y lo meneaba mirando a lo lejos la luz del atardecer. Esperaba a alguien muy importante para una cita igualmente importante, así

que cuando en los asientos frente a él se sentaron Robert y Jeremy Blackwell, tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no parecer sorprendido, ni preocupado, sino simplemente molesto.

—Disculpen —dijo en tono de fastidio—. Espero a alguien.

—Nos espera a nosotros —dijo Jeremy con el mismo tono, y Bruce Hopper los miró elevando sus canosas cejas.

Era un hombre con edad cercana a los sesenta años, pero que aún exhumaba autoridad y dominio. Tenía una mirada inteligente, arrugas alrededor de los ojos, cabellos blancos un poco escasos en la coronilla, pero en general muy elegante, imponente.

En sus investigaciones, los hermanos se habían enterado de que este sujeto incluso tenía tratos con la realeza europea.

Era poderoso, de eso no cabía duda, pero sus ventanas eran de cristal, y ellos dos tenían muchas ganas de empezar a arrojar piedras.

—Seguro que no nos conoce —dijo Robert mirándolo con ojos entrecerrados—. Mi nombre es Robert Blackwell, y él es mi hermano, Jeremy Blackwell. Tenemos un asunto muy importante que conversar con usted.

—Va a tener que ser en otro momento, pues ahora yo...

—Hemos cancelado su cita con Liam Scott —dijo Robert recostándose en el cómodo asiento de cuero en el que se había sentado, entrelazando sus dedos y mirándolo fijamente. Hopper sonrió como si esto simplemente fuera una mala broma.

—Muchas molestias para hablar conmigo, entonces. Estoy intrigado.

—¿De verdad lo está? Yo pensé que, al escuchar nuestros nombres, ya sabría a qué veníamos.

—No tengo la menor idea. Si necesitan algo de mí y de mis gestiones propias como senador, podrían haber pedido una cita como cualquier otro.

—Es que no somos cualquier otro —dijo Jeremy con la misma sonrisa—. Es más, yo le aconsejaría que desde ahora nos trate como sus mejores amigos.

—Porque nos vamos a convertir en sus peores enemigos si nos toca los huevos, senador.

—Hemos reunido bastante evidencia que... ensuciaría un poco su imagen si no coopera con nosotros.

—Pero lo dejaremos tranquilo si tan sólo colabora y se porta bien.

—Vaya, esto ya está tomando el cariz de una amenaza, y no me gusta sentirme amenazado, señores.

—No he oído de nadie al que le gustara esa sensación —se burló Jeremy, y

Robert soltó una risita.

—En resumen —habló él—, tenemos unas cuantas preguntas que hacerle, y esperábamos que por lo menos, las escuchara.

—Sí, no esperamos demasiado en esta primera cita.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó Hopper apretando los dientes, y Robert pestañeó.

—Curiosa pregunta —dijo Robert inclinándose un poco hacia él—. Es lo mismo que iba a preguntar yo: ¿Qué quería usted con nuestros padres?

—No conozco a sus padres, no tengo la menor idea de quiénes son.

—Entonces, ¿por qué está su nombre junto al de ellos en una promesa de compraventa de hace diecisiete años?

—No sé de lo que hablan.

—Tenemos el documento original —dijo Robert sacando el papel del bolsillo interno de su chaqueta y poniéndolo delante. Estaba un poco arrugado ya, y no parecía ser un documento oficial, ni muy serio, pues carecía de membretes y sellos. Robert levantó la vista estudiando cuidadosamente las reacciones del senador, pero este hombre debía ser un excelente jugador de póker—. Su firma era real —dijo—, la de ellos, no—. Hopper soltó una risita y los miró con ojos afilados.

— ¿Vienen aquí con un papel y ya creen que pueden pedirme algo? ¿Por qué no se ahorran todas las molestias y me dicen cuál es el verdadero propósito de esta... reunión? Soy una persona sumamente ocupada, he firmado bastantes documentos a lo largo de mi vida y mi carrera. No sé ahora qué bienes compré hace... ¿diecisiete años, dijiste? Realmente, tendría que averiguar con mis colaboradores qué hacía en esa época, porque ya ni lo recuerdo—. Jeremy dejó salir el aire y miró a Robert, que sonrió de medio lado sin apartar la vista del hombre que tenían frente a sí.

—Esta fue una visita social, nada más. No queremos asustarlo, ni que se sienta amenazado. Para nada. Sólo queremos que sepa que en el pasado cometieron errores, y seguro que ahora los volverán a cometer, y ya no somos unos niños asustadizos a los que les pueden hacer daño sin pensar en las consecuencias. Ya atrapamos a Brett Johnson y ahora mismo está bajo la custodia de la policía rindiendo cuentas; yo le aconsejaría que no envíe más matones por nosotros, ni por los nuestros, porque entonces, tendremos que olvidarnos de los buenos modales y del respeto a los mayores y atacar de verdad.

— ¿Me está amenazando?

—He dicho que no quiero que se sienta amenazado. Vaya, es usted un senador, nosotros... simples ciudadanos de a pie. Aunque... si llegásemos a descubrir que usted en verdad estuvo involucrado en lo que pasó en esa época... —Robert hizo una mueca como si estuviera muy pensativo, y Jeremy sonrió.

—No habrá necesidad de amenazas —continuó Jeremy—, porque actuaremos en el mismo instante.

—Hablan con la persona equivocada. No sé quiénes eran, no tuve ninguna relación con su muerte, ni con ellos. Y si eso es todo lo que tenían que decir, entonces me iré. Como les dije antes, soy una persona de múltiples ocupaciones—. Bruce Hopper dejó en la mesa de centro el vaso con la mitad del whiskey, se ajustó su saco y se alejó. Robert y Jeremy lo miraron hasta que salió del salón, y se miraron uno a otro sonriendo.

—Nunca dijimos que hubiesen muerto.

—Tal vez es que somos famosos, y todo el mundo sabe que nuestros padres fueron asesinados.

—Está metido hasta el fondo —murmuró Robert recostándose de nuevo en el asiento y subiendo una pierna sobre la rodilla de la otra.

—Pero no fue él quien dio la orden.

—Trabajaba para el que la dio, pero mierda, es tan difícil escarbar en la vida de una persona como él—. Jeremy se llevó el puño a los labios muy pensativo, y escuchó el suspiro de Robert—. Me gusta este lugar —dijo—. Podríamos comprar acciones aquí y hacernos socios.

—Ahora que somos una especie de Hendricks, podemos.

—Es increíble lo que su apellido puede hacer. Fue muy acertado que te casaras con ella, hermanito—. Jeremy sonrió.

—Tú tendrás que trabajar el doble por haber elegido a una mujer que no nos aporta nada a nuestro ascenso al poder.

—Oh, fue Alice quien nos llevó a Hopper, no digas cosas tan feas.

—Bueno, es cierto—. Robert sonrió, y guardando de nuevo el documento al interior de su chaqueta, se puso en pie.

—Querrá celebrar su boda en ese bonito jardín? —preguntó señalando hacia afuera—. Jeremy se metió ambas manos en sus bolsillos.

—Deja que elija ella. Las mujeres son muy quisquillosas con esas cosas.

—Es verdad. ¿Crees que Hopper esté muy nervioso después de nuestra visita?

—Ojalá. Ojalá lo primero que haga sea llamar al verdadero culpable y le

notifique que estamos sobre la pista.

—Sueña. Has visto demasiadas películas de acción—. El par de hermanos salió del salón con paso tranquilo, mirando en derredor, pero ya no había señales del senador. Seguro había salido corriendo a su auto.

No podían ignorar el hecho de que habían estado fastidiando a una persona muy poderosa, y que ellos en particular eran vulnerables, pues había mujeres y niños a su alrededor, pero entonces, era más que evidente que si algo les ocurría a cualquiera de ellos, el primer sospechoso sería precisamente la persona con la que se acababan de entrevistar.

—Tal como me lo advertiste —dijo Bruce Hopper por teléfono, sentado en el asiento trasero de su auto mientras salía de las inmediaciones del club—, ellos han venido a mí.

—Espero que te hayas sabido manejar —dijo la voz al otro lado—. Lo hablamos, ellos no deben sospechar nada.

—Algún día, todo se sabrá —dijo Hopper—, todo saldrá a la luz. El único problema es que mi nombre está en ese maldito papel. Aunque es algo que a la larga no me involucra demasiado, puede llevarlos directo a ustedes, y entonces, ellos lo sabrán todo.

—Entonces tú no debes preocuparte demasiado. Sigue mi consejo y mantén la calma. Ya sabes que, si actúas guiado por el miedo, si acaso llegases a asustarte y a volverte peligroso, también estarás en riesgo—. Hopper apretó los dientes y miró por la ventanilla odiando ese hecho.

Lo que le apetecía en este momento era destruirlos, quitar de sobre la tierra la evidencia de que alguna vez existieron los Blackwell.

Y para él sería muy fácil, pero entonces, se hallaba atado de pies y manos. Robert y Jeremy Blackwell habían dicho que lo tenían agarrado por las pelotas, pero quien realmente tenía sus pelotas en sus manos era la persona que hablaba con él por teléfono.

Lo odiaba de verdad.

*Mi vida ahora será demostrarte que te quiero
Que no hay sentido para mí si no estás a mi lado
No quiero el mundo, la gloria no quiero
Me basta tan sólo con tu amor y tus besos*

Nathan salió libre un domingo en la mañana. Alice fue a esperarlo a la salida del reclusorio en su automóvil azul. A su lado estaba Robert, que no había admitido bajo ningún concepto que ella viniera sola, y aquí estaban, esperando a Nathan.

Hacía un mes que había sucedido lo de Nueva York. Hacía un mes que las cosas habían vuelto a su relativa calma.

Alice estaba nerviosa, y cuando vio que la puerta se abrió, bajó del auto.

Nathan salió con un pequeño maletín de lona, con su cabello castaño claro un poco largo, la barba descuidada, y en general, muy delgado. Ella sintió que su corazón se rompía en pedazos al verlo así. En otro tiempo fue un joven enérgico y alegre, lleno de sueños, proyectos, con una familia, una casa...

Los ojos se le humedecieron. No había sido mucho el tiempo que habían compartido en casa de sus padres, y hubo momentos en que lo culpó de muchas de sus miserias, pero todas las calamidades que habían vivido los habían terminado acercando, así que caminó hacia él, y cuando estuvieron frente a frente, Nathan sonrió.

—Hola, Alice —fue lo que dijo, y ella se echó a sus brazos.

—Estoy tan contenta —dijo ella con la voz un poco quebrada—. Por fin estás libre, por fin se hizo justicia—. Nathan cerró sus ojos y respiró profundo abrazando a su hermanastra, y entonces sintió un movimiento tras ella y se puso alerta.

Robert Blackwell lo miraba fijamente, con los brazos caídos a los lados de su cuerpo, y una expresión que él no fue capaz de descifrar.

—Hola, Nathan —saludó él, y Nathan apretó los labios mirando a Alice de manera interrogante.

—Yo... le conté todo —explicó ella bajando la mirada—. Fue él quien... ayudó a que tu situación se arreglara.

— ¿Debo agradecer? —preguntó Nathan con sus ojos fijos en Alice, que seguía mirando al suelo, y entonces se escuchó la voz de Robert.

—Por el contrario, yo debo disculparme ante ti... Nada compensará las pérdidas que sufriste, que sé que fueron muchas. Lo siento, Nathan—. Nathan al fin lo miró, y tragó saliva pasándose la mano por sus despeinados cabellos.

—Estoy cansado... Sólo necesito ver a mi hija, abrazarla y besarla. Y luego de eso, no me caerá nada mal una bañera con agua caliente y una copa de vino. Si eres capaz de darme eso, yo estaré feliz—. Robert sonrió de medio lado asintiendo.

—Puedo —dijo.

— ¿Podremos tener al fin esa conversación que tanto te he pedido en mis cartas? —Robert asintió.

—Ninguna de esas cartas llegó hasta mí, pero sí, hablaremos. Escucharé todo lo que tengas que decir... aunque ya los abogados me contaron gran parte de lo sucedido—. Nathan cerró sus ojos.

— ¿Comprendes entonces... lo que pasó, y las razones por las que pasó?

—Comprendo todo, Nathan.

—Siento que no estoy hablando con el mismo Robert Blackwell de hace cinco años —sonrió Nathan con tono de extrañeza.

—Es que no soy el mismo —dijo él mirando a Alice, que le sonrió—. Todo lo que me ha ocurrido en los últimos meses... me hizo entender muchas cosas—. Nathan suspiró mirando fijamente a Robert, como si lo estudiara, y Alice carraspeó para llamar la atención de ambos.

—Hay mucho que hablar, pero no podemos quedarnos aquí. Nathan... ven con nosotros— Él la miró y asintió, y volvió a mirar a Robert, que extendía su mano señalándole el auto, y Nathan se sentó en la parte trasera soltando el aire, recostándose en el asiento, y mirando por la ventanilla hacia la libertad.

Había pensado que no vería las calles sino después de otros cinco años, pero su condena había terminado mucho antes. Cuando los abogados le habían notificado que el mismo Robert Blackwell ahora abogaba por él, no se lo pudo creer, pero verlo aquí era la mejor prueba de ello.

Vio que él no conducía, sino ella, y eso le extrañó. Y al fin se empezó a preguntar por qué estaban los dos aquí. ¿Estaban juntos? ¿Eran pareja?

Qué combinación tan inesperada, pensó con una sonrisa.

La casa a la que llegaron era grande y hermosa. Tenía cuatro habitaciones y un sótano, según lo que le dijo Alice, y Nathan bajó del auto mirando la fachada un poco anonadado. Era bonita, al estilo Tudor, de dos pisos. ¿Alice ganaba lo suficiente como para permitirse un lugar así?

De la casa salió una mujer con una niña de la mano. Esa era Emma, su hija.

Aunque la última vez que la había visto era sólo una bebé de menos de dos años, había seguido su crecimiento gracias a las fotografías que Alice le enviaba con regularidad.

El pecho se le agitó de inmediato con los alocados golpeteos de su corazón, y las palmas de las manos le empezaron a sudar. Se sentía como un adolescente en su primera cita, y la chica fuera la más hermosa y popular de la escuela.

Alice caminó a la niña y la saludó con un beso. Habló algo con ella y lo señaló. Emma lo miró entonces con sus ojos claros, los ojos de su mamá, y los de Nathan se llenaron de lágrimas al instante.

—Él es tu papá —escuchó que le dijo Alice—. Por favor, ve y abrázalo—. Emma se acercó a él a paso lento, y Nathan se agachó para quedar a su altura. ¿Cómo se presenta uno ante su propia hija?, se preguntó.

—Me dijeron que... estabas de viaje —dijo la niña con voz tranquila, mientras que la de él salió entrecortada al hablar.

—Estuve... un poco perdido... todo este tiempo. Pero ni un solo día dejé de pensar en ti.

—Tengo tus cartas.

—Y yo tengo las tuyas.

— ¿Vivirás con nosotras? —Nathan sonrió, respiró profundo tratando de controlar sus emociones y extendió una mano a ella para tocar su suave mejilla.

—Es lo que más deseo de ahora en adelante. ¿Me dejas abrazarte, por favor? —Emma se adelantó a él y le rodeó con sus bracitos, y Nathan no pudo reprimirse más, así que la alzó hasta su cintura y le besó el cabello y las mejillas, con sus ojos cerrados y luchando por ser un hombre y no llorar.

Seguía siendo tan pequeñita, y cabía tan bien entre sus brazos. Olía delicioso, y era lo más hermoso, lo más valioso que jamás pudo tener.

El día que nació, había estado tan emocionado, tan feliz, y en esos años que estuvo separado de ella su peor miedo era que lo olvidara, que no lo reconociera, que se avergonzara de él y lo odiara.

Gracias a Dios estaba aquí, podía volver a tenerla entre sus brazos.

—Gracias a Dios —dijo en voz alta, apretándola todo lo fuerte que podía sin hacerle daño. Rato después, la separó un poco de sí para mirarle bien el rostro, con sus facciones mucho más definidas. Su hija era guapa; la niña más hermosa del mundo— Te eché tanto de menos —le dijo—. Te quiero tanto.

—Yo también te quiero —dijo la niña, y Nathan sintió que nunca había escuchado algo tan dulce.

Alice se secó la comisura de los ojos viendo la escena, y suspiró mirando a Robert, sólo para descubrir que él también miraba emocionado a padre e hija reencontrarse. Le tomó el brazo y se puso en puntas de pie para besarle la mejilla.

—Los dejaré solos —dijo él inclinándose a ella para darle un beso de despedida.

— ¿Cómo así...? Dijiste que conversarías con él.

—Primero Emma, y luego tú. Tienen mucho que hablar. Ya habrá tiempo—. Alice lo miró embobada a los ojos, y él ladeó la cabeza—. ¿Qué pasa?

—Es que eres divino —soltó ella de repente—. Mi ogro rehabilitado—. Él se echó a reír, volvió a besarla y salió de la casa para darle a la familia que se reencontraba espacio y privacidad.

Nathan no tomó inmediatamente su soñado baño con su copa de vino, sino que se estuvo con su hija largo rato. Él le preguntaba acerca de la escuela, y ella sin timidez le contaba acerca de sus amigos, de un viaje que recientemente había hecho a Nueva York y que ahora toda su ropa y juguetes eran nuevos.

Pasado el rato, Alice lo condujo a su habitación, y Nathan miró otra vez en derredor admirando el mobiliario, que al igual que el resto de la casa, parecía sacado de una revista.

— ¿Es ésta la habitación principal? —Alice sonrió.

—Sí.

— ¿Y por qué me la estás dando a mí?

—Porque es tuya... al igual que la casa... O, más bien, de Emma. La casa está a nombre de la niña, pero tú puedes usarla y habitarla sin ningún problema; ella es muy pequeña aún, y tu tendrás el usufructo hasta que alcance la edad que le permita administrar... sus bienes —. Nathan la miró confundido, y Alice siguió—. Robert Blackwell sabe que tuviste graves pérdidas financieras a causa de lo que ocurrió tiempo atrás, e hizo esta especie de... indemnización, por todos los daños causados.

— ¿Eso es verdad?

—Claro que sí. Lo podrás comprobar cuando revises las escrituras de la casa.

—Aunque aplaudo su sentido de justicia, no todo fue culpa de él.

—Él afirma que nos vimos envueltos en sus problemas y salimos

fuertemente perjudicados— Nathan se sentó en un sillón que había en una esquina y la observó sin decir nada por unos momentos, pero al cabo, no pudo evitar hacer la pregunta.

— ¿Estás saliendo con él?

—Sí —contestó ella con una sonrisa.

—Vaya. No sé qué decir.

—Seguro que sí sabes —Nathan sonrió rascándose la barba, como si le picara, y se puso en pie.

—No soy quien para meterme en tu vida y tus decisiones, pero en el pasado... él tenía muy mala fama con las mujeres. Las novias no le duraban, éstas lo acusaban de ser... malo con ellas. No sé en qué sentido, pero el resultado era que lo odiaban. Era una especie de... amargado, nada le parecía bien, gritaba a menudo, y cuando se empeñaba en hacerle la vida difícil a alguien en especial...

—Todo eso lo sé.

—Y aun así...

—Lo que me has dicho, pertenece al pasado. Robert... si bien ahora no es un santo, ha cambiado mucho. ¿Amargura? Ya te darás cuenta de que no hace parte de él. No es un hombre malo, por el contrario, tiene mucha bondad, y... aunque hubo un momento en que me hizo la vida un poco difícil, luego le pesó más a él que a mí.

— ¿Estás enamorada? —Alice sonrió con las mejillas un poco coloreadas.

—Sí, y él lo está de mí. Hemos hablado de casarnos y tener hijos...

—Vaya. No es el mismo Robert Blackwell, definitivamente—. Alice sonrió meneando su cabeza.

—Me pasó como a ti... y cometí errores por juzgarlo sin conocerlo realmente.

—Entonces... ¿te casarás con él? —Alice asintió sin dejar de sonreír, y Nathan dejó salir el aire—. Suerte que, al menos, podré estar allí. Te debo tanto, Alice... Gracias a ti, Emma es una niña feliz... No hay recompensa en el mundo que pueda pagar lo que hiciste por ella—. Alice tragó saliva.

—Sólo déjame seguir siendo su tía —le pidió.

—Por supuesto. Nadie ocupará el lugar que tienes en su corazón—. Alice rio sintiéndose emocionada, y salió de la habitación dándole a su hermanastro la privacidad que necesitaba.

Nathan suspiró quedándose en el sillón unos minutos más. Había pensado que encontraría a una Alice muy diferente, una Alice cansada y que hasta lo

acusaba; en su mente, había pensado tal vez proponerle casarse con él para que ella siguiera siendo una especie de madre para Emma, y también... aunque no era gran cosa, compensarle dándole una seguridad.

Pero resultó que ella ya tenía novio, y era éste quien le estaba compensando a él.

Bueno, se alegraba por ella. Era una mujer guapa y joven, era de esperarse que alguien se enamorara de ella, sólo que no había esperado que Robert Blackwell fuera ese alguien.

—Estuve haciendo unas diligencias con respecto a mi carrera —le dijo Alice a Robert la mañana del día siguiente, sentada frente a él en su oficina, con una libreta de notas abierta en sus manos.

Habían estado ocupados hasta el momento, primero, hablando de cosas de trabajo, y luego, acerca de Nathan y su nueva situación. En la noche, él iría a la casa y conversaría con él en privado, y Alice intuía que era para pedirle que volviera a la empresa. Ahora, Nathan era una pieza clave para encontrar a todos los otros que también estaban infiltrados y echarlos a patadas, o simplemente hacerlos huir.

Sabía que a Robert no le temblaría la mano para hacer pagar a los que habían estado pasando información al enemigo, y ya hacía unas semanas había empezado con la tarea de investigar a los más cercanos y de alto rango. Iba a ser una tarea tediosa, pero había que hacerlo.

Al oírla, Robert miró a Alice elevando sus cejas, y ella cerró la libreta en la que había estado tomando nota hasta hacía unos momentos.

— ¿Tu carrera? —preguntó él, y Alice asintió. Anoche no le había tocado el tema porque aún no le había llegado el correo de confirmación de la universidad, pero éste acababa de llegar, o sea que podría al fin terminar de estudiar.

Robert la miró esperando, y ella carraspeó y siguió.

—Quiero terminarla, Robert.

—Me parece excelente.

—Sólo me faltaba un año, así que no me tomará mucho —él la miró analítico.

— ¿Hay algún inconveniente? —preguntó él, y Alice asintió.

—Algunas asignaturas tendré que verlas de día.

—Ah, es eso. Ya nos acomodaremos.

— ¿Qué creías que te iba a decir?

—No, nada. No me prestes atención. No tendré inconveniente si algunos días tienes que irte más temprano, o llegar más tarde—. Alice se echó a reír, sorprendida por la solución que él daba.

—Yo estaba pensando en... renunciar.

—Ni se te ocurra —advirtió él muy serio.

—Y encontrar un empleo que me permita seguir estudiando —siguió ella como si él no hubiese dicho nada—. Tú necesitas una secretaria a tiempo completo, y yo ya no podré serlo.

—Pero no quiero.

—Rob... —Él guardó silencio ante el tono de ella, y porque estaba usando el diminutivo de su nombre—. Vas a tener que aceptar una nueva secretaria... La aceptarás —insistió ella al ver su gesto—, y le facilitarás las cosas...

—Es que no puedes renunciar —dijo él meneando la cabeza—. Hay una condición que dice que si mi secretaria renuncia o es despedida antes de que cumpla el año de ser contratada, yo perderé mi lugar como presidente de la empresa.

—¿Qué? —él asintió corroborando sus palabras, y Alice lo miró con una ceja alzada sumamente sorprendida—. ¿Qué clase de condición es esa?

—La puso Jennifer... y es la razón por la que no podía despedirte por más que fueras una secretaria horrible—. Alice abrió grande la boca, y poco a poco, su expresión de sorpresa fue cambiando a una de diversión.

—No puede ser.

—¿Qué te causa gracia?

—¿Es por eso que no me echabas? ¡Y yo haciendo todo lo posible para ser despedida!

—¿Hacías eso?

—Dios mío, hasta ahora entiendo. ¿Jennifer? ¿Tu cuñada? ¿Por qué haría eso? —Robert hizo una mueca.

—Porque según ella, yo estaba siendo un jefe detestable.

—Lo eras. Realmente lo eras.

—Odio que te pongas de acuerdo con ella—. Alice se echó a reír cubriéndose la boca y recostándose al espaldar del asiento.

—Es decir, no es que tú me hayas aceptado, es que no tenías opción. Jennifer es mi héroe. ¿Ella tiene tal poder? Es decir, ¿podría echarte?

—Sí, puede.

—Seguro que, si hablo con ella y le explico mis razones, retirará esa condición.

—No lo haré. No soy santo de su devoción.

—Pero a mí sí me quiere. Seguro que la convengo.

—No quiero que te vayas, de todos modos.

—Oh, estás usando la condición que Jennifer puso a tu conveniencia ahora, ¿no es así?

—Es que no quiero que te vayas; estoy muy acostumbrado a ti.

—También estabas acostumbrado a Walters.

—Es diferente, él se enfermó.

—Y yo quiero hacerme profesional—. Robert estiró los labios en un gesto muy infantil, lo que estuvo a punto de hacerla sonreír—. Te prometo que no me iré sin antes haber entrenado a la persona que llegue a remplazarme.

—Está bien —aceptó él recostándose a su asiento—. Pero seguirás trabajando aquí. Buscaré la forma en que puedas seguir vinculada a la empresa a la vez que estudias. Y así, cuando te gradúes y tengas tu título, y gracias a la experiencia que ganaste mientras fuiste mi secretaria, tal vez puedas aspirar a un cargo más alto.

—Eso sería genial, sobre todo, porque también quiero hacer un posgrado—. Él la miró con orgullo.

—Sólo dime cuánto es el valor de la matrícula, me encargaré de eso—. Alice borró de inmediato su sonrisa.

—¿Qué?

—Oh, espero que me permitas ayudarte en eso.

—No, no te lo permitiré.

—Alice... soy consciente de que actualmente no tienes los ahorros suficientes como para...

—No los tengo, pero ahora que estoy libre de deudas, puedo perfectamente solicitar un préstamo.

—¿Y por qué vas a hacer préstamos si tienes un novio que te lo puede dar?

—Porque no me gusta. Nunca me ha gustado ser una mantenida, y no voy a empezar ahora... Ya... ya me diste un carro, y te lo acepté, que es lo más increíble... No me pidas más—. Él se echó a reír.

—Cualquiera diría que aceptar mis regalos es una carga para ti.

—Lo es... un poco. Aún no estamos casados, y me siento aprovechada.

—Tonterías, no te estás aprovechando nada.

—Robert, por favor —Se miraron fijamente el uno al otro en un duelo de voluntades.

¿Por qué era tan terca?, se preguntó Robert. Era la primera vez que él

quería dárselo todo a alguien, y era también la primera vez que ese alguien se oponía. Antes, las mujeres miraban con avidez su billetera, ansiaban descaradamente sus regalos, dejaban caer como si nada la información de que querían tal cosa, de que habían visto tal objeto a tal precio en tal tienda...

Alice era lo más raro que había visto en este mundo.

Pero ella parecía muy determinada a conseguir el dinero por sí misma, y eso le encantaba todavía más. Y, sobre todo, que ella no se dejaba de él. Podía intentarlo, pero no siempre conseguirlo.

—Está bien —cedió al fin—. Haz tu préstamo.

—Gracias —sonrió ella mostrándose feliz. ¡Feliz! Iba a endeudarse por algo que podía obtener totalmente gratis y estaba feliz.

—Sabes, extrañaba tu tono mandón —ella lo miró con ojos entrecerrados, y el siguió en tono divertido—. Cuando recién empezaste a trabajar para mí, eras tú la que daba las órdenes.

—Estás exagerando.

—El sexo te ha ablandado, admítelo.

—Eso podría decirlo yo de ti. Te has ablandado, Robert Blackwell.

—Al contrario, anoche estabas maravillada de lo duro que estaba.

— ¡¡Robert!! —él rio a carcajadas, y Alice le lanzó una bola de papel a la cara, pero no podía evitar sonreír. Duró bastante riéndose, y ella sólo pudo esperar a que se calmara.

—Si para cuando te cases conmigo no has terminado de pagar ese préstamo —dijo él volviendo al tema de conversación y después de haber reído a gusto—, entonces me haré cargo.

—Me esforzaré para entrar al matrimonio libre de deudas—. Él sonrió mirándola enamorado.

—Podríamos estar casándonos el otro mes.

—No lo creo.

— ¿Te ha bajado la regla? —Ella lo miró algo espantada por lo abrupto de la pregunta. Sus mejillas se sonrojaron, pues le había subido el calor de repente.

— ¡Robert!

— ¿Qué? Hace rato que lo hacemos y lo hacemos ininterrumpidamente. Ni una sola vez me has dicho que no se puede porque te llegó la regla. Estoy intrigado—. Alice pestañeó varias veces dándose cuenta de que él tenía razón.

Sacó su teléfono y miró algo en él, y luego, ya no sonrojada, sino pálida, lo miró.

—Tengo un retraso —él sonrió mostrando toda su dentadura.

—Ah, vaya, parece que te embaracé.

—Oh, Dios... —su expresión borró poco a poco la sonrisa de Robert. Ella parecía asustada, no feliz.

— ¿Qué pasa, Alice?

—Quiero terminar la carrera, Robert.

—Podrás hacerlo.

— ¿Con bebé a bordo?

— ¿Acaso ese bebé no tendrá a su papá para que lo cuide mientras tú estudias? —Alice tragó saliva sin decir nada, y sintiéndose cada vez más nervioso, Robert se puso en pie y caminó hasta su asiento, movió la silla que estaba al lado para estar más cerca y le tomó los brazos haciendo que lo mirara. Pero no dijo nada, sólo se quedó allí esperando que ella reaccionara.

—Primero... —dijo ella al fin— habría que ver si de verdad estoy embarazada.

—Sí.

—Y luego... si llega a ser cierto... —más ansioso que nunca, esperando sus palabras como si fueran agua para un peregrino del desierto, Robert levantó su mano y le tocó el hombro— Bueno... no seré la primera mujer que reciba su diploma después de haber tenido a su bebé, ¿no? —él sonrió sintiéndose tan aliviado, que casi se resbala de la silla y cae sentado en el suelo.

—Definitivamente, no —dijo, y Alice también sonrió. Pasó la mano por su barba y lo atrajo para besarlo.

— ¿Me acompañas para hacerme el examen?

—Por supuesto —él se puso en pie y caminó hacia su abrigo, y ella lo miró un poco sorprendida.

— ¿Ya mismo?

—No seré capaz de pensar en otra cosa hasta que confirmemos si llevas un bebé mío en tu vientre o no—. Ella se puso en pie mirándolo con una sonrisa un poco boba.

—Pareces muy entusiasmado con la idea.

—Es que ya estoy en la edad de tener hijos, ya sabes —Alice se echó a reír, y caminó a él. Robert la atrajo a su cuerpo y le besó los labios.

—No quiero que te decepciones si no llega a ser cierto —susurró ella casi sobre sus labios.

—Si llegase a dar negativo, eso sólo me impulsará a ser más constante en

la tarea de la procreación.

—Para eso no necesitas impulso.

—Tú siempre diciendo las cosas más lindas—. Ella volvió a reír, y salió de la oficina tomando su bolso y su abrigo.

—¿Tan temprano dejando la oficina? —les preguntó Jeremy al verlos salir, y Robert se acercó a él con una enorme sonrisa.

—Iremos a practicarle a Alice una prueba de embarazo.

—Oh, Robert. Se suponía que era un secreto.

—¿Lo era?

—¿Estás...?

—Todavía no lo sé —contestó ella antes de que Jeremy completara la pregunta.

—Pero yo creo que sí —sonrió Robert con orgullo—. Me he esforzado mucho.

—Me imagino—. Robert rodeó a Alice por los hombros y se internó con ella en el ascensor. Jeremy suspiró mirándolos alejarse.

Ya él había hablado con Jennifer del tema, pero para ella, era muy pronto.

Él también quería un bebé.

*Te pintaré un lugar, muy real
Donde vivirás conmigo por siempre
Será nuestra historia un canto ideal
Donde el amor demuestre que es lo más fuerte*

Robert se puso en pie cuando vio a Alice volver de un cubículo donde le habían hecho la prueba. Venía a paso lento y con el brazo doblado sosteniendo un pequeño algodón en el pliegue. Él la miró con una sonrisa un tanto ansiosa.

—Nos piden que esperemos unos minutos.

— ¿Estás nerviosa? —ella sonrió.

—Sí, pero creo que tú más.

—Bueno... —él guardó silencio cuando ella extendió la mano y le tocó la barba con suavidad.

—Serás un excelente padre, estoy segura de eso —él cerró sus ojos sonriendo, y ella siguió—. no pude hallar a mejor persona con el que tener mis hijos.

— ¿De verdad piensas así?

—Con todo mi corazón —contestó ella, y se puso en puntas de pie buscando un beso suyo, y Robert inclinó la cabeza para que sus labios se tocaran. Ella le sonrió rodeando su cuello con sus brazos—. ¿Quieres casarte esta misma primavera? —le preguntó, y Robert sonrió dichoso. Era como si todo lo que había pedido en la carta a Santa, se le cumpliera de golpe el mismo día.

—Sin duda.

—Bueno, empezaré con los preparativos. Yo quiero una boda sencilla, ¿estás de acuerdo con eso?

—Como tú lo quieras, mi amor—. Ella sonrió de manera que todo su rostro se iluminó.

—No vamos a tener muchos invitados, de todos modos —siguió ella recostándose un poco en su pecho—. De mi parte, unas cuantas amigas y ex compañeras de trabajo.

—De mi lado, la familia y unos pocos amigos.

— ¿Aidan va a estar?

—Si quieres que esté, lo traeré de las orejas si es necesario —ella se echó

a reír—. También haré que cante, ya que escucharlo te hace feliz.

—Sin duda. Quiero muchas flores en la fiesta —dijo ella, y siguió hablando de la boda. Robert la escuchaba embobado. Verla tan entusiasmada por algo que él también quería lo hacía inmensamente feliz.

Y pasados los minutos, una enfermera la llamó por su nombre, y ambos acudieron a un consultorio, donde un médico les dijo que, efectivamente, Alice estaba embarazada.

Alice se llevó de inmediato la mano al vientre y miró de reojo a Robert, que ya se le iba formando una sonrisa que parecía partirle la cara en dos.

—Voy a ser papá —dijo en un susurro—. ¡Voy a ser papá! —exclamó ahora, y la alzó tomándola por la cintura, la llenó de besos, la abrazó fuerte, y Alice sólo reía con el papel en la mano y los ojos humedecidos.

—Oh, Dios querido —susurró él teniéndola atrapada entre sus brazos—. Gracias, gracias, gracias... —Le besó los labios sin soltarla, y Alice le respondió con el mismo entusiasmo.

—Felicitaciones —les dijo el médico, y Alice lo miró con mil preguntas que hacerle—. De ahora en adelante —le dijo el doctor—, tu vida cambiará mucho.

—Debe tomar vitaminas, ¿cierto?

—Bueno, ella está un poco baja de peso, y eso no es muy recomendable.

—¿Lo ves? Hay que engordarte.

—Unos pocos kilos más serán suficiente —sonrió el médico escribiendo algo en un recetario—. Pero los irás ganando de manera natural a medida que pasen los meses. Sólo tienes siete semanas, pero ya tu bebé tiene corazón y sistema circulatorio propio. Tal vez empieces a sentir náuseas en las mañanas, mareos, y rechazo a ciertas comidas, o aromas...

—Hasta ahora, nada de eso me ha sucedido.

—Tal vez seas una suertuda asintomática—. El médico les entregó la hoja en la que había estado escribiendo, y felicitó de nuevo a ambos dándoles la mano.

Robert y Alice salieron del consultorio casi flotando, y Robert no le soltó la mano en ningún momento hasta que estuvieron de nuevo afuera. Sin pérdida de tiempo, llamó a Jeremy para contarle la noticia, y cuando le hubo contado a su hermano menor, llamó a Aidan.

—Nos casaremos pronto —le dijo Robert—, y esta vez vas a venir a la boda o te borraré de mi testamento —Aidan se echó a reír.

—No estuve en la de Jeremy porque fue realmente imposible.

—Pues ya te digo que yo no te lo perdonaré tan fácil como él. Vendrás, no me importa con quién, o si vienes solo.

—Está bien. Sólo dime la fecha con tiempo.

—Alice te lo hará saber cuando lo hayamos decidido—. Aidan volvió a sonreír, y antes de que colgara, le dijo:

—Realmente estoy feliz por ti, hermano. Te mereces mucho que cosas buenas te sucedan.

—Gracias. También a ti te vendrán cosas buenas —Aidan se alegró de que su hermano no lo estuviera viendo ahora mismo, pues su mueca de duda lo habría cabreado bastante.

Alice y Robert no volvieron a las oficinas el resto de la mañana. De inmediato, Robert le propuso ir a tiendas de bebé para empezar a comprar las cosas que necesitarían, y ella, que estaba igual de enloquecida, accedió.

Luego se dio cuenta de que no sería muy práctico comprar desde ya las cosas.

—No sabemos si es un niño o una niña —le dijo ella muy pensativa—. Y no tenemos donde guardar sus cositas.

—Tienes razón, primero hay que pensar en eso. Yo había remodelado el ático para ti y Emma, pero quiero que mi hijo se críe en una casa con jardín. ¿Te gusta el estilo de la casa de Jeremy? Podríamos tener una así, o más grande si lo quieres—. Ella sonrió tomando su brazo y apoyándose en él. Tenía un juego de biberones en las manos y los miraba con una sonrisa emocionada.

—Robert, si es a tu lado, una cueva se vuelve un palacio —le dijo, y él le tomó el rostro para besarla.

— ¿Te parece si nos olvidamos del trabajo el resto del día? —ella lo miró elevando una ceja. Él de verdad se estaba escaqueando.

—No lo sé. Soy una simple secretaria. ¿Qué será de mí si mi jefe se entera y me echa?

—Tu novio te protegerá —le dijo él elevando una ceja.

—Mi novio no conoce a mi jefe, es tan estricto—. Él rio y la abrazó.

Jennifer la abrazó feliz al verla de vuelta al día siguiente en la oficina, y Jeremy le entregó un hermoso ramo de rosas como felicitación. Los cuatro fueron juntos a almorzar, y en un momento en que juntas fueron al aseo de damas, Alice le contó a Jennifer cómo no había tenido ningún síntoma hasta

ahora.

—Ni siquiera había advertido el retraso —le dijo en voz baja y un poco sonrojada a la vez que se lavaba las manos.

—Y entonces, ¿qué te hizo practicar la prueba? —Alice apretó un poco sus labios antes de contestar.

—Fue Robert el que hizo las cuentas. Se dio cuenta de que... ya sabes, no me había bajado.

—Oh, es de familia, entonces —dijo Jennifer en tono confidente—. Jeremy me lleva las cuentas cada mes. Y siempre se muestra un poco decepcionado cuando le confirmo que de hecho me bajó.

—También quiere bebé —sonrió Alice, y entró a uno de los cubículos.

—Me lo lleva diciendo desde antes de casarnos. Pero entonces —dijo Jennifer en tono pensativo—, no vas a poder seguir siendo la secretaria de Robert.

—Muchas secretarias siguen laborando a pesar de su estado.

— ¿Pero tú estarás bien con eso? Teniendo ahora las posibilidades... ¿no querrás ahora... no sé, estudiar? —Alice sonrió.

—Sí. Voy a terminar mi carrera.

— ¿Y serás estudiante, futura mamá y secretaria al tiempo?

—Ya elegí, y creo que tendré que sacrificar lo de secretaria.

— ¿Qué dice Robert de eso?

—Antes se opuso a que renunciara, porque dice que tú lo echarías — Jennifer se echó a reír.

—Sí, sé por qué lo dice, pero me ha dejado sin argumentos luego de que se enamoró de ti—. hubo un momento de silencio, y Alice salió del baño y la miró fijamente.

— ¿Es decir... que ya no harás valer la condición que le pusiste?

—Él te contó, ¿eh? —suspiró y se miró al espejo retocando un poco su brillo labial—. No, Alice, él ha demostrado que puede perfectamente dirigir las empresas en igualdad de condiciones que Jeremy. Y esa condición sólo la puse para mortificarlo a la vez que ponía un poco de orden —sonrió ella mirando a Alice a través del espejo—. Lo obligó a ser paciente y comprensivo. Y míralo ahora... parece otro. Jeremy está feliz; antes andaba un poco preocupado por su hermano, pero ahora contigo y bebé a bordo, está más que tranquilo. Anoche volvió a decirme que si no me animaba a tener el nuestro—. Alice sonrió secando sus manos con una toalla de papel.

— ¿Y tú qué dices? —Jennifer suspiró.

—Esta semana iré a retirarme el dispositivo —dijo, señalándose el interior del brazo—, pero soy consciente de que tardaré bastante tiempo para volver a ser fértil. Jeremy tendrá que esperar de todos modos.

—Has accedido —Jennifer meneó su cabeza negando.

—Creo, más bien... que también me dieron ganas. Recientemente cumplí los veinticinco años, Jeremy tendrá pronto treinta y uno... Ya tenemos nuestras profesiones, una casa y un buen trabajo... estamos en el momento perfecto para tener nuestros hijos, pienso yo.

—Jamás habría imaginado que esos dos fueran tan... familiares —Jennifer se echó a reír.

—No dan esa impresión cuando los conoces.

—Pero yo estoy muy feliz de que sea así.

—Bueno... Fueron bien criados por dos padres que además de enseñarles valores y buenos principios, los amaron con locura... y a pesar de que se los arrebataron siendo muy jóvenes, lograron acumular todo ese amor para cuando tuvieran sus propias familias —Alice tragó saliva aceptando esa verdad. Salieron del baño, y desde donde estaban, Alice vio que Robert la buscaba con la mirada, le guiñaba un ojo y sonreía; ella le sonrió en respuesta.

—Definitivamente, hay que atrapar al que les hizo eso —dijo Alice sintiendo de repente un nudo en su garganta—. Fue demasiado daño a tres personas que no lo merecían, y les ha costado repararse, pero no tenían por qué pasar por tanto.

—Yo también odio a esa persona —dijo Jennifer echando a andar hacia la mesa en que estaban Robert y Jeremy—, pero ahora, gracias a ti, estamos más cerca. Llevan todos estos años buscando, y sólo hasta ahora se encaminaron al fin hacia la verdad. Tú y yo estaremos allí para ver cómo lo meten en la cárcel.

—Sólo espero que nadie salga lastimado —susurró Alice sintiendo que el estómago se le encogía—. Me muero si algo le sucede a Robert—. Jennifer sonrió sintiendo la misma aprensión. Cada una se sentó al lado de su marido, y los dos hombres se inclinaron para besar a sus mujeres. Alice y Jennifer se miraron por un segundo, compartiendo la misma felicidad, y casi que el mismo miedo. Comprendiendo que, hasta que esa persona no fuese atrapada, tendrían que vivir en esta incertidumbre.

— ¿Qué tanto hablaban? —le preguntó Robert a Alice cuando volvieron a la oficina, y ella se sentó en su escritorio y lo miró haciéndole una muy sensual

caída de ojos.

—Confidencias de cuñadas —Robert sonrió atraído de inmediato por esa mirada.

— ¿Qué confidencias?

—Secretos... de mujeres—. Él gruñó un poco—. ¿Qué crees que hablamos las mujeres cuando nos reunimos?

—No lo sé, pero creo que pueden ser más pervertidas que nosotros—. Ella se echó a reír.

—Oh, es decir, que hablamos de tamaños y esas cosas.

— ¿Lo hacen?

—Todavía no tengo tanta confianza con Jennifer.

—Ah, ¿es decir que cuando la tengas, lo hablarás? —ella, sin nada de timidez, puso la mano en la entrepierna de él, lo que hizo que se le escapara el aire por la sorpresa.

—Tal vez —dijo ella—, pero no te preocupes, de ti sólo tengo cosas positivas que decir—. Robert se inclinó sobre ella, y Alice tuvo que sostenerse de sus hombros para no caer en el escritorio.

—Te amo —dijo él olisqueando su cuello, y Alice sonrió moviendo su mano y provocándolo.

— ¿Robert Blackwell? —dijo una voz, y Alice dejó salir una exclamación de sorpresa al ver a Nathan en la puerta. Robert la sostuvo y la ayudó a ponerse en pie, y caminó al hombre que los observaba un poco serio—. Disculpen que... haya entrado así, pero no había nadie que me anunciara.

—Es esa secretaria holgazana que tengo, quién sabe dónde estará—. Alice le dio un manotazo en el brazo, y miró a Nathan con una sonrisa que intentaba ser profesional.

—Bienvenido ¿Te sirvo café o té?

—Un café estaría bien, gracias—. Robert le señaló los muebles para que se sentara, y Nathan avanzó a ellos al tiempo que Alice salía. Miró a Robert, pero este no se disculpó por la escena de antes, ni hizo ningún comentario al respecto, simplemente tomó el teléfono pidiéndole a Jeremy que viniera a su oficina, y luego trajo una carpeta algo gruesa que contenía documentos y los puso en la mesa que había entre los dos.

—Antes de empezar —dijo Nathan—, hay algo que necesito saber.

—Claro.

—Ya sé que son los dos mayorcitos, y que saben lo que hacen, pero yo necesito que me digas... qué intenciones tienes con Alice—. Robert asintió

muy serio.

—Nos casaremos.

— ¿Pronto?

—Muy pronto. Ella está embarazada —Nathan abrió un poco sus ojos ante la noticia, y luego se echó a reír.

—Vaya.

— ¿No estás de acuerdo? Que haya sucedido antes de la ceremonia, no hace a ese bebé menos legítimo. Mi amor por ella y el bebé lo es, y mucho.

— ¿Amas a Alice?

—Más de lo que podría explicar.

—Bien. Yo... siempre me he preocupado por su bienestar.

— ¿Siempre?

—Bueno... desde que, por mi culpa, se vio envuelta en tantos problemas.

—Aplica también para mí, pero ya no tienes que preocuparte más por ella. Me tiene a mí para cuidarla y me esmeraré por hacerlo muy bien—. Nathan al fin sonrió—. Y vas a ser tío.

—Eso parece —rio él. La puerta se abrió luego de un par de llamados y tras ella apareció Jeremy, que saludó a Nathan y le palmeó el hombro.

—Estoy muy contento de que estés libre y de vuelta.

—Gracias —sonrió Nathan, y al fin los tres hombres se sentaron, miraron los papeles y se concentraron en ellos.

—Antes de empezar, quiero que comprendas, Nathan que confiamos en ti, en tu discreción. Todo lo que hablaremos aquí, es absolutamente confidencial.

—Lo comprendo.

—Podríamos pensar que quieres vengarte de nosotros, y esta valiosa información que te vamos a compartir...

—No tienen que dudar de mí —dijo Nathan con seriedad—. Tal vez sea exagerado decirlo, pero ahora somos como... familia. Mi hija, mi hermanastra... están fuertemente vinculados a los Blackwell ahora. Compartimos un destino ahora —Robert y Jeremy se miraron el uno al otro como si sopesaran las palabras de Nathan, y Robert suspiró.

—Antes de que dijeras eso, ya habíamos decidido confiar en ti.

—Gracias—. Llamaron a la puerta, y Alice entró con una bandeja que contenía un servicio de café. Lo dejó en la mesa de centro, y salió de nuevo en silencio. Nathan tomó la taza y le agregó dos terrones de azúcar.

—Quiero que vuelvas a la empresa —propuso Robert de inmediato—. Quiero que nos ayudes a encontrar a las personas que han estado infiltradas y

han pasado información de la empresa. Desde hace cinco años alguien nos ha tenido vigilados, si no es más tiempo. Tenemos una idea de quién es y qué quería, pero no sabemos quiénes siguen aquí—. Nathan asintió.

—Ellos estaban especialmente preocupados por conocer el estado de sus finanzas contestó—, qué tan ricos y poderosos eran, y también... por saber cómo ibas con una investigación que estabas realizando.

—La muerte de nuestros padres —dijo Jeremy, y Nathan asintió—. Todavía investigamos al respecto.

—Me dijeron que, ya que era cercano a ti, averiguara qué tanto sabías. Lo intenté en varias ocasiones, pero no soltaste prenda. Entonces, quisieron conocer el estado de tus cuentas, y cuáles eran las fuentes principales del dinero de los Blackwell. Creían que ustedes tenían a alguien apoyándolos, pues no era posible que se hubiesen hecho ricos de la noche a la mañana.

— ¿Les asustaba que tuviéramos a alguien apoyándonos?

—Es lo que parece.

—Si hubiésemos tenido a alguien que fuera una especie de mentor, entonces ellos le habrían atacado, ¿no? si destruían al que nos apoyaba, nos destruían a nosotros.

—Pero no tenemos a nadie, ni antes ni ahora —comentó Jeremy— Todo lo hemos conseguido por nuestras propias fuerzas... y un poco de suerte, también.

—Cuando me negué a seguir el juego, empezaron a chantajearme... y lo de ese fraude... Lo hicieron para demostrarme que con ellos no se juega.

— ¿Ellos nunca te pidieron que buscaras un documento en especial? —le preguntó Robert intrigado, y Nathan frunció suavemente el ceño mirándolo interrogante—. Algo como una promesa de compraventa—. Nathan negó meneando la cabeza—. ¿Nunca te pidieron que te metieras en nuestras casas y buscaras algo en específico?

—Todas mis órdenes tenían que ver con la procedencia de su dinero, los apoyos que tenían, y el grueso de sus riquezas. Parecían demasiado interesados en saber qué tanto poder tenían en la alta sociedad.

—Entonces sólo fue a Alice que le pidieron que buscara ese documento, y fue recientemente.

— ¿De qué documento hablas? —Robert no contestó de inmediato, sólo hizo una mueca y se acarició la barba pensando, y fue Jeremy quien contestó.

—Recientemente, nos enteramos de la existencia de un papel, un papel que dice que nuestros padres, unos pocos meses antes de morir, hicieron una

promesa de compraventa sobre la casa en que vivíamos; pero las firmas de ellos son falsas, mientras que la del otro sujeto no.

—Y el otro sujeto es un senador —agregó Robert—. Aunque en aquella época era un simple ciudadano, con cierta influencia, pero no tanta como ahora, no hay manera en que se conocieran y tuvieran tales tratos comerciales, sobre todo, porque la casa estaba hipotecada, y nuestros padres nunca tuvieron intención de venderla o traspasarla; por el contrario, se esforzaban en pagar la hipoteca para que pronto fuera nuestra del todo.

—Esa es la parte que más nos intriga —dijo Jeremy—. El que redactó ese documento, no sabía que la casa estaba hipotecada, o no le importaba, y me inclino más por lo segundo. Papá y mamá jamás le habrían vendido la casa, simplemente porque no podían. Y aunque pudieran, tampoco lo habrían hecho; estoy seguro de que, al tenerla libre de deudas, la habrían puesto como patrimonio familiar, asegurando el futuro de sus hijos para cuando ellos faltaran. Eran unos padres así de cuidadosos. La persona que les dio este papel, simplemente quiso asustarlos, demostrarles que eran capaces de cualquier cosa, de llegar a los extremos. Y, aun así, nuestros padres no cedieron. No se imaginaron que también eran capaces de matar.

Hubo un silencio, y Nathan, al escucharlos, comprendió el odio de los Blackwell, comprendió su necesidad de venganza.

Sin proponérselo, estaba odiando también a ese asesino.

—Es decir, que intentaron chantajearlos con la casa, pero no pudieron, y tus padres guardaron el papel por si lo necesitaban luego.

—Es posible.

—Un senador, ¿eh? —comentó Nathan—. Las personas para las que trabajé... no creo que hayan estado tan arriba.

—El senador entró en escena recientemente, es lo que hemos concluido. Nosotros no sabíamos de la existencia del papel, e intuimos que él tampoco recordaba que había firmado algo que lo involucraba en la muerte de dos personas.

—Es increíble. Esto se enreda cada vez más—. Robert sonrió.

—¿Se enreda? Por el contrario, al fin vemos la luz al final del túnel.

—Esto es lo que hemos concluido —explicó Jeremy apoyando sus antebrazos en sus muslos—. Alguien quería algo que estaba en posesión de nuestros padres, se lo pidieron de buena manera, pero por alguna razón, nuestros padres no cedieron. Luego vinieron las amenazas, los chantajes, y allí es donde entra el maldito papel. Cuando nada de eso funcionó, los asesinaron.

—La pregunta es qué querían, y si lo consiguieron luego de su muerte.

—Podría haber sido el senador, ¿no? él pudo haberlos mandado asesinar. Es tan fácil para ellos.

—Sí, podría haber sido él, perfectamente.

—Pero ustedes no están seguros.

—Aunque haya sido él, no tenemos manera de acusarlo de nada. No hay pruebas suficientes como para meterlo a la cárcel. No tenemos el móvil, ni las pruebas fehacientes de que él dio tal orden.

—No hay un motivo. Aparte del papel, nada vincula a nuestros padres con ese hombre. Es como si ni siquiera se hubiesen visto. Hemos investigado a profundidad la vida del senador, y no coinciden ni una sola vez; no hay familia de por medio, ni conocidos, ni escuelas, ni trabajos; ni siquiera se criaron en la misma ciudad... Es extraño que el senador quisiese algo de un par de maestros a los que nunca trató, pero que su nombre aparezca en un papel con firmas falsas.

—Alguien usó su nombre.

—Pero si no fue él quien dio la orden—siguió Robert—, sabe quién fue, por lo menos. El senador firmó ese papel hace diecisiete años, nuestros padres lo conservaron porque les pareció que era importante, una prueba, lo que sea, pero no se deshicieron de él. Pasaron muchos años, y aunque la casa en la que estaba el papel estuvo sola, abandonada, el documento no fue una preocupación para nadie. Algo debió suceder para que se acordaran de que tal papel existía.

—Todo cambió cuando me casé con Jennifer —dijo Jeremy recostándose en el sillón en el que estaba con actitud pensativa—. Ahora caigo en cuenta de algo, Rob. Ellos no nos temieron mientras éramos la escoria de la sociedad, pero apenas me casé con Jenn, se dieron cuenta de que ganábamos poder e influencia.

—Sí, Nathan acaba de decir que les intrigaba el poder que tuviéramos.

—Y antes no lo teníamos como ahora.

—Seguro que empezaron a asustarse al ver que, a pesar del paso del tiempo, nosotros no cejábamos en la búsqueda del asesino.

—Y fue cuando de verdad empezaron a tomar medidas, no sólo a vigilarnos. Se dieron cuenta de que no somos cualquier par de idiotas, que estamos determinados a encontrar la verdad no importa cuánto tiempo pase.

—El papel es importante —dijo Nathan, y ambos hermanos lo miraron asintiendo—. Pero a la vez no.

—No es una prueba —dijo Robert—, pero nos da una pista. No vale nada ante un juez, con las firmas falsas, aunque tenga el sello del mismo presidente, vale un rábano. Pero ante nosotros, que sabemos lo extraño que es que nuestros padres tuvieran tales tratos con esa persona en especial, y que además tenemos nuestras mañas para investigar, sí que vale.

—Entonces, el tiro les salió por la culata; en su afán de tenerlo en sus manos, les dieron a conocer a ustedes su existencia.

—Así es.

—El temor hace que se cometan errores.

—Y cometerán más, de eso no hay duda—. Nathan asintió pensativo, y miró al par de hermanos fijamente.

—Alguien usó al senador en el pasado —dijo como para sí—, y luego lo asustó recordándole el papel. El senador se preocupó, mandó a que lo recuperasen, pero en el proceso el papel cayó en manos de ustedes, quienes terminaron enterándose de que él está involucrado.

—Es un excelente resumen.

—Sólo toca saber quién está asustando al senador.

—Cuando llegemos a él, sabremos al fin la verdad, eso espero. Yo, al menos... ya quiero ser libre —suspiró Jeremy, y Robert asintió. Nathan los miró comprendiéndolos. Tanto tiempo investigando, tanto tiempo detrás de esta verdad. Ahora ambos tenían familia, y seguro que querían terminar al fin con esto.

—Gracias por confiarme todo esto —dijo Nathan—. Tal vez no sea de gran ayuda, pero pueden contar conmigo.

—Gracias.

—Esas personas me involucraron en todo esto; mataron a mi esposa, casi dejan a mi hija huérfana... Yo también quiero venganza. Si ustedes llegan a la verdad, también lo haré yo.

—Bienvenido al barco —sonrió Robert, y Nathan respiró profundo al saber que había estado dentro desde hacía mucho.

Poco después, fue anunciado en una junta de última hora, que Nathan se vinculaba de nuevo en la empresa, ocupando exactamente el mismo cargo que antes.

Jeremy miró a Robert, que a su vez observaba a todas las personas en la mesa. Aquí había uno o más traidores, y ahora que las cartas estaban sobre la mesa, no les quedaba más que esperar a que el bando contrario hiciera su siguiente jugada. Les estaban advirtiendo que no les tenían miedo, que estaban

dispuestos a todo.

Podía ser que esas personas enderezaran su camino y se volvieran leales a ellos, que no soportaran la presión y renunciaran, o que insistieran, y entonces ellos los atraparían. No podrían llevarlos a la cárcel, pero sí que podrían ensuciar un poco su nombre para que no pudiesen ser contratados en ningún otro lugar.

Sea como fuere, estaban contra las cuerdas.

Como medida de seguridad, Alice, Emma y Jennifer, tenían guardias de seguridad que las seguían constantemente. Ninguna medida era demasiada en tiempos como estos. Ni Jeremy, ni Robert estaban seguros de cuándo acabaría esto, pero se sentían positivos, cada vez estaban más cerca de la verdad.

*Amor mío, déjame amarte por siempre
Avancemos juntos hacia la felicidad
Olvidemos que anduvimos en la soledad
Seamos felices hasta la muerte*

En la noche, Alice durmió en el apartamento de Robert. Todavía estaban celebrando la noticia del bebé, así que luego de una cena íntima, una bañera con sales aromáticas y velas, y una larga y muy sensual sesión de besos y más, se quedó con él a pasar la noche.

Robert la tenía abrazada desde atrás en su cama, con la mano en su vientre como si así pudiera proteger mejor al bebé, como si su mera mano pudiera infundirle vida para que creciera fuerte y sano.

—Alice —la llamó él con voz suave, y ella abrió sus ojos de inmediato—. Nunca te pregunté... ¿dónde encontraste el papel de la compraventa?

—En la casa de tus padres —murmuró ella con voz perezosa.

—Lo sé, pero, ¿en qué lugar de la casa específicamente? —Alice se movió un poco para mirarlo a los ojos—. ¿Ellos te dijeron dónde buscar? —preguntó él de nuevo, y ella meneó la cabeza negando.

—Sólo me dijeron que era un papel que habían firmado tus padres, y que ninguno de los hijos sabía de su existencia, así que pensé en que no podía estar en un lugar que ustedes pudieran vigilar, como cajas fuertes o bóvedas. Me tuve que poner en el lugar de tus padres. ¿En qué lugar guardarían dos personas sencillas como ellos un papel que era una amenaza y una defensa al tiempo? —él la miró intrigado, y Alice sonrió—. Recordé esa noche que pasamos en casa de tus padres, y cuando me mostraste los trabajos escolares que tu madre había atesorado—. Robert la miró con ojos grandes.

— ¿Estaba allí? —Alice humedeció sus labios, y en un suspiro dijo:

—Estaba entre los trabajos de Aidan—. De inmediato, Robert sintió un apretón en su estómago, y volvió a abrazarla sin decir nada más.

A los pocos minutos, ella se quedó dormida, pero él no. No hacía sino pensar y pensar.

Ya casi en la madrugada, salió de la cama y buscó en su propia caja fuerte unos documentos que eran importantes.

Al igual que Jeremy, él guardaba copias de los videos de seguridad que

mostraban a sus padres ser seguidos por alguien, o que discutían con un desconocido finamente vestido. Sacó las fotografías y las miró fijamente, al igual que otras pruebas que Mark Andrews le había traído recientemente.

No, no, se dijo. Era una locura; lo que se le venía a la mente era terrible.

Pero no pudo dejar de pensar en ello, era como si, de repente, un rompecabezas casi infinito cobrara sentido por fin.

Rechazando otra vez esos pensamientos, volvió a la cama, y se abrazó a Alice que de inmediato buscó el calor de su cuerpo y suspiró muy satisfecha.

Pasaron las semanas, y Alice entró de nuevo a la universidad luego de haber entrenado a un joven que, al parecer de Robert, era el más apto entre los aspirantes a ser su nuevo asistente.

Ethel fue dada de alta al fin, y volvió a la casa que ahora habitaban Nathan y Emma, y de vez en cuando, Alice. Al ver al esposo de su nieta fallecida, Ethel se alegró muchísimo, lo abrazó con emoción, y éste también la abrazó y prometió cuidarla, agradeciéndole el haber estado allí para Emma todo este tiempo.

Poco a poco, el nerviosismo de Alice acerca de la seguridad de Emma y Ethel fue disminuyendo, pues las autoridades fueron capturando a los hombres de Brett, o hallándolos muertos. El mismo Brett fue sentenciado a una larga condena en una cárcel de máxima seguridad fuera del estado, y así, sus enemigos se habían reducido estando todos encerrados.

Jennifer ayudó a Alice en la organización de la ceremonia de bodas. Dado que ninguno de los dos quería algo demasiado grande, fue bastante fácil de organizar, y la boda se llevó a cabo como ambos quisieron: en un jardín, y lleno de flores primaverales.

A pesar de ya estar casi en su tercer mes de embarazo, a Alice no le había crecido el vientre, y pudo lucir su vestido de novia sin tener que hacerle modificaciones. Por su parte, Robert se había recortado bien la barba y recogido el cabello. Lucía un traje hecho a medida gris claro, y a ojos de Alice era el hombre más guapo sobre la tierra; de su cabeza parecían brotar corazoncitos rosas que iban flotando hasta perderse en el cielo.

Y no era muy diferente con Robert.

Emma fue la que regó los pétalos en el camino de la novia. Había estado un poco triste por la partida de su tía, al igual que ella, pero dado que a menudo era invitada a pasar el tiempo en el apartamento de Robert, y salía con ambos

de paseo, los adultos tenían fe de que la transición se le hiciera menos dura.

—Necesitas una esposa —le había dicho Alice a Nathan en una ocasión, pero él simplemente sonrió sin decir nada. A pesar de haber salido de la cárcel, donde era obvio que no tenía compañía femenina, Nathan no había salido desbocado a buscar mujer. Por el momento, parecía como si con haberse reunido con su familia le bastara.

Alice y Robert prometieron amarse y cuidarse en la salud y en la enfermedad, en lo bueno y en lo malo, en una sencilla ceremonia llevada a cabo en el jardín del club del que ahora eran miembros, decorado con cientos de flores y la vista al lago que quiso Robert. Jennifer y Jeremy habían sido los padrinos, y Aidan había cantado la canción Hallelujah en el camino de Alice hacia el altar, un camino que a ambos se les hizo eterno y demasiado corto al tiempo; sus miradas se conectaron desde que ella apareció en el pasillo, y cuando ya el uno estuvo cerca del otro, sonrieron como si no se pudiesen creer que ambos hubiesen estado tan elevados que no se dieron cuenta de en qué momento habían llegado hasta este momento y este lugar. Robert le tomó la mano y le besó el dorso si dejar de mirarla a los ojos, y ella sonrió llena de toda la ternura que él le inspiraba, y al fin el hombre de Dios que los iba a casar abrió su Biblia y empezó a hablar de lo sagrado que es el vínculo del matrimonio.

Sus manos no se desprendieron, y de vez en cuando, otra vez sus miradas volvían a buscarse, sólo para volver a sonreír.

Y luego en la fiesta, Aidan, con su mismo timbre de voz que combinaba la dulzura con la determinación, entonó un par de canciones más que, a cada verso, Alice sentía que había sido compuesta para los dos. Miró a su ahora esposo a los ojos, sintiéndose emocionada, dándose cuenta de lo mucho que le había cambiado la vida en tan poco tiempo.

Pero todo había sido para bien, y estaba segura de que aceptar el amor de Robert era la mejor decisión que había tomado.

—Gracias por sacar tiempo en tu apretada agenda y venir —le dijo Robert a Aidan en un momento a solas cuando dejó de cantar, y éste miró su reloj. Debía volar de vuelta a Nueva York en poco tiempo, pero aún podía disfrutar un poco más con sus hermanos.

—Amenazaste con desheredarme —sonrió Aidan—. Eso me asustó de verdad.

—Sí, claro. Como si tu padre no poseyera el triple de lo que Jeremy y yo

tenemos juntos.

—Soy su hijo adoptivo, no me heredaré.

— ¿Es así? —Aidan lo miró elevando sus cejas, y Robert tomó una copa de un mesero que iba pasando—. Hace rato que quiero hacerte esta pregunta, Aidan.

—Dime.

— ¿Eras tú el hombre encapuchado que me advirtió que dejara de investigar la muerte de papá y mamá? —Aidan, al oír semejante cosa, dejó salir una risa de espanto.

— ¿De qué hablas? ¿Qué encapuchado?

—Te vi en Nueva York llevando la misma prenda de un hombre que me citó en un bar para pedirme que dejara de investigar, porque se haría cada vez más peligroso para nosotros. Eras tú, ¿verdad?

—Oh, por Dios, Robert...

—Y he empezado a sospechar que todo tiene que ver contigo, con tu adopción... —Aidan cambió su expresión, y aunque intentó disimularlo, a Robert le pareció que lucía francamente aterrado.

—Estás... hablando disparates. Ni siquiera puedo seguirte el hilo.

—Es sencillo. Tú sabes quién es el asesino, pero no nos lo dices. ¿Por qué Aidan?

— ¿Cómo se te puede ocurrir algo así? Dios mío. Estoy tan interesado como ustedes en hacer que ese sujeto pague por sus crímenes. ¿Cómo crees que podría tener esa información, y que no la comparta con ustedes?

—Increíble, ¿verdad?

—Me ofendes, Robert. ¿Acaso piensas que como no llevo la sangre de Ellynor y James su muerte no me importa? ¿No me afecta?

—No he dicho eso.

—Pues es lo que entiendo. Y te digo que no. Soy el principal interesado en que sean vengados, porque los amé a pesar de que no me engendraron, porque a partir de su muerte, mi vida fue un auténtico infierno.

—Ya, Aidan, yo sólo...

—Sí, tú sólo piensas con el trasero.

—Vale, lo siento—. Aidan bebió de golpe su copa, y buscó otra para vaciarla también, y Robert tuvo que detenerlo—. He dicho que lo siento. De verdad—. Aidan tragó saliva varias veces y miró a Robert con la respiración agitada, pero no dijo nada más, sólo cerró sus ojos.

—Lo sientes, pero... sigues pensándolo.

—Soy como soy, pero no quiero que pienses que dudo de ti.

— ¿Cómo... cómo te explico que...? —Robert le puso la mano en la cabeza, palmeándole suavemente.

Pero a pesar de las palabras de Aidan, Robert no dejó de pensar que él sabía más de lo que decía. Por qué lo ocultaba, era la gran pregunta. Conociendo a Aidan, tal vez pensaba que de esa manera los protegía.

Estaba interesado en atrapar al asesino, pero le interesaba más mantener a sus hermanos a salvo, eso era evidente.

Quiso decirle que no eran unos niños, que él no tenía por qué llevar toda esa responsabilidad él solo, pues Aidan era, a sus ojos, la rama más frágil de este árbol.

Ni tan frágil, pensó respirando profundo y observando fijamente a su hermano que se cruzaba de brazos y miraba a los demás bailar. Si sus sospechas eran ciertas, Aidan había soportado un peso incalculable por años y años.

—Aidan —dijo al fin, y éste lo miró de reojo—. Eres mi hermano, aunque no lleves la sangre Blackwell, siempre te he considerado mi hermano. De verdad, niño. Te amo. Nada cambiará eso—. Él sonrió y Robert vio cómo poco a poco se calmaba.

—No me digas esas cosas a mí, Alice está por allá.

—Eres mi hermano. Te amo.

—Oh, Dios. El matrimonio sí que cambia a la gente.

—Para mí, eres un niño todavía, el mismo niño que se bebió la botella de vino de papá con sólo cinco años y obligó a mamá a tirar todo lo que tuviera alcohol en la casa.

—Ahora estás trayendo los peores momentos de mi niñez.

—Y como tal —siguió Robert sin hacer caso de las palabras de Aidan—, también te voy a proteger. Porque te amo—. Aidan cerró sus ojos, como si fuera demasiado para él.

—Gracias, Rob.

—Y... —Aidan se echó a reír. Recordó que, cuando eran niños y se peleaban, cosa que sucedía muy a menudo, sobre todo con Jeremy, James los obligaba a hablar, pedirse disculpas, decirse que se amaban y abrazarse. Y si persistían en estar enojados, los ataba a los dos con su cinturón, obligándolos a estar juntos y a reconciliarse así fuera a las malas.

—Y también te amo —completó Aidan, y Robert suspiró sonriendo.

—Qué bonito. Buen chico—. Robert se alejó caminando de nuevo a donde

estaba Alice, y Aidan se quedó allí, mirando los aperitivos y copas de vino y champaña dispuestas.

Cerró sus ojos con fuerza, e inevitablemente, una lágrima cayó por sus mejillas. Su corazón estaba agitado, al igual que su respiración, y luchó por varios minutos para tranquilizarse, para volver a la normalidad.

Cuando le pareció que ya podía enfrentar de nuevo a la gente, se dio la vuelta y buscó a Jeremy para reír y bromear por otro rato. Aunque sentía de vez en cuando la mirada de Robert, él rio y bromeó como si, minutos antes, no le hubiesen acusado de estar traicionando a sus hermanos, que era lo único que tenía en la vida y que de verdad le importaba.

Robert y Alice hicieron su viaje de luna de miel; sólo fueron unos pocos días en Hawái, pero para Alice, que nunca había salido del país, fue la gloria. Robert sólo la miraba sonriendo, imaginándose cómo reaccionaría entonces cuando la llevara de compras a París o Italia, tal como había hecho Jeremy con Jennifer.

Tan pronto volvieron, Robert contrató al mismo arquitecto que había diseñado la casa de Jeremy y junto a Alice le dieron sus ideas de lo que querían para su hogar. Ésta tardaría más o menos un año en estar lista, pero mientras tanto se quedarían en el ático, que seguía teniendo la habitación de Emma para que ella fuera a visitarlos siempre que quisiera.

Alice siguió con sus estudios, poniéndole todo el empeño posible, y preparándose para el momento en que diera a luz y entonces tuviera que ausentarse. Según los controles prenatales, su embarazo estaba yendo muy bien, y lo más probable es que tuviera un parto natural.

Todavía no conocían el sexo del bebé, pues éste no se había dejado ver en las últimas ecografías, pero ellos seguían comprándole cosas y buscando nombres para su hijo.

—Si necesitas ayuda con la decoración de tu casa —dijo Jennifer mirando a Alice con una sonrisa, que estaba sentada a la mesa frente a ella —Tengo el teléfono de la persona que me ayudó aquí.

Alice la miró interesada, y asintió en respuesta.

Estaban cenando juntos en el solárium, la misma estancia donde habían cenado para su cumpleaños. Esta vez no celebraban nada en especial, simplemente, la oportunidad de poder hacerlo. Tanto Jeremy como Robert, habían aprendido que esta era una excelente razón para celebrar; habían estado tan separados por tantos años, que el mero hecho de poder sentarse juntos en

una mesa era motivo de fiesta.

Y más ahora que cada uno estaba tan bien acompañado.

El vientre de Alice ya se notaba un poco, y Robert estaba más sobreprotector que nunca. Cada vez que ella anunciaba que iba a ir a algún lugar, él inspeccionaba la ruta que ella tomaba verificando que no hubiese ningún riesgo o peligro, así ella sólo se levantara del sofá para ir al baño.

— ¿Tú decoraste esta casa? —Jennifer elevó sus cejas sonriendo.

—Cada rincón. La hubieras visto antes, parecía el vómito de una feria hippie.

—Siempre he dicho que la del buen gusto aquí eres tú —sonrió Jeremy mirándola con una sonrisa—. Por eso te casaste conmigo—. Jennifer hizo rodar sus ojos.

—Él también necesitó redecoración —Robert se echó a reír y miró a Alice.

—Mi mujer, en cambio, no ha tenido que cambiar nada de mí.

—Oh, no digas eso —protestó Jeremy—. Todos tus cambios están por dentro, pero no fueron menos grandes.

—Pero ella no me quiere cambiar el look.

—Es que así como estás me encantas. Aunque... recuerdo haberte hecho un par de recomendaciones, tal como vestir más formal para ir a la oficina, y has hecho caso—. Jeremy se le burló a su hermano, y éste sólo hizo un mohín muy infantil.

Volvieron al apartamento, como siempre, tomados de la mano. Alice iba hablando acerca de su futura casa, su bebé, y tantas cosas. Cuando ella se encaminó a la habitación, Robert tiró suavemente de su mano y la atrajo a él. Alice lo miró fijamente, pero él sólo sonreía, con esa mirada que ella conocía tan bien.

Elevó sus brazos rodeando su cuello, y lo miró en silencio largamente.

Era feliz con sólo estar aquí.

—Te amo —dijo él, y ella repitió las palabras en respuesta—. Estar contigo me hace el hombre más feliz sobre la tierra—. Alice sonrió al escucharlo, se elevó en las puntas de sus pies y besó su cuello—. ¿Cómo hago para expresarlo? Siento que me ahogo con todas las cosas que me haces sentir y que quiero decirte.

—Entiendo esa sensación —dijo ella con sus ojos brillando—. Es lo mismo que siento cada vez que te miro. Por donde sea que te mire —él rio echando su cabeza atrás—. Te amo tanto que me asusta un poco, Robert.

— ¿Sientes así? —preguntó él elevando una ceja—. Entonces no soy yo solo—. Alice bajó las manos de su cuello y las dejó en su pecho, se dedicó a desabrochar los botones de su camisa uno a uno.

—Te cuidaré —susurró ella besando sus pectorales—, y te protegeré con mi vida.

En ese momento, Robert no dijo que alguien tan frágil como ella, y que además estaba embarazada, no debía cuidar ni proteger a alguien como él, sino que cerró sus ojos y sonrió feliz.

En un solo movimiento, la alzó en sus brazos, lo que la hizo gritar de sorpresa, y la llevó en volandas a la habitación.

Alice iba riendo. A pesar de haberse rehabilitado un poco, su marido conservaba una parte de ogro que le encantaba.

~Fin~



Aidan miraba al baterista dentro de la cabina de grabación golpear los palos contra los platillos haciendo un remate bastante admirable, y Stan, el operador de la consola, se quitó los auriculares para mirarlo con una sonrisa.

—Eso pega bastante bien, ¿no te parece? —Aidan se alzó de hombros en respuesta.

—No está mal.

—No digas que no está mal. Tiene que apasionarte; acompañará tu canción estrella durante el resto de tu vida.

— ¿O de la vida de la canción? —dijo Aidan poniéndose en pie, y Stan lo miró confundido—. Iré a tomar un poco de aire —dijo, y salió de la sala de grabación hacia el exterior. Afuera, otros músicos esperaban, y lo saludaron al verlo.

Buscó un lugar a solas, y para eso tuvo que subir a la azotea del edificio.

Una vez arriba, miró en derredor la ciudad de Nueva York, el verano había pasado demasiado rápido, y el otoño avanzaba sin piedad, dejando de nuevo la ciudad fría y desnuda, tal como un amante rechazado y olvidado en medio del mar. Un amante que en un tiempo pudo sonreír, que miró a su amada con ojos diferentes, con sonrisa de auténtica felicidad, pero que hoy miraba de nuevo al cielo en busca de las estrellas, encontrando sólo nubes y oscuridad.

Respiró profundo dándose cuenta de que se estaba poniendo muy melancólico, y grabó las palabras que se le habían venido a la mente sacándole provecho a su tristeza, como hacía cada vez, enriqueciendo la letra de sus canciones. Pero justo ahora, a pesar de tanta poesía y melancolía, le apetecía mucho un cigarro, un trago, cualquier cosa que le hiciera sentirse mejor, olvidarse por un momento de lo que le aquejaba.

Pero no podía fumar, ni beber. No debía.

Nunca había sido un fumador, pero sí había tenido problemas con el alcohol en el pasado, y aunque ahora ya nada lo motivaba a conservar su salud, se obligaba a sí mismo a mantenerse cuerdo día tras día. No podía fallar, tenía que aguantar hasta el final; su victoria tenía que llegar en un momento en que al menos pudiera disfrutarla, ver a los suyos alegrarse y celebrar. Al menos eso quería vivirlo con sus cinco sentidos buenos. Después de eso...

Después de eso no tenía ningún plan para su vida.

Miró la pantalla de su teléfono, pero no había nadie con quien quisiera hablar.

Qué vida tan solitaria, pensó. Se sentía tan vacío, tan...

Sólo le quedaba un propósito, y era encerrar al asesino de sus padres, James y Ellynor. Para eso vivía.

¿Amor? No para Aidan. Una vez pensó fugazmente que sí, pero ya luego fue evidente que no.

No podía haber amor en la vida de alguien que ni siquiera tenía apellido, que no tenía padres, que no tenía familia; alguien que no tenía procedencia, y que, por lo tanto, tampoco tenía destino.

—Las flores caen marchitas por el frío de la noche —dijo, volviendo a pulsar el botón de grabado de voz—. Hace tiempo que el crepúsculo acabó. Ahora todo es hielo y profunda oscuridad; todo fue un sueño, todo, una ilusión.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo una voz tras él, y Aidan se giró para encontrar a su mánager, Joe Leighton, un hombre pequeño, pero muy hábil con las negociaciones y el mejor representante que conocía—. Tenemos una reunión en el Ritz dentro de una hora. Recuerda que debes elegir a la modelo de tu video musical.

—De acuerdo.

—¿Ya te has decidido por una?

—¿No te han llegado nuevas propuestas? —Joe suspiró.

—¿No has elegido a ninguna? —se quejó—. Si sigues así, la agencia pasará por alto tu petición de elegir personalmente y lo harán ellos.

—Ninguna de esas chicas me gusta.

—Son todas conforme al estándar que pusiste...

—Ninguna me gusta, y si no hay química, no saldrá bien.

—De acuerdo, de acuerdo. Sí me llegaron nuevas propuestas, deberás ir mirando sus videos en el camino al hotel. Ya se te agotó el tiempo en que debías elegir—. Aidan guardó su teléfono en el bolsillo de su abrigo de lana y siguió a Joe al interior del edificio. Él siguió hablando de las ideas que la agencia de grabación tenía para el video, de las locaciones que ya tenían vistas y al experto en efectos especiales, pues el video requería de unos cuantos.

El lanzamiento de su disco se aproximaba, y luego de eso, se lanzaría el video de la canción principal. La expectativa en su público crecía por momentos, y en las páginas de internet ya no se hablaba de otra cosa más que de su nueva producción.

Luego de más de un año, Aidan Swafford volvería a subirse a la tarima, esta vez, como solista.

A través de una ventana, Aidan volvió a mirar hacia el cielo, buscando de nuevo una estrella, pero otra vez, sólo encontró nubes.

Otros libros de la autora

Ámame tú

Locura de amor

Yo no te olvidaré

Rosas para Emilia

Tu silencio (Saga Tu silencio No. 1)

Tus secretos (Saga Tu silencio No. 2)

Mi placer (Saga Tu silencio No. 3)

Tu deseo (Saga Tu silencio No. 4)

Dulce renuncia (Saga Dulce No. 1)

Dulce destino (Saga Dulce No. 2)

Dulce verdad (Saga Dulce No. 3)

Un príncipe en construcción (Saga Príncipes No. 1)

Un ogro en rehabilitación (Saga Príncipes No. 2)

Un rey sin redención. (Saga Príncipes No. 3)

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Virginia Camacho nació en Colombia, en la ciudad turística de Cartagena de Indias en el año 1982.

Desde adolescente escribió historias de amor, leyéndoselas en voz alta a sus familiares y amigas, hasta que alguien la convenció de que lo hiciera de manera más pública y profesional.

Estudió Literatura en la Universidad del Valle, y actualmente es maestra en la asignatura de Lenguaje; vive en Bucaramanga, Colombia, y además de leer y viajar por el país en busca de ideas e inspiración, escribe sin cansancio con la idea de sacar a la luz pública todas las historias que tiene en su haber.